

В М В

LITERATURA

PÍO BARROJA

SILVESTRE PARADOX y PARADOX, REY

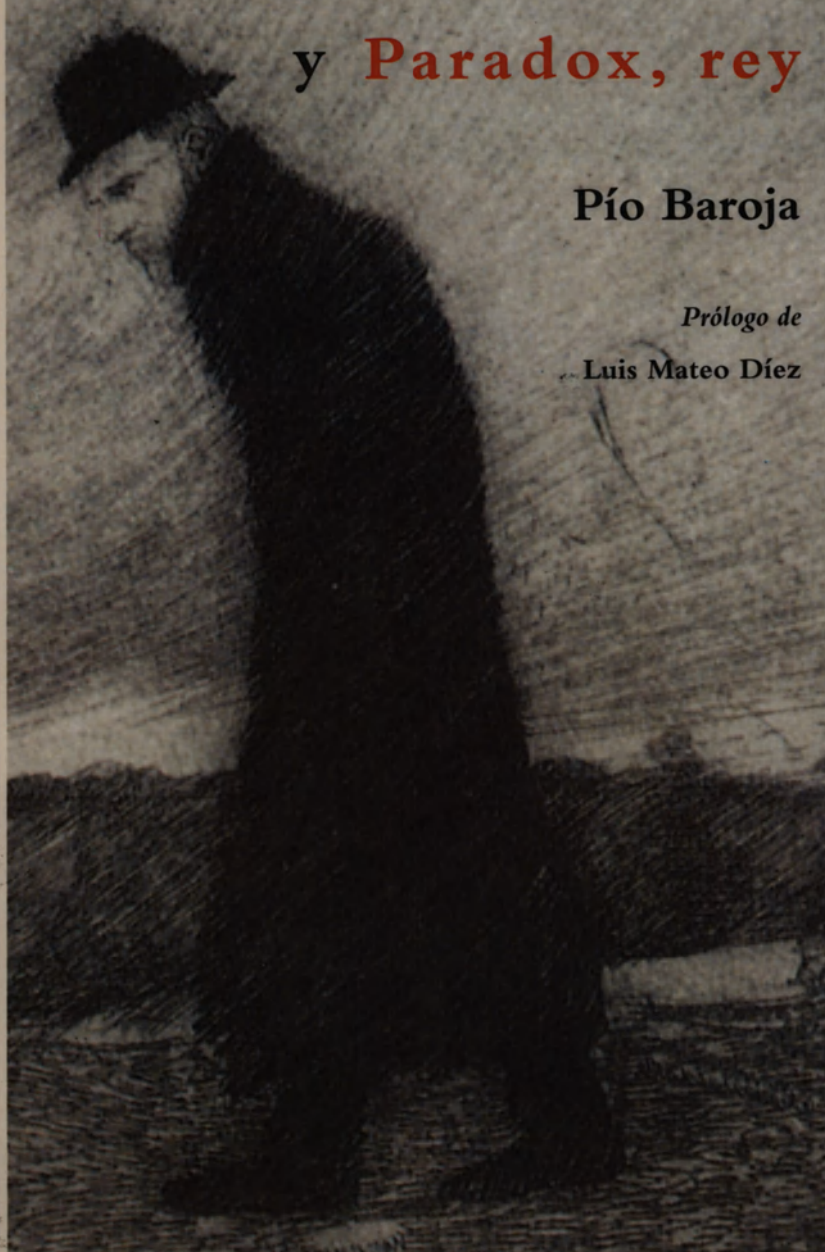


Silvestre Paradox y Paradox, rey

Pío Baroja

Prólogo de

Luis Mateo Díez

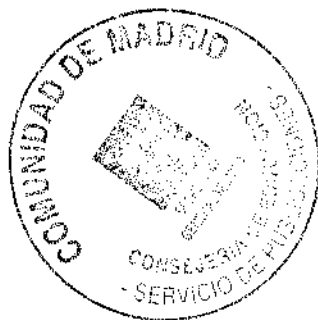


**Silvestre Paradox
y Paradox, rey**

Ref. 792

Silvestre Paradox y Paradox, rey

PIO BAROJA



CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA

Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

Ilustración de cubierta:
"Pío Baroja paseando", aguafuerte, aguatinta
y puntaseca, de Ricardo Baroja,
Caligrafía Nacional de Madrid, R 5397.

Madrid, agosto de 1998

- © Herederos de Pío Baroja
- © De esta edición: Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
I.S.B.N. 84-451-1486-7
Depósito legal: M-28.375-1998
Imprime: B.O.C.M.

Tirada: 2.000 ejemplares
Coste unitario: 1.518 pesetas
Edición: 8/98

VIDAS FANTASIOSAS

por Luis Mateo Díez

«*Silvestre Paradox*» y «*Paradox Rey*» fueron de las primeras novelas de Baroja que yo leí, allá por la adolescencia. Es una experiencia curiosa regresar a algunas de aquellas lecturas, cuando el recuerdo de las mismas es muy intenso, evaluar lo que de ellas subsiste en la memoria al confrontar su recuperación, ahora que probablemente uno lee de otro modo, no sé si más inteligente o con mayor pérdida de fascinación y emotividad.

La fantasiosa vida de *Silvestre Paradox* me ha acompañado siempre, aquella lectura primera tuvo otras no lejanas, *Silvestre* era uno de mis héroes novelescos y la grey a la que pertenece no es nada ajena a mis propios intereses literarios y vitales. Quiero decir que entre los personajes barojianos, donde puedo señalar muchos inolvidables, de esos que están comprometidos sin remisión en mi existencia, *Silvestre* ocupa un particular lugar, dada su dimensión entrañable y disparatada, humorística y patética.

La verdad es que puedo hablar de él como lo haría de un río mío, bastante aventurero y mixtificador, solitario extremo en su lucidez y en su desatino. Siempre me pareció un personaje irrepetible, y ahora que vuelvo a encontrármelo revivo

algo parecido a los orígenes de una larga amistad, la que deriva de su originario descubrimiento.

Las «*Aventuras, Inventos y Mixtificaciones de Silvestre Paradox*» y «*Paradox, rey*» forman parte, como sabemos, de la trilogía o serie que don Pío tituló «*La Vida Fantástica*», aunque el añadido de «*Camino de Perfección*» resulta un tanto arbitrario, ya que se trata de una novela de muy distinto espíritu.

Los Paradox tienen la unidad de su personaje y talante, ese universo imaginativo que desarrolla la primera novela en los madrileños submundos de la bohemia finisecular, que Baroja tan bien conoció, y que hace derivar la segunda nada menos que a la costa africana, a la antigua Senegambia y Guinea.

El Silvestre que huye de Madrid, con su irremediable amigo Avelino Diz de la Iglesia, tras determinar el peso y cansancio de un pueblo «tan deletéreo», empeñar el reloj de Avelino por sesenta pesetas y cenar en la tahona de los hermanos Labarta, un médico y un pintor casi exactos que los hermanos Baroja de la realidad, siempre se confesó «vagabundo de raza». La huida a la tierra de Diz, al pueblo valenciano de Burjasot, será el trampolín de una nueva existencia, lejos de la nevada noche madrileña, cuando ambos, asomados a la ventanilla del vagón, gritan exaltados, «desafiando con su entusiasmo y con su locura a la Naturaleza, muerta, indiferente y fría, que helaba y agarrotaba sus miembros, pero que no podía nada contra su espíritu».

¿Qué van a encontrar Silvestre y Diz en ese pueblo más luminoso e irreal que el deletéreo Madrid de sus pecados, donde la supervivencia redujo al límite de su desgracia sus posibilidades? Van a encontrar un sueño, una no menos disparatada aventura onírica, que les llevará al África salvaje, como protagonistas y espectadores de una auténtica merienda de negros.

Recuerdo que esa fue la impresión que me produjo la adolescente lectura de los Paradox: las dos novelas encontraron la

unidad de ese destino que las ensamblaba en un ámbito imaginario, onírico, que conciliaba dos partes tan distintas. Paradox y Diz sueñan la aventura de ese reinado: un sueño quimérico de aventureros sin traba, de vagabundos sin remisión.

Parece que Baroja, cuya modernidad tiene mucho que ver con la extrema libertad de su invención y escritura, publica esta segunda novela en 1906, cinco años después de la anterior, tras su experiencia parisina y su viaje a Tánger como corresponsal de guerra. Un cierto auge del colonialismo francés se contrastaba con el desastre español, y las contradicciones de imperialismo y libertad fomentaban actitudes muy radicales. El asunto estaba en la realidad y la curiosidad de don Pío, tan propicia para alimentar sus libros, derivó al rescate de Silvestre y Diz, decididos a navegar por la mismísima costa de los Esclavos, dispuestos a vivir esa aventura llena de sugestiones utópicas y no exenta de crítica al burdo militarismo colonizador.

Es un dato más de esa libertad barojiana que le permite, como digo, retomar a sus personajes en el punto inconcluso de su destino para de nuevo revitalizarlos, también de la capacidad de quien se sabe dueño de un universo de ficción que lleva en su interior su propia coherencia, un universo que se atiene a una lúcida convicción de lo que es la novela, de lo que supone el arte de novelar.

Baroja siempre me ha parecido un ejemplo extremo de algo que con frecuencia se olvida, especialmente en estos tiempos posmodernos que corren, tan proclives a la relativización, la levedad, el emboscamiento y el artificio. Un ejemplo de convicción: de saberse dueño de sus propios poderes, de entender que su libertad de artista se ajusta como anillo al dedo a la concepción de un género multiforme, proteico, como es el novelesco, tan parecido a la vida que de ella misma forma parte.

La convicción del novelista sobre el sentido y el destino de lo que cuenta es, antes que cualquier otra cosa, el aval de su reto, de su ambición estética. Baroja confirma sus convicciones por la vía de la naturalidad y por esa vía, moderna y eterna, el trasunto de la vida que la novela contiene adquiere una peculiar complejidad y coherencia. Esa naturalidad del narrador obtiene en él toda la persuasión posible, lo que hace que ingresemos en su universo con parecida confianza.

Baroja pensaba que la novela es en general como la corriente de la historia: no tiene principio ni fin, decía, empieza y acaba donde se quiere. Una idea del arte de novelar como un compromiso límite con la existencia, donde el modelo de la vida expande la fragmentación de su decurso, la acumulación de tantas corrientes como compongan los interminables sucesos imaginarios que la representan.

Antes de la aventura africana, a la que yo no logro descargar de esa incierta justificación onírica con que la leí de adolescente, conocemos a Silvestre Paradox en Madrid, en la novela sustancial de su vida, la primera y la más hermosa de ambas.

Silvestre es uno de esos héroes barojianos que mantienen una extrema fidelidad a sí mismos y a sus convicciones. En esa fidelidad, en un notorio individualismo, por supuesto, cifran una parte fundamental de su dignidad.

La quimera de Silvestre es la razón científica, pero esa quimera también le sirve el desquiciado resorte de una imaginación que no se atiene a las convenciones: la desaforada imaginación del inventor. Las invenciones de Silvestre, y las correspondientes mixtificaciones, tienen con frecuencia un destino impredecible: de la «Ratonera-Speculum», cuya patente le niega el Ministerio de Fomento, al «Pulsómetro», de la «Caja reguladora para la fermentación del pan» al «refrigerador Xoradap» para enfriar en verano las habitaciones o al «Cepo Langostífero»

El ámbito irremediable de la existencia de Silvestre es el de la bohemia, esa bohemia madrileña que navega entre la extravagancia, la nocturnidad y un sentido de la supervivencia lastrado de idealismos y precariedades. El inventor alienta una pasión desordenada que mueve su vida hasta extremos casi heroicos, esa pasión de los descubrimientos que justifica cualquier sacrificio y que, por otra parte, deriva de una conciencia de la libertad y la creatividad que ennoblece sus actos. Su fantasía siempre sobrevuela la mediocridad y el desánimo.

No estamos ante uno de esos típicos personajes de la bohemia lastrados por la degradación, sino ante uno de esos antihéroes que preservan su dignidad en el sentido de su existencia, en la aureola, todo lo fantasiosa y extravagante que se quiera, de su particular utopía. Silvestre es dueño de una especie de inocencia moral que no sólo fortalece su espíritu sino que alimenta su libertad, probablemente dirigida sin remedio a la quimera.

Debo reconocer, como ya he dicho, mi particular aprecio por estos antihéroes poco dispuestos a contaminarse, más propicios a velar por su destino lejos de halagos y mezquindades, casi siempre al pie del fracaso o la desgracia, pero también con la vitalidad suficiente para seguir tirando.

Silvestre puede ser un perdedor en su extravío, tal vez mejor un perdido, en el contexto de una sociedad que jamás atenderá y valorará sus inventos, sus mixtificaciones, pero su imaginación siempre guiará el ímpetu de sus actos, de sus ilusiones, de sus extravagancias, más allá de cualquier opción vital de signo más convencional o conformista.

Generalmente, este tipo de personajes albergan también cierta dosis de misterio, nunca logramos desvelar al completo su personalidad y, en este sentido, Baroja es exquisitamente respetuoso.

Da gusto regresar, con el aliciente de que el regreso tiene en mi caso una vuelta a las emociones literarias de la adolescencia, a la buhardilla de Paradox en la madrileña calle Tudescos, correr de nuevo la aventura de su implacable lucha por la vida fantasiosa, escuchar el eco de esa voz exaltada que resume su pasión y su reto: «La ciencia no tiene patria, el infinito tampoco».

**Aventuras, Inventos
y Mixtificaciones de
Silvestre Paradox**

I

Entró el mozo de cuerda por la calle de Hita, se detuvo en la de Tudescos, frente a un estrecho portal contiguo a una prendería, y dejó en la acera su carga para descansar un momento. Traía en la mano un bulto extraño, de forma estrambótica, envuelto en papel de periódicos, y en la derecha una caja cuadrada no muy grande, recubierta con tela de sacos. Limpióse después el mozo el sudor de su frente con la blusa, metió los dos bultos en el portal, encendió un fósforo que aplicó a la colilla que se deshacía en sus labios, y quedó sumido en hondas meditaciones.

En el fondo del portal había un camaranchón de madera pintado de azul, con un ventanillo por cuyos cristales verdosos se veían cortinas blancas, en sus tiempos adornadas con leones rampantes bordados en rojo. A un lado de la ventana se leía en un cartel este letrero: *Verdaderos palillos de enebro*, y colgando del mismo clavo que el cartel un paquetito amarillo.

Pocos momentos después de presentarse el mozo de cuerda en el portal, se abrió la ventana del camaranchón y apareció en ella una cabeza de viejo cubierta con un gorrito negro, torcido graciosamente hacia un lado; después de la cabeza se presentó en la ventana una bufanda, luego un chaleco de

Bayona y el señor Ramón el portero —nuestros lectores quizá hayan comprendido que aquella cabeza, aquella bufanda y aquel chaleco de Bayona, eran nada menos que del portero—, después de apartar de su lado una bandeja llena de palillos, preguntó al mozo de cuerda:

—Eh... tú... ¿Cuándo viene el amo?

—No lo sé... Díome estas cosas...

—¿Pero no tiene muebles ese tío? Porque hasta ahora no ha traído más que cajas y frascos y cacharros de cristal; pero de muebles, cero.

—No sé —repuso el mozo—. Díjome el amo que ya quedaban pocas cosas por trasladar.

—¡Pocas cosas! ¡Pero si no ha traído ni un trasto todavía! ¡Pues tiene sombra! —y el señor Ramón se levantó de su asiento, abrió la puerta de su covacha y salió al portal.

Era un hombrecillo rechoncho, afeitado cuidadosamente, con un aspecto de cura, profesor de baile o cómico bien alimentado.

Andaba a pasitos cortos, taconeando fuerte, se levantaba sobre la punta de los pies cuando decía algo importante, y para rematar sus frases se dejaba caer sobre los talones, como indicando así que este movimiento dependía más que del peso de su cuerpo, del peso de su argumentación.

El nuevo inquilino empezaba a preocupar al portero; no se había presentado a él; no tenía muebles.

—¿Quién es este hombre? —se dijo el señor Ramón a sí mismo con diversas entonaciones, y añadió—: Habrá que vigilarle. ¡No vaya a resultar uno de esos personajes misteriosos como los de las historias de los folletines!

Para darse cuenta o tomar al menos algún indicio de quién podía ser el nuevo y extraño inquilino, días antes, el portero

había abierto cautelosamente, sin que nadie le viera, la guardilla número 3 con la llave que el mozo de cuerda encargado de la mudanza le entregaba al marcharse, y había hecho largas y severas investigaciones oculares. Vio primeramente en el interior de unas cajas carretes de alambre recubiertos de seda verde, aquí frascos, allá pedazos de carbón y de cinc, en un rincón un pajarraco disecado, en otro varias ruedas; un mare magnum...

—Esto es el caos —se dijo el señor Ramón—, esto es el caos —y pasaron por su portentoso cerebro historias de anarquistas, de fabricantes de explosivos, de dinamiteros, de siniestros bandidos, de monederos falsos. Toda una procesión de seres terribles y majestuosos desfiló por su mente.

En un álbum, el portero encontró un retrato que le llamó la atención. Era de un hombre de edad indefinible, calvo, aunque no del todo, porque tenía un tupé como una llama que le saliera de la parte alta de la frente. La cara de este hombre mal barbado, de nariz torcida y de ojos profundos y pequeños, era extraña de veras: tan pronto parecía sonreír como estar mirando con tristeza.

En el margen del retrato se leían estas líneas escritas con tinta roja:

SILVESTRIS PARADOXUS
DEL
ORDEN DE LOS PRIMATES

—Primates: ¿qué orden será ésta? —se preguntó el portero—. ¿Qué clase de frailes serían los primates?

El señor Ramón siguió leyendo:

CARACTERES ANTROPOLÓGICOS

Pelo, rojizo

Barba, ídem.

Ojos, castaños.

Pulsaciones, 82.

Respiraciones, 18 por minuto.

Talla, 1,51.

Braquicefalia manifiesta.

Ángulo facial, Goniómetro de Broca, 80,02.

Individuo esencialmente paradoxal.

¡Braquicefalia manifiesta! ¡Goniómetro de Broca! Un misterioso y tremendo sentido debían de tener estas palabras. ¿Quién sería el hombre calvo y extraño del relato? ¿El nuevo inquilino quizá?...

El señor Ramón quedó, según su decir, completamente sumergido en el caos. Bajó las escaleras absorto, preocupado, en actitud pensativa. De vez en cuando, como las encrespadas y furibundas olas que batían con empuje vigoroso las peñas de la bravía costa, chocaban en su cerebro estas preguntas turbadoras de tan noble espíritu: ¿De quién era aquella cabeza? ¿De quién era aquella inscripción?...

¡Oh, terribles misterios de la vida!

.....

Ver aquel día al mozo de cuerda con carga tan extraña, y quedar excitada al momento la curiosidad del señor Ramón, fue todo uno.

—A ver —le dijo al mozo—, ¿qué es lo que llevas ahí?

—¿Sé yo acaso lo que puede haber dentro? —repuso el otro—. Esto —y señaló el bulto de forma estrambótica envuelto en periódicos— creo que es un bicho disecado, y lo

otro debe ser una jaula, porque se notan los alambres; pero *léveme o demo* si sé lo que hay dentro.

El señor Ramón desenfundó el bulto envuelto en periódicos y apareció ante su vista una gruesa avutarda disecada, de color pardusco, sostenida por sus patas en una sólida tabla de caoba.

El portero quedó estático y sonriente en presencia del ave, que le miraba con sus cándidos ojos de cristal; pero cuando vio en la garra del pajaraco un letrero colgado en donde se leía, con letras rojas: *Avis tarda*, volvieron otra vez las oleadas de pensamientos a sumergir su porteril cerebro en el caos.

Ya vista y bien observada la obesa y simpática avutarda, el señor Ramón pasó a examinar el otro bulto cubierto con una arpillera. Se notaba a través del burdo lienzo los alambres de una jaula, mas ¿por qué estaba tapada de aquel modo?

Seguramente en su interior había alguna cosa de gran interés.

El señor Ramón examinó el envoltorio por todas partes. Estaba tan bien cosida la tela que no se observaba en ella el menor resquicio por donde pudiera averiguarse lo que había dentro.

El portero, después de vacilar un rato, entró en su garita, desapareció en ella y volvió al poco rato con un cortaplumas.

—No vendrá el amo, ¿eh? —preguntó al mozo.

Éste, por toda contestación, elevó sus hombros con ademán de indiferencia.

—Vamos a ver lo que hay dentro —murmuró el señor; y para tranquilizar la conciencia del mozo, añadió:

—Luego lo volvemos a coser. No tengas cuidado.

El portero cortó unas puntadas, descosió otras; practicó una abertura en el lienzo; pero al dilatarla se encontró con que el

agujero hecho caía sobre el suelo de la jaula que era de madera. Incomodado con esto, no se anduvo en chiquitas; rasgó la tela de la jaula, precisamente allí por donde estaba la puerta.

—¿Qué demonios hay aquí? —se dijo el señor Ramón.

No se veía dentro más que un ovillo negruzco como un puño de grande, nada más.

La curiosidad del portero, como podrá suponerse, no estaba satisfecha. El hombre abrió la puertecilla de la jaula y metió la mano por el agujero. Notó al principio una cosa que se deslizaba entre sus dedos; luego sintió que le mordían. Dio un grito y retiró el brazo velozmente, y al sacarla vio con espanto arrollada en su mano una culebra que le pareció monstruosa.

De miedo ni aun pudo gritar siquiera; lívido, con la encrugía del terror, desenroscó el animalucho de su brazo, y poseído del mayor pánico, con los pocos pelos de su cabeza de punta, huyó escaleras arriba sin atreverse a mirar hacia atrás.

Mientras tanto, la culebra, una culebrilla de esas pequeñas llamadas de Esculapio, incomodada con los malos tratos recibidos tan inmerecidamente, había pedido protección a la avutarda y junto a ella se enroscaba en el suelo y levantaba la cabeza bufando, con su lengüecilla bífida fuera de la boca.

Al mozo de cuerda le hizo tanta gracia la fuga del señor Ramón, que se deshizo en carcajadas estrepitosas, torciéndose, y agarrándose a la boca del estómago con las dos manos; ya moderada su risa, salió del portal, cogió un pedazo de ladrillo de en medio de la calle y entró con intención de matar a la culebra; pero al ver al portero en lo alto de la escalera agarrado a la barandilla, temblando y lleno de terror, volvióse a acometer la risa; y en el primer intento, al dejar caer el ladrillo sobre el suelo no acertó a aplastar la cabeza del animalucho, como quería.

El señor Ramón, ante aquella hilaridad mortificante, se estremeció.

¡Su dignidad estaba por los suelos! ¿Qué hubieran dicho los porteros del barrio, el prendero de la esquina, el memorialista de enfrente, las criadas de la vecindad, para las cuales era casi un oráculo, al verle expuesto a aquellas risas indecorosas? ¡Él, antiguo vicepresidente de la Sociedad de porteros de Madrid!

¡Sí, su dignidad estaba por los suelos!

Mientras el señor Ramón hacía estas reflexiones, el mozo de cuerda, ya sosegado y corrigiendo la puntería, iba a machacar la cabeza del ofidio, cuando apareció de pronto en el portal un nuevo personaje. Venía envuelto en un abrigo de color de aceituna, con vetas mugrientas, adornado con dos filas de botones grandes y amarillos.

El recién venido era de baja estatura, algo rechoncho, de nariz dificultosa y barba rojiza en punta; llevaba en la cabeza un sombrero hongo color café, con gasa de luto y alas planas; pantalones a cuadros amarillentos, pellica raída en el cuello, un paraguas grueso en la mano derecha, y en la izquierda un paquete de libros.

Tras él marchaba un perrillo de largas y ensortijadas lanas, blanco y negro, a quien no se le veían los ojos; un pequeño monstruo informe, sin apariencia de animal, que daba la sensación, como diría un modernista, de una toquilla arrollada que tuviera la ocurrencia de ser automóvil.

El señor de la pellica raída entró en el portal, vio lo que pasaba, y como quien ejecuta un acto por acción refleja, levantó el paraguas en el aire inmediatamente.

—Pedazo de imbécil —le dijo al mozo—; ¿quién te manda a ti abrir esa jaula?

—Si no he sido yo. Ha sido el portero —replicó el mozo.

—¿Dónde está ese portero?

—Mírele usted... Allá.

—¿Y por qué le has dejado hacer su capricho a esa vieja momia? —gritó el señor irritado y señalando con la punta del paraguas al aludido.

—¡Oh! ¡Vieja momia! ¡Qué de dicitos! ¡Qué de vituperios! —murmuró el señor Ramón en voz baja, y pasó por su mente el martirologio de todos los santos.

—Mire usted —repuso el mozo de cuerda rascándose la cabeza—, yo, la verdad, creí que sería alguna *culobra* que se había metido en la jaula a comerse el pájaro. ¡Como las *culobras* suelen comerse los pájaros!

—Bah. ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Qué pájaros ni qué pamplinas!

—En mi tierra eso pasa, y algunas que se ponen a mamar de las vacas y de las mujeres...

—¡Oh, leyendas! ¡leyendas! Sí, lo sabemos. Y fascinan a los pájaros. Sí, hombre, sí. Todo eso es muy viejo.

Y el señor, después de agitar su cabeza negativamente para dar a entender que no creía en tales patrañas, se agachó y comenzó a silbar con suavidad. El perro se puso a oler la culebra, y colocado sobre sus dos patas de atrás, agitó las de delante en una calurosa manifestación mímico-oratoria.

—Bueno, *Yock*, bueno —murmuró el señor, acarició a su perro y siguió silbando.

Lentamente, la culebrilla se acercó a su amo y se entoscó en su brazo.

El señor entonces se levantó, metió al animal en la jaula, después cerró la puerta, y hecho esto, señalando con el paraguas la avutarda disecada, le dijo al mozo con gran dignidad.

—Arriba.

Echaron a andar, y al pasar junto al señor Ramón se le oyó decir en voz baja al ver al hombre de la raída pellica: —¡Ah!, es él. ¡El del retrato!—. Comenzaron a subir la escalera el señor, el perro, la culebrilla, la avutarda y el mozo de cuerda.

La escalera era estrecha y oscura; se respiraba en ella un aire pesado lleno de vaho de comida y de olor a cuero, que venía de un almacén de curtidos de la planta baja. A medida que se iban subiendo los peldaños eran más altos, y del tercero al cuarto piso eran altísimos; la luz llegaba a la escalera tan sólo por dos ventanas abiertas a un patio tan estrecho como una chimenea, cruzado de un lado a otro por cuerdas para tender ropa; las paredes de este patio, ennegrecidas y mugrientas en unas partes, desconchadas en otras y con los tubos rojos de los desagües de las casas al descubierto, parecían estar llenas de lacras y de varices como la piel de un enfermo.

En los descansillos de la escalera, en cada piso, se leía en letras azules que detonaban en la blanqueada pared: IZQUIERDA... DERECHA; al lado de los letreros, manos imperativas señalaban con el índice extendido, y en medio de éstos se leía ENTRESUELO... PRINCIPAL... SEGUNDO... Amables gracias con las cuales el casero obsequiaba a sus inquilinos.

Al final de la escalera había un larguísimo corredor iluminado por dos tragaluces, y a los lados de aquél veíanse puertas pintadas de rojo, con sus respectivos números encima.

Atravesaron el hombre de la raída pellica y su acompañante el corredor; abrió el primero la puerta señalada con el número 3, y pasaron ambos adentro.

Fuera difícil dar un nombre exacto al sitio en donde entraron, porque no era cuarto, ni habitación, ni estudio, aunque participaba de todo esto; tenía un aspecto intermedio entre taller de pintor y guardilla. Iluminaban el aposento dos clara-

boyas del techo y una ventana grande por donde entraba en aquella hora la claridad amarillenta y dorada de un día de otoño.

El techo de aquel zaquizamí estaba lleno de vigas sin pulir y sin pintar; las vigas, cubiertas por tupidas telas de araña; las paredes, sucias, blanqueadas en unos sitios y en otros no; el suelo atestado de cajas, fardos, mesas, tableros y de una porción de cosas más, inclasificables a primera vista.

Dejó el mozo de cuerda su carga; el señor de la raída pellica le pagó, cerró la puerta de un golpe, recorrió el cuarto de un lado a otro, y se sentó después en una caja en actitud pensativa.

—El día es aciago para mí —murmuró accionando con energía—. Voy al Ministerio de Fomento, y me dicen: la patente denegada; entro en mi casa, y veo mi culebra expuesta a pasar a mejor vida por el golpe de un imbécil primate.

¡Denegar su patente! ¿Se había visto estupidez mayor? Y el hombre de la raída pellica sacó el *Boletín del Ministerio de Fomento*, y leyó en alta voz: “Patente número 34.240. Ratonera-Speculum de don Silvestre Paradox. Denegada por no revestir la Memoria suficiente claridad.” ¡Denegada! ¡A mí! —y los labios de don Silvestre se crisparon con una sonrisa sardónica.

—¿Pero qué van a hacer esos señores del Ministerio —y don Silvestre Paradox se dirigió a la avutarda, que mal envuelta en los periódicos no se atrevía más que a sacar la cabeza—, si no saben ni los rudimentos de la Mecánica, ni los rudimentos de la Historia Natural, ni los rudimentos de nada?

Desde aquel momento don Silvestre iba a clasificar a los empleados del Ministerio en el género de los pingüinos. ¡Denegar la patente! ¡Desdichados! Ya no iba a pedir ninguna patente. Le obligaban a tomar esta determinación. Sus inven-

tos los presentaría a la Academia de Ciencias de París, a la de Berlín, o a la de Copenhague.

¡La ciencia no tiene patria; el infinito tampoco!

Un fuerte campanillazo interrumpió el soliloquio de don Silvestre. *Yock* corrió hacia la puerta y ladró de una manera formidable.

—¿Quién podrá ser? —se preguntó Paradox—. ¿Quizá un recado del Ministerio? —Abrió la puerta y se encontró con tres personas. En medio estaba un señor viejo, con una cara parecida a las caricaturas de Bismarck: bigotazo blanco, cejas como aleros de tejado, expresión tremenda y calvo como una bala rasa. Era aquel señor nada menos que don Policarpo Bardés en persona, administrador de la casa y dueño del almacén de curtidos de la planta baja. A su derecha se encontraba su hijo Polín, hombre de edad difícil de calcular: chiquitillo, peinado el pelo lustroso, con las guías del bigote terminadas en dos círculos tan perfectos que honraran a cualquier peluquero, porque ni un matemático con su compás hace circunferencias tan admirables; la cara de Polín era manchada, algo así como cara de feto puesto en alcohol que empieza a reblandecerse: su nariz tenía forma de picaporte, y además de ser granujienta y encarnada estaba brillante, como si acabasen de untarla con una substancia grasa. A la izquierda de don Policarpo se hallaba el señor Ramón, el portero.

—A qué tengo el gusto... —preguntó Silvestre contemplando con la curiosidad de un naturalista la nariz de Polín.

—Señor Paradox —dijo don Policarpo con una voz profunda, de esas que parece que salen del fondo del estómago—, lo siento mucho, pero tengo que advertirle que si quiere usted quedarse en la casa no puede tener en su domicilio, o sea, habitaciones, esas fieras.

—¿Fieras? —preguntó con asombro don Silvestre.

—¡La culebra! —murmuró con voz cavernosa el portero.

Al oír Polín esta palabra puso el índice y el meñique de la mano derecha extendidos, y los agitó murmurando al mismo tiempo entre dientes—: ¡Lagarto! ¡Lagarto!

—¡Pero si es un bicho inofensivo —replicó Paradox—, señor administrador! Un bicho inofensivo y candoroso, un animal domesticado, porque no es nada más que esto. ¿No se puede tener en casa un animal domesticado? ¿No se puede tener un gato?

—Sí —repuso don Policarpo—. Pero hay animales, y animales. Distingamos. Hay *diferencia*.

—Ya lo creo que hay *diferencia* —aseguró Polín con una sonrisa sardónica, incomodado al ver que su nariz llamaba la atención de Don Silvestre

—Vaya si hay *diferencia* —agregó el señor Ramón—. Porque hay *una porción* de animales que no hacen daño ni a las personas ni a las casas, pongo por caso, los gatos que decía usted antes, o los loros, aunque si bien se quiere un gato puede arañar, y yo he oído decir que el arañazo de un gato enojado puede producir, si bien se quiere, la muerte.

—Sí, una culebra no se puede tener en una casa. Es un bicho peligroso —concluyó don Policarpo.

—¿Peligroso?... ¡Una culebra! —replicó Paradox—. Oh, no lo crea usted; se las calumnia, señor.

Al oír el nombre del ofidio, volvieron a moverse las manos de Polín y siguió mascullando entre dientes.

—Sí, bueno. Quizá no sea peligroso —añadió don Policarpo—. Pero figúrese usted que yo le digo al marqués, al amo de esta casa, que tiene usted...

—Una serpiente —interrumpió Polín.

—Un culebrón —dijo el portero—. ¡Si mal comparado ese bicho es casi tan gordo como mi muñeca!

—¡Un culebrón! —murmuró sonriendo Paradox—. Este señor llama culebrón a mi pequeño reptil. Le honra, es cierto, pero exagera. Vean ustedes —y cogió la jaula, la desprendió de su envoltura y enseñó el animalucho a las tres personas, que instintivamente retrocedieron—. Este señor —añadió Silvestre— honra a mi culebra.

Después saludó con una inclinación de cabeza majestuosa, y al mismo tiempo llena de elegancia, digna de un caballero de la Corte de Versalles.

Aquellas repeticiones del nombre vulgar de los ofidios quitaron la paciencia a Polín, que, murmurando siempre, cruzó el pasillo y comenzó a bajar la escalera.

—¿Y la tiene usted siempre así, encerrada en la jaula? —preguntó don Policarpo.

—Siempre.

—Bah... Veo que, efectivamente, ha exagerado Ramón. ¿Era esa la culebra tan gorda como la muñeca, que usted ha visto?

—A mí... eso me ha parecido.

—Bah... Bah... ¡Qué tontería! Buenos días, señor Paradox. Beso a usted la suya.

—Igualmente —murmuró Silvestre, sin saber qué es lo que quería besar al administrador, y cerró la puerta.

Volvió a quedarse solo; nuevamente empezó a pasear por el cuarto, seguido de su perro. Luego abrió la ventana y se asomó a ella. Enfrente se veía un solar, en donde estaban comenzando a edificar, lleno de montones de ladrillos y de cal, de balsas con mortero, de tornos y vigas.

A un lado, limitado el solar, veíase la parte interior de la pared maestra de la casa derribada, y era intersantísimo para

un espíritu observador como el de Silvestre, adivinar, por la clase de papel que aún cubría la pared, dónde había estado la cocina y el comedor, y reconstruir, de una manera, más o menos fantástica, las escenas que allí se habrían desarrollado.

En la casa de enfrente, a medias derribada, quedaban como embutidos en la pared algunos cuartos, que parecían de una casa de muñecas, con sus puertas y sus ventanas y los papeles todos rasgados.

Aquí, se veía la línea negra y vertical por donde pasó la chimenea; allí, el papel en zis-zás de una de las paredes de la escalera; en una ventana quedaba todavía una persiana verde, a medias recogida.

¡Cuánta historia de alegrías pequeñas, de pequeñas miserias, podrían contar aquellas paredes y aquellos escombros!

Luego de hecha esta profunda observación filosófica, Silvestre recorrió el cuarto, lo midió con sus pasos; después tomó su orientación con una brújula, que a modo de dije llevaba colgada en el cordón el reloj. Enfrascado en estos importantes trabajos se hallaba, cuando sintió como una advertencia en el estómago.

—Parece que se siente hambre —dijo paseando su mirada asombrada por el cuarto.

Yock, el perro, se puso a ladrar con furia, y agitó sus patas delanteras como para afirmar una vez más lo dicho por su amo.

—¡Querido! —le dijo Silvestre—, eres de mi opinión. Veamos nuestras arcas.

Se registró los bolsillos, uno a uno; su capital no llegaba a 75 céntimos.

—¡Bohemia negra! ¡Bohemia negra! —exclamó Paradox; y luego, dirigiéndose a *Yock*, repuso:

—Iremos a comer a casa de Avelino; comeremos mal, pero comeremos. Mi dignidad no me aconseja esta humillación; mas veo con tristeza que el estómago se impone. Síntoma de vejez.

Y poniéndose el abrigo, el sombrero y la pellica, cruzó el pasillo, salió a la escalera, la bajó y se marchó hacia la plaza de Santo Domingo, seguido de su fiel perro, el pequeño monstruo antdiluviano, que parecía un montón de lana automóvil, y del cual Silvestre decía con jactancia impropia de un filósofo que era el perro más feo de toda España.

II

El autor de esta obra, recopilador más bien de los hechos gloriosos que esmaltan y adornan la vida del ilustre Paradox, comprendiendo la inmensa ansiedad del público por conocer algunos detalles de la existencia de hombre tan eminente, hizo hace tiempo largas y concienzudas investigaciones con el objeto de encontrar un rayo de luz que desgarrara las oscuridades y tinieblas que envuelven la paradójica existencia del sabio inventor y pensador profundo biografiado en estas páginas; pero todas las averiguaciones, todos los trabajos, todos los estudios no tuvieron éxito y el autor no pudo, mal de su grado, satisfacer la legítima curiosidad del público, lleno de interés por conocer los detalles íntimos de la vida de un hombre tan verdaderamente grande, tan verdaderamente ilustre, tan verdaderamente glorioso como Silvestre Paradox.

Hoy, gracias a la amable condescendencia del distinguido catedrático de esta Universidad, don Eloy Sampelayo y Castelljo, el autor puede ofrecer al público algunos datos fidedignos e irrefutables de la vida de Silvestre.

La exactitud de estos datos no admite discusión, es absoluta; sin embargo, ha habido hombres de aviesa intención que han tratado de sembrar la duda negando, sin motivo alguno, la certeza de los testimonios más firmes y valederos.

Respecto al origen del apellido Paradox, todo el mundo sabe la divergencia de opiniones que existe entre los eruditos, así nacionales como extranjeros, pues mientras unos aseguran que los Paradox descienden de un buhonero francés, Paradox, que vino a España vendiendo ratoneras; otros hay que opinan que la familia procede de los Parados de Calahorra, uno de cuyos individuos encontró muy elegante el sustituir la S final por una X, y no falta tampoco quien indique, y al parecer con ciertos visos de verdad, que los que llevan el apellido Paradox proceden de Paradoxus, filósofo calagurritano násico, hoy desconocido, llamado así por lo paradoxal de sus doctrinas y de sus costumbres.

Sea de esto lo que se fuere, y no pudiendo dar una opinión con base cierta ni en pro ni en contra acerca de tales extremos, pasaremos a exponer los datos seguros, irrefutables e indiscutibles que nos han suministrado los apuntes de don Eloy Sampelajo y Castillejo.

.....

El recuerdo más vivo que Silvestre tenía de los primeros años de su vida, en la época del obscuro despertar de la personalidad, era la imagen del solar de unas traperas, cercano a la casa donde se deslizó la infancia de nuestro héroe, en Chamberí, hace treinta y tantos años, antes que este barrio se uniese definitivamente a la villa y corte.

De este recuerdo, que el biógrafo no puede menos de tachar de ordinario y de poco distinguido, pasaba Silvestre, cuando con la imaginación quería recordar su niñez, a otros ya más claros y concretos; pero ninguno de sus recuerdos era de cosas importantes; no podía representarse, por ejemplo, las caras de sus padres, ni la de su abuela: su memoria guardaba sólo despojos, cosas descabaladas, como si fuese también choza de traperero. Un gabinete en donde cosía su madre, tapizado con un papel verdoso lleno de barcos, que marchaban a toda

vela por entre las encrespadas olas del mar, a veces creía tenerlo delante de los ojos.

También recordaba con gran energía la tienda de ultramarinos de enfrente de su casa, con una barrica de sardinas viejas en la entrada, barrica que a la fogosa imaginación de Silvestre se le figuraba un reloj colocado en el suelo; pero lo que más impreso tenía en su memoria era el despacho de su padre, lleno, en los estantes, de libros, fósiles, minerales, y adornado en las paredes con grabados de ilustraciones.

Después recordaba los alborotos domingueros de la Era del Mico, cuando fregatrices y soldados se dedicaban a las delicias del columpio y del baile, mientras que por la calle Real cruzaban calesas, diligencias destartaladas y coches de muerto.

Ciertamente no es agradable para el biógrafo de un hombre célebre el no encontrar en la infancia de éste una frase, un rasgo que indique la futura celebridad del biografiado. Es triste. Además, nos dicen que la ciencia moderna no permite ya atribuir bellos discursos al héroe cuyas acciones se cantan. Lo sentimos por nuestros lectores y por la ciencia moderna.

Silvestre era hijo único. Su padre, doctor en Ciencias, estaba de auxiliar en el Instituto del Cardenal Cisneros, y daba lecciones en un colegio. Hombre de malísima suerte, era bastante paradójico para estar satisfecho de su ciencia, que si le producía más miserias que otra cosa, también le consolaba de ellas. Las ciencias a las cuales tuvo preferente afición el padre de Silvestre fueron las Naturales, y entre éstas se dedicó desde mozo, con la asiduidad que le permitían sus obligaciones, preferentemente a la Geología.

Era el profesor hombre de cortedad de genio exagerada: la primera vez que se presentó a oposiciones fue impulsado por su novia, la cual, con el tiempo, llegó a ser su mujer; aquel arranque de valor quiso repetirlo después de algunos años de

casado en otra oposición a cátedras en propiedad; pero tuvo que retirarse porque uno de los contrincantes, andaluz muy gracioso, empezó a hacerle objeciones y objeciones en tono de chunga, y le turbó de tal manera, que, a pesar de decirle todo el mundo que tenía la cátedra segura, Paradox pidió permiso a los profesores del tribunal para retirarse.

Con aquel genio tan apocado, era lógico que el padre de Silvestre no prosperase nada; pero como el profesor no tenía apenas necesidades, con el sueldo y alguna otra lección particular que daba, reunía lo estrictamente necesario para que pudiesen ir tirando mal que bien los individuos de la modesta tribu de los Paradox.

Silvestre de niño era guapo y rubio como las candelas. Así lo decía su abuela.

Un accidente que le pudo costar la vida afeó al futuro gran hombre: un día, mientras su padre estaba clasificando fósiles, dos chicos de la vecindad y Silvestre se encaramaron a un pesado armario vacío que estaba colocado en el pasillo de la casa del profesor, y cuando estaban más descuidados, el armario se les vino encima. Los otros dos chicos quedaron en los huecos de los estantes como caídos en un cepo, y a Silvestre, cuyo sino era sin duda el quedar descalabrado, le cayó el borde de una tabla sobre la nariz.

El padre acudió al grito lanzado por los chicos, y sacando fuerzas de flaqueza, levantó el armario con un esfuerzo nervioso, que en un hombre enfermo como estaba hubiera parecido imposible. Entre él y su mujer llevaron a Silvestre chorreando sangre a la casa de un médico homcópata de la vecindad.

El golpe no tuvo consecuencias; pero al cabo de algunos días, cuando la nariz de Paradox hijo iba recobrando, si no su primitiva forma, un aspecto de nariz posible, se cayó por la escalera y se rompió un brazo; en la convalecencia, cuando ya

empezaba a consolidarse la fractura, le dieron viruelas y éstas le dejaron como recuerdo unas úlceras en los ojos.

Por esta seria no interrumpida de calamidades, el futuro gran hombre tardó mucho en ir a la escuela, y ya repuesto del todo le llevó su madre a un colegio de la vecindad, dirigido por un maestro andaluz, tartamudo por más señas, a quien los chicos llamaban *el Boca-abierta* porque siempre estaba en actitud de papamoscas.

El tal maestro parecía, con su barba cerrada y el pelo negro espesísimo, uno de esos muñecos que salen del interior de una caja cuando se aprieta el resorte. Silvestre no debió de ganarse las simpatías del maestro, porque el andaluz *Boca-abierta* dijo varias veces a Paradox padre que su chico era muy cazarro y muy bárbaro.

No se sabe a punto fijo si era la timidez o la torpeza de Silvestre lo que le exasperaba al papamoscas del colegio; pero fuese una cosa u otra, el caso es que el buen maestro ponía las manos de su discípulo encarnadas a fuerza de correazos con una constancia y un empeño dignos de mejor causa. Los chicos le decían a Silvestre que untándose las manos con ajo saltaba la correa y no hacía daño; pero él ensayó este procedimiento y no le dio resultado alguno.

La verdad era que Silvestre en el colegio no aprendía nada, ni siquiera a leer, y en cambio sólo de oír a su padre los nombres de los fósiles, los recordaba de memoria. Las clases de *trilobites*, sobre todo desde el *paradoxides*, simpático por recordarle su apellido, hasta el *philepsia*, y el *phacops*, podía decirlos sin equivocarse nunca.

Una de las cosas, confesemos que no era muy útil, que aprendió Silvestre en la escuela con gran entusiasmo fue el hablar uniendo un sonido cualquiera a cada sílaba de las que forman una palabra, lo que hacía suponer a él y a los chicos que eran unos políglotas completos. ¡Había un sinnúmero de

lenguas! La lengua en *ti*, en *ca*, en *ra*, etcétera. Así, por ejemplo: quieres venir, en la lengua en *ti*, era: *ti-queie*, *ti-res*, *ti-ve*, *ti-nir*; pero, en cambio, en la lengua en *ca*, era: *ca-queie*, *ca-res*, *ca-ve*, *ca-nir*. Estos conocimientos llenaban de satisfacción a Silvestre y hacían sonreír pálidamente a su padre.

Como he dicho, el pobre naturalista estaba enfermo, se encontraba alicaído, y como no se cuidaba iba de mal en peor; tenía la cara de un Cristo de marfil, las manos huesudas, amarillentas, manos de santo, con los dedos largos y nudosos. Cada día estaba más flaco; Silvestre no notaba esto ni advertía tampoco la tristeza de su madre. Una vez oyó a su padre que le decía a un amigo: "Si no fuera por ellos, moriría de contento. Crea usted que desco acabar; derretirme en la nada. Estoy fatigoso de vivir." Silvestre no se preocupó del por qué decía aquello; pero al cabo de un mes murió su padre, y recordó estas palabras.

Murió el naturalista, sonriendo, un día de enero con las calles cubiertas de nieve; dio a su mujer algunas instrucciones para el porvenir, y se fue, comprendiendo que el mundo no era para él, dejando como toda herencia unos cuantos cajones de fósiles, algunos libros y unos apuntes que tenían como títulos: "PRUEBAS EN PRO DE LA TEORÍA DE WEISMAN" Y "CONSIDERACIONES ACERCA DE LA EVOLUCIÓN DE GREGARINAS."

Después de contemplar muchas veces a su padre muerto, en el gabinete de papel con los barcos, que olía a cirio y a pintura de la caja fúnebre, cuando Silvestre se acercó al balcón mientras su madre y su abuela lloraban y vio al coche mortuorio modesto que se alejaba seguido de dos simones por la carretera blanca, muy blanca, cubierta de nieve, sintió la primera idea negra de su vida.

¡Oh, qué fría debía de estar la tierra!

Pasaron unos meses y tuvieron que ir vendiendo de mala manera los libros y los fósiles del profesor y se decidió que la familia, compuesta por Silvestre, su madre y su abuela, se trasladase a Pamplona.

Entre las dos mujeres y el chico, ayudados por una vecina muy amable y servicial, embalaron los muebles, los enviaron a Pamplona, y mientras esperaban la noticia de que habían llegado, la misma vecina les prestó algunos utensilios indispensables para hacer la comida y dormir durante aquellos días.

En el viaje, a Silvestre le ocurrió un accidente ridículo: bajó del tren en la estación de un pueblo de Navarra a satisfacer una necesidad perentoria, y no hizo más que alejarse un poco y arrimarse a una tapia, cuando el tren comenzó a andar.

Silvestre vaciló en un principio, se levantó y pensó en echar a correr; pero meditó, y comprendiendo que no podría alcanzar el tren, que empezaba a tomar velocidad, se quedó junto a la tapia, para hacer al menos algo de un modo completo.

Su madre y su abuela quisieron bajarse del coche en que iban, pero los empleados se lo impidieron.

—Se les llevará el chico. Deténganse en la próxima estación

—les dijo el jefe.

Silvestre fue llevado a la oficina del telégrafo, y contempló allí con curiosidad cómo el empleado hacía funcionar el telégrafo de Breguet; luego, le dijeron que tendría que esperar a la noche para ir al pueblo inmediato, a no ser que quisiera ir solo.

—¿Se tarda mucho tiempo? —preguntó Silvestre.

—Una hora.

—Entonces iré solo.

—Bueno, no tienes más que seguir la vía; en el pueblo de al lado te esperan.

Silvestre echó a andar. Era un medio día de primavera.

¡Qué impresión le produjo al joven Paradox el campo, las eras verdes y las amapolas que brillaban como gotas de sangre en los prados!

Atravesó Silvestre varios arroyuelos por puentes de traviesas, pasó por debajo de un túnel muy corto, y al cabo de hora y media estaba en la estación inmediata. En el andén esperaban a Silvestre su madre y su abuela. El chico se acercó con cierta escama, pensando en los dedos de su abuela, que cuando pellizcaban hacían cardenales; pero la buena señora en aquella ocasión estuvo parca; Silvestre no pudo menos de reconocerlo.

El tren siguiente salía a la noche; no era cosa de esperar allí, y se dirigieron los tres hacia el centro del pueblo por una calle estrecha, que desembocaba en una gran plaza rectangular llena de barricas, en donde les habían dicho estaba la posada. Era ésta una casa grandísima de ladrillo con arcos hacia la plaza; desde el portal hasta las guardillas olía a viejo, y en los rellanos de la escalera se tropezaba con barreños y tinajas rebosando mosto.

En la posada, Silvestre se entretuvo en estropear una máquina de coser que había en la sala, lo cual se guardó muy bien de contárselo a nadie.

Al anochecer, la madre de Silvestre tomó tres asientos de tercera en un tren de mercancías, y la familia sin más tropiezo llegó a Pamplona.

Un tío de la madre de Silvestre había buscado ya la casa; los muebles estaban también en ella; se decidió ir inmediatamente a ocuparla. La madre de Silvestre, nacida en el pueblo, no pudo encontrar de noche la casa; se perdió y se perdieron

todos. Después de preguntar varias veces y de andar haciendo rodeos, dieron con la calle, una calle solitaria y triste, entre cuyo empedrado crecía la hierba.

La abuela, que en su tiempo había leído *Los Misterios de París* y *El Judío Errante*, aseguró que la tal calle era de las que pintan en las novelas para describir el sitio de un crimen. A larguísima distancia uno de otro, había algún farol de luz mortecina.

Silvestre iba asustado, lleno de miedo; al pasar los tres junto a algunos portales, las pisadas resonaban como en hueco.

Encontraron el número de la casa: en un granero de la planta baja les dieron la llave, y subieron los tres al piso segundo.

La habitación alquilada para ellos era grande, con un pasillo larguísimo; la abuela la encontró destartada; y efectivamente, tenía una disposición tan asimétrica, que sólo podría explicarse suponiendo que los cuartos aquellos habían pertenecido a dos casas, a las cuales unieron después horadando una pared maestra. Había aposentos que para su acceso tenían cuatro y cinco escalones.

A Silvestre le producía la casa una impresión de abandono y de melancolía; pero, a pesar de esto, le gustaba más que aquella estrechísima jaula de Madrid donde vio transcurrir su infancia. El detalle de los escalones para subir a los cuartos, sin saber por qué, le regocijaba.

Luego de llegar, encendieron una lamparilla de aceite que la abuela había tenido la previsión de poner en el cesto entre las cosas indispensables, y mientras ella se ocupaba en encender lumbre, Silvestre y su madre fueron con dos pucheros, lo único que encontraron a mano, a la fuente de una plaza próxima. Después de lavarse las tiznadas caras, cenaron algo de lo que había sobrado de la merienda de viaje; entre los tres desataron los colchones, hicieron las camas sobre el suelo, rezaron el rosario y se acostaron.

Ocupóse la familia los días siguientes en el arreglo de la casa, y la abuela y la madre de Silvestre se afanaron en dar lustre al suelo, uno de los pocos lujos que las pobres podían darse sin gasto. Silvestre estaba en sus glorias: tenía libertad para ir y venir a jugar a la pelota en la calle; pero sus glorias no duraron mucho: su madre le llevó a un colegio, y transcurridos unos meses tuvo que ingresar en el Instituto. Así pasaron los tres, medio año, viviendo juntos; pero como los ingresos de la casa, que estribaban en la pensión de la viuda y una exigua renta de la abuela, no correspondían a los gastos, antes de entramparse, la madre de Silvestre comenzó a hacer trabajos de zapa para llegar a una reconciliación con sus tíos, con los cuales estaba indispuesta por haberse casado a disgusto de ellos con el naturalista.

La viuda de Paradox era tan hábil y al mismo tiempo tan buena, que supo conquistar a sus tíos al vuelo: pero no pasó lo mismo ni con Silvestre ni con la abuela, pues a los dos los recibieron los tíos con una frialdad desdeñosa. La abuela, que no se mordía la lengua, tuvo el gusto de decir un día una serie de cosas gordas a los parientes de su nuera, y tan tirante se hizo la situación, que la pobre mujer, comprendiendo que era un obstáculo para la completa reconciliación entre su nuera y sus parientes, manifestó el propósito de marcharse a San Sebastián, a casa de una antigua criada que era patrona de huéspedes.

La despedida fue muy triste; la abuela y la madre de Silvestre, que se querían y se llevaban muy bien, se abrazaron y lloraron a lágrima viva al despedirse. Pocos días después Silvestre y su madre levantaron la casa y se fueron a vivir con sus tíos, don Francisco, doña Tadea y doña Josefa del Hierro, tres especies de momias de lo más desagradable que puede darse en el género, y que vivían en un caserón lóbrego y tristísimo de una calle en los alrededores de la Catedral.

De las tres momias, sobre todo doña Josefa, la tía Pepa, era insoportable, por gruñona y fastidiosa. Tenía una nariz de esas de caballete, horizontal en su nacimiento, y que luego se arrojaba por la vertical con fuerza y desesperación tan grandes que chocaba con el labio; padecía una úlcera crónica en el ojo izquierdo, y sobre él llevaba una cortina verde; pero la fuerza del ojo derecho parecía haberse reconcentrado en el izquierdo: tanto brillaba éste de inteligencia y de malicia en la hundida órbita.

Era aquella doña Josefa la mujer más astuta que ha comido pan; no se la engañaba fácilmente, ni mucho menos. Siempre estaba en guardia; ponía nueces junto a las patas de las mesas y debajo de los armarios, para sorprender a las criadas por si no barrían bien; husmeaba y fisgaba todo con su ojo siniestro; su nariz le servía de sonda en las intenciones ajenas.

Tenía la chifladura clasificadora y coleccionista; para ella el mundo era una inmensa guardilla que había que ordenar y clasificar; guardaba lo que encontraba en varios paños, hacía un envoltorio, y al envoltorio le ponía una etiqueta con su letrero. Por su gusto hubiera envuelto en paños hasta las sartenes de la cocina.

Un día, que por casualidad leyó Silvestre unas etiquetas de dos envoltorios del armario de la tía Pepa, se asustó, en uno ponía: "Pedazos de la piel de Panchita"; en el otro: "Dentadura de Deogracias". A Silvestre, al ver aquello, se le metió en la cabeza que su tía ocultaba un cementerio en el armario, y se le ocurrió la idea absurda de que en uno de aquellos estantes la tía Pepa debía tener guardado un hombre muerto, idea estúpida que no pudo desechar hasta después de pasado mucho tiempo.

No hizo más que llegar Silvestre por primera vez a casa de sus tíos y dar algunas ligeras muestras de su natural salvajismo, cuando la tía Pepa comenzó con el catálogo de sus advertencias:

—Mira —le dijo—, no se abren las ventanas de día, porque se ajan los muebles y las alfombras.

—No se abren las ventanas de noche, porque entra el relente.

—No se contesta a los mayores.

—En la cocina, los niños no tienen nada que hacer.

—¿No quieres sopa? Pues no puedes almorzar.

—Los niños no deben de tomar café.

—No se coge así el tenedor.

—No te sientes en los sillones, porque les rompes los muebles.

—No tienes nada que hacer en la sala.

Silvestre, aturcido con tanta advertencia, no hacía los primeros días más que barbaridades.

La tía Tadea era muy distinta de su hermana; debió de haber sido hermosa en su juventud, y en las ruinas producidas por los años se notaba alguno que otro rasgo de su antigua belleza. Tenía la nariz larga como su hermana, pero recta; la boca pequeña, llena de arrugas que irradiaban a la cara; los ojos hundidos; el arco ciliar perfectamente dibujado; el pelo negro a pesar de la edad, que frisaba en los setenta; la piel blanca, marfileña, y en las sienas venas azules como cabelleras de Medusa, abultadas y endurecidas. Era una mujer egoísta y sin afectos, lo cual no le había impedido divertirse en su juventud de una manera un tanto borrascosa.

Doña Tadea tenía la vejez poco respetable, era vieja, no anciana; su egoísmo le había ido suprimiendo toda clase de necesidades espirituales, y el único instinto que sobrenadaba en su alma era el de conservación, manifestado por dos necesidades que satisfacía a todas horas: la de dormir y la de comer. Ni aun siquiera iba a la iglesia. Comía de una manera

más ordinaria que un patán. Generalmente no usaba servilleta para limpiarse la boca, y le quedaban colgando de las comisuras de los labios dos churretes, que al final de la comida, cuando quedaba como aletargada, se los limpiaba su hermana con la servilleta.

En la mesa, doña Tadea tenía que elegirlo todo; pinchaba la carne con el tenedor, con objeto de escoger la tajada más blanda; manoscaba las frutas para tomar las maduras, y no quería beber nunca el vino que quedaba al final de la botella.

Tenía la buena señora el olfato muy desarrollado, y como el mal olor no le dejaba dormir y tenía más miedo a los constipados que al demonio, hacía llevar a la muchacha una caja misteriosa a la sala, y allí, enfrente de los retratos de sus antepasados, depositaba lo único que material e intelectualmente producía su cuerpo; después se encerraba en su cuarto y mandaba abrir las ventanas de la sala.

Don Paco del Hierro, hermano de doña Tadea y de doña Josefa, era alto, delgado, esbelto; tenía la cabeza pequeña y la frente estrecha y deprimida. Su nariz era ganchuda como la de un loro; los ojos grises, sobre los cuales caían las cejas como dos pinceles; la barba cuadrada y saliente, tapada por un bigote áspero y cerdoso. Quizá un naturalista hubiera encontrado en su tipo una reminiscencia del antropopiteco de la Lemuria Haeckeliana.

En casa de los tíos de Silvestre se observaban tradicionales costumbres, que habían ido tomando el carácter de instituciones. Los huevos se compraban por cientos, y a la noche llegaba el momento de examinarlos, se ponía la cesta encima de la mesa, y don Paco, poniéndolos uno a uno frente al quinqué, iba mirándolos al trasluz por entre el hueco de su mano semicerrada como por un antejo. Los huevos más grandes, más claros y sin corona se reservaban para la tía Tadea; los que venían después de estos en importancia eran para la tía

Pepa; los siguientes, para la madre de Silvestre; los inferiores a éstos para don Paco; los otros para Silvestre, y los últimos para las muchachas.

El cocer los huevos tenía también sus preparativos y sus ceremonias. Cuando llegaba tan crítico momento, el tío Paco sacaba el reloj y lo ponía encima del mantel.

—Que se pongan a cocer los huevos —gritaba con voz fuerte para que le oyesen en la cocina.

La muchacha echaba los huevos en el agua a la voz de mando.

A esto sucedía en la mesa un momento de religioso silencio.

—¿Estarán? —decía doña Tadea con ansiedad.

—No. Todavía no —contestaba don Paco mirando al reloj atentamente, comprendiendo la gravedad de las circunstancias—. No han pasado los dos minutos y medio.

Porque los huevos para doña Tadea necesitaban estar cociendo dos minutos y medio; ni un segundo, ni fracciones de segundo más ni menos.

—Más seguro que lo del reloj —y esto lo decía a todas horas doña Tadea y lo confirmaba doña Pepa—, es el rezar tres credos, con lo cual se obtiene el resultado positivo de cocer bien un huevo, y el un tanto más problemático de ganar la gloria. Pero el servicio está de una manera...

La tía Pepa era un pozo de ciencia popular. Sabía una porción de habilidades y virtudes fantásticas de las cosas; las debía tener perfectamente catalogadas en su inteligencia: repetía que el chocolate con canela es ardiente, el agua y leche refresco, las acelgas un alimento sano, el apio bueno para la orina. De microbiología tenía también conocimientos: aseguraba que el vinagre mataba los bichos del interior.

Un espíritu tan clasificador y dogmático como doña Pepa no comprendía que un alimento cualquiera escapase a su cuadro sinóptico, y así, una de las cosas que la perturbaban a veces presentándose ante su cerebro como un enigma, era una cuestión como éstas, por ejemplo: los guisantes: ¿son alimento sano o flatulento? Después de las alcachofas, ¿es mejor beber agua o beber vino?

Uno de los descubrimientos que hizo Silvestre a los pocos meses de vivir en casa de sus tíos fue que doña Pepa le esca-moteaba a su madre y a él todo lo que les cogía, con el pretexto de guardarlo bien. Otro descubrimiento que no se tardaba mucho en hacer, porque estaba a la vista, era el de la tontería y absoluta sandez de don Paco. Tenía el buen señor, con sus hermanas, una renta no muy grande, pero sobrada para hacer la vida que llevaba, y como desde niño se había propuesto firmemente no trabajar, cumplía su propósito como ninguno.

A don Mateo, un cura gordo y apoplético, de esos batalladores cuya fama de gran hombre en la ciudad provenía de haber dicho desde el púlpito, a raíz de la revolución de Septiembre, que el matrimonio civil es el concubinato y el libertinaje, le decía el tío Paco cuando le veía leer "El Siglo Futuro":

—Parece mentira que esté usted matando así sin necesidad.

El tío Paco tenía el alma de una solterona gazmoña. No se atrevía a contradecir nunca a sus hermanas, y menos, muchísimo menos a la íntima amiga de éstas, doña Carlota Urráziz, una vieja arrugada y más seca que la yesca.

De más edad que doña Pepa y doña Tadea, doña Carlota se enorgullecía por estar más fuerte y más activa que ellas.

Doña Carlota tenía un entusiasmo carlista recalcitrante. Se pasaba el día en la iglesia, con una sillita de manos bajo el

brazo; estaba enterada siempre de todo lo que pasaba en el pueblo, y era como la gacetilla viviente en casa de los tíos de Silvestre.

Como leía «La Unión Católica» y algunas obritas de literatura piadosa, era un tanto redicha y literata y tenía un caudal de palabras y frases elegantes que barajaba en su conversación con verdadera coquetería. Hablaba de sus horas de asueto, de sus amenas lecturas...

Un día, contando que en una calle había visto un oso que iba atado de una cadena y llevado por un bohemio, dijo:

—Al verlo sentí una pavora no razonada y reculé para atrás.

Otro día dijo que le gustaba por las mañanas ir a respirar el aire matinal, y a ver cómo reverberaba el oxígeno en los árboles de la Taconera.

Una vez se suscitó entre don Paco y doña Carlota una gran cuestión acerca de unas capellanías de Arbea, pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa, capellanías que eran patrimonio de la familia de los Elizabides; doña Carlota aseguró que su primo don Baltasar había dicho siempre que los tales privilegios pertenecían de derecho a Senén Elizabide, y entonces saltó don Paco diciendo que las capellanías le correspondían a él, y a no haber mediado el grandísimo pillo y ladrón del escribano don Baltasar, el pariente de doña Carlota, el cual, más traidor que Judas, ocultó unos documentos, a él le hubieran correspondido y no al bribón de su primo, no sólo los privilegios y la vizcaíña, sino también las tierras y posesiones de la familia.

Por aquel asunto, en que doña Tadea y doña Pepa se pusieron del lado de su hermano, estuvieron a pique de suspenderse las relaciones entre doña Carlota y los tíos de Silvestre.

El primo Senén, a quien no se le mentaba en la casa nunca sólo por su nombre, porque se le adornaba con los epítetos de

bribón, pillo y perdido, vivía en Arbea, en la antigua casa solariega de su familia, con una sobrina viuda que tenía un hijo ya mozo. Era hombre alto, fornido, cuadrado de hombros, de cara fosca y picada de viruela; a veces tenía una amabilidad tosca de antiguo hidalgo aldeano, pero más a menudo era impertinente, grosero y mal hablado. Según decían las tías de Silvestre, había hecho una porción de barbaridades en sus correrías por el mundo.

Don Senén era jugador como un demonio, y a los pocos días de llegar a Pamplona comenzaba a frecuentar un garito de la calle de Estafeta, en donde jugaba sus ahorros del pueblo y salía siempre perdiendo.

Una noche le llevó Silvestre al teatro, y después de la función no tuvo escrúpulo en que el muchacho le acompañase al garito, y aquella noche ganó. Entonces se le metió en la cabeza que su sobrino le daba buena suerte, y todas las noches le llevaba a la misteriosa chirlata, y a veces quería que el mismo Silvestre fuera quien apuntase a la sota o al as.

Al salir del garito le recomendaba siempre que no dijera nada a sus tíos, sobre todo a don Paco, una vieja momia del Pacífico, así le llamaba él, que no servía para maldita la cosa.

Don Senén le contó a Silvestre un detalle gracioso de la indumentaria de don Paco.

—Sabes —le dijo—, ese chimpancé tiene unas mismas mangas para la levita y para el frac.

—¿Una para las dos cosas? —preguntó admirado Silvestre.

—Sí, tenía esas dos prendas, que debían ser de su padre, desde hace mucho tiempo, pero a la levita, con el roce, se le rompió el paño por los codos. Como el frac no lo utilizaba más que algunos días de gran fiesta que repican gordo, le dijo a la tía Pepa que descosiera las mangas al frac y se las pusiera a la levita. Pero vino el Corpus, y ese macaco se encontró con

un frac sin mangas, y la tía Pepa las quitó de la levita para volvérselas a poner al frac, y ahora, por si acaso, lleva las mangas de la levita hilvanadas.

Fuera porque el viejo don Senén creyese que su sobrino le daba la suerte, o por simpatía, el caso es que hacía muy buenas migas con Silvestre. Este afecto que manifestó por su sobrino contribuyó en no poco a que Silvestre fuera menos estimado por sus tías, y se predijo que sería como don Senén, perdido, jugador y vicioso.

Tanta antipatía y despego tenían en la casa por Silvestre, como cariño por su madre. Verdad que ésta era tan humilde, tan sencilla y tan buena, que hasta aquellas tres momias egoístas, que vivían como ostras dentro de su concha, no podían sustraerse a su encanto.

Gracias a la protección de aquella buena hada, vivía Silvestre tranquilamente; pero la buena hada iba languideciendo y quedándose tan flaca que parecía transparente.

De noche, madre e hijo hablaban en voz baja del muerto; pero los recuerdos, que en ella producían lágrimas de tristeza resignada, ocasionaban en Silvestre una sorda rebeldía contra todo. Después de largas conversaciones, el hijo se dormía y la madre quedaba siempre despierta.

A los dos años de llegar a Pamplona, la madre de Silvestre murió; antes le dio muchos consejos a su hijo de que fuera obediente y bueno, de que estudiase; luego le puso un escapulario, en el cuello, de la Virgen del Carmen, y quedó muerta.

En las visitas de pésame, los tíos, que depositaron toda la poca efusión de sus almas secas en el cariño por su sobrino y que no podían querer, sin odiar al mismo tiempo algo, se desataron en improperios contra el pobre naturalista y toda la familia de Paradox. Silvestre, aplanado en parte por el dolor y

lleno de indignación rabiosa contra sus tíos, cayó en la huraña y salvaje melancolía.

Poco a poco la intensidad del dolor pasó; pero la rebeldía quedó siempre latente, manifestándose por una audacia y un descaro inauditos.

III

Los espíritus curiosos y observadores a la par habrán notado que los chicos tienen más travesura y malicia en las capitales de provincia que en Madrid, y más todavía en las ciudades pequeñas que en las grandes. Hay capitales de provincias que parecen pobladas únicamente de chiquillos y de chiquillos traviesos, y esto se debe ¡ah, señores!, no sólo al número de nacimientos, mayor según la estadística, en los pueblos pequeños, sino también a la absoluta libertad que tienen ciertos pimpollos en las calles de las ciudades de corta población, para estorbar, molestar y estropear a los transeúntes pacíficos, libertad de la cual no disfrutaban los muchachos de la corte, por ejemplo, en donde los hijos de las familias acomodadas, y aun los de las familias pobres, están siempre bajo la férula de algún maestro, preceptor o criada que coarta los derechos individuales de los chicos, también guardados en esa arca santa de nuestras libertades, arca misteriosa e invisible, sólo vislumbrada por algunos políticos y periodistas.

Silvestre estudiaba el segundo año de Instituto, y gozaba ampliamente de las supradichas libertades; ya había llegado a ese estado de superioridad que permite faltar a clase tres y cuatro días seguidos, y aunque estas hazañas suyas eran conocidas bastante frecuentemente en su casa, reincidía dando prueba de su consecuencia y de su carácter.

Se reunía con los chicos más granujas del pueblo; sus diversiones favoritas eran apagar farolas, envenenar lagartijas con tabaco para que *tocasen el tambor*, correr por entre los antiguos cañones que estaban emplazados en la muralla en un sitio llamado el Redín, y jugar al palmo, a las chapas y al marro en la plaza del Castillo.

En verano era una delicia bañarse en el Arga, en la Peñica, lugar donde concurrían los aprendices en el arte de natación, o en el Recodo, punto reservado ya para los maestros en tan arriesgado ejercicio.

La vida de Paradox era un tanto salvaje, a pesar de reprimendas y palizas de maestros y de parientes.

Reunido con una cuadrilla de alborotadores que se pasaban los días inventando diabluras, Silvestre no les iba a la zaga. Rompía los cristales de las casas, tirando piedras a mano o con tiradores, entraba de campeón en las fenomenales pedreas que se organizaban en la Vuelta del Castillo, en las que salían a veces algunos chicos descalabrados, y en todas partes donde se tratara de hacer una barbaridad tenía su puesto.

Una diversión admirable para la cuadrilla, compuesta sólo de espíritus fuertes y emancipados, era tirar piedras al palacio del obispo, desde la muralla. La parte trasera del palacio estaba en completa desolación y desmantelamiento; las ventanas rotas, desvencijadas; en vez de vidrios rotos sólo se veían restos de una antigua tela metálica. Cuando entraban las piedras por las ventanas del palacio y caían en el suelo, que debía ser de madera, resonaban misteriosamente. Silvestre calificó aquel ruido de *ruido a cráneo*, cosa que a él le parecía significativa y extraña.

También era un gran placer el jugar en las carretas de bueyes, montándose uno en el extremo de la lanza, mientras que otros varios, subidos en la parte de atrás del carro, elevaban al que se montaba en la lanza a gran altura, y muchas veces le

dejaban caer de golpe; pero esto ya pertenecía, según Silvestre, a los rudimentos del calaverismo, era sólo para los pipiolo; pues no podían compararse estas diversiones primitivas con otras, como la misma de producir el ruido a cráneo en el palacio del obispo, o con el entretenimiento de poner petardos en la casa de los canónigos de la Catedral.

Por las noches, después del repaso de latín en la academia de un antiguo dómine, a quien se le distinguía por los motes pintorescos de *Abadejo* y de *Piojo blanco*, por ambos era conocido, se reunían los condiscípulos de primero y segundo de latín; entre estos últimos estaba Silvestre, y una de sus mayores diversiones era el ir en fila haciendo todos lo que hacía el que marchaba a la cabeza; en donde el primero daba un taconazo había que dar un taconazo, en donde daba tres golpes con los nudillos era indispensable, a trueque de quedar deshonrado ante los ojos de los compañeros, hacer lo mismo. Los últimos puestos de la fila eran por lo tanto para los más audaces; el primero, como es natural, para el más ocurrente, chistoso y atrevido.

Había un barbero en la calle de la Curia que tenía colgada en la fachada de su establecimiento una bacía dorada como muestra, y al hombre le entraba una rabia loca al ver a los chicos pasar por el lado de su tienda, pegando uno tras otro un golpecito en la bacía. Salía el barbero a la puerta de su casa enfurecido, dispuesto a todo, y al que le cogía le hartaba de mojicones y de puntapiés hasta cansarse. Por eso era empresa meritoria y verdaderamente digna el ir a desafiar su cólera.

En cambio, a los chicos les parecía de muy mal gusto la pasividad y la resignación de un tendero que construía, junto al cristal del escaparate, una pirámide de pelotas y que no hacía caso de que la derribaran. Pasaban los de la cuadrilla, daban un golpecito en el cristal del escaparate, la pirámide se desmorono-

naba y las pelotas iban rodando alegremente. El tendero volvía a colocarlas con la mayor tranquilidad y paciencia; quizá el buen señor, no teniendo que hacer, se entretenía construyendo pirámides de pelotas. Una resignación de tan mal gusto ofendió tanto a Silvestre y a sus amigos, que no volvieron a ocuparse jamás del hombre de las pirámides. Se hubieran creído deshonrados acercándose a su tienda.

En cada sitio y en cada persona había siempre algo que hacer o decir. A la estanquera de los lunares, siempre de charla o flirteando con algún oficialillo, se le decía una cosa fea desde la puerta del estanco, una barbaridad, y tiraba cajetillas de rabia. Así corría la voz, aunque no estaba comprobado el hecho. A un pobre señor excéntrico, que llevaba una enorme peluca rubia, se le gritaba: "¡Protestante!", alargando la *e*, y se echaba a correr, de miedo de que siguiese, aunque nadie lo había visto hacer tal cosa.

Se señalaban seres misteriosos, como *la Chaleca*, por ejemplo, la mujer estrafalaria, vestida de una manera muy chocante, que a veces tenía la ocurrencia de ponerse una almohada sobre el vientre, debajo de la falda, para hacer creer que estaba embarazada.

Había también un tipo raro, un hombre que daba caramelos a los chicos; era seguramente uno de esos solterones sentimentales amigo de los niños; pero Silvestre y sus camaradas descubrieron la verdadera causa que impulsaba al hombre a hacerles aquellos regalos: los caramelos estaban envenenados; cierto que nadie había muerto, ni se había puesto malo, comiéndolos. No importaba. Los caramelos estaban envenenados.

Era otro motivo de preocupación una borracha, Pepita, a la cual colgó una de aquellas imaginaciones fantásticas que llevaba en un tarro, en donde seguramente la pobre recogía co-

lillas, aceite de vitriolo para echárselo en la cara al primero que la dijese algo insultante.

Era un mundo de tipos que en la imaginación de Silvestre y de sus compañeros tomaba una brillantez asombrosa: Gonzalón el ministro, el terrible Gonzalón, cabo de municipales, que perseguía furibundo a los chiquillos; el sastre *Viva el amor*; el médico Pérez, finchado y vanidoso, que paseaba por los arcos de la plaza haciendo crujir las botas; luego aquella tropa de capitanes con grado de comandante, todos sargentos de la guerra de África, siempre juntos todos, con aire de mal genio, ademanes fieros y bigotes de cepillo.

¡Y el ciclo de los juegos! ¡Qué preocupación para Silvestre era el pensar en esto! “¿Quién dispondrá —pensaba él— cuándo se ha de empezar a jugar a los bolos, y cuándo a las chanflas y a los cartones de las cajas de cerillas, y cuándo al marro, a la comba, al vico, al trompo y a los ceros?” Silvestre pensaba que la orden debía venir de fuera, del Gobierno seguramente, de Madrid, un pueblo admirable, que entre sus amigos era el único que había visto, y del cual contaba maravillas.

Silvestre abusaba un tanto de la superioridad de haber estado en Madrid, y contaba, como si le hubiesen ocurrido a él, todas las cosas que había oído a su padre y a los amigos de casa, e inventaba también algunas historias; pero en esto tenía un contrincante invencible, un compañero suyo a quien por apodo llamaban *Maca*. Era el tal de esos chicos que tienen ocurrencias: metía lagartijas en la campanilla de la mesa del profesor, ponía alfileres en los bancos, llevaba perros a la clase; era una especialidad en las formas primitivas de la mixtificación.

—Oyc —decía algún compañero con voz confusa—. ¿Has ido a eso de la aec?

—¿Qué? —preguntaba el interpelado.

Y en seguida *Maca* contestaba como Cambronne: M...

Una de sus bromas con un condiscípulo roncalés, que estaba con el pelo de la dehesa, tuvo resonancia.

Había entonces en el pueblo una compañía de zarzuela que solía ir todos los años a Pamplona. *Maca* había conseguido un pase por un tío suyo que estaba empleado en el Gobierno civil; compañeros suyos, Silvestre y los demás, iban al paraíso a ver la función los domingos por la tarde.

El roncalés, que era agarrado como una lapa, dijo cándidamente a sus amigos un domingo:

—Yo ya iría al teatro, pero sin pagar. ¿Vosotros pagáis?

—¡Nosotros! Ca, hombre —le contestó *Maca*—. Nosotros vamos, ¿sabes?, y le decimos al de la puerta: «Un real he pagado el gallinero», y nos deja entrar.

—¿Sólo con decir eso?

—Sólo con eso. Ya verás cómo entro yo.

Efectivamente, entró, enseñó el pase disimuladamente, estuvo un momento y volvió a salir.

—¿Ves? ¡Pues a ti te dejarán pasar lo mismo si dices eso!

El roncalés se decidió.

—¿Y el billete? —le preguntó el conserje.

—Un real he pagado el gallinero —contestó el roncalés.

—Eh, ¿qué dices?

—¡Que un real he pagado el gallinero!

—El billete, o no se entra.

Y el conserje agarró del brazo al roncalés y lo echó fuera.

—¿Qué? ¿No te han dejado pasar? —le preguntaron todos.

—No —dijo el cerril muchacho.

—Porque no le has contestado bien —saltó *Maca*—. Si le hubieras dicho fuerte y mirándole a la cara: «Un real he paga-

do el gallinero", pero así, fuerte, ya te hubiera dejado pasar, porque esa es su obligación. Y si no, ya verás cómo entra éste.

Uno de los amigos que tenía contraseña se la enseñó al conserje y pasó.

—¿Ves... Ves?...

Y el roncalés se determinó nuevamente.

—¿Y el billete? —le volvió a preguntar el conserje.

—Un real he pagado el gallinero —gritó con energía el roncalés.

—¡Conque un real! —murmuró el conserje amoscado, creyendo que se trataba de una burla—. ¡Conque un real!

—Sí, señor; un real he pagado el gallinero —vociferó el chico.

—Fuera de aquí, tunante --y el de la puerta arrimó una bofetada al chico, que le contestó con un puñetazo en el vientre; hubo gritos, patadas, salió gente del teatro, vino un ministro (allá a los guardias de orden público se les llama ministros), se armó un alboroto morrocotudo, y la banda de chicos desapareció en un vuelo.

Al día siguiente el roncalés quiso pegar a alguno; pero *Maca* le convenció una vez más de que la culpa era suya por no haber sabido decir bien y a tiempo, con la suficiente energía, aquellas palabras mágicas con las cuales se abren las puertas de cualquier teatro.

Con aquella vida al aire libre, siempre corriendo, jugando a la pelota y subiéndose a los árboles, se pasaba el tiempo admirablemente; pero las traducciones de latín no adelantaban; llegó Junio, Silvestre se examinó y salió mal.

Al entrar en su casa se armó la de Dios es Cristo; la tía Tadea le dio un pellizco, en tres tiempos, que le dejó tres cardenales en el brazo; la tía Pepa le echó un sermón de dos ho-

ras, y el tío Paco quiso pegarle con un bastón, pero tuvo que desistir de su intento porque Silvestre echó a correr por la casa como un loco, derribando todos los muebles que encontró al paso.

Desde entonces los tíos prohibieron a Silvestre salir de casa, y quedó sometido a la más estrecha vigilancia. Pero con esto no se arregló la cuestión. Silvestre no estudió más encerrado que libre. Un amigo, con la piedad que tienen los amigos para el que está castigado, le prestó "Robinsón" y dos tomos de novelas de Julio Verne y de Maine Reid.

Silvestre, enfrascado con aquellas lecturas, empezó a soñar con historias y viajes maravillosos. Las novelas las guardaba en el fondo de la chimenea, y durante la hora de estudio las solía estar leyendo, con gran asombro de sus tíos, que le miraban por el agujero de la llave y creían que estudiaba. Llegó su cinismo hasta ir a la iglesia con un tomo de Robinsón Crusoe, que tenía una pasta parecida a un libro de misa, y pasarse, en compañía de Robinsón y del negro Domingo, desde el *Introito* hasta el *Ite misae est*.

Se examinó Silvestre en Septiembre y, cosa notable, salió bien, aunque sabía menos que en Junio, y al curso siguiente volvió a tener alguna libertad para salir; pero en vez de juntarse con la antigua pandilla de amigos, que celebraba sus reuniones en el billar de una taberna infecta de la calle de las Mañuetas, y encontrándose superior a sus camaradas, comenzó a andar solo para pensar a sus anchas en sus héroes, y se subía por las tardes a un árbol carcomido de la Taconera, el árbol del Cuco, y allí ya se figuraba estar en las islas fantásticas y dominios espléndidos ideados por sus autores favoritos.

Una vez se metió en un cajón en el río en busca de aventuras, y a poco estuvo de que no entrara con su frágil barquilla en la boca de un molino.

Otro día pensó en hacer una excursión al monte de San Cristóbal; con este objeto fabricó sigilosamente, sin que nadie le viera, con la carne que le sobraba del cocido el indispensable *pemnican*, tan útil a los exploradores de los países helados. También hizo una cuerda retorciendo trozos de bramante, para las grandes ocasiones.

Cuando después de una caminata bastante molesta llegó Silvestre a la punta del monte, con su *pemnican* y su cuerda, por más esfuerzos que hizo no pudo utilizar la cuerda, ni pudo comer el *pemnican*, que estaba completamente podrido.

Pero estos son percances propios y naturales de todos los aventureros. Como Silvestre esperaba hacer grandes viajes y tener muchísimas aventuras, compró un gran cuaderno, al cual puso en la portada con letras grandes: DIARIO DE MI VIDA, y para escribir este relato, que sería admiración de los mundos venideros, fabricó tinta e hizo una pluma con caña, despreciando las plumas de acero que podría suministrarle la industria.

Dibujó un sinnúmero de planos de la casa que pensaba construir cuando llegase a algún país inexplorado de América o de Oceanía, e hizo una verdadera escuadra de buques de madera, de cartón y de papel. Estos últimos eran de lujo; los de madera no, se botaban en un abrevadero del camino de la Puerta Nueva, y todos tenían nombres notables: "Nautilus", "Astrolabio", "Capitán Cook", etc., etc.

Desdichadamente, el tío Paco no tenía el mismo respeto por las construcciones arquitectónicas y navales que su sobrino, y un día cogió los barcos, los planos, las recetas para la fabricación del *piroxilo* y otras cosas importantes y las tiró por el balcón.

Silvestre juró tomar venganza fiera, cuando le comunicaron una noticia terrible. Su abuela se estaba muriendo en San

Sebastián. Un desconocido le enviaba un telegrama diciendo que fuera allá y pidiese dinero a sus tíos para el viaje.

Silvestre lo hizo y se metió en el tren solo. Llegó a San Sebastián por la tarde. Su abuela estaba gravísima. Ni hablaba ni oía. En la casa habían entrado unas viejas comadres que andaban revolviendo armarios y cómodas. Por la noche la abuela murió.

Silvestre, por no estar en compañía de aquellas viejas comadres que daban órdenes como si estuvieran en su casa, se marchó a la calle a pasear. No había notado que era domingo de Carnaval. Estaba lloviendo; por los arcos de la plaza de la Constitución paseaban grupos de modistas y dependientes de comercio, de soldados, de criadas y de marineros. Silvestre se encontraba solo, tan solo como si fuera el único habitante de la Tierra. Paseó por las calles y por el muelle a pesar de que la lluvia arreciaba; cuando estuvo rendido y calado volvió a casa. Las comadres habían amortajado a la abuela; estaba el cadáver en la caja rígido, severo.

A Silvestre le señalaron un cuarto con una cama. Se acostó con fiebre; tenía la cabeza pesada y el cuerpo dolorido; cuando abría los ojos, en un espejo de enfrente veía reflejado uno de los cirios que iluminaban el cadáver. De vez en cuando llegaba a su oído el murmullo de las voces de las viejas que hablaban de la muerta.

Silvestre al día siguiente tuvo que recibir las visitas de pésame. Cuando volvieron del entierro los del cortejo se fueron todos de casa; al encontrarse solo, a Silvestre le acometió un terror mortal; salió a un balcón que daba a un patio, y permaneció durante algún tiempo sin atreverse a salir de allí.

Al volver a la sala vio que dos mujeres estaban vaciando un armario. Silvestre no las dijo nada; pero las mujeres, sorprendidas infraganti, comenzaron a darle excusas. A la noche, la

sola idea de quedarse en la casa era tan terrible para Silvestre, que se marchó con intenciones de no volver más.

Cuando iba a cerrar la puerta, una de las comadres le habló; habían vendido los muebles de la casa a una persona; la abuela tenía deudas, les debía a ellas algunos duros, y para cobrarlos recurrieron a la venta. Si Silvestre quería consentir en el arreglo, le daba la mitad del producto de la venta, y negocio terminado. Silvestre aceptó, tomó treinta duros que le ofrecieron y se los guardó. Hubiera querido ir a dormir a algún lado; pero tenía miedo de que le robaran y pasó la noche dando vueltas a la plaza. Al día siguiente volvió a Pamplona.

Así como a la ida el marchar en tren solo le había parecido una gran cosa, una prueba de independencia, a la vuelta se le antojaba lo más natural del mundo.

Al llegar a Pamplona, la primera pregunta de su tío Paco fue: “¿Y el dinero que te he prestado?”

Silvestre le devolvió el dinero. Lo segundo fue hablar mal de su abuela.

Silvestre, que había jurado vengarse de muchas cosas, se vengó.

Sus tíos eran muy asustadizos; cuando se hablaba delante de ellos de crímenes misteriosos y de escalos, temblaban. Sobre todo los escalos les ponían los pelos de punta.

Una noche, en la cama, ocupado Silvestre en buscar una manera de vengarse segura y de efecto, se le ocurrió pegar con el pie en la pared de la alcoba, haciendo un ruido sordo y misterioso. Sacó el pie de la cama y dio golpes: bum... bum... bum... durante unos minutos. Luego metió el pie entre las sábanas y escuchó; no se oía nada.

Volvió a su ejercicio. Al cuarto de hora sintió ruido de pasos y de voces. La tía Pepa, en camión y con una luz en la mano, entró en el cuarto de Silvestre seguida del tío Paco.

Silvestre tuvo la osadía de roncar.

—No, pues aquí no se oye —dijo el tío Paco, dando con diente de miedo.

—El chico duerme —añadió la tía Pepa.

—A este animal no le despierta ni un carro —murmuró el tío Paco.

—¡Ya te daré yo animal! —dijo Silvestre para su cmbozo. Oyó que sus tíos se marchaban, que cerraban con llave las puertas de sus cuartos respectivos; esperó media hora, y comenzó otra vez en la obscuridad, primero muy flojo, luego un poco más fuerte. Bum... bum... bum... hasta que se cansó y se quedó dormido.

Al día siguiente, la casa estaba en conmoción. Se le preguntó a don Mateo, el cura, si sería posible que hiciera un escalo en la casa, y el cura, negando la posibilidad del hecho, empezó a contar unas historias terribles que sembraron el pánico entre los tíos.

Llegó la noche; Silvestre se acostó, y poco después de que dieran las doce en el reloj de la Catedral empezaron a oírse en la casa los golpes, primero flojos, luego fuertes. Bum... bum... bum...

Silvestre, llevado por el entusiasmo, pegó tan fuerte, que se hizo daño en un pie. Se oyó ruido de llaves en las cerraduras.

Como la noche anterior, entraron sus tíos. Don Paco, indignado al ver que dormía Silvestre, cuando él no podía con el miedo, zarandó a su sobrino, y éste no pudo menos de comprender que tenía que despertarse.

—¡Eh, eh! ¿Qué hay? —dijo Silvestre incorporándose en la cama.

—¿No has oído algo?

—No, ¿qué pasa?

—Nada, nada. El ruido es siempre a este lado —dijo el tío Paco a la tía Pepa.

—Sí. Siempre hacia este lado —añadió la tía Pepa dirigiéndose al tío Paco.

Registraron la casa entera; miraron debajo de las camas y se marcharon. Silvestre volvió a dar dos o tres golpes misteriosos y se quedó dormido.

Otra vez a la mañana siguiente se volvió a llamar a don Mateo, y éste fue a ver a un arquitecto, el cual le dijo que era imposible que pudiese hacer un escalo, y que se enteraran si en la vecindad había alguno que trabajaba de noche.

—¿Pero tú no has oído nada? —le preguntaron los tíos a Silvestre.

—Sí; después de que ustedes se fueron oí como ruido de voces.

Esta contestación hizo que hasta doña Tadea, la pasividad personificada, se estremeciera; la cosa iba tomando un aspecto fantástico; se empezaba a creer en una hechicería.

Una noche se quitó la cama de Silvestre de la alcoba y se apostaron en ella dos hombres de la vecindad, y fuese que soñaran, o que el miedo les hizo ver visiones y oír cosas inauditas, lo cierto fue que al día siguiente contaron que habían oído ruido de cadenas y lamentos y salmodias y una porción de cosas estupendas.

Entonces se bendijo la casa, y como cesaron los ruidos mientras la alcoba estuvo vacía, se llevó otra vez al cuarto la cama de Silvestre.

Don Paco y doña Pepa aseguraron que no dormirían en aquel cuarto por todo el oro del mundo; pero no tenían inconveniente, eso no, en que durmiera allí su sobrino.

Cuando Silvestre oyó esta prueba clara del afecto que le demostraban, pensó en perseverar en sus bromas hasta dar un

disgusto serio a sus tíos. No quiso seguir el mismo procedimiento de los golpes, y discurrió otro.

La alcoba misteriosa tenía una ventana que daba al corredor, y por la pared de enfrente pasaba el alambre de la campanilla.

Este descubrimiento sugirió a Silvestre una idea diabólica. En su alcoba había arrinconados unos palos de cortina, y pensó en aprovecharse de uno de ellos, poniéndole en un extremo un clavo torcido en forma de gancho. Con aquel palo pensaba hacer sonar la campanilla. La cosa tenía que intentarse, como es natural, de noche para que causara más efecto. Las doce fue la hora señalada para la experiencia; no había concluido el reloj de la Catedral de dar las campanadas, cuando Silvestre puso a tientas una silla encima de su cama, se subió en la silla, que crujía y se tambaleaba, y se agarró con la mano izquierda al marco de la ventana.

Luego sacó por allí el palo poco a poco, lentamente, muy lentamente, hasta coger con el clavo torcido el alambre de la campanilla; hecho esto dio un tirón. Sonó un campanillazo formidable. Asustado del ruido que produjo la campanilla en el silencio de la noche, Silvestre quedó sobrecogido; después, comprendiendo la gravedad de la situación, intentó desenganchar el clavo del alambre; forcejeó y tiró de él, y en lugar de conseguir el resultado que deseaba, hizo sonar la campanilla un sinnúmero de veces, hasta que pudo por fin desenganchar el clavo del alambre. Hecho esto, bajó de la silla, y temblando de frío y de miedo se metió en la cama.

A los pocos minutos se vio el resplandor de una luz, y se oyeron pasos. Era la tía Pepa que venía hablando alto.

—¡Dominica! ¡Dominica! —gritó la tía dando golpes en la puerta del cuarto de la criada, y añadió—: ¿Pero qué habrá pasado? ¿Se habrá puesto alguien enfermo?

Silvestre oyó la voz de Dominica que se mezclaba a la de doña Pepa; luego oyó la del tío Paco. Los tres debieron de acercarse a la puerta de la escalera.

—¿Quién es? ¿Quién es? —gritaban alternativamente.

Dominica debió de proponer que se abriera la puerta, idea que fue rechazada por los dos hermanos...

Silvestre no repitió la broma; parte por miedo y porque tenía que examinarse de cuatro asignaturas, y esto le preocupaba; tuvo la suerte de salir bien de las cuatro. Cada vez que llegaba de un examen, volvía muy satisfecho a casa; pero le recibían con tanta indiferencia, que su entusiasmo se transformaba pronto en rabia y en ideas de exterminio.

Pronto olvidó esto; se acercaba San Fermín y pensaba divertirse admirablemente en las fiestas con el dinero traído de San Sebastián, del cual le quedaban quince duros. Con esta cantidad quería comprar en la feria una pistola, pólvora en abundancia, un cuchillo de caza y algunas novelas de Julio Verne.

Pero sus cuentas salieron fallidas; Silvestre tuvo la torpeza de hacer alusiones a su dinero, y doña Pepa le escamoteó diez duros con el pretexto de que había que comprarle un traje de verano.

Por más que Silvestre se los pidió, ella se hizo la sorda; y entonces él, que veía sus proyectos fracasados, con una sed insaciable de venganza, hizo sonar la campanilla todas las noches, hasta alarmar, no sólo a los de la casa, sino a toda la vecindad.

Una noche en que estaba más entusiasmado tirando del alambre, vio luz en el corredor y oyó la voz de su tío, que después de lanzar una exclamación de asombro, se puso a gritar:

—¡Ah... pillito... granuja! ... ¡Conque eres tú!... ¡Te voy a degollar vivo!... ¡Te voy a matar!...

Silvestre notó que el tío Paco intentaba abrir la puerta de la alcoba. Afortunadamente estaba cerrada.

—¡Abre! ¡Abre! —gritaba don Paco iracundo, sacudiendo la puerta.

Silvestre, sobre la silla, con el palo de la cortina en la mano, hacía equilibrios para no caerse, no despegaba los labios.

—¡Abre! ¡Abre! —seguía diciendo don Paco.

Silvestre, con el firme propósito de no abrir, esperó a que su tío se cansara; no hizo caso de sus amenazas ni tuvo en cuenta sus promesas de perdón. Lo que temía es que llamasen a doña Pepa. Pero el hombre se decidió a aplazar la cuestión para el día siguiente, y se le oyó encerrarse en su cuarto. Entonces Silvestre encendió la luz y abrió la puerta de su alcoba. Pensó que su tío estaría al acecho, y discurrió en un momento una porción de medios para escapar de su casa. Estaba decidido a marcharse; tenía cinco duros todavía, que a él se le figuraban un caudal. Lo que le preocupaba era el pensar que su tío le estaría espiando.

Había que resolver con rapidez.

Salió de su cuarto sin zapatos, y buscó la llave de la casa junto a la puerta, en el clavo donde solía quedar colgada. No estaba. Desde la cocina, abriendo la ventana, se podía pasar a la escalera, marchando por encima de un tejadillo de cinc, si no se resbalaba uno y se caía al patio; pero en la escalera la situación era peor, porque no teniendo la llave del portal, no se podía salir.

Lo mejor era descolgarse por un balcón a la calle; el piso no era alto; Silvestre recordaba haber dado saltos mayores. Debajo del balcón había una reja, y por ella se podía descender fácilmente. Lo malo era que el tío Paco debía de estar en acecho. Silvestre pasó entonces esos minutos que para los novelistas son siglos, hasta que se le ocurrió una idea, una idea digna de

un lector de novelas de aventuras y de viajes maravillosos, y fue la de sujetar la puerta de don Paco, que se abría hacia adentro, con una cuerda. Tenía cuerda, la famosa cuerda fabricada por él con trozos de bramante; sin hacer el menor ruido ató un extremo de ella a la mesa del comedor y el otro al picaporte de la puerta del cuarto de don Paco.

Hecho esto, Silvestre se puso las botas, la chaqueta y la boina, se guardó sus cinco duros en el bolsillo, cruzó el comedor, abrió el balcón de par en par, se caló la boina y se echó por el otro lado de la barandilla del balcón; pero por más esfuerzos que hizo, no pudo alcanzar con la mano la reja como deseaba, entonces, lleno de terror, trató de agarrarse a una cañería y bajar por ella, pero no era tan fácil el descenso por allí.

Hubo momentos en que se arrepintió mucho de escaparse. Los dedos se le iban cansando. El suelo le parecía que estaba a una distancia inmensa; pero resuelto, decidido... abrió las manos y se dejó caer. El golpe fue tremendo. Se levantó; no se había lastimado. Dio unos pasos. Nada.

El sereno pasaba en aquel momento cantando con voz triste. Eran las doce y media. Silvestre se escondió en una puerta, para que no le viera el vigilante nocturno, y cuando le vio torcer por una calle echó a andar deprisa, cruzó por delante de la Catedral y se marchó a la muralla.

Dado el primer paso, el segundo era salir del pueblo. Silvestre sabía que en los dos portales abiertos de noche había guardia, y que quizá no le dejarían pasar. Cruzó el pueblo, y al llegar al pasco de la Taconera se detuvo. Había que pensar. Si notaban en él aspecto de un chico escapado de su casa, le impedirían salir. Esta idea le indujo a transformarse. Silvestre empezaba a sentirse Rocambolé.

Cortó con el cortaplumas la rama de un árbol, se quitó la chaqueta, la puso en la punta del palo, se echó el palo al hom-

bro, y se anudó el pañuelo en el cuello, para ocultar su camisa almidonada.

Parecía así un chiquillo de alguna aldea de los alrededores. Comenzó a bajar la cuesta del camino que lleva hacia el Portal Nuevo, un camino hundido entre dos altas tapias. Allá al final se veía la puerta de la muralla; a un lado brillaba misteriosamente la luz de un farol.

Silvestre se fue acercando a la guardia con el corazón palpitante.

—¡Alto! —le gritó el centinela desde su garita.

Silvestre se detuvo, temblando de emoción.

—¿Quién vive?

—España.

—¿Qué gente?

—Gente de paz.

—Adelante.

Se acercó a la puerta; en ella le detuvo el cabo de la guardia.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—A mi casa. A la Rochapea.

—¿A estas horas? Siempre habrás estado en alguna taberna, bribón.

—No, señor.

—Anda, anda. Si yo fuera tu padre, ya verías qué paliza te ganabas.

Y al mismo tiempo que decía esto, el cabo alargó la pierna para dar un puntapié a Silvestre; pero no le dio porque éste echó a correr. Atravesó la puerta y el puente levadizo. Sintió algunos deseos cuando se encontraba a cierta distancia, de tirar una piedra al cabo de la guardia, pero temió que le per-

siguiesen, y comenzó a andar a la gracia de Dios, camino de Villava.

IV

El primer día de marcha, Silvestre llegó a una aldea en donde durmió en un pajar. Salió de allá por la mañana, sin que nadie le viese, atravesó ya al anochecer el alto de Velate, dio la vuelta a un pueblo llamado Almandoz, y después de pensar y cavilar, se detuvo en una posada de Berruete; allí contó una porción de mentiras; dijo que su padre era quincallero en Madrid, y que le había enviado a que anduviese de pueblo en pueblo. La idea de Silvestre era marchar a San Sebastián, pero de aquí no pasaba su proyecto. Al día siguiente de estar en Berruete, se levantó, comió en Irurita y camino de Elizondo se encontró con un viejo mendigo desastrado que venía jinete en un borriquillo. Se reunió con el viejo, y gracias a este encuentro, la Guardia civil, que se presentó en la carretera, y que tomó a Silvestre por lazarillo del mendigo, no le detuvo.

El viejo mendigo era un camastrón que vivía pidiendo limosna y robando por los caminos. Tenía una choza cerca de Yanci que habitaba con su madre, una gitana que contaba la friolera de ciento dos años y que hablaba latín. El mendigo ofreció su choza al muchacho; pero Silvestre no aceptó el ofrecimiento, y siguiendo el camino se dirigió hacia Vera, un pueblo muy bonito y animado. Al llegar a la plaza de este pueblo, vio un coche amarillo y negro, con un caballo blanco; en el pescante estaba un señor de pie haciendo juegos de manos, y

una señora sentada con una bandeja sobre las rodillas llena de chirimbolos.

Silvestre reconoció a las dos personas por haberlas visto en la feria de San Fermín, de Pamplona, vendiendo la célebre manteca de culebra cascabel, la lutina impalpable, antimónica, bismútica y otros específicos. El señor y la señora eran ingleses, y se dedicaban a vender específicos de nombres extravagantes.

A Silvestre le entusiasmaban y le entretenían los discursos del inglés de tal manera, que se quedó escuchándole embobado.

El público no era muy numeroso, y al cabo de poco rato se quedó reducido a una sola persona: a Silvestre.

—¿Quieres algo, muchacho? —le preguntó a éste el inglés, viéndole parado delante de él.

—Yo, nada.

—¿Es que me conoces?

—Sí; ¿no es usted míster Macbeth?

Silvestre recordaba su nombre.

—Yo soy —dijo arrogantemente el míster—. ¿Querías algo?

Silvestre no supo al principio qué contestar; luego, tartamudeando, explicó al inglés cómo se había escapado de casa, añadió que le había oído decir que se marchaba a Francia, y que si quería, él le acompañaría como ayudante o como criado. Al decir esto, Silvestre se ruborizó.

—¡Ah! ¡ah! ¿Quieres venir conmigo, joven? No está mal. No está mal. ¿Y qué conocimientos tenemos para eso? ¿Eh?

Silvestre no tenía conocimiento alguno, pero quizá esto mismo gustó a míster Macbeth, y sin andarse con vacilaciones le tomó a su servicio, naturalmente sin sueldo. Aquella misma tarde, Silvestre ocupó un sitio en el coche de los ingle-

ses, que se dirigió hacia Irún, tomando después en el cruce la carretera de Behovia.

Llegaron a este pueblo, colocaron el coche en el raso de una ventana, y durmieron en el interior del carruaje.

Al día siguiente, tras de una corta parada en Urrugne —en el reloj de cuya iglesia hay una extraña leyenda que recuerda el misterio de las horas: *Vulnerant omnes, última necat*, “Todas hieren y la postrera mata”, la cual sentencia dio que hablar bastante a mister Macbeth de las curiosas farsas de la religión—, marcharon hacia San Juan de Luz.

Los días, como de verano, eran espléndidos; el campo estaba verde y hermoso, pero hacía un calor que asfixiaba. Ni en Guetaray, ni en Bidart, ni en Biarritz se ganó apenas. Macbeth estaba de un humor de todos los diablos.

En Bayona la venta estuvo un poco más animada, y las peroraciones en una plaza extraviada de la villa dieron algún resultado.

Silvestre empezaba a oficiar de ayudante, y en los días primeros, el muchacho cumplió tan bien su delicada misión de limpiar el coche y dar pienso al caballo blanco, *Bird*, en las horas reglamentarias, que Macbeth le prometió que con el tiempo le asociaría a su empresa. También creyó oportuno empezar la iniciación de Silvestre, en los secretos del arte de la medicina trashumante.

Macbeth era hombre de unos cuarenta años, alto y grueso, de cara más que seria, impasible. Tenía el pelo y las patillas negras, pero se pintaba de rubio. Decía que un inglés que se debe al público, puede ser moreno en Inglaterra, en Escocia, en Noruega, pero que en Francia o en España da una prueba de falta de cortesía por las idcas del país.

Macbeth era en general sombrío y meditabundo; cuando alguna buena noticia le llenaba de gozo, se alegraba, saltaba y hacía piruetas; pero sus ojos permanecían siempre tristes.

El inglés era hombre de recursos; había tenido una porción de oficios antes de llegar a vendedor ambulante: había sido bolsista, mozo de café, payaso, viajante de comercio y ventrílocuo.

Sus talentos eran infinitos; domesticaba por la persuasión o por influencia hipnótica lagartos, culebras, ranas, casi todos los animales de sangre fría; imitaba a la perfección las voces humanas, los gritos de los animales, el ruido del tren que marcha, el de un órgano, el del fonógrafo. Hacía juegos de manos con cartas, aros, sortijas y pañuelos. Hacía planchás, daba saltos mortales. Era una notabilidad.

Macbeth, a pesar de ser inglés, no manifestaba ningún entusiasmo por Inglaterra. La idea de volver a su patria no le agradaba ni poco ni mucho.

—Inglaterra —decía— es un país desagradable. Espero no volver allá. Además —añadió— yo no soy inglés, soy terrestre.

Mistress Macbeth tenía el pelo rojo, la cara llena de pecas y la nariz un poco más roja que el pelo. Estaba versada en la Cábala, en la Cartomancia y en la Quiromancia. Casi todos los días se hacía a sí misma el horóscopo.

Lo primero a que se dedicó Silvestre, bajo la dirección de Macbeth, fue al estudio de los juegos de manos, comenzando por las anillas y concluyendo por el escamoteo de una sortija y por sacar peceras del bolsillo de la chaqueta; luego aprendió a preparar con un poco de vaselina y polvos de bismuto la célebre vetulina de Macbeth y a fingir la catalepsia y el sueño hipnótico.

Estas enseñanzas comenzó a darle el inglés, aburrido, en el camino de Bayona a Dax, y de aquí a Burdeos por las landas, camino que pasa por verdaderos desiertos tristísimos, incultos, llenos de aguas pantanosas de color plomizo, cubiertos de zarzas, malezas y juncos, terrenos áridos con alguno que otro bosquecillo de castaños, encinas y pinares de lúgubre aspecto, que no se concluyen nunca.

Para Silvestre aquella vida nómada tenía grandes encantos, por más que siendo las ganancias de Macbeth muy pequeñas, las comodidades no abundaban. En Mont de Marsán, por donde pasaron desviándose del camino de Burdeos, Macbeth hizo una venta regular, y Silvestre notó que, cuando esto sucedía, el matrimonio se dedicaba a la buena comida y a las pequeñas alegrías del aguardiente.

—¡*Savage!*—gritaba Macbeth, cuando él y su mujer delante de una botella se emborrachaban con la mayor dulzura. El inglés había traducido el nombre de su ayudante y le llamaban salvaje en inglés, que él pronunciaba *Sivich*.

—¡Maestro!—contestaba Silvestre.

—Mira, hijo mío —le decía Macbeth—, si en el fondo de esta botella hay un agujero.

Silvestre cogía la botella, la miraba y la volvía a dejar sobre la mesa haciendo un signo negativo.

—Entonces —añadía el inglés—, ¿no hay más agujero que el de arriba?

—Nada más.

—Pues bien, *Savage*, la señora se ha bebido lo que falta de la botella. ¡Ah! ¡ah! ja... ja... Es la señora —luego se levantaba siempre impasible, y haciendo una reverencia a su esposa le decía:

—Milady, os habéis bebido media pinta de aguardiente.

Mistress Macbeth ponía a los cielos graciosos por testigos de que no era cierto aquello, y concluía llorando de rabia.

Macbeth tenía una gran repugnancia por el agua; esta combinación de oxígeno e hidrógeno se le antojaba la cosa más anodina, ridícula y despreciable que puede existir en el mundo de los fenómenos. Cuando comía en algún café o posada del pueblo, no quería más que manjares succulentos. Le ofrecían pescado o verduras, y murmuraba con indignación:

—¿Pescado? ¡Oh, no! El cincuenta por ciento de agua. ¿Verdura? ¡Oh, no, no! El noventa y cinco por ciento de agua.

Su ilusión era comer cosas fuertes y tanto como dos personas. El desayuno tipo para él consistía en dos pares de huevos fritos, dos *beafsteak* casi crudos, dos tazas de café con leche, y cuatro copas de coñac.

En San Vicente de Tyrosse, pueblo en donde no se vendió ni por valor de un perro chico, a Macbeth le entró la melancolía. En algunas otras aldeas del camino en donde también la colecta era pequeñísima, el inglés hablaba seriamente de suicidarse.

—Sí, amigo *Savage* —le decía a Silvestre—; tú eres un pequeño salvaje. No conoces la vida, no has leído a Shakespeare, no te preocupa la muerte, esa “región misteriosa de donde no torna jamás el viajero”. Pues bien; a mí tampoco, y créeme: cuando me dicen que mi amigo Deity se suicidó porque no le habían puesto bastante manteca en la tostada que iba a mojar en su té, le disculpo. Y si Deity hubiera sido charlatán, histrión miserable como yo, le disculparía más.

Después, Macbeth miraba con sus ojos desesperados al cielo, y añadía:

—Yo he nacido para ser lord; pero mi padre se equivocó al no tener dos peniques, y al casarse con mi madre, que no los tenía tampoco.

Disipábase este humor negro al inglés en cuanto la bandeja se llenaba; entonces el hombre se sentía jovial, extraordinariamente jovial (*the jovial man in the jovial place*), y no encontraba mejor oficio que el suyo.

—Porque ¿qué vas a ser? —le decía a Silvestre de noche, antes de tenderse a dormir—. Puedes ser médico. Es un hermoso oficio. ¡Ah! ¡ah! ja... ja... Se estropea a la gente con los medicamentos y nada. No hay responsabilidad. El bello oficio. Tampoco es malo ser boticario, porque teniendo pozo en la casa se enriquece uno. Pero la sujeción, la sujeción. ¿Y cura? ¡Ah, cura! ¡Es hermoso! Sí, es hermoso ser cura. Pero hay que disimular, ¡ah! ¡ah! ja... ja... los pequeños vicios. Esto me recuerda a una nodriza de Rochester, que se guardó un pañal sucio en el bolsillo, y al sacarlo en visita, y al ver que era el pañal y no el pañuelo lo que tenía en las manos, no tuvo más remedio que sonarse con él, para que no se riera la gente. ¡Ah!... ¡ah! ja... ja... Créeme, amigo *Savage*, no hay oficio como el nuestro.

Y Silvestre lo creía. Si alguien le hubiese propuesto volver a Pamplona de obispo o de capitán general, se hubiera reído de él. Cada día le parecía una vida distinta; tantos acontecimientos pasaban por su cabeza que no tenía lugar para retenerlos.

A los veinticinco días de salir de España llegaron a Burdeos; Macbeth alquiló en una calle larga que iba a terminar en la plaza de la Estación una sala para espectáculos durante quince días. Pensaba dar allá conferencias acerca del ocultismo, mesmerismo, braidismo, ciencias ocultas; hacer experimentos en colaboración con Silvestre, quien sabía ya sumirse, a una señal dada, en el suelo hipnótico, en la catalepsia y en el estado de sugestión.

Macbeth se arregló para que los periódicos anunciaran su llegada. La primera noche, un municipal le encontró dormido en la puerta de una casa de la *Cour de l'Intendance*. Llevado al

puesto de policía próximo, manifestó su extrañeza por encontrarse en Burdeos. Aseguraba que la noche anterior había dormido en Calcutta. Los periódicos de Burdeos dieron la noticia de la llegada de un inglés loco o excéntrico. Al día siguiente se anunciaron las experiencias. Mistress Macbeth se puso a la puerta, y más de la mitad del salón se llenó de espectadores la primera noche. Entonces el inglés hizo cosas misteriosas y despampanantes: le hizo reír y llorar a Silvestre, le puso con el cuerpo rígido entre dos sillas, le atravesó el brazo con una aguja, que ni era aguja ni podía atravesar, y concluyó adivinando el pensamiento.

Los días siguientes habló de la transmutación de los metales, arte que había aprendido de un brahman de la India, que también le enseñó el método de la cristalización del carbono puro; hacía de todo esto la friolera de doscientos cincuenta años.

Los periódicos de Burdeos hablaron del inglés como de un gran mixtificador; alguno, tomándole en serio, citó a Charcot, a Bernheim y a otros médicos cuyos estudios se discutían entonces mucho, y el público no supo a qué atenerse.

Pero el último día, cuando ya toda la gente empezaba a tomarle en serio como hipnotizador, Macbeth, que estaba borracho, descubrió sus procedimientos. Fue al principio escuchado con muestras de indignación, y después entre las carcajadas del público.

Tras del descubrimiento de la superchería, hizo juegos de manos explicando también su mecanismo; luego sombras chinescas en la pared, sacando a relucir perros, gatos, conejos, curas españoles, frailes y burros.

A continuación imitó el fonógrafo. Se sentó junto a una mesa con dos vasos delante; con la palma de la mano apretaba el borde de los vasos, que con el frote producían un ruido seme-

jante al de la membrana del fonógrafo; después empezaba Macbeth a lanzar gritos inarticulados, y por último, cantaba con la nariz mirando a los dos vasos y dando muestras de asombro como si estuviera verdaderamente admirado. Cuando la nariz de Macbeth, su seudo-fonógrafo, cantó una malagueña, los aplausos y los bravos estallaron en la sala.

No contento aún con esto, Macbeth, siempre borracho e impasible, explicó al público un aparato de su invención, el traduscopio óptico y acústico. El traduscopio era un aparato muy sencillo, sencillísimo, fundado en el sabio y desconocido principio del doctor Philf, de que las palabras, así habladas como escritas, se van dilatando a medida que se aproximan a los trópicos, y contrayéndose a medida que se alejan. Así, para construir el traduscopio, no hay más que combinar un sistema de meniscos convergentes que van pasando paulatinamente a meniscos planos y luego a meniscos divergentes y colocarlos en un tubo. Los meniscos pueden ser ópticos o acústicos, según se quiera.

Si se habla por un lado del tubo en inglés, por el otro extremo del tubo salen palabras en castellano. Lo mismo sucede si se mira, porque el traduscopio lo traduce todo; la cuestión no está más que en la graduación de los tornillos.

Después de hacer varias experiencias admirables, Macbeth contó uno de sus viajes por el centro del África, país maravilloso en donde había visto camellos de tres pies con la parte posterior fosforescente, tortugas carey con caparazón de portland, buitres que en vez de ser calvos tenían una melena de pelo tupido y ensortijado y la mirada luminosa y magnetizadora, peces en tres pedazos unidos a tuerca, serpientes de cascabel que en vez de llevar el cascabel en la cola lo llevaban en la mano, perros como elefantes con la cola prensil, triple ladrido y lanas azules, y grillos blancos del tamaño

de un cordero, que tocaban con las alas trozos de las óperas de Wágner.

Luego describió admirablemente aquellas minas de lacre del África, en donde por la explosión de los barrenos salta una lluvia de barras, negras y rojas, a las cuales no hay más que apresurarse a ponerlas el sello, porque el primero que hace esto es el poseedor de las barras, y habló de los pueblos numerosos de los alrededores, en donde no se vende más que lacre y no hay más que tiendas de objetos de escritorio y un periódico solo, *El Membrete*, que se llama a sí mismo: "Órgano defensor del lacre y de los objetos de escritorio". Después, Macbeth dio detalles de aquellas otras minas de gutapercha, tan negras, en donde con los picos se descubren sillones y banquetes de gutapercha maciza.

Como en aquella época los ingleses estaban en guerra con los zulús, Macbeth dio una noticia importante. Los zulús tenían doscientos peces mensajeros que valían mucho más que las palomas. Los dirigía un moro con un gran turbante, montado en un barbo que pesaba veinte arrobas. Detrás del moro iban sus hijos montados en barbos más pequeños. Aquellos peces eran especiales; al volar metían un ruido extraño; algunos echaban lumbré por la boca, y casi todos tenían las escamas y las aletas de platino puro.

Al concluir la sesión, Macbeth tuvo una ocurrencia soberbia: dijo que los ciudadanos franceses allí reunidos debían, si sus corazones simpatizaban con los zulús, hacer una suscripción para construir en Burdeos, en el mismo paseo de Quinconces, un gran andamio de madera, con el objeto de que pudiesen descansar en él, el moro, sus hijos y todos los peces mensajeros.

El inglés envió a Silvestre con la bandeja a recorrer la sala, y animó con frases y saludos ceremoniosos el entusiasmo zulú de los circunstantes y la antipatía por la pérfida Albión.

Al día siguiente, cuando se hizo la liquidación de gastos e ingresos, Macbeth tuvo una sorpresa agradable: no esperaba que se hubiese reunido tanto. Como tenía deseos de estar en París el 13 de Julio y había dinero, el inglés desarmó el coche, lo embarcó en el tren, metió a *Bird*, el pobre caballo blanco, en un vagón, tomó tres asientos de tercera para él, su mujer y Silvestre, y el día 12 por la tarde estaban todos en París.

Alquilaron en la calle Berthollet una cochera, y con un ballejo que les prestó el dueño de ésta, porque *Bird* no llegó, condujeron el coche allí y de este modo se encontraron con casa. Al día siguiente por la tarde, míster Macbeth se dispuso a dar una conferencia en su coche en pleno boulevard Saint-Michel, esquina a la calle Soufflot, sin importarle absolutamente nada las bromas de los estudiantes, bohemios y muchachas alegres que le miraban desde las mesas del café Harcourt.

Silvestre creyó que la venta no daría gran cosa y se puso a manejar sus anillas doradas sin ninguna fe en el resultado; pero con gran asombro suyo, entre la tarde y parte de la noche se consumieron grandes cantidades de velutina y de ungüento. Míster Macbeth dijo sentenciosamente: "No hay gente tan imbécil como la de esos pueblos que se crecen cerebros del mundo".

Llevaron el carruaje-casa a la cochera, y los tres se fueron a cenar a una taberna de enfrente cuyo título era *Cuisine Bourgeoise de Nanterre*.

La taberna tenía en el fondo, al final de un corredor, un cuartucho infecto empapelado con papel amarillo sucio y roto. En medio del cuarto había una mesa larga y otras dos pequeñas a los lados. En el centro comía un joven con grandes bigotes negros y melenas rizadas, en medio de dos mujeres gordas y repulsivas. Dos quinqués humeantes de petróleo alumbraban el cuarto.

Macbeth, su mujer y Silvestre se sentaron en una de las mesas pequeñas y pidieron la carta. El joven de los bigotes negros, al notar el aspecto de inglés zarzuelesco de Macbeth, dijo algunas impertinencias acerca de los ingleses. Se acababa de recibir la noticia de la muerte del príncipe imperial, hijo de Napoleón III, en la guerra con los zulús, y París sentía renacer el odio antiguo contra la pérfida Albión.

Macbeth, sin darse por aludido, permaneció tranquilo e impertérrito. Pero el de las melenas parecía que había bebido de más o quería lucirse, porque se levantó de la silla y cantó una canción de cuerpo de guardia con este estribillo:

“M... pour la reine d'Angleterre
que nous a déclaré la guerre”.

Y después de la canción concluyó con unos pasos de cancan, levantando la pierna hasta la altura de la cabeza. Silvestre vio a su maestro que iba poniéndose cejijunto, que apenas comía; el de las melenas lo debió notar también, y para concluir de molestarle empezó a tirarle bolitas de pan. Macbeth entonces se levantó y le dijo al de las melenas:

—Es usted un impertinente.

El otro se volvió con una amabilidad fingida y le preguntó:

—*Pláit il m'sieu?*

Macbeth, sin poder contenerse, agarró al francés por la solapa, éste le pegó una bofetada, e inmediatamente dio un salto hacia atrás y se colocó en la postura de los que conocen la *savate*. Lo que pasó después fue vertiginoso. Se vio al de las melenas tambalearse de un puñetazo, y correr y volver a tambalearse a los golpes del puño de Macbeth, que en frío, sin desplantes ni gritos, aporrecaba al francés con la calma y el compás de un martillo de fragua. Las mujeres que acompaña-

ban al de las melenas chillaban. Mistress Macbeth lloraba de entusiasmo. Cuando el inglés dejó tumbado a su contrincante en el suelo y con la cara llena de sangre, hizo una seña a su mujer y a Silvestre, y los tres salieron de la taberna sin pagar. La dueña de la taberna no creyó oportuno reclamarles nada.

Se echaron a la calle. La noche estaba abrasadora, una noche de verbena, de aire sofocante. En los boulevares exteriores colgaban de rama a rama de los árboles farolillos de papel. Por todas partes se veían quioscos llenos de banderolas de percalina, alumbrados con faroles y lamparillas de aceite. Sobre los quioscos y los tablados, algunos hechos con tres o cuatro barricas, el director de la charanga, de pie, frente al del bombo, dirigía a diez o doce músicos de aspecto cómicamente miserable.

Una gasa de polvo y de vaho flotaba sobre la multitud. En las mesas de los cafés, las parejas se abrazaban alegremente; se bailaba: unos el vals, otros la *quadrille*, echando los pies por el alto. Había gente de sombrero de copa y de gorra, viejos y jóvenes, soldados, marineros, estudiantes, bohemios y bandadas de muchachas alegremente vestidas de una manera caprichosa. En el rincón de una calle, adornado para dar bailes, se veía un Tiovivo; más allá, unos gimnastas; en otro lado, cíngaros de la Villette con violines, y españoles de Batignolles con guitarras. Macbeth, su mujer y Silvestre, entraron a cenar en un restaurante del barrio Latino. Entre los concurrentes, que eran numerosos, había tipos curiosísimos. Estudiantes melnudos como perros de agua, pintores más melnudos aún, soldados, *cocottes* y buenos burgueses. Mientras comían entró en la sala una chica con un gran sombrero pamea de paja y un uniforme oscuro, y empezó a ir de mesa en mesa ofreciendo un periódico del Ejército de la salvación, llamado *En Avant*.

La gente toda rechazaba el papel, cuando uno de los estudiantes melnudos, que fumaba tranquilamente su pipa, al ver

una canción religiosa en el periódico, le preguntó a la muchacha si sabía cantarla.

La chica dijo que sí, y con una voz aguda comenzó a cantar. Era una tonadilla insípida, que tenía como estribillo: *¡Moi ton Sauveur! ¡Moi ton Sauveur!* Cuando la gente del restaurante aprendió la canción, comenzó a corearla entre un coro de carcajadas y de barbaridades.

La chica, imperturbable, seguía cantando; el coro se había hecho general; no quedaba nadie sin su correspondiente periódico; hasta mística Macbeth repetía, riéndose:

—*Moi ton Sauveur, Moi ton Sauveur.*

Después de cantar todas las estrofas, la muchacha saludó y se fue, mientras que una *cacotte*, con un enorme sombrero en la cabeza, tendida en un diván, se reía a carcajadas.

Salieron Macbeth, su mujer y Silvestre del restaurante, y después de recorrer medio París volvieron, entrada la noche, a su cochera.

Cuando Silvestre se dispuso a dormir en el coche, tenía la cabeza dolorida, los ojos deslumbrados por tanta luz y los oídos llenos de gritos y voces de la calle. Aquella noche se acordó más que nunca de su madre y de su padre, y se vio en la casa de Chamberí, en el despacho, lleno de libros y de fósiles, adornado con grabados de ilustraciones, y vio por el balcón el solar grande con la choza de las traperas...

Como el negocio no iba mal en París, se decidieron Macbeth y su mujer a permanecer allá durante algún tiempo, y se instalaron en una casa pequeña de la calle de la Roquette. Cada día iban en el coche a distintos barrios, sobre todo a los exteriores, y allí, unas veces en Menilmontant, otras en la Villete, hacía Macbeth prodigios de elocuencia.

Silvestre estaba satisfecho; la vida en París le gustaba, aunque no tanto como la vida errante; chapurreaba el francés con

relativa facilidad, y cuando quería hablar español iba a buscar a un amigo suyo y compatriota, un gigante que había conocido en una barraca de la feria de Pain d'Épices, de Saint Cloud, y que tenía tanta estatura como bondad y poca inteligencia.

Una mañana, a los tres o cuatro meses de llegar a París, se hallaba Silvestre enganchando el caballo al coche, cuando se le acercaron tres señores con sombrero de copa y le preguntaron en mal francés por su amo. Silvestre les indicó el cuarto donde vivía. Dos de los señores subieron; el otro comenzó a hacer preguntas al muchacho hasta que tuvo la amabilidad de ayudarle a enganchar el caballo. Cuando ya había concluido su faena, oyó Silvestre voces en la escalera; se volvió a ver lo que pasaba y se encontró con míster Macbeth y su mujer, atados codo con codo, que bajaban seguidos ambos por los dos señores.

—Silvestre, hijo mío —dijo Macbeth en castellano con voz triste—, me llevan a Inglaterra.

Silvestre no sabía de su asombro, pero aquellos señores no le dieron tiempo para asombrarse; empujaron al inglés y a su mujer y les hicieron entrar en el coche. El otro, el que había ayudado a enganchar el caballo a Silvestre, subió al pescante, arreó al jamelgo y en un momento desapareció el coche, camino de la plaza de la Bastilla.

Silvestre no comprendía aún lo que había pasado, cuando oyó decir al portero:

—Sí, se conoce que estos ingleses eran unos ladrones. ¡Buena se va a poner madame Plussott cuando sepa que se han marchado sin pagar!

Silvestre, al oír esto, se escabulló rápidamente. Estaba asustado y preocupado al mismo tiempo. Si Macbeth y su mujer eran ladrones, ¿serían los ladrones las únicas personas buenas y caritativas del mundo? Y al pensar en sus tíos, que gozaban

de fama de intachables y de honrados, se preguntaba si no sería honrado sinónimo de egoísta, de miserable y de vil.

De estos pensamientos le arrancó bien pronto la idea de que no tenía un cuarto. ¿Qué iba a hacer solo en París, sin dinero, sin amigos, sin un medio de vivir? El único amigo que tenía era el gigante, y le fue a visitar a su barraca de la Villete. Lo encontró allí, sentado en el suelo melancólicamente, junto a su querida, una vieja fea y de mal humor. El gigante, que era una gran persona, no sólo por su tamaño, le dio cuarenta céntimos, lo único que tenía, y le convidó a comer una sopa de coles.

Después, Silvestre anduvo vagando por las calles de París, hasta que, a la madrugada, preguntó a una trapera en dónde podría pasar la noche con poco dinero; la trapera le dijo: "Ven conmigo". Y le dirigió hacia la rue des Anglais, a un lugar infecto que llaman Chateau Rouge.

Entraron allá los dos.

—Trágate esto —le dijo la vieja trapera, presentándole un vaso que tenía mezcla de vino y ajenojo.

Silvestre lo bebió, se tendió en el suelo junto a otros, sintió al poco rato un aturdimiento como si le hubieran pegado un garrotazo en la cabeza y se quedó dormido...

.....

Aquí concluye la relación de los primeros años de la vida de Silvestre, que hemos podido publicar gracias a la amabilidad de don Eloy Sampelayo. Después, la vida de Paradox se hunde en el misterio. Sólo se sabe que su nombre aparece en el registro de los repatriados indigentes en los Consulados de París, de Argel, de Londres, de San Petersburgo y Cristianía. Persona que nos merece entero crédito nos ha asegurado haber leído hace años, en una calle de Alejandría, de Egipto, el siguiente letrero:

Lo único que parece exacto e indiscutible es que Silvestre se estableció definitivamente en Madrid a la muerte de su tío don Senén Elizabide, quien, acordándose de él, le dejó como herencia algún dinero, varias tierras y una capellanía de Arbea. Silvestre escribió al principal heredero, primo suyo, farmacéutico del pueblo, diciéndole que vendiese las tierras que a él le tocaban, si le era posible; y respecto a la capellanía, que si daban algo por ella le enviase el dinero. El primo le contestó que era muy difícil vender las tierras, que si quería Silvestre él mandaría tasarlas, las compraría y le iría mandando el dinero poco a poco. Respecto a los ingresos de la capellanía, eran tan cortos que no valía la pena de ocuparse de ellos.

—He aquí un primo que trata de robarme —pensó Paradox—. ¿Qué importa? Él es rico y no puede ser tan desprendido como yo, que sé lo que es no tener un cuarto. Dejémosle hacer.

.....

Después de escrito esto, don Eloy Sampelayo y Castillejo se ha acercado al autor, modesto recopilador más bien, de los hechos que esmaltan la vida de Silvestre, para decirle que teme mucho que los datos suministrados por él resulten falsos, y que toda la historia aquí contada no sea más que pura mixtificación. Ha añadido que nuevos indicios le hacen suponer que Silvestre Paradox no se llamaba Silvestre, ni siquiera Paradox. ¿Es verdad, es mentira todo esto? Lo ignoramos. Recordemos, sin embargo, aquella frase del ilustre patricio a quien conocimos por el nombre de Paradox: "A veces lo que debe ser, es más verdad dentro del espíritu que lo que es".

V

Salió Silvestre de su nueva casa, tomó la calle Ancha de San Bernardo, y por la cuesta de Santo Domingo bajó a la plaza de Oriente.

El día era de otoño, templado, tibio, convidaba al ocio. En los bancos de la plaza, apoyados en la verja, tomaban el sol, envueltos en la pañosa parda, algunos vagos, dulce y apacible reminiscencia de los buenos tiempos de nuestra hermosa España. Silvestre comenzó a bajar por la Cuesta de la Vega. Desde allí, bajo el sol pálido y el cielo lleno de nubes algodonosas, se veía extenderse el severo paisaje madrileño del Pardo y de la Casa de Campo, envuelto en una gasa de tenues neblinas. A la izquierda, se destacaba por encima de algunas casas de la calle de Segovia, la pesada mole de San Francisco el Grande, y de la hundida calle, hacia el lado izquierdo de la iglesia, se veía subir la escalera de la cuesta de los Cojos: un rincón de aldea encantador.

Silvestre bajó la calle de Segovia, pasó el puente, atravesó una plaza en donde se veían tenderetes con sus calderos de aceite hirviendo para freír gallinejas, siguió la carretera de Extremadura, y luego, apartándose de ella, echó a andar por la vereda de un descampado, dividido por varios caminos cubiertos de hierba. Pastaba allí un rebaño de cabras. Un pastor, envuelto en amarillenta capa, tendido en el suelo, dormía al

sol tranquilamente. Se oían a lo lejos toques de cornetas y tañido de campanas.

Junto a una casa que se veía en medio del descampado se detuvo Silvestre. Era un caserón grande y pintado de blanco, derrengado e irregular: sus aristas no guardaban el menor paralelismo: cada una tomaba la dirección que quería. Un sinnúmero de ventanas estrechas y asimétricamente colocadas se abrían en la pared.

Sobre una de las puertas de la casa estaba escrito el letrero "Tahona" con letras mayúsculas, sin *h* y con la *n* al revés.

Silvestre empujó la puerta y entró por un corredor de techo de bóveda y suelo empedrado con pedruscos como cabezas de chiquillo, a un patio ancho y rectangular, con un cobertizo de cinc en medio, sostenido por pies derechos. Debajo del cubierto se veían dos carros con las varas al aire, y un montón de maderas y ladrillos y puertas viejas, entre cuyos agujeros corrían y jugueteaban unos cuantos gazapos alegremente.

El patio corral estaba cercado, en sitios, por pared de cascote medio derruida; en otros, por una tapia baja de tierra apisonada y llena de pedazos de cristal en lo alto, y en otros por latas de petróleo extendidas y clavadas sobre estacas.

Silvestre entró en el patio, y por una puerta baja pasó a la cocina. Allí, una vieja negruzca que parecía gitana estaba peinando a una mujer joven, sucia y desgreñada, que tenía el pelo negro como el azabache.

Silvestre saludó a las dos mujeres y se sentó en una silla. La vieja no hizo caso del visitante; después, refunfuñando, sacó del puchero una taza de caldo y se la ofreció a Silvestre, y le dio un pedazo de pan. Silvestre desmigó el pan en el caldo y fue tomando las sopas con resignación; luego, la vieja, cuando concluyó de peinar a la joven, cogió un puchero y vertió en un plato unos garbanzos y un trozo de carne.

Silvestre tomó el plato de cocido, y entre él y *Yock* lo comieron.

—No ponga usted nada más —le dijo a la vieja, viendo que andaba de un lado para otro como buscando algo. Pero la vieja, sin hacerle caso, colocó en el fuego una sartén con aceite y comenzó a freír un par de huevos, que le sirvió a Paradox en un plato, nadando en un baño de aceite verdoso. Silvestre, aunque con trabajo, pudo pasarlos, y hecho este sacrificio, se levantó, cogió unas llaves de un clavo y salió al patio. Allí estaba *Aristóteles*, el pobre borriquillo peludo, atado con una cuerda a una argolla, el cual, al ver a Silvestre, rebuznó alegremente.

—¡Pobre *Aristóteles*! No ha olvidado que me debe el hermoso pelo que tiene —dijo Paradox. Y era verdad. *Aristóteles* le debía el pelo a Silvestre. Éste, una vez vio a su ex amigo Avelino con unas tijeras en la mano, dispuesto a esquilar al animal y se opuso en nombre de la naturaleza sabia y previsora. Avelino se convenció.

Después de acariciar a *Aristóteles*, Paradox entró en el piso bajo de la casa, una especie de gran almacén lleno de calderas de vapor viejas, de grandes trozos de hierro, tornillos, tuercas, ejes; todo roto, roñoso e inservible. En un rincón una máquina de vapor se ocultaba melancólicamente entre unos cajones, con una de las bolas del regulador de *Wat* rota; en otro, aparecía un aparato de hacer gaseosa, lleno de tubos.

Silvestre contempló con una mirada triste lo que allí había; salió del almacén, fue otra vez al patio y comenzó a subir una escalera. Esta escalera no tenía ni paredes ni barandado, se levantaba sin más apoyo que los pies derechos que la sostenían; pero lo extraño era que no terminaba lógicamente, como terminan todas las escaleras, frente a una puerta, sino que se interrumpía de pronto en un rellano, y de éste corrían dos tablonces largos, por encima del patio, que iban rasando la

pared hasta parar en una ventana. Para ir al piso principal de la casa no había más remedio que pasar por encima de los tablones que se tambaleaban no muy agradablemente, y entrar por la ventana.

Esto fue lo que hizo Paradox. Al llegar a la ventana empujó la madera y saltó dentro. Recorrió un pasillo muy largo con puertas a los lados que comunicaban con habitaciones anchas y claras. El pavimento era en todas partes desigual; en unos lados había ladrillo encarnado, basto, de ese de cocina; en otro baldosas; en otro baldosines formando mosaicos; en algunos cuartos había un montón de escombros, por haberse desplomado el techo; en un gabinete, tapizado con azul de flores doradas, se veía en el suelo el agujero de un pozo, tapado con una tabla, y encima, en el techo, una polea. En los rincones había marcos de puertas sin pintar, paquetes de fallebas y de picaportes nuevos con una pieza fuera, de muestra; aquí, palos de portier, allá, persianas, en un lado losas de mármol, en otro un montón de virutas.

Silvestre entró en uno de los mejores cuartos, cuyo suelo estaba lleno de sifones de agua de Seltz, que dejaban sólo un sitio para que cupiera un catre de tijera, y un estrecho pasadizo para poder llegar hasta allá. Silvestre se tendió en el catre y *Yock* se puso a su lado.

En la ventana, en vez de cristales, había pedazos de papel pegados y untados con aceite para darles alguna transparencia. En aquel momento el sol daba sobre los papeles. A Silvestre le pareció mal no ver el sol, y con una varita que cogió del suelo se entretuvo en dar estocadas a uno de los papeles, hasta rasgarlo completamente.

Por el agujero se veía, como en un cuadro, Madrid sobre sus colinas. En un extremo del cuadro, a la derecha, el puente de Toledo, por encima del cual salían bocanadas de humo procedente de la Fábrica del gas, que se iban quedando inmóvi-

les en el cielo, uniéndose y alargándose en forma de un gigantesco reptil. En el centro, se destacaba San Francisco el Grande sobre los terrenos arenosos de las Vistillas; luego se veían torres y más torres, el viaducto de color gris azulado, y el Palacio Real, tan blanco como si estuviera hecho de pastaflora. A la izquierda aparecían los desmontes de la Moncloa y de la Montaña del Príncipe Pío.

Silvestre, después de hacer la observación de que el calumniado Madrid es uno de los pueblos más bonitos del mundo, se quedó dormido. El ruido de unos pasos le despertó; don Avelino Diz de la Iglesia le contemplaba desde la puerta del cuarto de los sifones.

Don Avelino miró a Silvestre y no dijo nada. No hizo más que tocar el ala del sombrero dignamente con el índice de la mano derecha y marcharse a su cuarto.

—¡Pingüino! —murmuró Silvestre; y levantándose de la cama se arregló la pellica y salió de la casa.

Don Avelino era un señor flaco, barbudo, con unos ojos de lechuza ocultos por antiparras, y una cara morena, toda barbas, bigotes, cejas y pelo. En medio de aquella zamarra —no era otra cosa su rostro— asomaba una nariz ganchuda, como el pico de un ave rapaz. Otra nota característica de su persona era un par de mechones blancos y simétricos de la barba, que partían cada uno de la comisura de los labios y bajaban con un paralelismo curioso e interesante.

Don Avelino pertenecía a una rica familia valenciana, con la cual estaba reñido. Era un coleccionador de bagatelas, obstinado y restaurado. Había empezado su vida de coleccionista dedicándose de niño y de joven a la filatelia; de la filatelia pasó a la numismática, de la numismática a la arqueología prehistórica, y esta enfermedad o manía de la piedra fue la que le duró más tiempo y le costó más cara. Recorrió por ella media España, buscando hachas de piedra, ya de la edad pa-

leolítica, ya de la neolítica. En aquella época, su cerebro no veía en el mundo más que piedras, piedras por todas partes. Hubiera deseado que los hombres se convirtiesen en sílex tallados o pulimentados, para poder con ellos enriquecer sus colecciones.

Su último entusiasmo fue el de la bibliografía, chifladura que tomó como costumbre, y no con gran pasión. Pero como un hombre, por rico que sea, no puede pensar en reunir los libros que se han escrito, no sólo en el mundo, sino en un país, Avelino especificó su manía y se dedicó a formar una biblioteca de libros en dieciseisavo.

Al principio, los compraba, los leía, ponía un número en su primera página, una contraseña y un sello, y los colocaba en la estantería de su gabinete. Habitaba en aquella época en una casa de huéspedes de la calle de Valverde. Luego empezó a comprar más libros de los que podía leer; entonces, les cortaba las hojas, les pegaba un número y el sello, pero no los leía. Deseaba llenar las paredes de su gabinete con libros en dieciseisavo. Ésta era en aquella época su aspiración suprema, y compraba tomos sin otro objeto. Pero un día se encontró con que el fin de su vida estaba realizado. El cuarto se hallaba ya lleno de libros. Era lógico suponer que se encontraría satisfecho; pues nada, le sucedió todo lo contrario. Salió a la calle y se encontró sin saber qué hacer. ¿Qué otra ocupación puede tener un hombre que no sea la de comprar libros? —se preguntó. Las librerías de viejo le atraían; ellas eran el imán, él, el acero, o al contrario. ¡Allá estaban! ¡en dieciseisavo! Pero no, no; don Avelino tenía voluntad y se marchó a su casa. Al día siguiente experimentó otra vez la imantación. Se fue acercando al puesto de libros. Tenerlos allá y no poderlos comprar, ¿no era una pena?

Se decidió por fin, se fue a un rincón, se dio explicaciones a sí mismo, accionó, y viendo que el *otro* no se convencía, le

llamó imbécil, y cogiendo dos o tres tomos de la librería y pagándolos, se marchó con ellos. Colocó los libros aquel día y los siguientes en la mesilla de noche, luego en un baúl, después debajo de la cama.

Como aquello no podía seguir así, don Avelino pensó seriamente en formar una biblioteca. Tenía un caserón en la carretera de Extremadura; lo iba a utilizar. Mandó arreglar la casa, y gracias a su dirección inteligente los techos se cayeron, los suelos se quedaron sin embaldosar, las ventanas sin poner, y se entraba y se salía en el piso alto por la ventana.

El cuarto de lectura, eso sí, quedó magnífico; había tirado previamente con ese objeto tabiques, tapiado ventanas y abierto otras en distintos sitios. Un carpintero le hizo hermosas estanterías, y ya arreglada la sala para biblioteca, metió los libros que tenía en la casa de huéspedes en un carro y se los llevó al caserón. ¡Qué de cavilaciones no le costó el idear un plan para ordenar los libros! No encontraba, no encontraba la marcha. No tenía plan.

Mientras tanto, empezó a colocar los libros de una manera provisional en los estantes, en la mesa, en las sillas...

Lo malo era que se formaba tal batiburrillo en el cuarto, que no se podía sentarse allí, ni escribir, ni hacer nada. Él trataba de convencerse a sí mismo de que no tenía la culpa, y le decía al *otro*:

—Pero si no tengo plan, ¿qué quieres que haga? ¿Que hay desorden? Eso es lo de menos. Cuando tenga un plan, en un momento lo arreglo.

Y en el suelo de la biblioteca se mezclaban libros, periódicos, listones, tablas.

Un día, a don Avelino se le perdió la llave de la biblioteca. Al día siguiente se encontró con la puerta cerrada; quiso descerrajarla, pero luego pensó y dijo:

—¿Para qué? Hay una cosa más sencilla.

El cuarto tenía un montante. Don Avelino ató sus libros, siempre de dieciseisavo, con un cordelito, y como quien dispara una piedra los tiró al interior de la biblioteca.

—Allí los encontraré —murmuró.

Y todas las mañanas, de vuelta de sus compras, hacía lo mismo: ataba los libros con un bramante y ¡adentro!; porque es lo que pensaba él: “Cuando tenga un plan, en un momento lo arreglo todo”.

Por aquel tiempo, don Avelino conoció a Paradox, y éste le convenció de que la filatelia, la numismática, la paleontología y la bibliografía eran juego de niños, pequeñeces, minucias, en comparación de la mecánica y de las ciencias físicas.

Don Avelino se convenció, y a consecuencia de esto no compró más libros. Una vez quiso entrar en la biblioteca; desceñó la puerta, pero se había formado detrás de ella un montón de tomos tan grande, que era imposible entrar. Entonces, todas las mañanas, desde el montante, pescaba unos cuantos libros, y entre él y Paradox hacían un espurgo, quemando en el corral todo lo que fuera literatura, filosofía, historia y demás inutilidades insulsas y repulsivas.

Lo malo fue que don Avelino, entusiasmado con los proyectos que a cada momento escapaban del cerebro de Paradox como fuegos fatuos de un cementerio, quería llevar las ideas a la práctica y empezó a gastar dinero, ensayando industrias, de las cuales no habían fracasado más que todas.

Silvestre, que a veces tenía la intuición de que sus proyectos no eran prácticos, trató de convencer de esto a don Avelino; pero don Avelino, que en el fondo sentía una gran admiración por Paradox, defendió como si fueran suyos los proyectos de su amigo, y de aquí se originó entre los dos una discusión muy agria. Silvestre echó por tierra todos sus proyectos,

y demostró ce por be cómo la fabricación de gascosas, en la forma que él había indicado antes, era un desatino, y la elaboración del pan integral otro, y concluyó, diciéndole a don Avelino que no era práctico.

—Bien, bien —contestó don Avelino—; otra vez, para hacer algo práctico, le consultaré a don Silvestre Paradox, ya que este señor tiene la honra de haber presentado más patentes, rechazadas por absurdas en el Ministerio de Fomento.

Silvestre palideció.

Don Avelino había dado en el punto doloroso. Desde aquel día, las relaciones entre ambos se enfriaron de tal manera que Silvestre no volvió por la casa de su socio. Sin embargo, Paradox aquella tarde fue a comer a casa de su ex amigo, y creyó que volverían a entenderse; pero al ver la conducta desdenosa de don Avelino prometió no volver.

Seguido de su perro echó a andar hacia Madrid. Iba anocheciendo; en la ciudad, los vidrios de algunas guardillas parecían incendiarse con la luz del sol poniente. El río se deslizaba turbio, negruzco, malsano; de unas hogueras encendidas en la orilla, cerca de los lavaderos, subía un humo espeso, que se depositaba sobre el cauce del río, formando una niebla blanca e inmóvil...

VI

Cuando se tiene la honra de dedicarse al estudio de las ciencias físico-naturales se simpatiza con el orden. “Ordenar es clasificar”. Este gran pensamiento ha sido expresado por alguien, cuyo nombre en este momento, desgraciadamente para el lector, no recuerdo. Silvestre era ordenado, aun dentro del mismo desorden. No en balde se pasa un hombre la vida estudiando las clasificaciones de Cuvier.

La guardilla de Paradox, aunque bastante sucia, mal blanqueada y llena de telas de araña, era grande y tenía condiciones por esto para servir de museo y conservar los tesoros zoológicos, geológicos y mineralógicos que Silvestre guardaba. Paradox empezó el arreglo de su habitación por fin. Sólo los grandes hombres son capaces de hacer esto. En el fondo de la guardilla había un cuarto muy chico, que había servido de gallinero. Silvestre rascó las paredes, y al hacer esto halló una agradable sorpresa: una puerta condenada, que por una escalerilla comunicaba con una azotea pequeña. Silvestre inmediatamente la destinó para observatorio.

—Aquí pondré —dijo— mi magnífico anteojo astronómico de cartón, construido con hermosas lentes de *fint* y *crown-glass* traídas de Alemania, y el verano me dedicaré a contemplar las constelaciones en las noches estrelladas.

Después de saborear la sorpresa, empapeló con papel continuo el cuarto que había servido de gallinero, y lo destinó para alcoba. Después hizo un biombo con listones y telas de sacos y dividió la guardilla en dos partes: una, pequeña, que serviría de cocina, comedor y despacho; la otra, grande, para los talleres, museos y bibliotecas.

Hecho esto, se dedicó de lleno al arreglo de los talleres, y sus primeras ocupaciones fueron los previos y científicos trabajos preliminares para la iluminación.

Entonces entraron en juego los pedazos de carbón y de cinc, que tanto habían preocupado al señor Ramón el portero, y se utilizó el bicromato potásico, y el ácido sulfúrico, y los vasos porosos. Silvestre formó dos baterías eléctricas, de veinte pilas. Una lámpara puso en la alcoba, otra en el despacho-comedor-cocina y las demás, hasta seis, colgando del techo.

Ya resuelta la cuestión importante del alumbrado, comenzó la clasificación de sus colecciones. En medio del taller colocó su gran estantería. Ciertamente era ésta un tanto primitiva y tosca, pues estaba formada con tablas de cajones, y además tenía el inconveniente de que, como no estaba muy segura, solían caerse los estantes, pero, a falta de otra, cumplía bien su misión. En las paredes fue colocando tablas a modo de aparadores, sujetas a la pared, unas con palomillas y otras con cuerdas.

En la estantería central puso su admirable colección mineralógica, zoológica y geológica, formada en sus viajes. Aquí el trozo de planta nativa de Hiendelaencina, allá la eurita de la Peña de Haya, ahora el *ammonites cycloides*, recogido en el valle del Baztán, ya la *annularia brevifolia*, hallada en la falda del monte Larrun.

Los ejemplares zoológicos más notables, todos disecados por Silvestre, eran: una avutarda, un gran duque, un gipaeto bar-

budo, un hurón, un caimán, varias ratas blancas y una comadreja.

Silvestre tenía ideas propias acerca de la disección. Creía buenamente que disecando animales era el número uno en España.

—Porque disecar —decía Paradox— no es rellenar la piel de un animal de paja y ponerle después ojos de cristal. Hay algo más en la disección, la parte del espíritu; y para definir esto —añadía— hay que dar idea de la actitud, marcar la expresión propia del animal, sorprender su gesto, dar idea de su temperamento, de su idiosincrasia, de las condiciones generales de la raza y de las particulares del individuo.

Y como muestra de sus teorías enseñaba su búho, un bicho hurafío, grotesco y pensativo, que parecía estar recitando por lo bajo el soliloquio de *Hamlet*, y la obesa avutarda, que colgaba del techo por un alambre, con su sonrisa macabra, llena de doblez y de falsía, y sus ojos entornados, hipócritas y mefistofélicos.

En el centro de la estantería expuso Silvestre los modelos de sus trabajos de inventor, y en medio de todos ellos colocó un cuadro, en el cual se veía una figura alegórica de la Fama, coronando con laureles su retrato. A un lado de la figura se leían los diez y seis inventos hechos por Paradox hasta aquella época, en el orden siguiente:

La cola cristal.

El salvavidas químico.

El torpedó dirigible desde la costa.

El pan reconstituyente (glicero-ferro-fosfatado glutinoso).

El pulsómetro Paradox.

El disecol (el mejor compuesto para la conservación de las pieles).

La caja reguladora de la fermentación del pan.

La mano remo y el pie remo (aparatos para nadar).

La anti-plombaginita (borrador universal).

La contra-tinta ((dem íd.)

El biberón del árbol (aparato para alimentar el árbol, sin mover para nada la tierra próxima al pie, por medio de la inyección del guano intensivo).

La ratonera Speculum.

El refrigerador Xoradap (para enfriar en verano las habitaciones).

La melino-piróxilo-paradoxita (explosivo).

La fotografía galvano-plástica (para obtener fotografías de relieve), y

El cepo langostífero.

En los estantes de las paredes fue colocando Silvestre los ejemplares de su modesta colección de especies fluviales recogidos en España, entre los cuales se distinguían: un *Acipenser sturio*, pescado en el Arga, un *Ciprinus carpio* de la Albufera, y un *Barbus bocagei*, del Manzanares, tan bien disecados, que estaban pidiendo la sartén.

En el suelo, debajo de la estantería, estaban los minerales de gran peso, hermosos trozos de galena argentífera y de piritas de cobre.

Junto a la ventana de la pared, en cuyo alféizar colocó jacintos en cacharros llenos de agua, puso su mesa de escribir, muy ancha y grande, de pino sin pintar, y al lado de ésta un banco de carpintero con su tornillo de presión. La mesa tenía su misterio: levantando la tabla aparecía que no era tal mesa, sino un acuario de cinc y de portland con ventanillas de cristal, sostenido por cuatro tabloncillos gruesos.

El acuarium era un océano en pequeño. Allí había manifestaciones de todos los períodos geológicos, acuáticos y terrestres; grutas basálticas con estalactitas y estalacmitas, rocas minerales brillantes... En el suelo del acuarium, sobre una capa finísima de arena, se veían conchas de mar de los más esplendentes colores, tales como helix, rostellarias, volutas, olivas y taladros. Esta aparición de moluscos de mar en agua dulce no tenía más objeto que dar un aspecto pintoresco al fondo del abismo.

El acuarium era interesante, sobre todo por los anfibios que guardaba. El anfibio interesaba mucho a Paradox; aquí estaba el axolote; allí el *menobranthus lateralis*, y los interesantes tritones que solían andar cuando hacía sol alrededor del acuarium, cazando moscas y cantando tiernas e incomprensibles endechas; allá se encontraban también algunos moluscos de agua dulce, como el *neritina fluviatilis*, el *ampullaria cornuarietis*, que es como un caracol, con unos cuernos muy largos y muy estrechos; y dos o tres clases de *Limneas*.

Los peces interesaban muchísimo a Silvestre; los había estudiado a su manera; estaba convencido de muchas cosas que no son del dominio común. Primeramente sabía que los peces, a pesar de la brusquedad de sus movimientos, son inteligentes y susceptibles, no sólo de fácil domesticación, sino de afecciones, como dice muy bien H. de la Blanchere.

Silvestre había conseguido domesticar a una rana, pero estos instintos de sociabilidad reconocidos en los batracios, no llegó nunca a comprobarlos en los peces. Sin embargo, creía poder alcanzar su amistad.

Estos dos casos, citados en una Historia Natural, mantenían su confianza. Desmaret dice que el pez que ha sido durante largo tiempo conservado en un acuarium acude algunas veces al oír la voz del amo, con el fin de recibir la comida que

le acostumbran a dar. Y luego expresa el siguiente hecho, cuya gravedad no podía pasar inadvertida para un espíritu científico como el de Silvestre: “Debemos decir que tenemos una anguila que saca la cabeza a flor de agua al ver a las personas que conoce, con un fin desinteresado, porque rehúsa habitualmente el alimento que se le ofrece”. ¡Llor al reconocimiento y al desinterés de las anguilas, tan poco frecuente en animales más perfeccionados, como el hombre!

Silvestre, cuando trabajaba en su mesa, lo hacía sobre un mar.

Victor Hugo le hubiese envidiado.

¡Hay tempestades en los acuarios! —decía.

Cuando Paradox concluyó de arreglar su guardilla se encontró satisfecho. La hija del señor Ramón el portero, casada con un guardia municipal, le subía todos los días lo necesario para hacer comida; Paradox cocinaba en un hornillo de barro; hacía unos guisados y aderezos fantásticos, inspirándose en unas recetas de cocina escritas en vascuence.

En lo que tenía Silvestre una exactitud matemática digna de sus difuntas tías doña Tadea y doña Pepa, era en el café. Lo tostaba todos los días sobre una placa de acero, luego lo molía, después pesaba la cantidad necesaria en una balanza de precisión, la ponía en la cafetera rusa, esperaba el número necesario de minutos, tiempo fijado con el objeto de que en el agua caliente se disolviera la cafeína, y no la cafeona, y daba la vuelta.

Silvestre gozaba en aquellos días tibios de otoño del placer de vivir; el sol, algo pálido, entraba alegre y dorado en su cuarto.

Se levantaba temprano, se desayunaba y se ponía a trabajar; luego, a las diez, iba a la parada a Palacio y volvía detrás de los soldados, llevando el paso, seguido de *Yock*, al compás

de una marcha alegre, de esas con las que el más tristón se siente con sangre torera, al menos en sus actitudes y movimientos; después comía, se dedicaba nuevamente a la Ciencia, y al anochecer salía de casa para no gastar mucho sus pilas iluminando la guardilla.

Era su vida una nueva infancia candorosa y humilde. Pasaba por las calles llenas de luces, como esos señores viejos que han retornado a la infancia y sonrían sin saber por qué; miraba los escaparates, leía los carteles de los teatros, veía la gente, las hermosas señoras, los caballeros elegantes, las lindas señoritas; tranquilo, sin rencores, sin deseos, como un aficionado que contempla un cuadro, el alma serena llena de piedad y de benevolencia, las ilusiones apagadas, los entusiasmos muertos.

Por las noches encendía la luz y leía. Su biblioteca literaria constaba de cuatro tomos: la *Biblia*, obras de Shakespeare, las comedias de Molière y el *Pick-wick*, de Dickens.

De una comedia de Molière había sacado Silvestre el nombre de su perro. Cuando éste era pequeño y aún no tenía nombre, leía Paradox en voz alta una escena de *Le Bourgeois Gentilhomme*. Era ésta:

EL MUFTI.— ¿Dice Turque, qui'star quista? ¿Anabatista? ¿Anabatista?

LOS TURCOS.— Yoc.

El perro de Silvestre, al oír Yoc, enderezó las orejas.

EL MUFTI.— ¿Zuinglista?

LOS TURCOS.— Yoc.

EL MUFTI.— ¿Coffita?

LOS TURCOS.— Yoc.

EL MUFTI.— ¿Hussita? ¿Morista? ¿Fronista?

LOS TURCOS.— Yoc, Yoc, Yoc.

El perro acompañó con un ladrido los Yoc de Silvestre, y comenzó a dar unos alaridos tan sentimentales con los últimos Yoc, que Silvestre determinó llamarle de esta manera, cambiando la ortografía en Yock, con lo cual le daba al nombre de su perro un carácter que a él se le figuraba estar más en armonía con el color y la calidad de sus lanas.

Cuando no quería leer, Silvestre se paseaba de un lado a otro de su guardilla, y departía amigablemente ya con su perro, ya con su culebra.

Había prohijado la culebrilla en una de sus excursiones. Unos leñadores la encontraron enroscada en una rama e iban a matarla, cuando Paradox la cogió, la envolvió en un pañuelo y la trajo a Madrid. Viendo por experiencia que mordía, se le ocurrió ponerle unas bolitas de Cola cristal en los colmillos, y como la culebrilla se hipnotizaba fácilmente con sólo pasarle la mano por el dorso, todos los meses, después de darle de comer, Paradox le colocaba las bolitas de Cola cristal en los colmillos.

Silvestre estaba tan acostumbrado a la soledad, que hablaba solo o a lo más con el perro, con la avutarda disecada, o con la culebrilla. Sus observaciones, aun en la calle, las hacía a media voz, no con la idea de que le oyesen, sino para discutir las. Había notado que las ideas de uno mismo, expresadas en palabras, suenan a ideas de otro y dan ganas sólo por eso de no aceptarlas y de discutir las.

Silvestre experimentaba por todo lo humilde una gran simpatía; amaba a los niños, a las almas candorosas; detestaba lo petulante y lo estirado, tenía un gran cariño por los animales. Esas conversaciones de personas serias acerca de la política y de los partidos le exasperaban.

Le repugnaba la Prensa, la democracia y el socialismo. Creía que si un senador necesariamente no suele ser siempre un

imbécil, en general, a la mayoría les falta muy poco para serlo, y entre hablar con un salvaje de la Tasmania o con un diputado, un académico o un periodista, hubiera preferido siempre lo primero, encontrándolo mucho más instructivo y agradable.

Paradox era casi cristiano. Por lo demás, el mismo trabajo le costaba creer que los hombres se transformaron de monos antropopitecos en hombres en la Lemuria, como opina Haeckel, que suponer que los habían fabricado con barro del Nilo.

La metafísica le parecía un lujo, la ciencia una necesidad, la religión una hermosa leyenda; no era precisamente ateo, ni tampoco deísta.

Un Dios en su sano juicio, preocupado en construir la Tierra con sus montecitos, y sus arbolitos, y sus bichitos, y su sol para iluminarla y su luna para ser cantada por los poetas, le parecía un poco cándido; pero una Humanidad tan imbécil, que teniendo una creencia admirable como la de un Dios que se hace niño, la destruye y la aniquila, para sustituirla por estúpidas leyendas halagadoras de la canalla, le parecía idiota, mezquina y repugnante.

Silvestre reconocía el progreso y la civilización y se entusiasmaba con sus perfeccionamientos materiales, pero no le pasaba lo mismo respecto a la evolución moral; veía en el porvenir el dominio de los fuertes, y la fuerza le parecía, como cualquier jerarquía social, una injusticia de la Naturaleza.

--¿Qué van a hacer el débil, el impotente —pensaba él— en una sociedad complicada como la que se presenta; en una sociedad basada en la lucha por la vida, no una lucha brutal de sangre, pero no por ser intelectual menos terrible?

¡Tener el palenque abierto, y acudir a él y ser vencido en condiciones iguales por los contrarios, volver otra vez, y otra

vez quedar derrotado! ¡Estar en continuo sobresalto; conquistar un empleo a fuerza de inteligencia y de trabajo, y tener que abandonarlo porque otro más joven, más fuerte, más inteligente, tiene más aptitudes para desempeñarlo!

Nunca como en ese tiempo de progreso habrá mayores odios ni más grandes melancolías. El consuelo de achacar la culpa a algo, a algo fuera de nosotros, desaparecerá, y el suicidio tendrá que ser la solución única de la humanidad caída.

Y a él le molestaba esto: las grandes capacidades orgullosas, y más aún la vanidad de la masa imbecil hoy dominadora, que tantas cosas destruye por el desdén, por el abandono, por el desprecio. En cambio se entusiasmaba con todas las grandes virtudes de la gente pobre, de la gente humilde; pero no era demócrata; lo hubiera sido sólo de una manera: siendo muy rico y siendo muy noble.

VII

Como Silvestre no tenía más amigo que don Avclino, y había reñido con él, no recibía ninguna visita. Cambiaba algunas palabras con la hija del señor Ramón, el portero, cuando ésta le traía la comida, y a veces se pasaba días enteros sin hablar con nadie.

Los inquilinos de las otras guardillas le miraban con prevención a causa de la culebra y de los bichos disecados; podía, sin inconveniente alguno, dejar la puerta de su habitación abierta, que a nadie se le ocurría entrar.

Algunas mañanas, en vez de subir las vituallas para la comida la hija del portero, las traía la nieta, una niña de cinco o seis años, con los ojos muy vivos, el pelo negro y una cara de vieja muy graciosa.

Un día la sorprendió Silvestre mirando con curiosidad por la abertura de la puerta de su guardilla.

—¿Qué quieres? —le preguntó Paradox— ¿Quieres entrar?

La chica se quedó mirando atentamente a aquel señor tan serio, con sus ojos descarados y vivarachos, y sonrió.

—Anda. Pasa si quieres —añadió Paradox.

La chiquilla entró despacio, con encogimiento, miró a todos lados como un pájaro que estudia una pared para hacer su

nido, inspeccionó los talleres, contempló las herramientas, cogió en su mano los punzones, los taladradores, los buriles, una bobina; miró la alcoba, abrió la puerta que daba a la azotea, cuando se enteró de todo, se acercó a Silvestre, que estaba renovando los elementos de una pila. No dijo una palabra; no hizo más que mirar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Paradox.

—Cristinita.

—¿Y qué más?

—Borrego.

—¿Ya sabes leer?

—Sí, señor.

—¿Y escribir?

—Todavía no.

—A ver si puedes leer lo que pone en la etiqueta de este frasco.

—Bí... cro... mato de po... tasa.

—Muy bien. ¿Quieres ayudarme?

—Sí, señor.

Silvestre la mandó traer un poquillo de agua de la fuente, y después que recogiera y fuese haciendo un ovillo con unos alambres tirados en el suelo. Mientras tanto, él probaba si sacaban chispas los electrodos de una pila, y después, para entretener a la chica, unió los dos alambres, que comunicaban cada uno con su polo, a un electroimán, el cual atraía los pedazos de hierro con gran asombro de Cristinita, que por más que forcejeaba y tiraba de ellos no los podía desprender.

En este entretenimiento les sorprendió el señor Ramón, el portero, que buscaba a su nieta.

—¿Estabas aquí, renacuajo? Vienes a dar la lata a don Silvestre, que estaba trabajando.

—Ca..., señor Ramón —dijo Paradox—. No molesta nada. Es una buena chica.

—Hum. Qué quiere usted que le diga. ¿Y la bicha?

—En la jaula.

Después de asesorarse de esto, entró el señor Ramón en la guardilla.

—Pues sí, señor Ramón —le dijo Silvestre—: tiene usted una nietecilla muy lista.

—Diga usted traviesa, y hasta si bien quiere descarada —repuso el portero.

En seguida, aunque la cosa no venía a cuento, comenzó a hablar de política: el país marchaba a la ruina, los extranjeros nos llenaban de vituperios y las más viles calumnias *emitían* de nosotros, lo cual era el caos, como decía él, y toda la culpa de la monarquía, y aquí, para *inter nos*, como dice el francés del segundo (esto repuso en voz baja), los republicanos no nos podemos entender, no hay unión, y la unión es la fuerza. Hay que quedarse *sumergido* —murmuró, por último—; yo, que vengo hace tantos años *explorando y explotando* los secretos de la política, no veo más que el caos, la anemia lenta y hasta la *asfixia*, si bien se quiere...

—¿Mañana vendré? —preguntó Cristinita, mirando a Paradox y a su abuelo, interrumpiendo el discurso de este último.

—Si quiere don Silvestre... —dijo el señor Ramón.

—Sí, sí..., que venga..., me ayudará...

El señor Ramón trató de reanudar su interrumpido discurso; pero como Paradox no le hacía caso, el portero se marchó con su nieta refunfuñando.

Al día siguiente muy de mañana ya estaba la chica en la guardilla de Silvestre. Entró sin avisar, y dejó las provisiones de la compra sobre la mesa del comedor-cocina-despacho. *Yock* le hizo un recibimiento muy cariñoso; pero al ver que su amo cogía a la niña en brazos para darle un beso, se abalanzó sobre Silvestre, ladrando con furia.

Luego, la chica recorrió la casa, miró los animales disecados y estuvo largo rato contemplando a la culebra, y como al parecer no tenía el miedo de su abuelo a los ofidios, metió los dedos por entre los alambres de la jaula y trató de agarrar la cola del animal.

—Déjala, déjala —dijo Silvestre—. Mira que pica.

—¿De veras? ¿Pica? —preguntó la niña.

—Sí.

Entonces ella empezó a agitar la mano en el aire, haciendo visajes como si le hubiera picado ya, y luego a reírse con unas carcajadas claras y argentinas.

Silvestre notaba que en compañía de la niña se le pasaban las horas rápidamente.

La chiquilla al lado de Silvestre aprendía, y en su casa estaban muy satisfechos porque no alborotaba la portería ni se pegaba con los chicos.

Algunas veces, Cristina pasaba horas enteras sentada en una caja, mirando un dibujo iluminado hecho por Silvestre, que representaba un elefante marino. El animal, con unos enormes colmillos un tanto exagerados, nadaba en un mar azul lleno de inmensos bloques de hielo de forma perfectamente regular y geométrica; debajo del dibujo ponía: *Trichechus rosmarus*, con letras grandes, y con letras más pequeñas y entre paréntesis (*Limneus*). Había otro dibujo que representaba un mono antropoide, al cual Cristinita miraba de reojo y le llamaba:

—¡Feo! ¡Feo!

Aquella alegría que irradiaba la niña en la vida de Silvestre se llenaba a veces de tristeza al pensar en su existencia sin objeto, en el error suyo y en su gran cobardía de no haber constituido una familia.

Quizá su vida se hubiese encarrilado al tener la santa preocupación del hijo, la noble misión de educarlo.

Algunas veces, cuando la chica se propasaba, Silvestre se ponía a mirarla con fingida severidad; ella entonces le observaba atentamente, y con su intuición comprendía lo ficticio del enfado y comenzaba a gritar y a dar vueltas alrededor de Paradox, aturdiéndole los oídos, enroscándose en sus piernas, la gran loca, que sabía que aquella cara adusta era tan sólo la careta de un pobre hombre bonachón y sencillo.

Aquella alegría duró poco, como todas las alegrías. El señor Ramón, el portero, riñó con su yerno, un guardia del orden público de un genio infernal; los padres de Cristina se marcharon de la casa, y Silvestre dejó de ver a su compañera. Empezó a sentirse triste.

Además, el invierno se iba echando encima, los días eran negros y lluviosos.

Silvestre se sentía solo, viejo y triste. Iba a cumplir los cuarenta y cuatro, en aquel año, el día de Inocentes; había tenido la inocencia de nacer un 28 de Diciembre. Para otro aquella edad era casi la juventud; para él, la vejez, y la vejez decrepita.

Don Avelino tampoco se presentaba en casa; no tenía Paradox con quién consultar sus dudas científicas y abandonó sus trabajos. Asomado a la ventana, solía mirar distraído los paisajes de tejas arriba, las chimeneas que se destacaban en el cielo gris, echando el humo sin fuerza, débil, anémico, en el aire plomizo de las lúgubres tardes de Diciembre. Las tejavanas y las guardillas parecían colocadas encima de los tejados, que formaban pueblos con sus calles y sus plazas, no

transitados más que por gatos. Entre todas aquellas ventanas de tabucos, de miserables sotabancos, de hogares pobres, sólo en una se traslucía algo así como una lejana y pálida manifestación de alegría de vivir: era en una ventana en cuyos cristales se veían cortinillas, y en el alféizar dos cajones de tierra que el verano había tenido plantas de enredaderas y guisantes que aún quedaban como filamentos secos y negruzcos colgados de unos hilos.

Al anochecer, sobre todo cuando el cuarto se llenaba de sombras, le acometía a Silvestre una amargura de pensamiento, que subía a su cerebro como una oleada, náusea de vivir, náusea de la gente y de las cosas, y se marchaba a la calle y le disgustaba todo lo que pasaba ante sus ojos, y recorría calles y calles tratando de mitigar lo sombrío de sus pensamientos con la velocidad de la marcha.

Cuando el sol brillaba en los cristales de las guardillas y en las tejas llenas de musgo, su tristeza tomaba a veces un matiz de ironía.

—La Humanidad me molesta —solía decir—, no quiero tratar a la materia viva, ni a la materia pensante; mis simpatías están por lo inerte. Y la inercia iba apoderándose de él. Empezó a no salir de casa y concluyó no saliendo de la cama; todo le era indiferente: sus trabajos, sus animales disecados, hasta la culebra. *Yock*, también triste, le miraba a los ojos con melancolía.

—Siempre las mismas preocupaciones —pensaba Silvestre—, los mismos trabajos, el cansancio eterno de la eterna imbecilidad de vivir. ¿Para qué vivir tanto? Además, una sociedad bien organizada debía de tener un matadero de hombres; allá irían los fracasados, las pérdidas desesperadas, los vencidos, a que la piedad de los demás les eliminara de un mundo para el cual no tienen condiciones. El matadero se imponía; un matadero que fuese un edén en donde se saborearan en una hora

todas las voluptuosidades, todos los refinamientos de la vida, y se entrara después en la muerte con el alma saciada de un emperador romano de la decadencia.

¡Sí, era indispensable un matadero de hombres!

Y como a todo, el espíritu de Silvestre necesitaba darle un carácter de fantasía y de arte, se representaba un palacio, un verdadero palacio de hadas, lleno de toda clase de refinamientos. Unas cuantas señoras y otros tantos señores serían los encargados de cumplir la altruista misión de llevar gente al matadero.

Ya se figuraba una marquesa joven, elegantísima, guapísima, con un perfume de esos enloquecedores, que entraba en aquel momento en su guardilla y le decía, hablándole de vos:

—Venid, amigo mío, mi coche os espera.

Y Silvestre le rogaba que aguardase un momento, mientras hacía su *toilette*, y concluida ésta, ofrecía el brazo a la linda señora para bajar la escalera, y en la puerta se encontraban un coche, subían los dos, y a cada paso, tomando él la mano de la marquesa, la decía:

—Oh, marquesa, estáis encantadora.

Y el coche se deslizaba suavemente por avenidas cubiertas de arena, hasta que llegaban al palacio: el Matadero. Allí, en un salón exquisitamente adornado, en cuyas paredes sonreían las vírgenes de Vinci, las damas del Ticiano, las místicas doncellas de Rossetti, se sentaban los dos en una mesa, provista de manjares dignos de Lúculo, y bebían en copas cinceladas por Cellini, mientras se oía a lo lejos una música deliciosa y los más extraños perfumes subían al cerebro.

Entonces la voz llena de caricias de la marquesa, que no veía que Paradox era viejo, ni que era triste, ni que era enfermo, animada por una sublime piedad, decía: "Te amo", y al mismo tiempo Silvestre sentía una descarga eléctrica de unos

cuantos miles de volts en su cuerpo y saboreaba la suprema voluptuosidad de la muerte, sumergiéndose y derritiéndose deliciosamente en la nada. Pensaba que hasta las hojas secas unidas en montón debían de gozar al ir ardiendo y deshaciéndose en humo negro. ¡No! La sociedad no está bastante adelantada para establecer un matadero, que si lo estuviera, ¡qué agradecimiento el nuestro, el de los parias, el de los golfos, el de todos los tristes, enfermos, miserables y abandonados!, decía Silvestre.

El señor Ramón, viendo a Paradox tan decaído, creyó que se encontraba realmente enfermo y le recomendó que fuera a la casa de huéspedes del tercero, en donde podrían cuidarle. Silvestre opuso resistencia al traslado, pero el señor Ramón insistió:

—¿Por qué no quiere usted ir a abajo, don Silvestre? —le dijo.

Es usted terco como una mula, y perdone usted la comparación.

—Y usted, ¿por qué no se reconcilia con su hija? —le replicó Paradox.

—Es que yo tengo motivos, o sea, razones.

—Bueno, pues yo también tengo razones.

—Usted, no señor, don Silvestre. ¡Si sabré yo por qué me dice usted esto! Usted lo que quiere es que venga mi nieta.

—¡Yo!

—Le ha tomado usted cariño a la chiquilla.

—Sí, es verdad. No lo niego.

—Pues vendrá la chica con el animal de su padre; pero usted bajará a vivir a la casa de huéspedes.

—Nada. Está dicho —murmuró Silvestre.

—Sí, hombre —repuso el portero—; usted no puede estar solo; no es usted ordenado, y si *bien se quiere*, y perdone usted la frase, es usted un poco marrano. En vez de cinturón usa usted una corbata vieja, las camisas se las ata usted con bramante y ya he visto que al chaleco le ha abierto usted unos ventanillos en el sitio de los botones y se los ata usted como las mujeres el corsé. Eso no está bien, abajo le cuidarán.

—Bah —repuso Paradox con el desdén que los hombres de ciencia tienen por la indumentaria.

—Sí, hombre —añadió el portero—. Ya verá usted cómo se divierte allá. La patrona es una viuda cartagenera con dos hijas, una mujer con pupila, porque sí. Una de las chicas, aquí para *inter nos*, como dicen los franceses, es un pinguillo, corista; ha tenido un hijo con el jefe de la *clá*. ¡Cosas de la vida! La otra, ¿sabe usted?, es más fea que un demonio; pero la mujer estaba *enarbolá* porque nadie la hacía caso, hasta que ha engatusado a ese viejo que está en el Gobierno civil, y ¡no crea usted! la ha dejado embarazada... je... je... je... y él es casi tan viejo como yo. Pues no se figure usted, la mujer está la mar de satisfecha y el viejo también, como que se van a casar: y están siempre en el pasillo jugando los dos al mus.

El portero arregló la cuestión del pago con la patrona, y Silvestre se trasladó a la casa de huéspedes.

A los dos días vio a Cristinita, y después de charlar con ella se sintió mejor. A la mañana siguiente, haciendo un esfuerzo de voluntad, se levantó de la cama y fue al taller, pero no tenía gana de trabajar. Le faltaba un compañero con quien poder discutir las grandes cuestiones de mecánica y de electricidad; entre los que estaban en la casa de huéspedes no había ninguno entusiasta de esta clase de estudios, le faltaba a Silvestre la amistad de don Avellino Diz de la Iglesia.

Con sus terquedades y su inteligencia pesada, Diz era indispensable para el espíritu de Paradox. Éste tenía esa oscilación de ideas de los que viven en un medio exclusivamente intelectual; le faltaba voluntad y dejaba muchas cosas sin concluir. En cambio Diz era obstinado.

Silvestre se entusiasmaba pronto y se desentusiasmaba con la misma facilidad. Diz era para Silvestre como un freno, algo así como lo que es el pneumogástrico para el corazón. Era una frase suya.

A Paradox, vivir la vida normal le aplanaba; para su espíritu, el discernimiento entre lo útil y lo inútil era una caída, adquiría el sentido práctico, el sentido de la realidad a costa de la energía del pensamiento y del brillo de su fogosa imaginación de inventor.

Su cerebro era como un arco voltaico, cuyos carbones se alejaban y se acercaban: en algunos momentos brillaba la luz, en otros se hacía la obscuridad más absoluta.

Silvestre comprendía que don Avelino le era indispensable para volver a sentir nuevamente entusiasmos científicos; pero no quería darle a entender que imploraba su amistad, y encontró para esto un intermediario; don Eloy Sampelayo y Castillejo, profesor auxiliar de la Universidad, uno de los hombres más chiflados del mundo.

Don Eloy era chiquitín y delgaducho, de genio muy desigual, hombre de ocurrencias extrañas; tan pronto previsor y lleno de buen sentido, como fatuo y presuntuoso.

Como Silvestre sabía las horas de clase de don Eloy, le esperó en la calle Ancha de San Bernardo y se reunió con él.

Don Eloy estaba escribiendo un libro que al mismo Silvestre, hecho ya a fantasías dislocadas, le pareció disparatado. Se trataba nada menos que de una explicación de la formación de las palabras de cada idioma, no por su etimología, sino por

la imitación del canto de los pájaros y de los gritos de los animales.

Así, el lenguaje de los hombres de una nación tenía su causa en la fauna de su territorio. Un país con muchos pájaros era preciso que tuviera en su idioma muchas sílabas como *pi*, *pl*, y otro con muchos garos tendría que poner la sílaba *miau* como raíz en gran número de palabras.

Charlando por la calle, don Eloy, después de dar algunas explicaciones de esta pintoresca teoría, comenzó a denigrar rabiosamente el sistema métrico, y trató de probar que había cierta relación entre las ganas de comer de un hombre y las unidades antiguas de peso para el pan. Media libra o una libra de pan, según él, expresaban con más claridad y mejor lo que una persona necesita para satisfacer su gana de comer, que doscientos gramos, cuatrocientos gramos, unidades éstas que son para el estómago antes de razón, mitos o enteleguias.

—¿Y Diz de la Iglesia? —preguntó Silvestre a don Eloy aprovechando un momento en que el hombre se calmó.

—¡Diz! Está muy incomodado con usted. Me dijo que habían reñido ustedes.

—Sí, tonterías; yo sigo estimándole siempre.

—Pues a él le pasa lo mismo. No sólo le estima a usted, sino que le admira. Me dice repetidas veces: "Paradox tiene mucho talento, pero está desorganizado. No tiene instintos prácticos".

—Sí, es su manía. Cree que los demás están chiflados, y quien lo está es él.

—Yo creo que los dos... —murmuró sonriendo don Eloy, quien se creía el hombre más equilibrado del mundo; pero luego temió haber ofendido a Silvestre y le preguntó:

—¿Y usted, no sale de casa?

—Sí, casi todas las mañanas voy a la parada a Palacio. Por la tarde no salgo, tengo en estudio unos proyectos.

—¡Hombre! ¿De qué se trata?

—Nada. Una cuestión de electricidad.

Siguieron hablando don Eloy y Silvestre y se despidieron.

Con aquella alusión a la electricidad, Silvestre creyó que don Avclino se entusiasmaría, y a la mañana siguiente Paradox fue a la parada pensando en encontrarle allí; pero no le vio. No se conquistaba a Diz de la Iglesia fácilmente.

Aburrido Silvestre entró en la portería a charlar un rato con el señor Ramón. La oratoria del portero comenzaba a preocuparle seriamente. El señor Ramón hablaba siempre con alusiones de tercera y hasta de cuarta intención. Se deslizaba, no se apoyaba nunca. Era un discípulo de Mallarmé sin saberlo.

—¿Qué hay, señor Ramón? —dijo Paradox, sentándose.

—¿Qué quiere usted que haya, don Silvestre? —murmuró el portero raspando sus palillos con el cortaplumas.

—¿Cómo va esa polítrica?

—Pchs... Nada... Lo de costumbre... El uno dice una cosa, el otro otra; hay que quedarse sumergido. ¡Y luego pasan unas cosas!

—Pues ¿qué pasa?

—Nada, hombre; que va uno a una tienda, por ejemplo, y pide una cosa. Es un suponer. Y dice uno que es caro, ¿y qué? Lo compra uno y está falsificado, vamos a decir —mirando el palillo que tenía en la mano atentamente—. Porque al parecer hay cosas que son buenas, y luego resultan...

—Sí, ya no se puede fiar uno en nada —añadió Paradox hundiendo sus miradas en la cabeza del señor Ramón.

—En nada, hombre, en nada. Ya ve usted lo que quiso hacer con los porteros el alcalde, ya ve usted. Pues eso es bueno y es malo. Es bueno, porque se pueden evitar muchos disgustos, y es malo, porque también, si bien se quiere, perjudica.

—Es natural —siguió Silvestre—, porque al fin y al cabo... Ustedes también...

—Pues es claro, es lo que yo digo —repuso el portero, agarrando aquella sombra de idea en el espacio y dejando el palillo pulimentado en un plato de madera roja—. Aquí, crea usted, todos son unos, y el que no tiene pupila, ¿eh? y no está siempre al file... para que usted me comprenda, se ha fastidiado.

—Sí, es verdad; porque todavía con ciertas personas...

—Con ciertas personas puede haber correspondencia, y hasta si se quiere, trato... Porque hay gente, sabe usted, que merece todas las mercedes y hasta todos los coloquios que se le dispensan...

—Pero con otros...

—Con otros —y el señor Ramón se sonrió con ironía y se puso a rascar furiosamente el palillo—, con otros hay que andar despacio y hasta tentarse la ropa. Porque uno no sabe lo que se las trae el otro; va uno sin malicia y el otro a lo zorro a lo zorro, y cuando uno se fija, ¡vaya usted a pescarle!

—¡Claro! —murmuró Paradox.

—¡Y que vale más no hacer nada! —repuso el portero después de maduras reflexiones.

—Después de todo, para lo que hemos de vivir —añadió Silvestre, haciendo un gesto de desaliento.

—Y que es verdad lo que dice usted, Toda la vida dale que dale. Bueno. Es un suponer... Y viene un cura, ¿y qué? Nada, nada y nada. Porque ya se sabe: en la vida suceden cosas...

—Calle usted, hombre. Que pasan unas cosas...

—¡Si no se puede hablar! Porque va usted por la calle, o está usted en un café, en una casa particular o domicilio, o en un sitio cualquiera, es un suponer, y ve usted una persona a su lado, y si bien se quiere, aquella persona parece un caballero. Y luego resulta... cualquier cosa, hombre, cualquier cosa.

En aquel momento entró en la portería, embozado en la capa, Juan Moncó, el prendero de la vecindad, un hombre feo, afeitado, aspecto de sacristán, con la cabeza enormemente larga, la frente grande, la nariz chata y la boca innoble, que venía a hablar de negocios con el señor Ramón. Silvestre, abandonando la portería, subió a su guardilla.

VIII

Dos días después, Silvestre se encontró en la parada, en la plaza de la Armería, con don Eloy y con Diz de la Iglesia. Al principio, entre los tres hubo un momento de frialdad, que se disipó en seguida cuando Paradox habló de un artículo de Echegaray, publicado en "El Imperial", acerca de las aplicaciones del aire líquido. Para don Eloy, Echegaray era un gran sabio y un gran escritor; para Diz era tan ilustre dramaturgo como físico mediano, y para Silvestre era mal físico, mal dramaturgo y, en su tiempo, mal político. Además, él, Silvestre, había indicado todas aquellas aplicaciones en su proyecto de refrigerador Xoradap, antes que el suco Ostergren, y nadie la había hecho caso.

Don Eloy y Diz confirmaron el aserto de Paradox, pero se creyeron en el caso de replicar y de abrumar con sus objeciones a Silvestre. ¡Objeciones! Para todas tenía contestación Paradox; y si no, cuando quisieran les enseñaría los planos de su motor de aire líquido, de su salvavidas de aire líquido y hasta de su barco submarino, sí —porque tenía esperanzas de hacerlo también— de aire líquido.

—¿Y las pruebas de todas sus afirmaciones? —preguntó Diz.

—Mañana, en el taller, las tendrán ustedes.

—¿Mañana?

—Mañana.

Se despidieron los tres como conspiradores que se dan una cita.

Al día siguiente estaban reunidos en la guardilla. Ninguno de ellos era hombre previsor, y se encontraron sin fósforos. Como hacía una hermosa mañana de sol, Silvestre tomó una lente y trató de encender el cigarro concentrando los rayos de sol en un punto. Al mismo tiempo, Diz sacó orgullosamente otra lente del bolsillo, la abrió como una navaja y se puso también a encender el cigarro.

—¡El sol! ¡Padre de la vida! —dijo Silvestre.

—Zeus Olímpico —murmuró don Eloy—, que lanza sus rayos de fuego.

—¿Usted no cree en Zeus? —preguntó Silvestre a Diz, viendo un gesto de desdén en su amigo.

—Soy haeckeliano —murmuró éste.

—Es una razón —replicó Paradox, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, a la que Avelino contestó con un ceremonioso saludo.

Después, invitado Silvestre a hablar, habló. El motor de aire líquido no convenció a don Eloy ni a don Avelino. Decían que era lo mismo que otro cualquiera de gas. Silvestre protestaba, marcando las diferencias; pero los otros se empeñaban en sostener que aquella cuestión era de detalle y no tenía importancia. En cambio, a los dos amigos les entusiasmó el proyecto de un barco submarino. Silvestre no conocía ni de oídas los ciento y tantos buques para navegación submarina que se han proyectado en este siglo, pero daba como bueno que ninguno de los ciento y tantos se basaba, como el suyo, en el estudio atento y severo de la dinámica de los peces. De la observación de estos animales había deducido que un barco submarino necesita: primero, un motor de poquísi-

mo peso y de gran fuerza: el aire líquido; segundo, un sistema de aletas, movido por un motor: aire líquido; tercero, una vejiga natatoria colocada sobre el casco del barco, y que se pueda llenar inmediatamente por el aire líquido; cuarto, una atmósfera respirable: el aire líquido. El porvenir estaba en el aire líquido. Se discutió el proyecto. Silvestre encontraba contestación para todo. Aunque tenía más confianza en el motor de gas que en el submarino, poco a poco, hablando y hablando, se le subió el submarino a la cabeza y se entusiasmó, y se entusiasmaron todos. Era admirable. Las calvas de don Eloy y de Silvestre brillaban de entusiasmo; hasta las antiparras de don Avelino centelleaban de júbilo. Lo llevarían a cabo entre los tres. ¡Ya lo creo!

A veces, a alguno de ellos se le ocurría hacer una objeción, pero allá estaba Paradox al quite, para resolver el conflicto; entonces se agarraban los tres gravemente del brazo, en el colmo del entusiasmo, y se paseaban por la guardilla de arriba a abajo. De cuando en cuando, Silvestre, poniendo una mano sobre el hombro de Diz, le decía, imitando a la Dinarzada de "Las mil y una noches":

—Amigo mío, ¡qué cuento más maravilloso!

Y seguían paseándose por la guardilla, haciendo esfuerzos para no entusiasmarse demasiado, saludándose ceremoniosamente entre burlas y veras, con un tácito reconocimiento de sus talentos respectivos, respetando cada uno el mundo de ideas y de representaciones que cada compañero llevaba bajo el cráneo.

Desde aquel día, Avelino no salió del taller de Silvestre. No veía en todas partes más que submarinos, sistemas de aletas, vejigas natatorias. En cambio, días después don Eloy se mostró reacio. Se le desdeñó. Era un hombre vulgar. Ni Avelino ni Silvestre se ocuparon para nada en ver si existía proyecto igual o parecido al suyo. Pusieron manos a la obra con entu-

síismo y empezaron a construir un submarino de juguete. Para las primeras materias recurrieron a la prendería de al lado, tienda que disimulaba su verdadero carácter con un letrero nuevecito: “El Mundo Eléctrico”, que se destacaba triunfante entre los letreros de las tiendas de muebles viejos, buñolerías, prenderías, constructores de jaulas, lecherías, peluquerías, zapaterías, tahonas y demás establecimientos que honran la calle de Tudescos.

“El Mundo Eléctrico” tenía un escaparate bastante grande y una puerta. Junto a la puerta se leían estos dos letreros, escritos con tinta en unas cartulinas. En uno: “Se compra pan, plomo, cinc, metal, estaño, cobre, muebles usados y otros comestibles”.

El letrero más grande estaba puesto en forma de cuadro sinóptico, y decía así:

COMPRO

	<i>Kilo</i>	<i>Cts.</i>
Trapo blanco limpio a “		22
Idem íd. sucio a “		12
Idem íd. color a “		7
Retal de sastre (nuevo) a “		40

Silvestre y Avelino se dirigieron a “El Mundo Eléctrico”, recomendados por el señor Ramón el portero.

El escaparate de “El Mundo” era digno de llamar la atención. Había allí una porción de cosas interesantes, perfectamente clasificadas y puestas en cajitas de cartón, tales como fichas de ajedrez, monedas romanas, sellos, botones, fósiles, miniaturas, conchas, sortijas, medallas y relojes. Luego, en un rincón se veía un microscopio, en otro lado un puñal japonés, aquí un barómetro, un anteojo, una caja de bisturís,

allá una bobina, un yatagán. En el centro del escaparate había un grupo de figuritas de porcelana que representaba un viejo dormido junto al tronco de un árbol y varias damiselas que le echaban flores. En el centro del grupo había un letrero en francés que decía: *Sagesse et vertu ont ici le meme prix q'a salenci*. Silvestre y Avelino pasaron al interior de la prendería. Lo primero que se veía al entrar en la tienda eran dos bustos, el uno de Niobe, el otro del general Espartero, encima de una cómoda desconchada. Un joven moreno estaba en el mostrador comprando a una vieja unas lámparas incandescentes usadas. Avelino y Silvestre explicaron lo que deseaban; el joven les rogó que esperasen, y mientras tanto inspeccionaron la tienda. Vieron varios cuadros bastante medianos, un grabado que representaba la *Toma de la Bastilla*, y otro interesantísimo, uno de los episodios de la historia de Cortés, con la explicación en castellano macarrónico, que decía así: "La Conquista de México". Y debajo: "Ferdinando Cortez, el grande estupor de los indianos, ordeгна de quemar su flota para defender todo medio de retreta".

Cuando el joven moreno concluyó el trato con la vieja, les enseñó a Silvestre y a Diz un barco hecho de madera negra, con todos los accesorios de huesos, por si les servía. Luego, al saber que eran vecinos y recomendados por el señor Ramón el portero, les hizo pasar a la trastienda.

Allí estaba el padre del joven, que les invitó a sentarse, y charlaron un rato. Moncó, padre, era viudo y tenía dos hijos: el joven moreno y una muchacha que estudiaba para maestra. Moncó, hijo, resultó que poseía conocimientos de electricidad. Era él el que comenzó a explotar la electricidad de lance, lo que producía beneficios mayores que la venta de muebles y trastos usados, y el muchacho aspiraba a emanciparse de la prendería y a dedicarse exclusivamente a la instalación de lámparas eléctricas y de timbres; tenía tanta habilidad en estas

cosas, que había construido un motor eléctrico de un caballo de fuerza.

A Silvestre y a Avelino, en aquel día y en los siguientes, les fue tan simpático el hijo como repulsivo el padre.

Éste tenía un catarro pulmonar crónico, y desde el otoño hasta el verano se pasaba la vida metido en la trastienda, envuelto en la capa, con una gorrilla que no le llegaba a cubrir la mitad de la cabeza, tosiendo y escupiendo continuamente. Lo único que le sacaba de su estado de estupidez crónica a Moncó, padre, era la presencia de una mujer guapa.

Silvestre y su socio decidieron acudir a la prendería cuando necesitaran algo, y el primer día se llevaron planchas de cobre muy delgadas y una máquina de reloj, para hacer con ella el motor para el modelo del submarino. Claro que en el barco el motor sería de aire líquido, pero para el modelo era más cómodo que se le pudiera dar cuerda.

Silvestre y Avelino se pasaban los días trabajando. Habían nacido para entenderse. Avelino tenía una paciencia obstinada, y para los trabajos finos de limar y pulimentar era una especialidad; en cambio, Silvestre, que no poseía esta aptitud, ideaba mejor y más pronto. Diz, con la modestia de un hombre de conciencia, lo manifestó varias veces, y le dijo a Paradox:

—Usted es la cabeza, yo soy el brazo.

Y por más que Silvestre quiso protestar, Avelino no se convenció.

El barquito no se hizo así como así; se tardó mucho tiempo en construirlo, para lo cual hubo que resolver serios problemas. Se le dio forma aproximada a la de un cigarro puro, y como no se podía cambiarle al juguete la posición de las alas en el fondo del agua, se le colocaron cuatro a los lados, inclinadas de atrás adelante, para que al ser el barco impulsado por la hélice se fuera hundiendo.

Como la vejiga natatoria no se podía llenar, tal cual lo harían ellos cuando viajasen en el submarino de verdad, con bidones de aire líquido, discurrieron hacer una vejiga de caucho con un agujero pequeño, por donde pudiese entrar una cantidad escasa de agua. Dentro de la vejiguilla pondrían una mezcla de ácido tártrico y bicarbonato de sosa.

El ácido tártrico descompondría el bicarbonato de sosa en presencia del agua, formando tartrato de sosa, y el ácido carbónico desprendido llenaría la ampolla y haría subir el barco a la superficie. Esto era provisional, pues Silvestre buscaba otras dos substancias que se descompusieran más rápidamente, para resolver el problema de su salvavidas químico.

Después de grandes trabajos, el modelo quedó concluido, y con verdadera ansiedad los dos socios inventores fueron a ensayarlo en un estanque de la Moncloa, una tarde que hacía un tiempo malísimo. Tomaron el tranvía de la plaza de Oriente, que les dejó junto a la Cárcel Modelo.

Se bajaron del tranvía; soplaba un viento que no dejaba ni andar. Afortunadamente, ni Paradox ni Avelino llevaban capas, y agarrándose los sombreros se dirigieron hacia la Moncloa. Al llegar frente a la verja del Instituto Agrícola se suscitó una cuestión: según Silvestre, el estanque estaba arriba; según Avelino, estaba abajo.

—Preguntaremos —dijeron los dos; y volvieron hacia atrás, entraron en un portal, y les salió al encuentro una niña que, en contestación a la pregunta que la hicieron, les dijo que el estanque en donde se bañaba a los perros estaba hacia abajo, hacia el Caño gordo.

Silvestre y Avelino tomaron una senda y empezaron a caminar hacia abajo; afortunadamente el viento les daba de espaldas y les favorecía en la marcha.

Pasaron los dos inventores a toda vela por delante de una tapia en donde se leía este rótulo: "Merendero de la Raza Latina", y bajaron hasta llegar a un estanque rodeado de altos árboles. Se acercaron a él; estaba seco.

—Quizá esté más lejos el otro —se dijeron; atravesaron la vía y salieron al camino de El Pardo.

Silvestre debía de tener razón; el estanque estaba arriba. La subida no fue tan agradable, ni mucho menos, como la bajada; el viento daba de frente, y en las cuestas había que agarrarse para no caer. A Diz, una ráfaga de aire le llevó el sombrero; el hombre, preocupado con el submarino, no hacía caso de nada, y gracias al mismo ímpetu del viento que lo aplastó contra el suelo, Paradox pudo cogerlo.

Llegaron, tras de muchos trabajos, reventados, sin bríos, faltos de aliento, como si hubieran escalado un pico del Himalaya, a la parte más alta de la Moncloa, y se dirigieron hacia el sitio que antes había indicado Paradox.

Efectivamente, allá estaba el estanque que buscaban. Como en aquel paraje no azotaba tanto el viento, descansaron un rato, muy corto, porque Diz tenía una gran impaciencia por probar el submarino.

En seguida dio Avelino vueltas a la llave de la máquina del barco, y agachándose dejó el barquichuelo entre las procelosas aguas. El submarino, majestuosamente, fue hundiéndose poco a poco; se notó una ligera agitación en la superficie del agua, y después nada.

Hubieran podido contarse los latidos de los corazones de los dos socios, que palpitaban en sus pechos con la fuerza de un martinete. No se atrevían a respirar con amplitud. Y los minutos pasaban, largos ¡ay! muy largos.

Empezaba a llover, pero ninguno de los dos se fijaba en esto, sino en el barco, que no aparecía por ninguna parte; se cambiaban entre ambos inventores tristes miradas de desaliento.

—¿No volverá a aparecer? —se preguntaba con desesperación don Avelino.

En la superficie cuadrada de agua amarillenta del estanque no se advertía más que el choque de las gruesas gotas de lluvia que caían.

¿Pero qué era aquello?... Sí, allí estaba, junto a la orilla. ¡Oh! placer. La vejiga natatoria salía triunfante fuera del agua, la hélice seguía girando todavía, aunque muy despacio.

Avelino no dijo nada, cogió la mano de Silvestre y se la apretó contra el pecho; luego se acercó, tomó el barco en sus manos y lo secó con su pañuelo, con el cuidado de una madre; tenía barro en las aletas. ¡Barro en las aletas! sin duda del fondo del estanque; ¡qué triunfo! Luego abrió la escotilla y salió el tripulante del barco, un ratoncillo que había metido Diz de la Iglesia en casa.

Silvestre, con su audacia, hubiera querido hacer otra experiencia, pero Avelino no se lo permitió; tenía miedo de que la segunda saliese mal.

Y mientras tanto, arreciaba la lluvia; hacia el lado de Carabanchel se veían grandes nubarrones negruzcos; la Cárcel Modelo iba tomando un color amarillento con el reflejo de las nubes de la tempestad; grandes gotas de lluvia caían en el suelo y sonaban en las copas de los pinos. De repente empezó a caer del cielo una verdadera catarata. Avelino y Silvestre echaron a correr. Cuando llegaron a poder guarecerse en un portal, estaban calados hasta los huesos y se decidieron a seguir andando hasta llegar a su casa. Silvestre se acostó y esperó en la cama a que se le secara la ropa.

El éxito de la prueba produjo dos resultados distintos: en Avelino, ocasionó un entusiasmo loco; en cambio, a Paradox le llenó de dudas. Creía éste que antes de intentar nada en grande era mejor consultar con algunas personas competentes; a Diz le pareció la idea absurda hasta la exageración, pues consultar con alguien era exponerse a que les robaran el pensamiento. Para él era lo mejor y lo más práctico intentar en seguida la construcción de un submarino en que pudieran ir los dos.

—Pero primero hay que encontrar el motor —dijo Silvestre.

—Ponemos uno cualquiera —replicó Avelino.

—Pero eso no es tan fácil; tenemos que calcular su fuerza para el tamaño del barco. Hay un sinnúmero de problemas que resolver.

Diz no quería oír nada de esto. La cuestión del motor la resolverían luego; todo lo resolverían luego. La cosa era construir el submarino con sus aletas y su vejiga natatoria, y probarlo en una costa cualquiera.

—Y moverlo, ¿con qué lo vamos a mover sin motor? —preguntó Paradox.

—Lo movemos nosotros con una rueda.

—Bien, admitido. Ponemos la hélice en movimiento con una rueda. ¿Pero sabe usted lo que nos costará el casco de hierro de cuatro o cinco metros?

—¿Cuánto?

—Lo menos veinte o treinta mil pesetas.

—Entonces hagámoslo de madera.

—Y flota y ya no es submarino.

—Lo llenamos de lastre. Eso costará poco.

Echaron sus cálculos después de consultar con casas constructoras y resultó un gasto de cinco mil pesetas.

Don Avelino escribió a su hermano, que vivía en Valencia, pidiéndole diez mil pesetas. El hermano le contestó diciéndole que se fuera allá, y que se dejara de inventos, porque era muy bruto para inventar nada. Entonces Diz de la Iglesia se echó a la calle, creyendo encontrar a la vuelta de una esquina aquel dinero, y vio, con gran asombro suyo, que todo el mundo se reía de él.

Paradox escribió a don Eloy Sampelayo, contándole las pruebas que habían hecho, y éste le dijo que, consultado un profesor de física por él, había dicho que todo lo inventado por Paradox estaba ya inventado; que los submarinos con aletas se consideraban por los técnicos primitivos e inferiores a todos los demás, que la vejiga natatoria se substituía con ventaja por otros procedimientos. La carta fue un desencanto para Silvestre y para Diz. Pero éste, sin embargo, no se convenció del todo.

—Si alguna vez tenemos dinero, ya lo veremos —murmuró.

IX

Tras el fracaso del submarino, Diz de la Iglesia dejó de frecuentar la guardilla de Paradox y se dedicó a pequeñas industrias que seguramente le producían más gastos que utilidades.

Silvestre volvió a encontrarse nuevamente solo, y lo que es peor, sin un cuarto. El primo, el boticario de Arbeca, no se daba prisa en mandar dinero. Aún no había enviado en totalidad el producto de la venta de las propiedades que Silvestre tuviera en el pueblo. Paradox no sabía a punto fijo lo que le había pagado ya su primo, ni lo que le restaba por pagar. Él se figurará que soy un hombre ordenado y que hago mis cuentas. Esto le tranquilizaba.

—Después de todo, para encontrarme con el resultado desagradable de que he gastado mucho y de que me queda por cobrar muy poco, vale más no hacer números.

La realidad sobrepasó a sus cálculos; aunque tarde, llegó la carta tremenda con la liquidación y una letra de setecientas pesetas. Era el último plazo que le enviaba su primo. Allí estaban los comprobantes. La noticia dejó a Silvestre estupefacto, pero después se tranquilizó.

—He pasado toda mi vida a salto de mata y sin un cuarto —dijo—; no debo asustarme sino estar muy satisfecho por verme en posesión de una cantidad tan respetable como ésta.

En la carta, el primo, después de darle la poca agradable noticia de la terminación del crédito, le encargaba que se enterase por la «Gaceta» de una ley acerca de Capellanías y le enviase un resumen de ella.

Silvestre estuvo pensando en no tomar en cuenta la comisión de su primo; pero, sin embargo, un día fue a la Biblioteca para pasar el rato, pidió tomos del periódico oficial, no encontró lo que buscaba y los dejó. Al día siguiente fue de nuevo y dio el encargo a un amigo suyo, bibliotecario, de que se enterase de aquello.

Mientras tanto, Silvestre pedía el *Diccionario Filosófico*, de Voltaire, y se entretenía con su lectura. Así estuvo varios días frecuentando la Biblioteca, hasta que su amigo, el bibliotecario, le dijo que había encontrado ya en la «Gaceta» la ley de Capellanías. Silvestre hizo el extracto de ella y se lo envió a su primo; pero como había tomado la costumbre de pasar el tiempo en la Biblioteca, en donde se estaba bastante fresco en el verano, se le ocurrió entregarse a la lectura, y después de pensar y discurrir a qué clase de libros se dedicaría con más asiduidad, decidió dedicarse a la lectura de obras filosóficas. Encontraba a la filosofía muchas ventajas, primeramente, la de no servir para nada, ventaja de las más grandes, y además, la de no exigir experimentos ni pruebas de gasto.

Era una clase de estudios ésta a la cual nunca se había dedicado Silvestre; es más, sentía siempre cierto desprecio por las especulaciones puras. Pero cuando entró de lleno en ellas, después de leer a Kant, a Hegel y a Schopenhauer, comprendió que la filosofía era un abismo y que las antiguas reflexiones suyas, que constituían el armazón de sus soliloquios, no habían pasado jamás de lo fenomenal, transitorio y, por lo tanto, sujeto a las leyes de una mezquina casualidad. Vio claramente que no había llegado hasta entonces al *Noumeno*.

El trabajo de Paradox, al irse orientando en el laberinto de ideas filosóficas, fue agradabilísimo, sólo comparable al de Livingstone al penetrar en las ignotas regiones del África Central; casi tanto gozaba cuando descubría la clave con la que un filósofo obscuro encubría a los profanos sus pensamientos, como al llevar a la práctica uno de sus inventos de la importancia, por ejemplo, del refrigerador Xoradap, o de la mano remo.

Hallada la clave, Silvestre se sintió tan audaz que llegó a desdeñar a Krausse. Comparaba la filosofía de este filósofo con cualquier tienda de muebles usados de la calle de Lúdesco; y consideraba también como saldos procedentes del desvalijamiento y del pillaje los sistemas de la mayoría de los filósofos franceses y de muchos de los alemanes.

Al cabo de tres meses de lectura, Silvestre se convenció de que Kant era Kant y Schopenhauer su profeta. Pasado el verano, Silvestre, que no tenía más ocupación que la de dar dos lecciones de francés, se persuadió a sí mismo de que todas las verdades enunciadas por sus filósofos favoritos debían agruparse formando un sistema o cuerpo de doctrina en armonía con los hechos y con los descubrimientos de la ciencia moderna.

Pero a Silvestre le parecía vulgar y anticuado escribir sus ideas, y encontró más pintoresco, más jovial, exponerlas por medio de esquemas. Y lo hizo así. Luego, poco a poco, vio que todos sus esquemas se podían agrupar en dos partes. En la primera, todo lo correspondiente al origen del yo; en la segunda, lo relativo a la voluntad y al reflejo.

La primera lámina representaba una serie de circulitos, en cuyo interior se leía NY (no-yo), y uno con la letra Y (yo), y esta leyenda: «El yo procede del no-yo».

Silvestre no se paraba en barras; su metafísica era contundente. ¿Se podía probar que el cosmos era anterior al hombre? Sí. Pues para él no había duda. El hombre procedía del cosmos. Pero como el hombre lo primero que afirmaba era su personalidad, de ahí que el nombre filosófico del cosmos era: lo que no es yo.

De los esquemas siguientes se iban desprendiendo graves consecuencias filosóficas. La deducción que se obtenía del segundo esquema era que en el principio existió una X primitiva, origen de todo con una voluntad: el Verbo.

La idea del Verbo se había aferrado en la inteligencia de Silvestre al meditar acerca del primer versículo del Evangelio de San Juan. «En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios». Esto y el ver un día una patata, llena de brotes en el fondo del armario de la cocina, al mismo tiempo comedor y despacho, le decidió a creer en el Verbo.

—Esta patata —se dijo Silvestre, con el tubérculo en la mano—, echa raíces por alguna causa, y las echa como todas las patatas, en la misma forma y en la misma época. Si tuviera un poco de tierra, esas raíces crecerían, y los tallos echarían hojas; luego esa patata tiene dentro una idea, un plan de lo que va a ser, una inteligencia. ¿No será esa el Verbo? Y si la patata tiene un plan de lo que va a ser, el mundo también debió de tenerlo; luego es muy probable que en el principio fuese el Verbo en la patata y en el mundo.

En el tercer esquema se advertía un cataclismo: la materia única, representada por puntos, se había separado de la fuerza única, indicada por rayas.

La consecuencia de este esquema era que toda la materia es igual: el oro, idéntico al oxígeno; que toda la fuerza es igual: el calor, idéntico al pensamiento.

La fuerza vital, forma nada más de la fuerza única, tenía, según Silvestre, dos aspectos: el de Voluntad-nouménica, que él llamaba en griego *Dynamis*, por encontrarlo más pintoresco, y el de Reflejo nouménico.

La voluntad nouménica o *Dynamis* tenía formas distintas, según sus causas determinadoras. Determinada por necesidades instintivas, era inconsciente; determinada por deseos, voluntad; determinada por deseos y examinada por un Reflejo, volicionidad inferior, determinada por una imagen del Reflejo, volicionidad superior.

El Reflejo nouménico presentaba, según Paradox, distintos aspectos: en su primer grado, inconsciente, era la cenestesia, o yo sensitivo; en su segundo grado, consciente, era la sensibilidad; en el tercer grado, reflejo de esta sensibilidad, era la memoria; en el cuarto grado, reflejo de la memoria, la Phantasmasia. El reflejo de la Phantasmasia era el Yo. Aquí terminaba la primera parte de los esquemas.

En el segundo tratado de la obra de Silvestre, que tenía por nombre «Voluntad y Reflejo», se esquematizaban primero la formación de las ideas por la eliminación en las imágenes sensoriales de lo accidental y transitorio. Después se pasaba a exponer el conflicto de la Voluntad y el Reflejo por un esquema un tanto complicado.

En este esquema, las influencias cósmicas, representadas por guiones horizontales rojos, iban entrando en la Phantasmasia (llena de guiones azules verticales), y al salir de ella se convertían en cruces griegas, con un trozo azul y otro rojo: motivos. Los motivos llegaban a los territorios de la *Dynamis* (llenos de puntos negros), y cada cruz griega salía llevando a cuestras uno de los puntos y a causa de eso se transformaba en deseos. Los deseos volvían la Phantasmasia y se cargaban con otro guión y eran voliciones. Las voliciones pasaban nuevamente a la *Dynamis*, de aquí al centro motor, y salían del

centro motor convertidas en actos y erizadas de puntos, de comas y de guiones.

Paradox era, por lo tanto, determinista. Entre el concepto de causa, base de la más firme del conocimiento, y la libertad, que se afirma por un vago testimonio del yo, estaba por la afirmación del concepto de causa.

Sin embargo, aunque creía que todo acto humano tenía su razón determinadora fuera del hombre, encontraba una solución práctica y esquemática para el conflicto.

Si a un polígono X se le añade un gran número de lados, se va acercando poco a poco a una circunferencia. Si se le añade un número infinito, el polígono ha realizado su ideal: es una circunferencia. Según Paradox, en el espíritu hay un polígono de representaciones puras. Ahora, cuanto mayor sea su número, se aproximará más a la circunferencia. Esta circunferencia será la conciencia absoluta, en la cual podrá darse únicamente el libre albedrío.

Dado el polígono de las representaciones, si entre el deseo y la representación pura hay conformidad, el deseo se convertirá en acto, si existe disparidad, esta misma será motivo para que el acto no se ejecute.

La consecuencia de todo esto era: que, cuantas más representaciones existan, menos deseos se convertirán en actos; cuantos más deseos sean rechazados, la casualidad exterior obrará menos y el hombre será más libre.

Cada ideal será un lado más del polígono; la circunferencia, la libertad absoluta; pero al mismo tiempo la absoluta abstención.

Después de este segundo tratado, Silvestre se creyó en el caso de señalar algunas consecuencias de sus sistema, y augurar para el porvenir una época de la desaparición del egoísmo agresivo, en que el hombre tendría un máximo de libertad,

de alegría, de vida y de luz; un mínimo de dogma, de ley, de tristeza y de obscuridad.

Llegado a este período de perfección, la Humanidad, superior, iría desapareciendo de la Tierra, y su espíritu formaría parte de la conciencia del Universo, que ascendiendo y ascendiendo, llegaría a tener Voluntad, a individualizarse y a ser Dios.

Silvestre terminó su obra con entusiasmo. A veces le saltaba la idea de que el resultado de su filosofía no era lo bastante halagüeño, y se le ocurría pensar si no sería mejor introducir alguna pequeña mixtificación en sus *Esquemas*, que, cambiando el giro de los argumentos, hiciera más agradables las conclusiones; pero, otras veces, pensaba que no debía engañar a los hombres de aquella manera.

Como Paradox pensaba buenamente que, además de despertar la curiosidad de la gente, podría proporcionarle la obra algunos cuartos, con sus *Esquemas* bajo el brazo visitó algunos editores y libreros, los cuales, al enterarse de la proposición de Silvestre y al conocer la índole de su trabajo, sonreían maliciosamente, mirándole con cierta mezcla de ironía y de lástima.

Viendo Silvestre que nadie quería editar su obra, se decidió a editarla él; fue a una imprenta, y de aquí le dirigieron a la litografía de un hombre a quien llamaban Gazapo, no se sabe si de apellido o de apodo.

El tal Gazapo era el más alegre y chistoso y ocurrente de los litógrafos. Él mismo le advirtió a Paradox que no debía de gastarse el dinero en litografiar los *Esquemas*, porque le costarían mucho y no vendería nada.

—Pero si usted quiere yo lo hago —concluyó diciendo—, y me paga usted cuando pueda.

Silvestre se convenció, porque los argumentos de Gazapo fueron concluyentes, y cuando iba a marcharse de la litografía, con la intención de al llegar a casa pegarle fuego a su obra filosófica, se encontró con que entraba en el taller del litógrafo un compañero de la casa de huéspedes, bohemio empedernido, Juan Pérez del Corral, con otros dos señores.

El bohemio, al ver a Paradox y al enterarse del objeto que le llevaba por la casa de Gazapo, le dijo, hablándole de vos, como era su costumbre:

—¡Ah, señor Paradox, el encontrarnos ha sido providencial! Precisamente estos señores —y señaló a los que le acompañaban— van a fundar una revista, una cosa monstruosa... inaudita... ochenta mil suscripciones seguras... subvención de todos los Casinos, Ateneos, Academias, Corporaciones científicas.

—Bueno —interrumpió Silvestre—. ¿Y qué pito voy a tocar yo en esta revista?

—En ella podéis publicar vuestros *Esquemas*. El campo está abierto a todas las doctrinas y a todas las opiniones. Pero permitidme hacer vuestra presentación.

Y en un aparte, dicho con el único y exclusivo objeto de que le oyesen precisamente aquellos de quien al parecer no quería ser escuchado, añadió:

—Este señor, el más bajo, es don Braulio Maresa... un capitalista... acaudalado... un Mecenaz. El otro es Amancio Ramírez... escritor de talento... lo conoceréis de nombre...

—No.

—Sí, hombre sí. Conocidísimo.

El bohemio hizo las correspondientes presentaciones, y Silvestre habló un rato con aquellos señores.

Don Braulio Maresa era un señor cincuentón, regordete, muy currucato, de levita ceñida, sombrero de copa, chaleco

blanco y ademanes de conquistador. Su cara, insignificante, no tenía más valor que el que le daba su sonrisa, tan impregnada de vanidad y petulancia, como su bigote entrecano de cosmético.

Amancio Ramírez era hombre de unos cuarenta años, alto y forzudo, de frente despejada, tanto, que avanzaba por su cabeza y le llegaba al occipucio; su cabeza parecía una rodilla; su nariz, remangada e innoble, casi siempre enrojecida, se presentaba en su cara barbuda como el botón de una rosa sin abrir entre las hojas de un rosal.

—Y usted, ¿es también literato? —preguntó don Braulio a Silvestre.

—Inventor, caballero. Sólo en mis ratos de ocio escribo.

—Contamos con usted para nuestra revista —dijo Amancio.

—Si puedo serles útil en algo.

—¡Sí puede! —replicó con ironía Pérez del Corral, dirigiéndose a don Braulio—. ¡Un hombre que sabe veinte idiomas!

—¡Veinte!

—No os hagáis el modesto, señor Paradox —añadió el bohemio; y en un aparte teatral, murmuró:

—Es un tío de un talento formidable. Si yo no fuera quien soy, quisiera ser este hombre. Tiene una obra de filosofía maravillosa.

—La publicaremos en la revista —dijo Amancio.

—Se publicará —y don Braulio, al decir esto, pegó con su bastón un golpe en el suelo para remachar sin duda su afirmación.

Don Braulio y Amancio se pusieron a hablar con Gazapo acerca de un cartel que necesitaban como anuncio de la revista y Silvestre se despidió de todos para marcharse a su casa.

Por la noche, al encontrarse en el comedor de la casa de los huéspedes con Pérez del Corral, hablaron nuevamente de la revista.

—Y ese señor don Braulio Manresa, ¿quién es? —preguntó Paradox.

—¿El llamado Manresa! Un antiguo comerciante de paños... ¿No habéis oído hablar...?

—¿De los paños de Manresa? Creo que sí.

—No hagáis chistes, don Silvestre.

—Bueno. ¿Pero quién es?

—¿Don Braulio? Un imbécil, pero de lo más imbécil que os podéis imaginar. Ya veis, este empleado, el querido de la hija de la patrona, si es bruto; pues creedme, es un Séneca al lado de don Braulio.

—¿Y el otro, el director, Amancio Ramírez?

—¡Oh! Ese es un golfo —respondió el bohemio con su sonrisa petulante, y añadió:

—El llamado Ramírez es francamente cochino

X

No habían pasado ocho días, cuando Silvestre recibió un volante firmado por Amancio Ramírez, en el cual le citaba a las dos de la tarde en su casa, Ave María, 29, cuarto piso, para constituir la Junta directiva y el Consejo de Administración de *Lumen*. Así se llamaba la revista que se trataba de dar a luz.

Silvestre acudió a la cita con retraso, como siempre le ocurría. Subió las escaleras de la casa de Ramírez, llamó en el cuarto piso, y le hicieron pasar por un corredor estrecho y oscuro al cuarto en donde celebraban su reunión los individuos de la Junta directiva.

Ramírez, después de reprochar la tardanza a Paradox, le presentó a los socios de la Junta, que no conocía. Estos eran: un hombre de barba y pelo negros, de ojos tristes, que fumaba gravemente en su pipa, llamado Betta; el anarquista catalán Grau, pesadote y lento como buen cansino; *Media-pica*, el novillero semi-literato, y don Braulio Ramírez y Pérez del Corral, a quienes conocía ya.

El cuarto director era apenas suficiente para las siete personas reunidas. El mueblaje era caprichoso; se componía de una mesa consola que se utilizaba como mesa de escritorio, cuatro sillas de paja, destripadas, y un sofá lleno de eminencias y de depresiones, recubierto con una tela de colchón. En las pare-

des, cuyo papel estaba desgarrado por varios sitios, se veían unos cuantos grabados, sujetos con tachuelas negras, y una copia al óleo de un cromo detestable, pero que tenía el mérito de ser más detestable que el original. Representaba a una mujer rubia vestida de máscara, con el traje de estudiante, que iba bajando una escalera de mármol. En la parte alta de la escalera se veía un señor de frac; no les separaba a la máscara y al caballero más que tres o cuatro escalones, pero, a pesar de esto, la perspectiva les alejaba tanto a las dos figuras, que el caballero no llegaba más que a la rodilla de la máscara.

La luz entraba en el cuarto del futuro director de la revista por una ventana colocada a la altura del techo. La conferencia de los socios fundadores estaba al concluir. Amancio, resumiendo las ideas de todos, había redactado las bases definitivas del periódico, que leyó una por una. Se trataba de influir en la vida artística, de llevar la literatura y las artes por nuevos derroteros, de llenar un vacío, en fin.

—No queda más que hacer sino que cada uno aporte lo que pueda —dijo Ramírez.

Al escuchar una cosa tan atrevida, Silvestre respingó, pero no dijo nada.

—¿Para qué? —pensó—; más sencillo que oponerse, es no volver por aquí.

Tal era su idea, sin embargo, cuando vio que se marchaban cuatro de los socios de la Junta directiva, y no quedaban más que Ramírez y Pérez del Corral, Paradox murmuró:

—Les advierte a ustedes que yo no pienso pagar nada.

—Ni nosotros tampoco —contestó Pérez del Corral.

Amancio hizo un gesto de disgusto, pero sin decir nada desapareció por una puerta de cristales que daba a un cuarto oscuro con una cama sin hacer.

—¡Ah! ¿De modo que ustedes...? —añadió Paradox.

—Nada, hombre —siguió diciendo el bohemio—, de los siete que nos hemos reunido aquí, don Braulio y *Media-pica* serán los únicos que paguen. La cosa es que se funde el periódico y se sostenga.

—El periódico se sostiene —dijo Ramírez de mal humor, asomándose a la puerta, abrochándose el chaleco—. ¡Vaya si se sostiene! Yo lo creo. Mañana mismo voy a buscar el local.

—¿Sabéis por qué quiere buscar el local? —murmuró Pérez del Corral al oído de Silvestre—. Porque le han despachado de aquí y va a ver si toma otra casa; con el pretexto de poner la redacción, le servirá ésta para vivir.

—¿Cree usted?...

—Vaya.

Amancio sorprendió el aparte y se hizo el desentendido.

Salieron los tres a la calle, y como Pérez del Corral se marchara, Amancio empezó a hablar mal de él, diciendo que era lo más insolente, vanidoso y majadero que podía ser un hombre. Paradox se hacía el asombrado, y Amancio, que pensaba habérselas con un hombre ingenuo, sintió la necesidad de hacer confidencias, y se pintó a sí mismo como un Cristo, martirizado por aquellos a quienes había protegido.

—Yo les perdono a todos —añadió—. Me odian, me han perjudicado, me han arruinado. ¿Qué importa? Les perdono.

Silvestre, que sabía por Pérez del Corral algunos de los antecedentes de Amancio, se admiraba de que éste en aquel momento se sintiese piadoso y creyera en las cosas que contaba, las cuales nunca habían existido más que en su imaginación.

A los tres días de la entrevista, Amancio fue a buscar a Paradox para que le acompañara a buscar local de redacción para *Lumen*. Salieron los dos, y después de ver algunas casas, Amancio se decidió por alquilar un piso bajo de la calle de

Silva, que tenía una sala bastante grande, pero oscura, que daba a la calle, y varios cuartos interiores.

—Esta sala me parece lóbrega para redacción —dijo Silvestre.

—¡Pchs! Después de todo, ¿qué importa? —repuso Amancio—. Aquí no ha de venir nadie a escribir.

—Y esos cuartos interiores, ¿para qué se quieren? —añadió maliciosamente Paradox.

—Toma... para mí. No se va a dejar sola la redacción. Yo pagaré la mitad del alquiler.

Silvestre sonrió; Amancio comprendió el significado de la sonrisa, pero no dijo nada; pagó de antemano el alquiler de la casa, con el dinero de don Braulio, y al día siguiente trasladó de su casa de la calle del Ave María los pocos muebles que tenía. Por la noche ya ocupaba la nueva casa con su familia: cuando Silvestre fue a la redacción, le abrió la puerta la mujer de Amancio, que venía con los zapatos en chancas, un chiquillo en brazos y otro de la mano.

Silvestre pasó a la sala, iluminada por una candileja, en donde vio al director arrodillado en el suelo y armado de un martillo, componiendo la pata de un sillón.

—¿Qué hay, Ramírez? ¿Se trabaja?

—Aquí estoy con este condenado sillón a ver si lo compongo. Le he pegado la pata con cola y se me ha soltado en seguida. Ahora quería sujetarla con un clavo, y ¡que si quieres!, se rompe la madera. No sé lo que voy a hacer con ella.

—Póngale usted un vendaje de cuerda; es lo más sencillo.

—Es verdad. Voy a hacer eso.

—Luego lo fortifica usted con una capa de cola

—Admirable. ¿Usted, amigo Paradox, no tendrá en su casa algunos muebles?

—Yo... ¿qué he de tener?... Pero ¿no le pidió usted ayer a don Braulio dinero para muebles, y se lo dio?

—Sí, cuarenta duros. ¿Qué va usted a comprar con eso? Nada, hombre.

—Sin embargo, en una prendería...

—No me hable usted de eso. En las prenderías se venden muebles podridos, y vaya usted a saber de quién son.

—Sí. Eso es verdad.

Amancio comenzó a vendar la silla con cuerda, y después encargó a gritos a su mujer que hiciese cola.

—¿Pero usted no conoce a nadie que tenga muebles viejos? —preguntó a Silvestre.

—¿Para vender?

—¡Toma! Para vender... para eso también conozco yo.

—Vamos, usted quiere que se los regalen.

Amancio no consideró necesario contestar a esta pregunta, y se puso a silbar mientras seguía dando vueltas a la guita.

—Hombre. Ahora recuerdo... —dijo Silvestre.

—¿Qué?

—Que conozco yo quien se desprendería de muebles viejos. Eso sí, del año dos.

—Aunque sean del tiempo de Matusalem, nos convendrían.

—No va usted a saber a quién pertenecieron.

—¡Bah! Eso qué importa.—¿No decía usted antes...?

—¿Quién no cambia de opinión alguna vez? Con que dígame usted: esc señor filántropo...

—No es un señor, son dos hermanos que tienen una guardilla atestada de trastos, que ni saben a punto fijo de quién son, ni por qué están en su casa. Esta noche, de una a cuatro de la mañana, les podremos ver.

—¡De una a cuatro! ¡Qué horas más raras! De día, ¿no están visibles?

—De día duermen.

—¿Pues qué, son serenos?

—No.

—¿Ladrones?

—Tampoco.

—¿Algunos honrados monederos falsos?

—No acierta usted, son panaderos.

—Hombre, panaderos. Tiene miga, eso.

—Una barbaridad. Pero no hay que olvidarse de la corteza.

—Cuándo los vemos, ¿esta noche?

—Esta noche, si usted quiere.

—Nos reuniremos antes en cualquier sitio, ¿le parece a usted en Fornos?

—Ese café, donde van los señoritos a echárselas de calaveras no me es simpático —replicó Silvestre.

—En el Oriental.

—Vaya por el Oriental.

Se reunieron en el café por la noche, y a eso de las dos o dos y media, Silvestre creyó que era hora para ir a visitar a sus panaderos. Salieron juntos; tomaron por la calle de Preciados, y, por una de sus bocacalles, entraron en una callejuela en cuesta, y Silvestre se detuvo al lado de una ventana colocada al ras del suelo. La ventanuca aquella tenía primeramente por dentro maderas, luego barrotes y después una alambarrera. En ésta había un boquete, por el cual, después de tantear, introdujo Silvestre su bastón y empujó una de las maderas, que se abrió y dejó pasar una bocanada de humo y de vapor de agua. Luego se vio en un sótano, iluminado fuertemente

por las llamas que salían de un horno, a un hombre en camiseta, calzoncillos y con los brazos desnudos.

—¡Caabanela! —gritó Silvestre, alargando la primera a para imitar el tonillo de los panaderos gallegos.

—¿Qué hay, don Silvestre? —respondió el hombre, acercándose a la reja.

—¿Han venido éstos?

—Sí, vinieron.

—A ver si abren.

—Eh, tú, Choto —gritó el hombre a un muchacho—, ¿qué haces o? Ve a abrir la puerta. Ya va, don Silvestre.

Paradox y su compañero dieron la vuelta a la casa y se detuvieron frente a un portal grande que daba a una plaza solitaria y silenciosa.

—Estos Labartas, así se llaman los dos panaderos —dijo Silvestre a Ramírez mientras esperaban—, son tipos bastante curiosos: uno es pintor; el otro médico. Tienen esta tahona, que anda a la buena de Dios, porque ninguno de ellos se ocupa de la casa. El pintor no pinta, se pasa la vida ideando máquinas con un amigo suyo; el médico tiene en ocasiones accesos de misantropía y entonces se marcha a la guardilla y se encierra allí para estar solo. Les conocí a estos dos hermanos —concluyó diciendo Paradox— cuando traté de hacer un pan medicinal glicero-ferro-fosfatado-glutinoso. Al principio tomaron mi proyecto con entusiasmo, pero se cansaron en seguida. No tienen constancia.

Se abrió la puerta, interrumpiendo la charla de Silvestre, y apareció un muchacho medio desnudo, con una lamparilla en la mano. Precedidos por él, cruzaron el anchísimo zaguán de la casa, lleno de cajones, puestos unos encima de otros, y pasaron a un patio grande como una plazoleta, un antiguo claustro de convento con sus arcos, en el cual se veía un cobertizo

de cinc agujereado y medio caído, que debió de servir en sus buenos tiempos para preservar de la lluvia a la leña amontonada debajo, y que ya no servía de maldita la cosa.

Cruzado el patio, entraron en un largo pasillo iluminado por un mechero de gas, con las paredes y el techo ennegrecidos por el humo; lo recorrieron; a un lado había una puerta, y al abrirla Silvestre, vieron diez o doce hombres trabajando medio desnudos.

—¿No andan por aquí éstos? —preguntó Paradox.

—Están arriba —contestó uno de los trabajadores.

Silvestre y Amancio Ramírez volvieron a desandar lo andado, y desde el portal comenzaron a subir por una ancha escalera. En el primer piso se detuvo Paradox y dio varios golpecitos en la puerta. Abrieron de dentro, y un hombre les hizo pasar a un cuarto que tenía aspecto de sacristía.

Un grande y pesado pupitre lleno de cajoncitos, varias mesas, unos sillones y un sofá de gutapercha negra, componían el mueblaje. En las paredes, recubiertas con papel amarillento, había una porción de cuadros; sobre todo grabados y fotografías de obras del Greco. Del techo colgaban pedazos de papel despegados.

Silvestre presentó a Ramírez a Labarta, el médico —un tipo con una calva, que más parecía tonsura de fraile, de edad indefinible, huraño, sombrío y triste, vestido con un chaquetón raído y un pañuelo en el cuello—, que estaba escribiendo a la luz de un velón convertido en lámpara eléctrica.

Se sentaron los tres: Paradox explicó lo que quería, y Labarta, después de oír la petición de Silvestre, dijo que no tenía ningún inconveniente en que se llevaran lo que quisieran del desván, porque todo lo que había allí no valía nada.

La frase recordaba un tanto el ofrecimiento del labriego, que le decía al obispo: «Puede Su Eminencia comer todas las frutas que quiera. No sirven más que para los cerdos».

Silvestre interrumpió la explicación.

—¿Y su hermano de usted? —preguntó a Labarta.

—Está ahí dentro. Le voy a llamar.

Labarta salió del cuarto.

—¡Qué gente más rara! —dijo Amancio a Silvestre.

—Sí —añadió Paradox—; a mí esta casa me hace el efecto de una cueva de búhos. Luego, estas paredes llenas de grabados de santos y de vírgenes; son bichos raros estos dos tipos...

Entró Labarta el pintor, hombre alto, flaco, macilento; oyó lo que le contaba Paradox con una sonrisa irónica, se echó en el sofá, y dijo con indolencia:

—Mañana, a la hora que ustedes quieran, pueden venir por los muebles. Y pensar, amigo Paradox, que me he levantado a las cuatro de la tarde y no puedo con el sueño.

Y el hombre se despreczó y extendió los brazos.

El médico calvo se puso a hacer sumas con lentitud, leyendo los números en voz alta.

—Bueno, señores —dijo Paradox, levantándose—, hasta mañana.

—Adiós, don Silvestre; ya sabe usted que se le quiere —dijo el pintor desde el fondo de su sillón.

Amancio hizo un saludo ceremonioso a los dos hermanos y salió con Silvestre, algo incomodado de la actitud misantrópica de los panaderos.

Al día siguiente fue Paradox a llamar a Labarta el pintor, y ambos subieron a la guardilla, que estaba en el tercer piso y que era un salón enorme y abandonado.

—¿Usted conoce a ese señor que vino con usted ayer noche? —le dijo el pintor a Silvestre.

—Le conozco así, superficialmente.

—Me parece un pingüino completo —murmuró Labarta, que había adoptado las palabras de Silvestre.

—Pingüino de mal género —replicó Paradox.

Silvestre y Labarta saltaron en el desván por encima de barricadas de trastos, entre los que se veían un violoncello sin cuerdas, armarios, varias mesas, montones de libros de comercio y relojes descompuestos, y Silvestre eligió, entre unos cuantos muebles rotos y deteriorados, lo que le pareció mejor, y lo separó en un rincón.

—Ahora hay que escribir el contrato —dijo Labarta, riéndose.

—Contrato, ¿de qué?

—De venta. Yo le vendo a usted estos muebles por diez reales; pero con la obligación mía de pagar el carro.

—¿Y para qué quiere usted que hagamos eso?

—Para molestar un poco al señor Ramírez.

—Es usted una mala persona.

Labarta estaba empeñado en hacer el contrato y se hizo.

Bajaron los dos al despacho y redactaron el acta, precedida de un inventario de todos los trastos vendidos a *Lumen*, entre los cuales se distinguían una silla de reps, verde veronés, en mal estado de conservación; un sillón, rebajado por las patas para mayor comodidad, de rojo Saturno, y un facistol caprichosamente torneado.

Amancio se picó un tanto cuando vio el contrato burlón que habían escrito entre Labarta y Silvestre, habló de los imbéciles que no comprenden que *Lumen*, con el tiempo, iba a ser la gran revista española, y dijo que le daban ocurrencias

de tirar a puntapiés a la calle los trastos viejos traídos de casa de Labarta; pero no lo hizo; fue poniendo los muebles empolvados y rotos en la sala de redacción, y quedó convencido, poco tiempo después, de que estaban nuevos y eran de moda.

Luego de estos arreglos, se ocupó Amancio en llenar las paredes de la redacción de grabados y dibujos; se puso un cartel en la puerta señalando las horas de oficina y un letrero pintado por Silvestre en la ventana, en donde se leía:

¡LUMEN!

Gran revista semanal. Redactada por los mejores literatos.

XI

Salieron varios números de la revista, se publicaron *Los Esquemas de la Filosofía*, sin figuras, es decir, esquemas que no lo eran, y, a pesar de los felices augurios de Amancio Ramírez y de Pérez del Corral, no llegaron a venderse arriba de cincuenta ejemplares de cada número, en Madrid y provincias, contando venta y suscripción.

Don Braulio Manresa estaba desolado al ver que los miles de ejemplares, que le dijeron que se colocarían habían bajado hasta cincuenta. Amancio tranquilizó a don Braulio, diciéndole que eso sucedía con todas las revistas serias e importantes del mundo y para estimular el entusiasmo de Manresa, llegó a prometerle que le publicaría unos versos, que antes se los había rechazado y que además le nombraría redactor jefe y administrador de la revista.

Con promesas tan lisonjeras, el ex comerciante de paños olvidó los cincuenta ejemplares y cobró nuevos bríos.

Ramírez cuidaba a su caballo blanco como seguramente no hay chalán que lo haga; ejercía sobre don Braulio un gran dominio por el terror. Tenía a su caballo blanco domesticado.

Cuando Amancio mandaba alguna cosa a don Braulio, el pobre hombre temblaba de espanto. No se atrevía a hacer la menor objeción; si Amancio le pedía dinero a lo más que se

aventuraba era a mirarle pidiendo misericordia para su bolsillo.

Y Ramírez, impertérrito, no hacía más que presentar cuentas y más cuentas; el papel, la imprenta, el timbre, el correo; había también que pagar al mozo, porque el director, con el pretexto de que sirviera para los recados de la redacción, trajo un chico que, en realidad, servía a su mujer para hacer la compra y cuidar de los niños.

El muchacho aquel, que a pesar de sus dieciséis años, no representaba doce, era graciosísimo; le tiraba el toreo y se dejaba su miaja de coleta, y esto lo hacía —cran sus palabras— por si alguna vez llegaba a ser algo en el mundo.

La charla del aprendiz de torero se celebraba muchísimo en las reuniones que por la tarde se daban en la redacción, porque había reuniones, con sus rondas de aguardiente, que siempre pagaba don Braulio. En ellas, Amancio iba presentando a Manresa, como escritores de gran mérito y porvenir, a unos cuantos andrajosos, la mayoría de ellos solemnísimos golfos de profesión.

Don Braulio, en presencia de aquella tribu harapienta, no hablaba; no hacía más que pagar el aguardiente.

—Y usted no habla nunca —le preguntaron un día.

—He sido siempre y soy muy respetuoso con los genios —respondió.

Al oír esto le abrazaron todos, hasta el chico de la redacción.

Para don Braulio, todo el que hablaba a gritos de su talento y de sus obras era un genio. Oía además opiniones que al buen señor le admiraban. Cuando discutían aquellos bohemios desarrapados cuál de sus *posas* (habían admitido en su vocabulario esta palabra francesa) era la más elegante, don Braulio se quedaba estupefacto.

—Mi *posa* —decía Pérez del Corral— está entre la de Chateaubriand y la de Pierre Loti.

—La mía —murmuraba Corona, un joven recién llegado de París, con melenas rubias y aspecto de charlatán o fotógrafo de feria— es más amplia que la de Oscar Wilde. Si no fuera Corona quisiera ser Tsar Peladan.

—¡Oh! —añadía Rams, con sonrisa amable de señorita de mostrador y unos ojos de loco—. Yo soy narcisista; mi *psicología* es muy complicada. De no ser lo que soy, quisiera ser confesor de princesas.

En un rincón se oía decir:

—¿Pero tú no crees que yo soy el único escritor español que tiene talento? ¿Hay alguno capaz de hacer mis *Nelumbos*?

Por la noche se reunían los que iban a la redacción y otros que no iban a ella, en un café, y se entretenían en inventar camelos a costa de don Braulio.

Adaptando otra palabra del francés al castellano, decían que iban a *epatar* a don Braulio.

De entre toda aquella gente, el que más se distinguía por sus cambios, por sus ocurrencias, por todo, era Juan Pérez del Corral, el compañero de casa de huéspedes de Silvestre.

Era Juan Pérez hombre de unos treinta y tantos años, alto y flaco, el bigote negro levantado hasta los ojos, el cuerpo rígido como un tarugo, la cara chupada, los ojos turbios detrás de los lentes, la nariz larga y encarnada en la punta, la boca grande, de oreja a oreja, que sonreía con la sonrisa dura de una careta sonriente.

Su aspecto tenía algo de matón; sus ademanes eran de una petulancia inaudita; su indumentaria fantástica. Gastaba chambergo de alas anchas, que le daba la apariencia de un mosquetero; su traje no correspondía a la marcialidad de su

sombrero, pues sus chaquetas y gabanes eran de un color tan extraño, que no se podía comprender fácilmente cómo serían de nuevos.

Pérez del Corral mentía con una tranquilidad admirable, y se creía un discípulo aventajado de Machiaveli y del divino César Borgia. Ese era el adjetivo que empleaba al hablar del célebre príncipe.

Tenía una memoria admirable, una petulancia de damisela, una soberbia satánica y, a veces, rasgos de un desprendimiento y de una generosidad de gran señor. A don Braulio le volvía loco; cuando hablaba de los escritores contemporáneos, decía: «El llamado Echegaray... Ese pobre desgraciado de Sellés... El llamado Picón, que se dedica a fabricar cuerda», y así iba calificando a unos y a otros.

Algunas noches, cuando salía del café la tribu harapienta, Pérez del Corral arrastraba a las masas a la plaza de Oriente, y allí arengaba a los reyes de piedra, o, accediéndose a un árbol, para dar pruebas de sus facultades de actor, gritaba, no se podía decir que declamaba, un parlamento de *Don Juan Tenorio* o de *Los amantes de Teruel*. Sobre todo de este último drama, aquello de: «Infames bandoleros, que me habéis a traición acometido»; lo decía de una manera, y la *o* final de bandoleros la vocalizaba de tal modo que una vez había hecho salir la guardia de Palacio a enterarse de lo que pasaba.

Otra de las figuraciones importantes del café era Betta, que se pasaba la vida alcoholizado, siempre impasible con su bello rostro árabe, de barba y pelo negrísimo, la pipa en la boca.

Admirador muchas veces de las salidas de algunos de los bohemios, era un poeta notable, hombre callado, cara de cerdo triste.

Con la salidas de Pérez del Corral se entusiasmaba.

—¡Admirable! ¡Admirable! —decía a cada paso.

El que se retiró pronto, con gran escama, de las reuniones de café y quiso inducir a don Braulio Manresa a que se separase de los bohemios, fue Amancio; pero don Braulio, aunque respetaba a Ramírez, admiraba a Pérez del Corral, a Betta y a sus amigos.

Silvestre, que vio que de la revista no se podía sacar más que disgustos, dejó de aparecer por la redacción. En la mesa de la casa de huéspedes, sabía por Pérez del Corral las luchas homéricas que había entre Amancio y los del café, para ver quién conquistaba la amistad de don Braulio. Éste se lamentaba de que hombres con tanto talento como ellos no se entendieran bien, y hablaba enternecido del Arte, flor suprema de la vida, como había dicho Betta. Tras de uno de estos discursos, los abrazos menudeaban.

Amancio había promerido a Manresa hacer lo que quisiera en la revista; pero entonces Pérez del Corral y sus amigos neutralizaron el efecto del ofrecimiento, enviando a don Braulio una orla dibujada por un aprendiz de pintor, en la cual nombraban a Manresa jefe de la juventud intelectual de España; además, en la orla adornaban a Manresa con el título de conde.

Ante aquel agasajo, don Braulio se inclinó definitivamente hacia la bohemia de café, y comenzó a dejar de ir por la redacción de *Lumen*.

Un día le encontró Amancio acompañado de Pérez del Corral, y le recriminó y le dijo:

—Parece mentira que un hombre serio como usted se deje burlar de esa gente.

Don Braulio se abroncó; pero Juan Pérez del Corral, que se sentía siempre digno y caballeresco, acercándose a Ramírez, exclamó:

—Caballero, el conde de Manresa es un amigo mío, y no permite que nadie le insulte. Mañana recibiréis a sus padrinos.

Al oír Manresa que se trataba de llevarle a un desafío, protestó.

—Pero señores —dijo por la noche en el café—. ¡Si Ramírez no me ha insultado!

—¡Cómo decís que no os ha insultado, señor conde! —replicó Pérez del Corral—. Cuando os trató, a un caballero como vos, de hombre sin seriedad.

—Sí, es cierto, pero...

—¡Nada, nada! Silencio, señor conde. Conocemos vuestro valor. Mañana, Betta y yo iremos a ver a Ramírez, y le exigiremos o una satisfacción, o una reparación por las armas.

Por más que protestó Manresa, no tuvo más remedio al último que aceptar. La vanidad pudo más que su miedo. Cierito que el hombre pensaba huir en el caso en que el desafío fuera a realizarse.

Este asunto entretuvo a los bohemios durante unas cuantas semanas. Dijeron a don Braulio que Ramírez tenía miedo, y que habían dicho sus padrinos que no quería batirse, porque del ojo izquierdo no veía bien.

Entonces, Pérez del Corral y Betta obligaron a Manresa a andar con una venda en el ojo izquierdo, para que así, perdiendo la costumbre de mirar con él, pudiera presentarse en condiciones iguales ante su adversario.

El final del desafío fue un acta honrosísima para Manresa, en la cual varias veces se le adjudicaba el título de conde.

Silvestre, a quien hacían gracia las ocurrencias de los bohemios, pero que al mismo tiempo sentía alguna compasión por aquel pobre hombre de quien se reían de un modo tan claro,

insinuó la idea a don Braulio de que estaban tomándole como cabeza de turco para sus diversiones; pero él, con un tono desdenoso y altivo, propio de un hombre que no rehúsa acudir al terreno del honor cuando le retan, le dijo a Silvestre que no fuera majadero y que no se entrometiese en asuntos ajenos, en donde nadie le llamaba.

Paradox se encogió de hombros y no se ocupó más de él. Seguía teniendo noticias de don Braulio por Pérez del Corral.

—Le tenemos loco —decía el bohemio—; cada día fingimos un desafío entre cualquiera de nosotros y le nombramos padrino. El hombre cree que está rodeado de matones y de espadachines. A la menor cosa, ya se sabe, cuestión personal; el conde de Manresa es el que las arregla todas, y después, para celebrar el arreglo, hacemos que nos convide; luego le llevamos a la plaza de Oriente, por la noche, y allí, en broma, le pegamos una paliza. Nos abalanzamos todos sobre él con los bastones, y don Braulio con el suyo se defiende. Le damos tres o cuatro palos cada uno y echamos a correr. Entonces él nos persigue gritando: «¡Venid aquí, cobardes!» Luego nos damos por vencidos, nos reunimos con él y nos decimos unos a otros alto, para que nos oiga:

—¡Pero qué valiente es el conde!

—¡Bah! ¡Bah! —dice él.

—Es que es usted terrible.

—¡Vamos, vamos, señores!

—El conde de Manresa es formidable. No hay otro como él.

Todas las noches llora de emoción.

Otra vez Pérez del Corral contó que habían seguido una noche a don Braulio hasta su casa dándole vivas, y como él pidiera por favor que se retirasen, y no accedieran a ello, se

había marchado sin querer entrar en su casa. Mientras tanto, Pérez del Corral obtuvo el agujero de la cerradura de la puerta de casa de don Braulio, metiendo pedazos de papel y atacándolos con un lápiz, y al volver el buen señor se encontró con que no podía abrir la puerta y se tuvo que estar en la calle hasta las seis de la mañana. Una noche los bohemios avisaron a un médico de la Casa de Socorro, diciéndole que fuera a reconocer a un loco llamado don Braulio Manresa; el médico fue, como era natural, y entre él y don Braulio hubo un altercado, que por poco se pegan. Al día siguiente enviaron a todos los amigos a preguntar en la portería de la casa de Manresa si era verdad que éste se había vuelto loco.

De esta broma se pasó a otra tan mal intencionada o más que ésta y que fue llenarle la badana del sombrero de papeles y hacerle creer que tenía hidrocefalia.

—Pero, ¿qué le pasa a usted en la cabeza? —le decían.

—Le crece a usted eso de una manera enorme.

—Cúidese usted, don Braulio. Eso debe ser muy grave.

Don Braulio, al principio, lo tomó a risa; pero viendo que cada día le costaba más trabajo ponerse el sombrero, se alarmó, e iba a llamar al médico, cuando su criada sacó de dentro de la badana interior del sombrero más de tres periódicos puestos en tiras. Entonces los bohemios discurrieron otra barbaridad: un desafío simulado, que iba a verificarse entre dos de la reunión, y en el cual a don Braulio —que, contagiado por las fantasías de los demás, aseguró entender de esgrima— habían nombrado juez de campo.

El desafío era a sable, a todo juego; se verificaría en el estudio de un pintor; y como don Braulio empezaba sospechar que los desafíos por las disputas del café siempre concluían en actas, le habían dicho que aquél tenía una causa grave, puesto que mediaba una dama.

La escena estaba ya dispuesta. Uno de aquellos bohemios, que era médico, ejercería su cargo y llevaría en la mano un tubo de pintura roja. Al darle uno de los contendientes al otro una estocada, el médico se abalanzaría sobre el falso herido, apretaría el tubo de pintura con los dedos y le mancharía la camisa de rojo. Silvestre estaba invitado al acto. Paradox pensó en no ir; pero le pareció que don Braulio no podía ser tan infeliz que cayese en el lazo, y por curiosidad fue.

El día fijado se reunieron en el estudio del pintor más de veinte personas. Don Braulio, con la levita abrochada, pálido de emoción, se paseaba de un lado a otro, armado de un sable. Uno de los contrincantes estaba allí.

La gente se reía de medio lado; se hacían alusiones terribles a un detalle fúnebre. La media puerta de la casa del estudio estaba cerrada, porque había muerto alguien en la vecindad.

—Mala señal es ésta —dijo uno.

—A ver si hoy hay dos muertos en la casa —añadió otro.

—¡Señores, por Dios! —tartamudeó don Braulio.

La hora fijada para el encuentro era las tres y media.

Uno de los que iban a batirse, un muchacho alto, esbelto, con los ojos femeninos y graciosos, se paseaba en camiseta, haciendo gala de la fuerza de sus bíceps.

De repente, después de hacer un guiño a sus amigos, dio un grito, extendió los brazos y empezó a pegar patadas en el aire.

—¡Ay, madre mía! ¡Madre mía! —gritó— ¡Tener que morir tan joven! ¡Ay!

La gente empezó a reírse a carcajadas, y don Braulio, asustado y escandalizado al mismo tiempo de la bárbara crueldad de los espectadores, fue a socorrer al joven y recibió unos cuan-

tos puñetazos del socorrido, el cual, hasta después de algún tiempo, no se pudo calmar.

Cuando ya empezaba a calmarse el del accidente, Pérez del Corral hizo otra mueca, dio otro grito semejante, y, tirándose en una cama que había en el estudio del pintor, con la cara oculta en las dos manos, se entregó a una muda y sombría desesperación; cuando se le pasó el arrechucho, apareció con los ojos encarnados, envuelto en un jaique, que un amigo cariñoso le había puesto para que no se enfriase, y con una gorrilla del pintor en la cabeza, suspirando y gimiendo.

En esto se abrió la puerta y se presentó el otro adversario: un hombre vestido de negro, de color cettino con unos bigotes negríssimos formidables y un sombrero cónico. Parecía un búho, un pájaro de mal agüero. Uno de sus padrinos desembozó, y, con ademán sombrío, enseñó un par de sables que traía envueltos en unos periódicos, escondidos bajo la capa.

El médico se puso una blusa blanca, y, en una silla, colocó una caja de sobres cerrada, que hacía de arsenal quirúrgico, y un fórceps, que dijo, entre las risas contenidas de los presentes, que era para extraer las puntas de los sables. Después trajo un cubo y una escupidera. Luego desinfectó las armas, mojóndolas con una bola de algodón empapada en agua de Colonia. Don Braulio tomó los sables, los midió cuidadosamente y se los presentó a los dos adversarios, que estaban frente a frente mirándose con odio; cada uno cogió el suyo.

—Salúdense —dijo don Braulio.

Los enemigos se saludaron con el sable.

—Ahora, un momento —dijo don Braulio, y sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a Pérez del Corral para que lo leyese.

Éste, sin poder contener la risa, que según decía era un fenómeno nervioso, leyó, interrumpiendo la lectura con intempestivos arrullos:

«Señores: si sólo es una cuestión de amor propio la que os hace venir al terreno del honor a exponer vuestras preciosas vidas (dos o tres soltaron la carcajada al llegar aquí. Pérez del Corral siguió leyendo); si en vuestro corazón no hay rencor ni odio, que todo el enojo caiga a vuestros pies, y daos mano de amigo; pero si hay otras causas más graves que os impulsan a batiros, entonces cumplid vuestro deber».

Los enemigos no se dieron la mano; al revés, se miraron iracundos.

—En guardia —murmuró don Braulio, que había ido durante tres días a una sala de armas para saber lo que tenía que hacer.

Los sables chocaron uno contra otro.

—Ahora... —balbuceó Manresa—. Adelante y sin rencor.

El de los bigotes empezó a repartir cintarazos con su sable en el del contrario; éste, algo amilanado, aunque la cosa era de broma, retrocedía. Se iba echando la noche encima; por los altos ventanales del estudio entraba la claridad triste y gris de un anochecer de otoño; uno de los circunstantes había encendido una vela; la cosa tomaba un aspecto fúnebre. Al segundo asalto, el joven imberbe dio un sablazo en un costado del joven bigotudo. Éste tiró el sable y entornó los ojos; el médico se abalanzó hacia él; entonces se vio a la luz de la vela una mancha roja que se extendía por la camisa del herido, y el médico enseñó su mano, llena de sangre.

Hubo un momento de confusión en todo el mundo; algunos que estaban en el secreto, casi creían que la cosa era de veras; el pobre don Braulio estaba lívido.

Uno de los testigos del joven de los bigotes, le gritaba:

—Conde, sois un asesino. Esto no es legal. Es un asesinato.

Silvestre estaba admirado de la perfección con que había ejecutado la comedia aquella cáfila de bárbaros. Transportaron al fingido herido a la cama. El médico mandó que todo el mundo se retirase. Iba a hacer la primera cura. Temía que estuviera interesado el peritoneo. Don Braulio, seguido de una comitiva de diez o doce, salió a la calle, se refugiaron todos en un café. Silvestre quería decirle que no se apurara, que todo era una farsa; pero a don Braulio no le dejaban solo; iba rodeado y seguido por diez o doce que le ovacionaban por la calle, de cuando en cuando, con los gritos de ¡Viva el conde! ¡Viva el jefe de la juventud intelectual!

A los dos o tres días, Pérez del Corral contó a Paradox que le estaban dando la gran matraca a don Braulio, diciéndole que el herido había muerto a consecuencia del sablazo. Luego le dijeron que le perseguía la policía, porque la estocada que había recibido el de los bigotes en el duelo no era legal, y, a consecuencia de esto, no se hablaba en el café más que de tercias, cuartas, quintas, *fintas del'ochi*, de la escuela italiana, y *coupés*, de la francesa.

Una noche en que el mozo del café, por indicación de los bohemios, le dijo a don Braulio que el delegado había preguntado por el conde de Manresa, don Braulio sintió tanto miedo que huyó del café inmediatamente, se mudó de casa y no se volvió a saber nada de él.

Amancio Ramírez, desolado, le buscó por todas partes; pero no le pudo encontrar.

El borrego a quien tan admirablemente esquilaba había huido.

Entonces, Amancio trató de seguir solo con *Lumen*; la transformó en revista nobiliaria, con el objeto de ver si la sostenía

dando sablazos a los aristócratas; y como no le resultara la combinación, visitó algunos anarquistas amigos suyos, con los cuales no se pudo entender; tras de esto trató de avistarse con el padre Jurado —un jesuita que tenía fama de inteligente—, y como no le pudo hablar en su casa, lo esperó en el confesionario y allí le propuso cederle su revista, o hacer en ella una campaña a favor de los jesuitas. El Padre Jurado, lo único que le dio a Amancio fue la absolución.

Amancio, defendiendo la revista, que era su cocido, estuvo heroico; dio largas al impresor, al almacenista de papel, al dueño de la casa, a todo el mundo; pidió dinero respondiendo con su revista, y al cabo de ocho o diez meses de lucha homérica, los acreedores embargaron el periódico; los trastos de Labarta, puestos en la calle por el Juzgado, se vendieron a un trapero, y Amancio volvió a caer en la ignominia de la vida de golfo.

XII

En el comedor oscuro y mal oliente de la casa de doña Rosa, la patrona, estaban todos los huéspedes sentados a la mesa.

—¿Qué le pasa hoy a don Silvestre? —preguntó Lamela, un estudiante de Medicina, gallego, a la patrona en voz baja.

—Nada; que le han salido tres lecciones de francés al buen señor, y está muy contento.

—Yo creo que las agarra, doña Rosa —dijo Rogales el periodista.

—¡Bah!

Doña Rosa era una mujer de cuarenta a cincuenta años, natural de Cartagena, viuda afortunadamente, como decía ella. *Porque, hijo, no sabe ugté lo diguto que me dio mi marto...* Tenía doña Rosa un desparpajo admirable en sus conversaciones y en sus actos. Hacía diabluras; como en tiempo de exámenes los estudiantes querían tener luz, pedían a doña Rosa que llenara los quinqués de petróleo, y la patrona los llenaba, la mitad de agua y la otra mitad de aceite mineral, que quedaba sobrenadando. Cuando esta parte de arriba se consumía, la luz del quinqué chisporroteaba y se apagaba. Pero es lo que decía la patrona: “Yo lleno los quinqués”.

Otra de las ocurrencias chistosas de doña Rosa con un muchacho hambriento que tenía de huésped, y con el cual no podía, porque su estómago era un tonel sin fondo, fue la de convencerle que engordaba demasiado, para lo cual todas las noches apretaba un poco la hebilla de su chaleco y la del pantalón.

El huésped se convenció de que engordaba, pero no comió menos por eso.

De las dos hijas de doña Rosa, una era corista, muy guapa, y había tenido un desliz con el jefe de la claqué de un teatro por horas, del cual resultó un chiquillo, enteco y descarado, que correteaba por la casa molestando a todo el mundo, y que se entretenía en comerse todo el papel que encontraba a mano. Hubo días que se comió un "Imparcial" entero, periódico por el cual manifestaba cierta predilección.

La otra hija, que era muy fea, por no ser menos que su hermana, se había amontonado con un señor viejo, empleado del Gobierno civil, huésped de la casa; y éste, que era una buena persona, trataba de casarse inmediatamente.

Doña Rosa tenía bastantes huéspedes, no precisamente porque los tratara bien, sino porque su casa era barata. Andaba siempre a la cuarta pregunta, por mor de los micos que la daban.

Pero entre todos los huéspedes que había tenido, ninguno como Pérez del Corral.

Por más que doña Rosa quiso despedirle, al ver que no pagaba, no encontró ocasión; Pérez del Corral las eludió sabiamente. Por aquella época, el bohemio sólo iba a casa a las altas horas de la noche, abría la puerta con su llave, se colaba en el comedor, tomaba alguna galleta o alguna fruta, se acostaba, y a las cinco o seis de la mañana, antes de que se levantara nadie, ya estaba en la calle. Tan decidido estaba Pérez del

Corral a quedarse en la casa, que, por fin, la patrona no tuvo más remedio que dejarle.

Pero no todos los huéspedes eran de la misma calaña; el mismo Rogales, que era periodista, pagaba algunas veces. Los estudiantes lo hacían con relativa puntualidad.

Aquella noche, mientras venían los obligados garbanzos, se entabló, como todas, una discusión acalorada, en la que más que razones, se adivinaban los odios producidos por la vacuidad del estómago.

Don Nicolás, el empleado del Gobierno civil, amante de una de las hijas de la patrona, desentendiéndose de la discusión, empezó a contar confidencialmente a Silvestre la réplica que había dado a su jefe en la oficina, al achacarle culpas que no eran suyas; una réplica respetuosa, pero enérgica.

Don Nicolás no tenía en la boca más que dos dientes, estrechos y pajizos, que le bailaban en las encías, y para oírle, había que volver la cabeza y no mirarle nunca.

—¿No es verdad que he hecho bien? —preguntó don Nicolás, que deseaba obtener el asentamiento de Paradox.

—¡Indudable! ¡Indudable! —repitió éste con el pensamiento sin duda en otra cosa.

—¿Podía haber hecho más?

—Un poco más... un poco más...

—¿Cree usted?

—Sí. Un poco más no hubiera estado de más.

Y Silvestre murmuró al oído del empleado, con cierto misterio:

—Ya sabe usted lo que dijo el poeta: *Tantane anime celestibu ira.*

Don Nicolás asintió moviendo la cabeza y entornando los párpados, para manifestar que había comprendido la exacti-

tud de aquella máxima; luego, para dar una prueba de lo mucho que se interesaba por los trabajos de su amigo, le preguntó:

—Y dígame usted, don Silvestre, ¿en qué consiste esa máquina que dicen que usted ha inventado? He oído algo, pero no me han dado explicaciones claras del invento. Ya sabe usted que yo guardaré el secreto... si quiere usted comunicármelo.

—¡Oh, oh! ¡Basta, basta, don Nicolás! Ya sé que es usted un amigo, y por más que Schopenhauer y otros filósofos pesimistas, permítame usted esta palabra...

—Sí, hombre, sí, pues no faltaba más —repuso el viejo empleado.

—Pues bien; por más que Schopenhauer y otros pesimistas digan que la amistad es un mito, yo sé que usted es un amigo.

—Gracias, don Silvestre, gracias —y don Nicolás estrechó la mano de Paradox contra su pecho. ¿Conque decía usted que el invento?

—Mi invento es sencillísimo. Figúrese usted un eje... veo que se lo ha figurado usted; y en el eje, tras... tras... dos ruedas, ¿eh? Bueno. Supongamos que este garbanzo es un piñón, un piñón placentario, digámoslo así. Bien. Este tenedor es una biela, y el aro de la servilleta un inducido. Bueno. Ahora da usted la corriente, y ¿qué pasa? Nada; que la fuerza se transforma en movimiento, y ya tiene usted el aparato.

—Sí, es verdad. Claro, la fuerza se transforma en movimiento —murmuró don Nicolás, asombrado, y al mismo tiempo satisfecho, de la confianza que en él depositaba Silvestre y de los conocimientos que le suponía.

Seguían los demás huéspedes discutiendo, cuando Pérez del Corral sacó una peseta del bolsillo, falsa por más señas, y, poniéndola encima de la mesa, dijo de repente:

—Señores, encabezo con este capital una suscripción para comprar una dentadura postiza de lance, de esas que vende el prendero de abajo, para adornar la boca de nuestro amigo don Nicolás, que nos está molestando con la presencia de los dos dientes pajizos que tiene.

—Yo doy diez céntimos —dijo un estudiante.

—Yo cinco —añadió otro.

—Yo la papeleta de empeño de un gabán.

—El señor Corral —dijo don Nicolás— es muy poca cosa para molestarte a mí. Como le he dicho muchas veces, no debía salir de su apellido.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Bien, don Nicolás!

—¡No sea usted tan terrible, don Nicolás!

—Lo ha pulverizado usted, don Nicolás.

—¡Qué ironía la de don Nicolás!

El empleado sonrió, creyendo de buena fe que había achi-cado al bohemio.

Entonces Pérez del Corral empezó a hacer pucheros, se levantó, sacó de un bolsillo los restos de un pañuelo de cuadros, se tapó la cara con él y se mojó previamente los ángulos de los ojos con saliva y empezó a hacer como que lloraba.

Don Nicolás, que tenía buen corazón, fue a consolar a Pérez, y entre la algazara de todos, le llevó nuevamente a la mesa.

Rogales, el periodista, que se las *traía* con Paradox, le preguntó con tono irónico:

—Y nuestro ilustre inventor, ¿cómo no ha defendido a su amigo?

—¡Pst! —repuso Silvestre—. Ya ve usted que se ha defendido solo.

—Usted siempre con su filosofía, ¿eh?

—¡Pst! A mi edad no se pueden tener las diversiones que se tienen a la suya. Hay que tener alguna chifladura.

—¿Y no se puede saber cuál es su filosofía? Porque nosotros, todos, tenemos interés en saberlo.

—Pues nada —repuso Silvestre—. Es una filosofía de un hombre que se resigna. Pérez del Corral dice que los literatos todos son unos imbéciles (echando un terrón de azúcar en el café). ¡Pst! Me resigno. Ustedes dicen que los políticos son unos bribones (echando otro terrón de azúcar en la taza). Me resigno también. Ahí tiene usted mi filosofía.

—Eso es una gansada —replicó el periodista exasperado, con la tranquilidad desdeñosa de Paradox.

—He aquí un epifonema de mal gusto —murmuró Silvestre, sonriendo con amabilidad.

—El mal gusto es una de sus cualidades, sabio profesor.

—Efectivamente, tengo el mal gusto de oír sus... digámoslo en francés, *plátitudes*.

El periodista se calló; y Silvestre siguió tomando su café; preparó su pipa, mezclando el tabaco con pedacitos de hojas de eucaliptus glóbulos, y se puso a fumar.

—Pues sí, don Nicolás —añadió dirigiéndose al empleado y señalándole la boca—. En serio. Debía usted de decidirse a que le arrancasen esos dientes y que le pusieran otros postizos.

—Crea usted, no me atrevo; se me figura que con dentadura postiza no se debe de comer bien. Me han dicho que hay algunos que tienen una *válvula*. ¡Pero qué sé yo! No creo que se coma bien.

—¿No? Sí, hombre, no se ha de comer. Admirablemente. Si le oyera a usted míster Philf se hubicra indignado. Éste aseguraba que tener una buena dentadura postiza, colocada

por él, valía más que todos los incisivos, caninos y molares que la madre Naturaleza pone en los alvéolos dentarios.

—¿Y quién era ese señor? ¿Algún chiflado? —preguntó don Nicolás.

—Si era amigo de don Silvestre; nó sería extraño —dijo Rogales.

—Joven, joven, se desliza usted por el camino resbaladizo de la injuria —murmuró Paradox—. Pues, sí; míster Philf era un dentista inglés, alto, grueso, entusiasta de su arte, serio, muy serio, humorista a veces y aficionado al camelo en sus ratos de ocio. El pobre creó que murió en el Cabo —y Silvestre movió la cabeza tristemente.

—A mí las bromas de este tío me hacen la pascua —dijo Rogales en voz alta, y, levantándose de la mesa, se marchó del comedor.

—¿Y qué iba usted a decir de ese inglés? —preguntó Pérez del Corral, que tenía muchos puntos de contacto, en su manera de ser, con Paradox.

—¡Ah! Sí. El pobre Philf —siguió Silvestre—. Un día me dijo enternecido: “¡Los dientes postizos! Gracias a ellos conservo yo la vida”. “¿De veras?”, le pregunté yo. “¡Oh, yes!”, replicó él y me contó lo siguiente: “En una ocasión, en la India, me encontré rodeado de unos cuantos fanáticos, adoradores de la diosa Kali”.

—¿Se habían escapado de *Las hazañas de Rocambole*? —interrogó Pérez del Corral.

—Eso mismo le pregunté yo, pero no; me aseguró que eran auténticos. “Me rodearon —siguió diciéndome—, se pusieron a bailar alrededor de mí y prepararon el arma homicida. Yo intenté convencerles de que no se mata a un súbdito de su graciosa majestad como a un cualquiera nacido en una nación débil; pero, al dirigirles mi *speech*, se me trabó la lengua

y los dientes se me escaparon de la boca y cayeron en el suelo sin romperse. Sin romperse —repetía el inglés y decía—: Esto no era nada extraño; la dentadura la había hecho yo... La limpié y la coloqué en su sitio. Los indios, al ver aquello, quedaron admirados. Yo, aprovechándome de su estupefacción, repetí la suerte; di un paso hacia adelante, luego una palmada, con la mano izquierda indiqué el momento de pausa y de atención, agarré nuevamente la dentadura, hice un terrible gesto de dolor y la mostré triunfante a los fanáticos. Entonces, a una, todas las cabezas se inclinaron, y, desde el gran sacerdote, hasta el último de aquella tropa de bárbaros, me adoraron como a un ser sagrado. Allá estaba yo perfectamente; ¡oh, *yes*, perfectamente!”

—¿Y por qué se marchó el inglés de allá? —preguntó el bohemio.

—¡Ah, amigo! Míster Philf estaba aburrido de enseñarles su dentadura para imponerles respeto.

—Efectivamente, debe ser molesto y poco agradable estar todo el día con la dentadura postiza en la mano —murmuró Pérez del Corral.

—¿De manera que las dentaduras de ese señor —preguntó don Nicolás— no se rompían nunca?

—Yo —dijo Silvestre— le he visto a él tirarlas al suelo, patearlas, darlas con un martillo... Nada. No sé qué caucho tenían. He oído decir que era de una mina especial.

—Quizá de esa mina del Asia de caucho vulcanizado —añadió el bohemio.

—Quizá. Lo que es cierto es que las dentaduras de Philf tenían un no sé qué extraño. Él aseguraba que daban a la cara una sonrisa agradable.

—¿Y ese señor, murió?

—Sí. En el cabo de Buena Esperanza. ¡Lástima de hombre! Era un perfecto *gentleman*, un poco borracho, eso sí, pero un perfecto *gentleman*. Y un hombre de talento. Yo, cuando me contó esto de su salvación de la muerte por la dentadura, le relaté un caso curioso, algo macabro, el de una dentadura sonriente:

"Fue también un inglés —le dije—, no recuerdo su nombre, el que colocó la dentadura a una vecina mía, cuando yo estaba en Burgos. La señora, que se llamaba doña Justa, y era vizcaína, habitaba en el principal de la casa. En la vecindad se la conocía por el nombre de la señora del gato.

La dentadura de esta señora era una dentadura magnífica, reluciente, de esas neumáticas que hacen *clac*, cuando se fijan al paladar; una dentadura que le había costado la friolera de seis mil reales.

Cuando se posee una dentadura de seis mil reales, que hace *clac*, como aquélla, se contrae la obligación de cuidarla, y doña Justa la cuidaba con *amore*... Nunca había tenido hijos; su marido había muerto, ¿qué de particular tenía que hubiese depositado todos sus cariños a su dentadura y a su gata?

Por lo demás, este animal era merecedor de tan cariñosa solicitud. Era una gata blanca y amarilla, sobona y mimosa. Tenía en la cabeza una combinación de manchas tan regulares, que parecía estar peinada con raya, una raya tan bien trazada, que para su cabeza la hubiese querido un gomoso.

Doña Justa se enternecía al ver al animal y temblaba... temblaba, sí, porque la gata se iba haciendo vieja y no tenía ni una cría con aquella combinación de manchas en la cabeza.

Doña Justa hubiese deseado otro gato igual; así que cuando la gata empezaba a maullar por los pasillos, la buena señora ponía su nariz ganchuda en el cristal de la ventana del patio y observaba los gatos que por allí andaban, y discurría y

pensaba quién de todos aquellos animales podría ofrecer, en su unión con la gata, más garantías para perpetuar las descadas manchas.

Cuando hacía su elección, iba a la cocina y decía a las muchachas, en estilo de Geraudel, el de las pastillas para la tos:

—*Digáis* a Patricio que coja el gato pardo y lo suba.

—Pero, señora —decía una muchacha—, si ese gato debe de ser hembra.

—No —aseguraba la otra—; pero debe de estar capado.

Se discutía la cuestión. Se pesaba el pro y el contra, y por fin, si se decidía, se le daba el encargo de que subiera el animal a Patricio. Éste, que era bastante bruto, traía al gato, y después de asegurar bajo su honrada palabra de asturiano su integridad, la del gato se entiende, lo dejaba en la casa.

El recién venido y la gata amarilla se repartían sendos arañazos, e iban a ocultar sus amores tras de algún mundo, que quizá les parecía pequeño, como a tantos amantes, y al cabo de algunos días se presentaba ella maullando hipócritamente, y al galán se le enviaba con viento fresco a la escalera y un par de puntapiés de regalo.

Pasado el tiempo reglamentario, a la gata se le hacía una mullida cama en la parte baja del armario del comedor, y el día en que los signos de probabilidad se convertían en signos de certeza, doña Justa se sentaba en su poltrona, junto al armario, y esperaba el supremo momento, llena de emoción, con el corazón palpitante.

De cinco en cinco minutos gritaba:

—*Francisca, Petra, miréis* a ver si hay algo.

Francisca y Petra miraban una vez y otra. Hasta que, ¡alelu-ya!, allí estaban.

—A ver, a ver —decía doña Justa con ahogada voz.

E iban apareciendo, a medida que los sacaba la muchacha a la luz del día, gatillos como lagartijas, agarrados de la piel del cuello. La gata asomaba la cabeza por la puerta del armario y miraba con sus ojos pálidos lo que hacían con sus crías.

—¿Pero qué? ¿No tienen el *peinado*? —preguntaba doña Justa con verdadera consternación.

—No, ninguno —decían las muchachas.

Doña Justa se quedaba pensativa, y después, resignada ante aquel golpe del Destino, se metía los dedos en las narices y decía con voz triste a la Francisca o a la Petra, señalando a los cuatro o cinco engendros de la pobre gata vieja:

—*Echéis* eso por la alcantarilla.

A fuerza de hacer pruebas con su gata, ésta se debilitó y murió. La pobre doña Justa no pudo resistir al fallecimiento de su animal querido, y sintió tal melancolía, que enfermó de una pasión de ánimo gravísima. Luego, de tanto pensar en las crías de su gata, se le metió en la cabeza que, a pesar de sus setenta y ocho años, se había quedado embarazada, aunque no se figuraba de quién, y mandaba a sus sobrinas preparar los pañales y las gorritas para el recién nacido, con gran algazara de todos.

Se tomaban a chacota las palabras de la pobre vieja, y los sobrinos andaban por la casa revolviendo armarios y husmeando en los rincones, para encontrar algo que meterse en el bolsillo.

Una noche, doña Justa se agravó tanto, que se llamó al canónigo gordo de la casa de huéspedes del piso de arriba para que confesara a la enferma, el cual dijo que la buena señora se encontraba en el exclusivo y crítico momento en que una untura en los pies y en las narices sirve para que el alma de los hombres suba a las celestes regiones, siempre, como es natural, de que el untado tenga alma.

Mientras llegaba el vicario, el canónigo, que tenía la facies estúpida de un animal cebado, y que se pasaba la vida jugando al tute con la hija de la patrona, sacó un libro del bolsillo y se puso a leer las oraciones de los difuntos, equivocándose a cada palabra.

Un cura vino con la Unción, y se marchó en seguida. El canónigo gordo seguía equivocándose y mirando de reojo a doña Justa, para ver si había concluido, y viendo que no, sacó un escapulario de la Virgen del Pilar y lo acercó a los labios de la enferma. Aquello fue de una eficacia inaudita; al momento doña Justa torció la cabeza y dejó de alentar. Entonces, el canónigo gordo se guardó el libro en el bolsillo, y se volvió a su casa.

En seguida las vecinas comenzaron a vestir a la muerta, tirando de aquí, rasgando de allá, hasta que lograron ponerla un hábito negro.

Luego, a la sacristana, también vecina de la casa y que no tenía dientes, le pareció muy mal que la pobre doña Justa pasara a creencia de Dios sin herramientas en la boca. La dentadura postiza, aquella hermosa dentadura que hacía *clac*, se le había escapado al morir de entre los labios y había ido rodando hasta el suelo.

La sacristana, viendo que las vecinas eran de su opinión, metió con mucho cuidado, como quien hace una delicada operación quirúrgica, los dedos en la boca de la muerta, introdujo después la dentadura y... *clac*. Luego le puso en la cara un pañuelo negro para sujetarle la mandíbula y adelantó la capucha del hábito para que no se viese el pañuelo.

¡Nadie sabe los instintos artísticos que hay en el alma de una sacristana!

Al día siguiente, los labios de doña Justa se habían contraído de una manera tan notable, que parecía que estaba son-

riendo. Era una sonrisa la suya tan alegre, tan alegre... que daba miedo.

Todos los amigos y parientes, cuando la vieron, decían:

—¡Pobrecilla! ¡Está sonriendo!...

Míster Philf —concluyó diciendo Silvestre Paradox al terminar su relato— sonreía también.”

—¿Qué le pasa a usted? —le dije—. ¿No cree usted en mi historia?

—¡Oh... *yes... yes...* seguramente... seguramente! —me dijo—. ¿No he de creer? ¡Si la dentadura de doña Justa la hice yo! Esto no tiene nada de extraño. Mis dentaduras son siempre joviales, sonríen lo mismo antes que después de la muerte.

—¡Conmovedora historia! —murmuró Pérez del Corral llevándose el pañuelo de cuadros a los ojos.

—¡Triste, triste en verdad! —repuso Silvestre.

—Pero, ¿es cierto? —preguntó don Nicolás.

—El hecho existe —dijo Silvestre—. Ahora, el cómo, no me lo explico.

Y después de hecha esta aclaración, dio las buenas noches y se marchó a su guardilla.

XIII

La noticia se comunicó con una rapidez vertiginosa; no se hablaba en la vecindad más que de los repetidos escándalos, que se producían a causa de las relaciones de Pérez del Corral con la sobrina del administrador de la casa, Elvira Bardés.

Los hombres se indignaban contra el marido, de quien decían que era de los predestinados apacibles; las mujeres de la vecindad se sentían ofendidas, no por el hecho de los amores adúlteros, sino porque no comprendían la condescendencia de Elvira por un hombre tan feo como el bohemio.

Pérez del Corral, con toda la jactancia de un hombre de ilustre prosapia, despreciaba las hablillas y se pavoncaba, tomando ante los demás huéspedes posturas académicas de olímpico desdén.

Elvira, la sobrina del administrador, vivía en el piso segundo de la casa. Era mujer de unos treinta años, alta, morena, esbelta, con la mirada obscura, sombreada por las cejas o por las pestañas; sus ojos de cerca eran claros y verdosos, aunque daban la impresión de ser negros; la boca algo grande, de labios pálidos y finos.

Su marido, Narciso García Ortí, empleado en Gobernación, era hombre grueso y sonrosado, de barba rubia, frente ancha y espaciosa y aspecto de sabio; pero, a pesar de su aspecto, el

caudal de sus ideas era tan escaso y tan corto el número de sus palabras, que tenía que repetir y parafrasear todo lo que oía a los demás, porque a él no se le ocurría nunca nada.

Cuando hablaba, su mujer le miraba con un afectuoso desdén. Elvira le elogiaba siempre en su presencia y en su ausencia; podría haber un marido tan bueno, ordenado y económico como él, pero más, imposible. Luego, era hombre que todo lo hacía con acierto; hasta para expulsar el sobrante de la bebida, como diría Sganarelle, tenía acierto su marido, según aseguraba Elvira, cualidad que no era obstáculo para que le engañase, y lo que era más notable y monumental, para que tuviese celos de él.

Nadie hubiera sospechado las relaciones de Elvira y Pérez del Corral, si Elvira, dando prueba de poco talento o de una gran despreocupación y desahogo, no hubiese tenido la ocurrencia de despedir de mala manera a una criada, que descubrió a todo el que quiso oírle el nefando contubernio.

La muchacha contó que cuando bajaba el señorito Juan, Elvira la enviaba a la plaza de Santo Domingo. Pero, aunque de pueblo y alcarreña, no se mamaba el dedo. ¡No que no! ¡Hizo cada prueba! Llegaba a casa, y veía a su señorita pálida y ojerosilla.

—¡Oh, Jesús! —decía, y se marchaba a la cocina y rompía los oídos de su ama, cantando unas còplas que concluían con este espiritual estribillo:

“Flor y guin dingui, flor y guin danga.

El conejito de finas lanas.”

Luego, la condenada alcarreña estudiaba la cama; unas veces veía en ella barro... de las botas del gran cochino del Corral, como le llamaba ella; otras, ponía intencionadamente la

colcha con el lado de los pies a la cabecera, y por la noche inspeccionaba la cama y veía que la habían vuelto a hacer, sin fijarse en el detalle. Con este motivo, volvía a darle unos repasos a la estúpida cancioncilla.

Y no sabía cómo aquel Corral, o demonios, le gustaba a la señorita. Gracias que el amo era muy bueno, demasiado bueno, un *pagüé*, y no hacía una barbaridad por mor de los niños.

Las indiscreciones de la muchacha se comentaron en toda la casa; los huéspedes comenzaron a dar bromas a Pérez del Corral, que no negó nada.

—¿Para qué negarlo? —dijo.

Y como le hicieran reflexiones morales, añadió:

—Cada uno tiene su moral. La de Machievelli o la del divino César Borgia no va a ser la misma que la de un patán cualquiera. Esa moral de los burgueses, a mí me parece *francamente cochina*. Mi moral es la de los hombres superiores.

El triunfo aquel engrió de tal modo a Pérez del Corral, que ya se creyó en el caso de contar como cosas a él ocurridas, todas las fantasías que le venían a la imaginación. A ser ciertas la mitad de las cosas que contaba de su vida, fuera hombre más emprendedor que Pizarro; más cínico que el marqués de Sade; más aventurero que Cellini; más seductor que Lovelace o don Juan. ¡Los crímenes que había cometido! Empezó su carrera de criminal envenenando de chico a su tía con polvos para matar ratones, y después de matarla robó en la casa una bolsa llena de onzas. Luego cometió algunos delitos de poca importancia: estupro, violaciones, secuestros, alguno que otro asesinato de vez en cuando. Poca cosa.

Comprendiendo que España no tenía bastante espacio para sus hazañas, dio en América; y allí, en un período de cuatro o cinco meses, se batió casi diariamente.

—Me baleé, como decimos en América, ¿sabe?

Tuvo cincuenta y cuatro desafíos, ni uno más ni uno menos; mató indios a montones; a *Chucho el Roto*, el bandido más terne del Yucatán, le robó la bolsa y el caballo y le perdonó la vida porque era un valiente. Después, preparó una sulevación en una de las Repúblicas americanas, y le tuvieron que expulsar del territorio de la República como extranjero pernicioso.

—Si hubiera seguido allí —solía decir convencido—, a estas fechas yo sería coronel general —capitán general le parecía poco.

“Una vez —contaba— estábamos mi amigo Gorostiza, un antiguo capitán negrero vascongado, y yo en Colón. Gorostiza tenía una goletilla para el comercio de cabotaje, y no hacía negocio. Entonces le dije yo: “¿Por qué no nos dedicamos como otros al comercio de chinos? En el *ébano* ya no era fácil comerciar. ¿Con esta cáscara de nuez?” —me dijo—. “Con esta cáscara de nuez se puede dar la vuelta al mundo” —le contesté. “¿Usted se compromete a venir conmigo?”. “Yo —le repliqué sonriendo—, voy hasta el infierno”.

Salimos para China y volvimos al Brasil con doscientos chinos. Ganamos en el viaje quince mil duros cada uno.

Pusimos una casa de juego con aquel dinero y al principio ganamos; pero luego perdimos el dinero y la casa de juego, de la cual se apoderó un catalán. Viéndonos sin un cuarto, un día nos dispusimos a robar la casa de juego. Se tallaban miles de duros. Gorostiza y yo y tres indios nos presentamos armados hasta los dientes.

Entramos en la sala. Yo me acerqué a la mesa, cogí el quinqué y lo estrellé contra el suelo. “¡Mueran los gachupines!” gritaron los indios, y empezaron en la obscuridad a acuchillar a todo el mundo. Gorostiza y yo metimos el dinero en dos sacos; teníamos dos caballos preparados en la puerta, montamos, y, al galope, ¡ala, ala! Al cabo de poco tiempo notamos

que nos seguían veinte a treinta hombres y nos disparaban: nosotros nos agachábamos, y pim, pam, y *tsin*, las balas que silbaban en nuestros oídos; iba a hacerse de día; a una legua o cosa así veíamos la pampa entre nieblas. Rendidos, muertos, llegamos a un bosque y pudimos escaparnos de nuestros perseguidores. Dos días después nos acercamos a un puerto y nos metimos en un barco italiano; al salir de la sentina en donde nos escondimos, nos encontramos con que nos habían robado el dinero. El capitán nos insultó, yo le desafié, y entonces él, por castigo, nos hizo desembarcar y nos abandonó en las costas de Guinea. Un misionero inglés que iba en el barco, y que llevaba varias cajas llenas de *Biblias* protestantes, nos rogó que repartiéramos los libritos entre los salvajes; le dijimos que sí, y Gorostiza y yo entramos en un bote, sin armas, y con tres cajones de *Biblias*. Allí, nos entendimos por señas con los salvajes, buenísimas personas, y a mí se me ocurrió, en el mismo momento de echar pie a tierra, una idea admirable. Las tapas de las *Biblias* eran de cuero, y servían perfectamente para hacer sandalias. Pusimos un taller de sandalias, y cambiándolas por colmillos de elefante, que luego vendimos a un comerciante inglés, pudimos venir a Europa.”

Entonces Pérez del Corral se sintió herido por la gracia divina, y entró en un convento de trapenses; pero no encontrando allí la calma y el descanso que buscaba, se escapó del monasterio.

Pérez, en la esgrima, según aseguraba él mismo, no tenía rival; desde la lanza y la flecha hasta la ametralladora, no había para él arma que no supiera manejar; sólo él conocía la técnica de esas estocadas terribles que se dan extendiendo las piernas hasta llegar a tocar el suelo con el cuerpo; sólo él sabía dar aquellos gritos terribles de *joló, joló*, gritos de la escuela italiana que amilanán en un cuerpo a cuerpo al adversario más valiente.

Con las seducciones que desplegaba Pérez del Corral no eran de extrañar sus éxitos.

La conquista de Elvira la hizo en el teatro.

—Me encontré sentado cerca de ella, que estaba con su marido —dijo—, y como la conocía de saludarla en la escalera, nos pusimos a hablar. Es una mujer de muchísimo talento. A la salida del teatro les acompañé a la casa y les dije que si me permitían iría a visitarles. Al día siguiente me enteré de las horas de oficina del marido, y, sin encomendarme a Dios ni al diablo, a media tarde, cuando el otro no estaba, me presenté en su casa. Ella, al verme, se puso seria; luego se echó a reír. Hablamos un rato.

—Y si yo ahora —le dije sonriendo— os diera un abrazo, ¿qué haríais?

—No se atrevería usted —murmuró mirándome a los ojos.

Yo la agarré por el talle, entonces ella quitó mi mano de su cintura, y con la gracia que tiene, me dijo:

—¡Es usted más sobique! ¿No sabe usted que soy casada?

—¿Y qué? —repliqué yo, con esta arrogancia que me caracteriza...

Cedió... como todas... no podía menos.

El escándalo fue tomando proporciones; Pérez del Corral no dejaba un momento la casa de Elvira, en donde comía. El marido no se daba cuenta de nada. Pérez llevó su cinismo hasta el extremo de presentar en casa de Elvira a Rogales, uno de los huéspedes de doña Rosa, un periodista, con el objeto de que conociera a una viuda llamada Isabel, amiga y confidente de Elvira, por si la viuda y el periodista se entendían.

La viuda parecía de buenas entendederas, y ella y el periodista se entendieron fácilmente; la casa del pobre empleado de Gobernación empezó a convertirse en un burdel. Elvira no se recataba ni aun delante de la gente; cuando estaba en pre-

sencia de algunas personas, y no podía temer ninguna acometida del bohemio, le provocaba, le pisaba los pies, ponía una rodilla en contacto con las suyas. Otras veces, cuando iba a arreglar los leños de la chimenea, se ponía de rodillas en un trozo de cinc que había delante del hogar, y, disimuladamente, rozaba con su pecho las piernas de Pérez del Corral, que, friolero como un gato, se calentaba en la chimenea.

El bohemio se estremecía con el contacto; la miraba a sus pies y la veía con la cabeza inclinada hacia el fuego, enseñándole la nuca, con los negros bucles arremolinados en el cuello, blanco como la leche, y sorprendía la mirada de Elvira, de abajo arriba, que rozaba las cejas, una mirada burlona, llena de voluptuosidad, que a Pérez del Corral le hacía temblar como si le cosquilleasen en la médula.

Rogales, el que se quedó con la viuda, era chiquitín, movidizo y dicharachero. Tenía la cabeza pequeña, los ojos de un azul verdoso, asombrados, entontecidos; el pelo rubio y la expresión cínica; la voz fuerte y ronca, que no se comprendía en un hombre tan pequeño; la sonrisa banal, cuando no era insolente; el aspecto, de un niño encanijado, de esos chicos que vienen al mundo con vilipendio en la alcoba de alguna horizontal, de padre desconocido y madre clasificada.

Isabel, la viuda, tendría unos treinta y dos o treinta y tres años; era gruesa, colorada, con los labios abultados, sensuales, muy charlatana. “Mi difunto marido, que fue gobernador de Filipinas. En Bitondo, en donde solíamos dar bailes...”

La conversación de la viuda versaba siempre acerca de cosas del Archipiélago. Isabel tenía una niña, Consuelo, que los de casa le llamaban Nenita, una muchacha de unos catorce años, anémica, descolorida, con cara de viciosa, impertinente como pocas, que siempre estaba echando sangre por las narices.

Las dos parejas de enamorados se reunían por las tardes en casa de la viuda, que vivía unos números más abajo de la misma calle que Elvira; a Nenita, su mamá le enviaba al colegio y los cuatro se quedaban en un gabinete pequeño, adornado con gusto pésimo, lleno de mantones de Manila con flores y pájaros bordados por todas partes y con algunos muebles de pacotilla, cubiertos materialmente por *bibelots* de a real y medio.

Isabel y Elvira se encontraban en sus glorias; cantaban tangos en voz baja, bailaban y jugaban a las cartas. Elvira era una especialidad en los cantos populares, y más le gustaban y mejor los cantaba cuanto más escandalosos eran. Había en su alma una necesidad de rebajamiento y de perversidad extraña. Con el pretexto de ir a ver a su amiga, Elvira salía de su casa aprovechando las horas en que su marido de noche tenía que estar en el Ministerio; se reunían las dos parejas, y Rogales, que conocía a fondo todos los chabisques madrileños, les llevaba algunas veces a cenar a las tabernas, a algún gabinete reservado, a las buñolerías y a los cafés cantantes.

Rogales, que estrenó una zarzuela en un teatrúcho, acompañó a las dos a verla desde un palco. Isabel y Elvira se divirtieron, según dijeron, la mar. Había en la zarzuela de Rogales un papel de golfo, que el cómico que lo representaba lo hacía admirablemente. Era cosa de verle, desarrapado, con el traje lleno de remiendos, envuelto en una bufanda rota, los labios contraídos por una sonrisa socarrona, mordiendo una colilla con sus dientes negros. Representaba el tipo de hombre haragán, desvergonzado, perezoso, indolente. “¡Anda la osa!” decía a cada momento, y todo el público celebraba la gracia a carcajadas.

Era una verdadera creación aquel tipo, y al mismo tiempo un apoteosis; la apoteosis de la bajeza, de la desvergüenza, de

la golfería; la encarnación de lo más encanallado del arroyo madrileño.

Isabel y Elvira reían como locas al oír las enormidades que se decían allí, y aprendían frases. Aquel tango que se cantaba en la zarzuela, comparando a la mujer con un reloj, y en que se decía:

Al casarse se la da cuerda
y la hora empieza a marcar,
aunque algunas tanto adelantan
que hay que darlas dos bofetás,
les pareció a las dos delicioso.

Rogales se regodeaba, viendo el entusiasmo que producía su obra. Pérez del Corral, ofendido por el éxito del amigo, no encontraba ninguna gracia a la zarzuela, y lo manifestó así varias veces.

Desde aquella noche disminuyó la cordialidad de las relaciones entre las dos parejas. Pérez del Corral creyó que su amigo se habría ofendido por sus observaciones; pero no era ésta la causa. Rogales, enterado de que la viuda tenía cuartos, empezó a tomar en serio las relaciones con Isabel, y le propuso casarse con ella. La viuda aceptó la proposición, y Rogales, que era un burguesito, a pesar de su envoltura de periodista despreocupado, hizo que Isabel, ya su novia formal, dejara de reunirse con Elvira.

—Una mujer casada, ¡qué demonio!, no está bien que haga lo que dice Elvira.

Elvira no perdonaba a su amiga el abandono. Seguía sus relaciones con Pérez del Corral, pero se iba ya cansando; en cambio, el bohemio estaba cada vez más enamorado de ella.

Iba pasando el escándalo al estado crónico; la vecindad comenzaba a olvidar al bohemio y a Elvira, y a medida que la indiferencia de los vecinos aumentaba, Elvira se manifestaba más indiferente. La llegada de su hermano Higinio, que la puso en un compromiso, avivó en ella por unos días el interés hacia su amante.

Higinio era hombre bajito, regordete, barbudo como un turco; viudo de estado y hasta de profesión, porque no era otra cosa. Tenía un aspecto tristón, cara de Cristo mal pintado en un cuerpo de Sancho Panza; su frente, con un surco profundo en medio, no medía dos dedos de alta; el pelo le bajaba formando en medio un pico, hasta cerca del entrecejo; su color era verdinegro, y dos círculos negruzcos, de color de breva, rodeaban sus ojos tristes. Cuando tenía que pensar en recordar algo, el pico de su pelo casi se metía entre sus dos cejas; parecía que con este esfuerzo le debían de crujir y de crepitar los sesos. A llorón no le ganaba nadie; tenía las lágrimas tan a punto, que cualquiera hubiera dicho que las guardaba en el bolsillo del chaleco; la menor cosa que leía en los periódicos le daba ganas de llorar; el relato de una función patriótica, la acción heroica de un soldado. Cuando leía o escuchaba alguna cosa de éstas, se quedaba mirando fijamente con ojo de carnero moribundo y la cara muy compungida, e iban apareciendo lagrimones uno tras otros en sus mejillas. Tenía Higinio condiciones de animal doméstico; sabía hacer la comida, pasear a los niños y cuidar enfermos. Era de esos mentirosos que creen en sus mentiras. Lo que él había visto no lo había visto nadie. Las cosas que sabía eran dignas de cualquier inspector de policía de Montepin o de Ponson du Terrail. El pobre de la esquina era dueño de tres casas; el barbero de la plaza, abortador y masón; el señor de enfrente, escapado de presidio; la viuda del coronel, echaba las cartas; el portero del 3, jefe de una sociedad secreta.

A pesar de su aspecto llorón, Higinio había sido un perdido, de esos perdidos en tonto, sin gracia ni travesura. Había pasado años y años escamoteando a su tío fardos de cuero en el almacén, hasta que hizo robos tan descarados, que don Policarpo Bardés le despachó de su casa, en donde estaba de dependiente.

De ahí había provenido la ruptura entre el sobrino y el tío.

El día en que Higinio se presentó en la casa de Elvira, estaba Pérez del Corral de visita calentándose al fuego, hablando con marido y mujer. Ella presentó su hermano al bohemio; Higinio saludó fríamente a Pérez y le alargó la mano; una mano húmeda y bastante sucia, como quien entrega una prenda para echarla en la colada; Pérez del Corral tomó la mano de Higinio y la dejó con rapidez.

—¿Cómo sigues? —preguntó Elvira a su hermano.

—Así, así; ¿y qué tal abajo? —dijo Higinio con voz sepulcral—. ¿Cómo está el tío?

—Bien.

—Me alegro mucho. Tengo que hacerles una visita.

—¿Has hecho algo? ¿Estuviste en esa casa de comercio que te recomendó éste?

Éste, para Elvira, era siempre su marido.

—Sí.

—¿Y qué?

—Nada —e Higinio hizo un ademán de profundo desaliento.

—Pero, hombre —saltó Narciso removiendo con las tenazas la leña—, no seas embustero. ¡Si no hablaste con el principal! Me lo ha dicho. Todavía te está esperando.

—No pude ir —añadió Higinio sin turbación alguna al verse cogido en la mentira—. Mi suegra está mala.

—¿Y qué haces ahora?

—Cuido a la abuela y trabajo algo con mi suegro.

Esta aserción era falsa a todas luces. Higinio no había trabajado nunca; el trabajo no entraba en sus planes. Su vida se deslizaba plácidamente; se levantaba temprano y hacía las camas, dejaba a su hija en el colegio y se marchaba de casa a dar una vueltecita por el Retiro o por la Moncloa. Su suegro le miraba salir desde su carpintería, y, al verle, algunas veces decía entre dientes: “Lo que es este ganso, no servirá nunca para gran cosa”.

Como Higinio no tenía dinero, solía ir a casa de su hermana a pedirle para tabaco, y entre lo que le daba ella y algunos negocios, como el de venderle virutas a su suegro, iba pasando.

El día aquel, después de la petición de siempre, que no dio resultado, Higinio se marchó de mal humor. Al salir Pérez del Corral de la casa a la calle, se encontró abordado por Higinio.

Hablaron los dos largo y tendido, y terminada la conferencia misteriosa, Pérez del Corral subió a su casa, preocupado, y en la mesa comenzó a hacer sus preparativos para dar un sablazo.

Los compañeros de hospedaje, al verle venir, se armaron de prudencia, y cuando Pérez del Corral hizo maniobrar su sable, con la técnica de la esgrima española, nadie se dio por aludido.

A Silvestre, que le pareció el más asequible, el bohemio le dio repetidos ataques al bolsillo, y le fue a ver a su cuarto. Allí le contó que el hermano de su querida le había amenazado con decírselo todo al marido si no le daba cuarenta duros. Pérez del Corral no los tenía.

—¿No tiene usted nada que empeñar? —le dijo Silvestre.

Pérez del Corral, con un gesto de arrogancia, metió la mano en el bolsillo del pecho de su americana, y sacó un montón de papeles, que podían constituir un tomo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Silvestre.

—Papeletas de casas de préstamos; ya veis si me quedará algo que empeñar.

Silvestre no tenía más que tres duros disponibles; pero esto no era óbice, como dijo Pérez del Corral, y fue bastante amable para guardarse aquel dinero. Luego añadió que si quería entregarle alguna alhaja o ropa, la tomaría también. Silvestre entró al bohemio unos pantalones, una *Historia de España*, de Lafuente, y unas revistas inglesas. Pérez del Corral e Higinio fueron a empeñar todo esto y encontraron quien les diera dinero. El producto del empeño lo jugaron y ganaron. Silvestre, al día siguiente, recibió una carta por el Continental Express firmada por el bohemio, para que fuese a un colmado de la calle de Arlabán. En un cuarto les encontró a Higinio y a Pérez del Corral que ya se hablaban de tú, completamente borrachos los dos. Llegó a tanto la generosidad del bohemio, que al día siguiente le devolvió a Silvestre un duro, en la mesa, delante de todo el mundo, con su arrogancia principesca, el cual tomó Silvestre, entre irónico y agradecido.

XIV

Narciso García Ortí, el marido de Elvira, tenía una hermana, hija del mismo padre y de distinta madre. La hermanastra se llamaba Gloria, y era una niña insoporable como ninguna, que estudiaba en el Conservatorio canto y declamación.

La mamá de Gloria, madrastra de Narciso, cultivaba las facultades escénicas de la niña. La había llevado a que la probaran, así decía ella, los mejores literatos y autores dramáticos, y todos, todos, habían dicho, después de la prueba, que la muchacha tenía una verdadera disposición para las tablas y un gran porvenir en el teatro.

Gloria había aprendido con más gusto y entusiasmo poesías líricas que dramáticas; recitaba el *Vértigo* de una manera vertiginosa, y para la *Canción del pirata*... ¡oh! para la *Canción del pirata* y para otras poesías de Espronceda, de Núñez de Arce y de Campoamor, no había otra como ella.

—Di aquello de *¡Quién supiera escribir!* —decía a lo mejor su madre, mujer gorda y grasienta que hablaba con voz aguda y repulsiva, en una casa en donde estaba de visita.

—Pero, mamá, ahora no viene a cuento —replicaba descaradamente la chica, con un ademán y un gesto que trascendía a la legua a Conservatorio.

Pero como la gente de la reunión aseguraba, más o menos resignada, que tendrían mucho gusto en oír la poesía, Gloria empezaba a recitar los versos de *¡Quién supiera escribir!*, diciendo unas cosas muy bajo, muy despacio, con una voz temblona y entrecortada, como si tuviera asma (ésta era la voz del cura); y luego, muy de prisa, con la boca en forma de corazón, haciendo pliegues en la falda y mirando al suelo, cuando hablaba la niña que quería saber escribir.

La chica tenía porvenir en el teatro. ¡Vaya! Había representado, con un éxito grandísimo, en el Salón Cervantes, *El Gorrro Frigio* y *Niña Pancha*, en una función organizada por varios jóvenes del comercio, a beneficio de una familia venida a menos. En aquella memorable velada, la obsequiaron sus admiradores con tres palomas, adornadas con cintas, que volaron raudas por el anchuroso coliseo y sirvieron después de cena, desprovistas de sus adornos, a la familia durante tres noches consecutivas. ¡Palomas poéticas y al mismo tiempo succulentas! ¡Símbolo delicado y perfecto de las relaciones que existen entre la poesía y la vida!

La hermana de Narciso iba a figurar en la función de primero de año que daban unos comerciantes, y Elvira, que supo el favor que había hecho Silvestre a Pérez del Corral, creyó que le gustaría ver la fiesta y le invitó a ella y a que bajara a cenar a su casa.

Silvestre, que no sabía resistir cuando veía que trataban de agasajarle, se presentó la noche fijada en casa de Elvira con una fastuosa corbata blanca, arrancada de una cortinilla. Cenaron agradablemente el matrimonio, Pérez del Corral y Paradox.

Narciso estaba entusiasmado con el programa de la función, que le acababan de enviar, impreso en un papel muy fino.

—Hay que fijarse —le decía García Ortí a Paradox de vez en cuando—; que es un *programa* completo, ¿eh? Un *programa* completo. Se puso a leerlo.

—Primera parte, A.

—¿Cómo A? ¿Qué es eso de A? —preguntó Elvira.

—A, es igual que primero.

—Como el *programa* lo ha escrito el chico que está estudiando Matemáticas, ha querido lucirse —contestó Narciso; y prosiguió—: Primera parte. A. Valses por don Jerónimo Martínez de la Piedra.

—¡Hombre! ¿Ha estado ése en América? —preguntó Pérez del Corral.

Pérez del Corral tenía la chifladura de conocer a todo el mundo de América, en donde seguramente no había estado.

—No; si es el profesor de piano de Gloria —replicó Narciso—. ¿Verdad?

—Sí —dijo Elvira—; uno calvo, colorado, lleno de granos.

B. Representación de la zarzuela “El Gorro Frigio”, por las señoritas García Ortí (Gloria), Cerbó (Candelaria), y los Sres. Martínez (E), Martínez (H), Barddón (M) y Gil Verdegil.

—¿Verdegil? ¿Quién es ése? —preguntó Elvira.

—El que está de tenedor en casa de los Corderos. ¿No te acuerdas? Uno rubio, de bigote.

—¡Ah, sí, aquel chato!

—El mismo.

C. Sobre las olas, Vals, por la señorita García Ortí (Gloria).

Segunda parte. A. Carceleras de “Las hijas del Zebedeo”, por la señorita García Ortí (Gloria).

—¡Otra vez! —dijo Elvira—. En esta función parece que sólo trabaja tu hermana.

B. Romanza de “El cabo primero” —siguió leyendo Narciso, haciendo como que no oía la observación—, por la señorita García Cerbó (Candelaria).

C. Sinfonía de “El anillo de hierro”, por don Gregorio Martínez de la Piedra.

Tercera parte. A. Representación del apropósito cómico-lírico *Niña Pancha*.

B. Sevillanas bailadas por las hermanas Gil Verdegil.

—¿No hay más abecedario? —preguntó Elvira.

—Nada más. ¿Te parece poco? Pues es un *programa* completo. ¿No es verdad?

—Suculento —dijo Paradox, con un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

Concluyeron de cenar, y a las nueve ya estaban todos preparados para la fiesta.

—¿Y los niños, los vais a dejar en casa? —preguntó el del Corral a Elvira antes de salir.

—No —replicó ella—; la pequeñita, sí; al mayor lo llevará la muchacha que también quiere ver la función.

Pérez del Corral se calló. Salieron todos, cerraron la puerta de la casa, y, cuando bajaban la escalera, se encontraron con la hija del señor Ramón el portero, el marido de ésta y Cristina, a quienes Gloria había invitado a ver la función.

Narciso, su mujer y el bohemio torcieron el gesto por tener que reunirse con ellos. Entre todos eran nueve; primero iban: Narciso, con la niñera y la niña; después Paradox y el bohemio, llevando en medio a Elvira, y por último el municipal con su gente. El del Corral se mordía los labios, pensando en que algún amigo le viera formando parte de aquella comitiva.

Recorrieron las calles de Tudescos, la de la Luna, la Corredera y siguieron luego por la del Pez. Como no tenían seguridad de cuál era la casa, leyeron a la luz de los faroles los números de la calle. Se detuvieron cerca de un portal oscuro, por indicación de Elvira. Debía de ser allí. Paradox, siempre un tanto fantástico, encendió una larga cerilla de las que fabricaba él mismo, la pegó encendida en la contera del bastón y lo levantó.

—Este es el número 75 —dijo a sus acompañantes.

Era allí. La escalera estaba a oscuras. Subieron uno tras otro hasta el piso tercero. La puerta se hallaba abierta, y en el vestíbulo de la casa, mal iluminado por un quinqué de petróleo, colgado en la pared, con un reflector de hoja de lata que se caía por un lado, había tres jóvenes fumando. Llegaban de adentro murmullos de voces y carcajadas.

Como no había mucho sitio, y las doce personas estaban en el recibimiento en montón, hubo que prescindir de ceremonias y de presentaciones.

—Por aquí... por aquí —dijo uno de los jóvenes—. Vengan ustedes a dejar los sombreros y los abrigos.

Recorrieron un estrecho pasillo, hasta el final, y en una alcoba oscura dejaron sobre la cama y sobre las sillas los abrigos.

—Ahora vamos a los salones —dijo uno de los jóvenes que les guiaba.

Los llamados salones eran dos cuartos que se comunicaban por una puerta central. En el más grande, frente a la puerta, estaba el escenario, adornado con franjas de tela amarilla y encarnada, para lisonjear así el patriotismo de los circunstantes. El telón del teatro era una cortina de percal, de color verdoso, rameado.

En el cuarto grande estaban sentadas algunas señoritas, con sus mamás y sus novios; en el pequeño, la masa anónima, lo que un periodista hubiera llamado las turbas del Aventino. El cuarto pequeño no tenía más inconveniente para el espectador que hubiese querido ver la función, que si le tocaba para sentarse una de las sillas de los lados de la puerta, se estaba toda la noche frente a la pared, y sólo torciéndose y estirando el cuello, podía ver algo de lo que pasaba en un extremo del escenario por el hueco de la puerta.

Cuando entraron los nueve en la comitiva Paradox en el cuarto pequeño —el grande estaba completamente ocupado—, fueron recibidos con algunos cuchicheos, no del todo cariñosos.

Silvestre corrió a meterse en un rincón; pero Narciso quería presentarle a su hermana y a su madrastra.

—Mi hermana Gloria... el señor Paradox.

Gloria se levantó de su asiento y le tendió la mano; Silvestre alargó la suya, pero había un grupo de sillas de por medio, y se quedaron los dos con las manos extendidas, sin saber qué hacer.

—Encantado... —murmuró Silvestre inclinando la cabeza, y andando hacia atrás volvió a su rincón.

—La niña —añadió por lo bajo— es del género crotalus, orden de los ofidios; la madre creo que debe estar incluida entre los balenópteros, orden de los cetáceos.

Elvira se sentó al lado de Pérez del Corral; García Ortí se dedicó a cuidar de su niño. El yerno del señor Ramón el portero, guardia municipal, quedó muy ofendido porque no le habían reservado un buen sitio, y comenzó a decir a Silvestre, en voz alta, que cuando no se contaba con un local apropiado no se debía meter a nadie a dar funciones; después, en son de protesta, sacó del bolsillo un periódico atrasado y se puso a

leerlo. Cristinita, que no alcanzaba a ver nada, porque no había comenzado la función, empezó a subirse por las piernas de Silvestre, hablándole alto, con su vocecilla fresca y argentina.

Afortunadamente, los vales de don Jerónimo Martínez de la Piedra eran tan sonoros, tan pétreos como su último apellido, y no permitían que se pudiera destacar una voz en aquella baraúnda de notas.

Mientras el guardia municipal estaba enfrascado en la lectura del periódico, Cristinita se había subido sobre las rodillas de Silvestre y, agarrándole de las manos, echaba el cuerpo para atrás.

—Te vas a caer. Te vas a caer —le decía él en voz baja.

—¡Que me haces cosquillas! —gritó la niña.

Todas las miradas se volvieron hacia el sitio en donde estaba Paradox, quien se ocultó tras de la espalda de una señora vieja y corpulenta. Un caballero, con la cara llena de manchas y el bigote por un lado carcomido, miró de hito en hito a Silvestre y tosió varias veces, con una tos tan impertinente que hacía el efecto de un insulto.

El guardia municipal dejó el periódico, cogió a la niña bruscamente por los sobacos y la sentó a su lado.

—¿Te estarás quieta?

La niña hizo algunos pucheros, y Paradox, en voz baja, la dijo:

—Si estás callandito, te haré una pajarita y una rana de papel.

Sacó del bolsillo un cuaderno y le arrancó una hoja. Cuando terminó la rana y la pajarita las puso encima del cuaderno.

—¡Papá! —y Cristinita agarró al municipal de un brazo—, ¡Una rana, un pipí!

Se cansó de la rana y de la pajarita, las hizo mil pedazos, y luego, subiéndose a las piernas de su padre, gritó:

—Papá, yo quiero ver.

—¡Ver!, ¿qué vas a ver? —dijo el municipal—. Aquí no se puede ver nada. ¡Para ver cómo destrozan una obra!

En aquel momento, Gloria García, vestida de soldado, con una chaqueta llena de cordones rojos y una corneta en la mano, cantaba y andaba de un lado a otro, braceando mucho.

¡Ver!, ¿qué se va a ver?

—De esta manera —dijo el caballero de las manchas y del bigote carcomido— no se oye nada.

—¡Ahora sí que nos ha jorobado el tío éste! —murmuró el guardia, dirigiéndose a Paradox—. No parece sino que va a oír cantar a la Montes... Sí. ¡Ni aunque fuera a oír cantar a la Montes! —y repitió su frase tres o cuatro veces, en un irónico *crescendo*.

Silvestre se hizo el sordo, y concluyó la representación de *El Gorro Frigio*, entre bravos y aplausos. A la niña del municipal le entró el sueño y quedó dormida en brazos de su madre. El guardia seguía refunfuñando.

—No estaremos aquí hasta el último, no tenga usted cuidado —le dijo Silvestre.

—Lo mismo me da —replicó el guardia en voz alta—. Como si quieren marcharse ahora. Mejor.

Paradox se armó de paciencia para no decir al municipal que era un grosero y un bárbaro.

—Parece que no se divierten ustedes mucho —murmuró una voz al oído de Silvestre.

Volvió éste la cabeza y vio a un viejecillo, con la cara rojiza y la barba blanca y recortada, que le miraba sonriendo.

—Sí, nos divertimos —contestó Silvestre—. Esto está bien... animado... hay mucha gente.

—Demasiada... demasiada... je... je... A mí no me resultan estas funciones, y como no veo nada...

—Ni nosotros tampoco —saltó el guardia municipal.

—Además —siguió diciendo el viejo, dirigiéndose siempre a Paradox—, a mí no me gusta la música.

—Ni a mí tampoco —repuso el guardia.

—Entonces, ¿para qué han venido ustedes? —les preguntó Silvestre.

—Pues ya ve usted —murmuró el viejo—. Compromisos. Ya ve usted, yo tengo la costumbre de ir al café de Correos todas las noches hasta las once. Ya ve usted que dejar aquello por venir aquí...

—¡Tremendo! —dijo Paradox.

—Sí —añadió el viejo con una sonrisa pálida, en la que la ironía se mezclaba con la imbecilidad—. Suelo estar en el café hasta las once, porque me tengo que retirar pronto para levantarme temprano. Estoy de conserje en el palacio del Senado.

El guardia municipal se volvió a mirar atentamente al viejecillo, como si quisiera fijar para siempre en sus pupilas el aspecto exterior de un conserje del palacio del Senado.

El lloriqueo de un niño interrumpió la conversación del viejo; todas las miradas de los espectadores, colocados en el cuarto pequeño, se dirigieron hacia Narciso García y la niña, la cual se mostraba bastante torpe para hacer callar al niño. Narciso se levantó de su asiento, tomó al chiquitón, que berreaba como un condenado, en sus brazos, y se fue con él hacia el sitio en donde estaba Silvestre. Entretuvo al nene con

los dijese de su reloj; pero Narciso se cansaba de tener a su retoño en brazos.

Había en el rincón un velador negro, y sobre él varias ilustraciones con pasta roja y cantos de metal, en donde apoyaba el codo el conserje del Senado. Narciso puso al niño de pie encima de las ilustraciones, para descansar un poco.

Al viejo conserje no le debió de hacer ninguna gracia la presencia del chico; pero, a pesar de esto, sonrió de mala gana, castañeteó los dedos, y dijo: "Es muy hermoso. Es muy hermoso", y volvió en seguida la cabeza a otro lado.

Narciso García Ortí hablaba en voz baja a su chiquitín.

—Aquí hay que estar quietecito con *papá*, ¿sabes?, porque si no este señor tan feo —y señalaba al conserje— te va a pegar.

El hombre sonrió forzosamente mirando al niño, y volvió la cabeza, con un gesto, que indicaba que tenía tanta simpatía por la infancia como el rey Herodes. Seguía lamentándose el viejo por haber tenido que dejar su tertulia del café, cuando sintió una humedad caliente que traspasaba la manga de su chaqueta, y retiró el brazo con verdadero pánico.

—¡Caballero! —le gritó indignado a Narciso—. Mire lo que hace esta criatura.

Narciso miró y vio un charco que se iba formando encima de la pasta lujosa de una ilustración.

Encendido, turbado, no supo qué hacer.

—¿Qué pasa? —preguntó Paradox.

—El niño... que se está ensuciando —murmuró en voz baja García Ortí.

—¿Qué es? —preguntó una señora al guardia municipal.

—Nada —contestó groseramente éste sin abandonar su perriódico—. Cosas de niños.

El chiquitín miraba a su padre, al viejo y a Silvestre, con una serenidad de filósofo, como diciéndoles:

—¿De qué se extrañan ustedes? ¡Qué cosa más natural!

Afortunadamente, don Gregorio Martínez de la Piedra, hermano del anterior Piedra, y Gloria García, se habían puesto a tocar el piano a cuatro manos, con una energía satánica, que hacía fruncir el ceño a la dueña de la casa, que temía por las cuerdas de su aparato. Pero si el cencerro del teclado protegía el oído de los concurrentes, García pensó, y con motivo, que no protegía el del olfato, y se le ocurrió abrir el balcón.

—¿Si abríramos el balcón?, ¿eh? —se preguntó a sí mismo—. Sí. No hace frío.

—¿Qué va usted a hacer? —dijo el viejo del Senado lleno de indignación—. ¡Con un *temperamento* de tres grados bajo cero!

García Ortí, en la mayor de las perplejidades, no sabía qué resolución tomar; su mujer le hacía señas furibundas de que le diera el niño. ¿Pero cómo, con todo aquel cargamento?

La situación se iba prolongando. Terminaron su galimatías los pianistas entre aplausos atronadores, y una señorita comenzó a cantar una romanza. De pronto el chico, que se revolvía en contra de su papá, pegó un berrido y empezó rabiosamente a llorar. Narciso, que no podía dar a entender mímicamente la fechoría del niño, tuvo que decirlo en voz bastante alta para que le oyera su mujer.

Mientras tanto, el señor de las manchas y del bigote carcomido, que resultó ser el padre de la señorita Cerbó, que era la que en aquel mismo momento empezaba a cantar la romanza, se incorporó en su asiento, y, volviéndose, con rabia contenida, pero en voz baja, para no interrumpir la romanza, dijo: “¡A la calle los chicos!” y después comenzó a acompañar con movimientos de cabeza afirmativos las notas que soltaba su pimpollo.

Elvira, al oír la exclamación del señor de los bigotes carcomidos, se levantó como una leona, se acercó a su esposo, tomó al chiquitín en brazos e hizo que todos le abrieran camino. Por el hueco pasaron detrás de ella, con gran desesperación de Cerbó, padre, que veía sin lucimiento la romanza cantada por su hija, primero García Ortí, con el sombrero del niño en la mano, agarrado por la goma; luego la niñera; después el viejo del Senado; tras de él, Paradox; últimamente la mujer del municipal, y cerrando la marcha el guardia con su hija al hombro, lanzando en torno suyo miradas desdeñosas.

Pérez del Corral fue traidor, como Judas; se hizo el distraído.

Salieron todos del cuarto, y la señora de la casa fue conduciendo a la comitiva hasta la cocina, en donde había un perrillo de lanas, calvo por todas partes, al que habían encerrado allá, para que no molestase con sus ladridos.

—¡Demonio de críos! —murmuró la dueña de la casa; y cerró la puerta de la cocina de golpe, cuando penetró todo el séquito dentro.

—Vamos, vamos en seguida a casa —dijo García.

—¿Por qué? —replicó Elvira; y se sentó; y levantándose la falda para no ensuciarse, comenzó a mudar al niño—. Sabido es que los niños...

—Pues por eso... pues por eso...

Narciso García se puso a calentar el delantal blanco de la muchacha en la lumbre, para envolver al chico. Mientras tanto, Silvestre, subido en el fregadero, inspeccionaba un depósito de agua que le intrigaba; el viejo del Senado se entretenía rompiendo a golpes de su bastón de hierro las baldosas de la cocina, y el municipal sacaba terrones de azúcar de un azucarero que había en la alacena y se los echaba al perrillo calvo,

que los cogía al aire, con gran satisfacción de Cristinita, que se había despertado.

—Tiene hambre —dijo la niña.

—Es que no come —replicó su padre—. En esta casa no debe de comer nadie. Habrán perdido la costumbre.

No había concluido Elvira de mudar al torro, cuando entraron dos jóvenes y pidieron las sillas de la cocina, porque iban a hacer juegos malabares en el escenario.

—Te digo que ahora mismo nos vamos —dijo Narciso, en el colmo de la exasperación a su mujer—. Voy a buscar a la criada de la casa.

Salió y encontró a la Maritornes en un grupo de horteras, que la abrumaban a piropos, y la dijo lo que deseaba: recoger las prendas de vestir. La muchacha, de mala gana, encendió una luz, y todos los cautivos de la cocina salieron, y precedidos por la criada, fueron a la alcoba, en donde cada uno cogió su abrigo y su sombrero.

De repente, la criada, que estaba junto al viejo del Senado, pegó un grito y empezó a decirle:

—¡Indecente! ¡Sucio! ¡Vuelva usted a tocarme! ¡Vaya con el viejo asqueroso éste!

—¿Qué? ¿Qué? —murmuraba el viejo—. ¿Qué es eso?

No hubo necesidad de dar explicaciones.

Ya arropados, salieron al pasillo. Allá estaba Pérez del Corral, con el gabán de verano al hombro.

—¿Qué, nos vamos? —preguntó.

—Sí —le dijo secamente Elvira.

El bohemio se puso el gabán y siguió a la comitiva humildemente.

Bajaron todos la escalera, iluminados por la luz de un candelero que llevaba la criada, abrió ésta la puerta y salieron a la calle. La noche estaba muy fría, hermosa, el cielo lleno de estrellas. El viejo conserje se despidió del grupo porque marchaban en dirección contraria. Los demás siguieron juntos.

Elvira iba incomodada; en su fuero interno, toda la culpa la tenían su marido y Pérez del Corral, que ya había pasado a la categoría de marido segundo; García Ortí se asustaba de haber tenido alguna autoridad aquella noche; Pérez del Corral no se atrevía a hablar; la niñera estaba enfurruñada, porque no había visto la función; el municipal y su mujer iban riñendo; el niño se había dormido; Cristinita también, y Paradox silbaba.

Como iban todos al mismo paso, Silvestre se puso a silbar la marcha de Boulanger, y, de común acuerdo, en protesta inconsciente, por no llevar el compás, unos empezaron a andar corriendo y otros más despacio.

Llegaron a la casa; en la portería se despidieron de muy mal talante el municipal y su mujer; luego quedaron en el piso segundo García con Elvira, el niño y la criada, y siguieron subiendo las escaleras Pérez del Corral y Paradox.

Pérez del Corral, cuando se encontró solo con Silvestre, se sintió petulante y contó con fruición algunas de las enormidades que había soltado a los horteras para *epatarlos*.

—¡Cristo! Pero aquí se habla de Cristo, como si hubiera existido —les dije—; ¡si Cristo es una leyenda griega! Eso todo el mundo lo sabe. Los he dejado aplastados.

Luego, después de oír que Horacio era un imbécil y Cicerón un orador tan vulgar y tan chirle como los nuestros, empezó a contar a Silvestre cómo se bailaba el jarabe en América, un baile en el cual se echa un pañuelo al suelo, y con los pies se hace un nudo y después se vuelve a deshacerlo.

A Silvestre se le asoció el recuerdo del jarábe con el azucarero de la cocina; luego se acordó del perro casi calvo, y le acometió una risa tan violenta, que tuvo que pararse y agarrarse a la barandilla.

—¿De qué os reís? —le preguntó extrañado el bohemio

—Nada... nada... En la cocina... el perro —y volvió a prorumpir en una carcajada, precedida de una especie de relincho.

El bohemio no comprendía lo que quería decir, pero sintió también, sin saber por qué, la comezón de la risa, y empezó a reírse, con unas carcajadas que parecían arrullos.

Silvestre, al oírle, tuvo que sentarse en la escalera; Pérez del Corral hizo lo mismo, y los dos a coro, sentados en los escalones, en la obscuridad, siguieron riéndose, hasta que, después de rendirse de fatiga con las carcajadas, pudieron entrar en casa.

XV

Como parece, según los descubrimientos modernos, que hay una Providencia protectora especial de los golfos y de los abandonados, lo que no impide que de vez en cuando los deje morir de hambre para que aprendan, no es de extrañar que esa Providencia se le apareciera a Silvestre en la forma de un editor, conocido de Pérez del Corral, cuyo editor trataba de publicar unas narraciones por entregas con el título sugestivo de *Los crímenes modernos*. “Historias, caracteres, rasgos y genialidades de los criminales de nuestra época.”

Pérez del Corral había recomendado, como el hombre más a propósito para llevar a buen fin aquel trabajo, a Silvestre, el cual quedó muy agradecido al bohemio.

—Pero usted, ¿por qué no la escribe? —le preguntó Paradox.

—¡Oh, amigo don Silvestre! Yo tengo otros trabajos.

—¡Pero pierde usted de treinta a treinta y cinco duros al mes!

—¡Psch! Aunque me pagaran el doble no lo haría.

—Entonces... no hay nada que decir; si usted no lo quiere hacer, me aprovecharé yo.

Silvestre lo necesitaba; se estaba viendo despedido por doña Rosa, la patrona, y por el casero; así es que entró en el campo de la criminalidad con verdadero entusiasmo.

Se agenció varios libros franceses y españoles con relatos de crímenes, ¡y qué crímenes!; hasta el mismo Pérez del Corral se hubiera estremecido con su relato. Paradox se había comprometido con el editor a mandarle un cuaderno de sesenta y cuatro páginas, por el que cobraba doce duros, de diez en diez días.

Silvestre se pasaba las tardes y las noches en su desván escribiendo, ya el relato minucioso de un asesino que había abierto el abdomen de su víctima y se había entretenido después en arrollar los intestinos delgados sobre un carrete; ya describiendo los setenta y tantos machetazos de un cadáver encontrado en el campo; ora narrando el crimen de la niña de los cabellos de oro, que envenena a su madre para amancebarse con su padre, y luego al fruto de su amor se lo come deshuesado; ora cantando los últimos momentos de un reo. El honrado burgués, repantigado en su butaca, podía refocilarse leyendo tan amenos horrores.

En este trabajo fue una mañana interrumpido por el timbre de su guardilla, que repiqueteaba. Abrió la puerta y se encontró con Avelino Diz, que venía acompañado de un hombre bajito, medio oculto entre un macferland lleno de flecos, y un sombrero hongo destrozado.

—¿Qué hay, amigo Avelino? —dijo Silvestre.

—Calamidades, Paradox, calamidades.

—¿Pues qué pasa?

—¿Sabe usted aquel a quien hipotequé el caserón de la carretera de Extremadura? Me ha engañado como a un chino.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Nada. Yo, en esta confianza que tengo en todo el mundo, no leía lo que firmaba, y las condiciones con las cuales está hecho el documento son de tal naturaleza, que si no de-

vuelvo el dinero a ese señor, y los réditos de este mes, se queda con mi casa.

—¡Pero qué barbaridad! ¿Y usted qué va a hacer?

—Escribí a Valencia, a mi hermano, y me ha contestado que no me manda ni un céntimo.

—Pues se ha lucido usted.

—Ahora estoy consultando con un abogado. Pero no tengo ninguna esperanza.

Después de dicho esto, Diz de la Iglesia se sentó, y empezó a hojear uno de los libros que tenía Paradox encima de la mesa.

—Pero, oiga usted —murmuró Silvestre—. Ese señor que está en la puerta, ¿quién es? Dígale usted que pase.

—¡Esa es otra! —repuso Diz—. Este es un desgraciado, un pobre hombre que ha sufrido una serie no interrumpida de calamidades, y a quien yo tenía en casa, y quisiera que le tomara usted como criado, aunque no sea más que unas semanas, mientras yo estoy así, en la calle, y ando de la Ceca a la Meca.

—¡Pero hombre, usted está loco! ¡Yo un criado! ¿Para qué quiero yo un criado? ¿Cree usted que me he hecho capitalista?

—No. Pero este pobrecillo no le costará a usted nada. Con que le dé usted de comer estará satisfecho.

—Si no tengo casi para mí, ¿qué quiere usted que le dé a él?

—Con lo que usted gasta comen los dos aquí mejor que abajo. Es un hombre que sabe guisar; parece que ha nacido para Robinson.

—Pero ¿usted le conoce?

—Sí. Es de confianza —repuso Diz de la Iglesia; y dirigiéndose al hombre del macferland le llamó, y le dijo:

—Acérquese usted, don Pelayo. Este señor no tiene inconveniente en tenerle en su casa.

—Sin embargo... —murmuró Paradox.

—No tiene inconveniente alguno en tenerle en su casa —volvió a decir Diz— hasta que yo me desenrede de estos líos.

El hombre del macferland, con el sombrero en la mano, hizo una reverencia ceremoniosa a Diz y a Silvestre, y se quedó, siempre a distancia, en la actitud de un hombre que comprende las categorías que hay en el mundo y conoce su puesto.

—Bien —dijo Silvestre con resignación—. Ya tenemos a don Pelayo de escudero.

Diz de la Iglesia se levantó.

—Qué, ¿se va usted ya?

—Sí; tengo que ir a casa de mi abogado.

—Le veo a usted tranquilo.

—¡Qué quiere usted, Paradox! Hombres como nosotros no se mueren nunca de hambre.

Silvestre miró con asombro a su amigo. Él creía que precisamente los hombres como ellos son los que se mueren de hambre casi siempre; ¿para qué quitarle ilusiones a Avelino?

Se despidió de él, y Silvestre se quedó solo con el del macferland, a quien observó de reojo.

Su nuevo criado parecía, con su macferland, un murciélago. Era chiquitito, feo, serio como un fetiche o un ídolo japonés; tenía la cabeza grande para su estatura, la frente abombada, la nariz de porra, llena de puntos negruzcos, la tez olivácea, los labios bellos, el bigote largo y delgado como el de un chino.

—¿Qué quiere que haga el señor? —preguntó el fetiche del macferland humildemente.

—¡Hombre!... ¿Qué sé yo?... Haga usted... lo que usted quiera...

Y Silvestre se puso a reanudar su *criminal* trabajo. Luego, comprendiendo que el fetiche estaba desconcertado, le preguntó:

—¿Se llama usted don Pelayo, verdad?

—Sí, señor. Pelayo Huesca.

—¡Hombre, Huesca! ¿Es usted aragonés?

—No. Soy de Alicante.

—Alicantino, ¿eh? ¿Y hace mucho tiempo que está usted en Madrid?

—Sí; bastante. Vine de soldado, y gracias a mi buen comportamiento, puedo decirlo muy alto, me ascendieron a cabo. Hice la campaña de Melilla y la de Cuba de sargento; otros, con mejor suerte, ascendieron a oficiales, y ahí están con veinticinco duros al mes en la reserva. Yo, como no tenía recomendaciones...

—Es lo que pasa. ¿No tiene usted retiro?

—Nada. ¡Si tengo una suerte! Soy el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Sabrá usted escribir?

—Sí; tengo bastante buena letra. Gracias a eso, cuando volví de Cuba me emplearon en la ronda.

—¿En la policía?

—Sí, señor.

—¡Caramba! ¡Cuánto me alegro!

—¿Se alegra usted?...

—Sí, porque me podrá usted dar algunos datos para una obra que estoy escribiendo.

—Lo que yo sepa... Pues sí, estando empleado me casé y me dejaron cesante. Todas las calamidades vienen juntas.

—¿Y su mujer?

—En el Modelo.

—¿En qué Modelo?

—En la Cárcel de mujeres. Armó una bronca con una vecina por quitarme allá esas pajas, y le arrimó a la otra un zurrío en la cabeza con un botijo, que se la dejó medio abierta. Le echaron tres años de cárcel. Dentro de poco sale.

—¿Y usted no ha buscado trabajo en algún lado? ¿No tiene usted oficio?

—Le diré a usted: yo era cerrajero en Alicante; pero como tengo la mano estropeada de un machetazo que me dieron en Cuba, pues no sirvo. ¡Si he ensayado más cosas! Estuve de administrador de la "Revista Joven", y salí de allí porque no me pagaban; luego fui conserje en la sociedad *Oculto-Teosófico-Espiritista*, y tuve que marcharme también, porque, además de no pagarme, empezaron a volverme loco, contándome cosas raras y haciendo danzar delante de mí las sillas y los veladores por el aire. Un amigo entonces me dijo: "¿Por qué no escribes a "La Semana Católica" contando cómo has abjurado de tus errores?" Y fui a la redacción de este periódico y me emplearon en hacer el apartado para el correo; pero lo que son las cosas; luego me echaron porque había otro que abjuró de errores más grandes que los míos, y a mí me pusieron a vender "La Semana Católica" en la puerta de las Vallecas. En esta Iglesia conocí a un cura, don Martín Esavarri, que me empleó en su casa como escribiente.

—¿Y le resultó a usted algún punto ese don Martín?

—No, a mí no me hizo ningún perjuicio.

—Y entonces, ¿por qué le ha dejado usted?

—Porque se murió.

—¿Si no hubiera usted seguido con él?

—¡Hombre!, qué sé yo.

—Pues ¿qué clase de hombre era?

—¡Don Martín! Don Martín era un hombre terrible; tonto tenía como pocos, mejorando lo presente; sabía los cánones al dedillo, pero era borracho, jugador, mujeriego, y vivía maritalmente con su ama, doña Socorro Midín, a quien llamaba él doña Socorros Mutuos para Incendios. Aseguraba que tenía inventada una religión, y a Dios le llamaba *Aitá*.

—Vamos, era una especie de padre Marchena ese señor —dijo Paradox.

—No he conocido a ese padre —replicó don Pelayo—; pero tan descreído y tan cínico como don Martín, no sería. ¡Y si viera usted cómo murió! En su lecho de muerte, cuando entró en su cuarto el padre Morales, a quien yo fui a avisarle, le dice don Martín en tono de chunga, tan impropio de aquella hora: “Mire usted, padre, yo estoy algo sordo, y además he perdido la memoria; aquí está doña Socorros Mutuos, que vive hace diez años conmigo, y que conoce todos mis asuntos. Ella le podrá contestar a usted”. “Este no es momento de bromas”, le dijo el padre Morales. “Si no es broma —contestó don Martín—; pregúntele usted a ésta, contestará por mí”, y se volvió de espaldas al confesor. El padre Morales, creyendo que estaba algo trastornado de la cabeza, empezó, con su santa calma, a preguntarle mandamiento por mandamiento, y él sin contestar más que con ronquidos. Llegan al sexto mandamiento, y le pregunta el padre Morales al oído, pero a voz en grito: “¿Ha sido usted lujurioso?” “¿Eh?” “Si ha sido usted lujurioso”. “¿He sido yo lujurioso, doña Socorros? Conteste usted”. “Un poco”, repuso el ama sin saber qué decir. “Un poco, señor cura”, repitió el enfermo después de soltar una carcajada indecente, y añadió: “Esta sabe mejor que nadie eso y todos mis pecados; confíésela usted a ella, es lo mismo que si me

confesara usted a mí, y déjeme usted tranquilo". El padre Morales le negó la absolución a don Martín. Pero como era cura, le enterraron en sagrado por no dar un escándalo.

Pelayo Huesca tenía un repertorio de historias de gente maleante, a cual más extrañas y sugestivas, adquirido en los meses en que estuvo empleado en la ronda secreta.

A Silvestre le fue de verdadera utilidad, porque le copiaba gran número de cuartillas al día para *Los crímenes modernos*; pero a pesar de todo esto, y de que consideraba a Huesca como mozo listo y despejado, no le era simpático. ¿Por qué? No lo sabía. Quizá le habían dejado algo de reptil sus relaciones con criminales y gente de la policía, cuyos individuos, unos y otros, se reclutan entre los más perspicuos golfos y presidiarios cumplidos.

A Silvestre, que empezaba a hacerse previsor, se le ocurrió aprovechar los interesantes conocimientos de don Pelayo, en una novela por entregas, que presentaría a su editor así que terminase *Los crímenes modernos*, con los interesantes títulos de

LOS GOLFOS DE MADRID,
EL SALÓN Y LA TABERNA
O
EL MUNDO DEL VICIO

Como *Los crímenes modernos* iban ya muy adelante en su publicación, era indispensable ir preparando la novela, y don Pelayo se encargó de ser el Mentor de Telémaco Paradox, en el mundo de la golfería y de los caballeros de la busca.

Le llevó a ver el Mesón de la Cuerda, no el auténtico, perdido ya en la noche de la historia, sino otro, en el cual algu-

nos barrenderos dormían de pie, apoyados en una sogá que cruzaba el cuarto; le enseñó el Palacio de Cristal de la Montaña del Príncipe Pío y visitaron juntos la taberna de los Valientes, en donde se reunían, con algunos albañiles y obreros borrachos, los modestos aprendices del timo, tomadores de pañuelos, del paso y de los que se dedican a desvalijar en las afueras a los incautos con el juego de las tres cartas.

Estuvieron también en la *Cátedra*, un establecimiento entre cafetín y taberna, con su mesa de billar, en donde se reunían algunos carteristas afamados y de cartel; allí mostró don Pelayo a *el Chato*, un moreno feucho, con sombrero claro, que por entonces estaba empleado en un Coín, y que hablaba de los negocios con *la Encarna*, su querida; una rubia guapota que le ayudaba en sus timos, y que había estado en relaciones nada menos que con *el Domenech*.

Don Pelayo y el mismo dueño del establecimiento explicaron a Paradox los métodos de timo con más frecuencia empleados por los parroquianos. El del cartucho de perdigones, el del ladrillo, el de la vela y otros muchos más, habían caído en el descrédito más completo, le dijo el amo de la *Cátedra*.

—Actualmente, para dedicarse al timo, es indispensable tener pero que muchísima pupila —añadió.

En una taberna de la calle de Embajadores le indicó su secretario a Paradox algunos de los más ilustres escaladores de Madrid.

—¿Ve usted ése? —dijo don Pelayo señalando a un viejo humilde, con facha de empleado de poco sueldo—. Pues ese es *el Mosca*. Perteneció hace tiempo a la ronda subterránea, y fue uno de los que robaron la casa de préstamos de la calle de Carretas. Alquilaron previamente una habitación en la calle de los Irlandeses. Esta habitación se hallaba separada de la casa de préstamos por una pared maestra, y la hizo un boquete en un día, para pasar por allá, sin meter el menor ruido.

Esos otros que están ahí son *el Niño de Jaén* y *el Vaquerín*. La mujer de éste se encuentra ahora en el Modelo con la mía. Es cintera.

—¿Vende cintas?

—No. Las afana. *El Niño* empezó robando en una casa de campo de Madrid Moderno con otros dos; pero les descubrieron los de la Guardia civil cuando iban por la carretera, y al *Niño* le arrimaron un tiro en una pierna; pero a pesar de eso pudo escapar. Esa vieja es *la Minga*, una mujer que aluspia, porque sí. Se dedica con especialidad a esconder ladrones en su casa, proporcionándoles medios para escaparse de la policía, y a comprarles las cosas que roban. Tiene un párpado...

—¿Y cómo no vigila la policía a esta gente? —preguntó Silvestre.

—Si están vigilados todos, y de cerca —le contestaron.

Paradox tomó sus notas y siguió visitando, con su secretario, todos los garitos, buñolerías, chirlatas y madrigueras que conocía don Pelayo.

Una noche, éste le llevó a una taberna del centro, muy animada, pero sin aspecto característico.

—Y éstos, ¿qué son? —preguntó Silvestre.

Pelayo Huesca le dijo una palabra al oído, que produjo en Paradox un gesto de repugnancia.

—Ése es *la Escarolera* —dijo don Pelayo señalando a uno descaradamente—, de los más antiguos del gremio; es vendedor de periódicos; a ese otro le llaman *la Rubia*, y es sastre. Todos los años se disfraza de mujer en Carnaval. Fue uno de los que pescaron cuando el escándalo del Licco Rius con el hijo de un marqués. Hace dos años, en el Circo de Colón, le pegaron una paliza que por poco le matan. Ese otro delgado es *la Zoila*, y es cajista, y al de más allá, el jovencito aquel, le llaman *Varillas*.

—¡Qué gentuza más extraña! —murmuró Silvestre.

—¡Bah! Si de esto en Madrid hay a patadas. Duques, marqueses, condes, escritores, torceros, curas; usted no sabe lo que es esto. Si dicen que tienen una iglesia en donde les ponen nombres nuevos.

Silvestre no salía de su asombro.

—Y hay otros que los explotan; no sabe usted los achares que les dan sus hombres a estos tipos. Mañana, si quiere usted, iremos a un café, y verá usted una cosa notable.

—¿Qué?

—A eso de las cinco de la tarde va a ese café un señor de la aristocracia, un duque, y pide una botella de cerveza y se sienta junto a una mesa. Poco después entra un golfo, un chulapo cualquiera, y se sienta frente al duque. Éste le examina, y si le parece bien, manda al mozo que le sirva lo que quiera; si no, entra otro, hasta que haya alguno que le sea simpático.

—Sodoma y Gomorra. ¡Madrid es una cloaca!

—¿Ve usted a ése? —siguió diciendo don Pelayo, indicándole un viejo imberbe, con anteojos y mal vestido—. Pues ése, seguramente sabe quién mató al cura Mclías.

—¿Quién es?

—Un cura renegado que se hizo espiritista, y ahora es agente de negocios.

—¿Y ese otro aguilucho con aspecto de militar?

—Ese es el alcahuete de toda esta tropa. Estuvo vendiendo libros durante mucho tiempo, y ahora es correveidile de las relaciones amorosas de esta gente; un gran sablista y un gran sinvergüenza. Les saca la mar de dinero a todos ellos. A la *Dalia*, un escritor muy celebrado, por ponerle al habla con un encuartero del tranvía, le arrancó más de mil pesetas.

Silvestre no quiso estar más tiempo en aquel chamizo. Su piedad no llegaba hasta disculpar las monstruosidades. Los

conocimientos de su criado le comenzaban a indignar y le produjeron un arrebató de cólera. Mientras caminaba por la Puerta del Sol hacia su casa, murmuraba con ira:

—¡Oh, la canalla miserable!

Y sentía que toda la podredumbre humana le rodeaba y acechaba. Si él hubiera sido tirano, hubiese exterminado toda aquella morralla. Pero era sólo un pobre hombre, nada más. Después, para purificar su pensamiento con ideas más agradables, lo lanzaba al recuerdo de los grandes caminos solitarios, de los bosques de hayas y de encinas, de los montes perfumados por el aroma del tomillo. ¡Oh! ¡Quién le hubiera dado volar a los valles sombríos, a las playas desiertas!

Galeote triste de una vida miserable, remaba y remaba, azotado por la necesidad, sin objeto, sin fin, sin percibir a lo lejos la luz del faro, bajo un cielo negro, en un pantano turbio, que reventaba en burbujas, producidas por exhalaciones de la porquería humana.

¿En dónde buscar la calma para el espíritu? ¡Ay! En otra época hubiese tenido fe y hubiera buscado la paz quizá en la celda del trapense...

Y al entrar Silvestre en la guardilla, sintió que su cólera iba tomando un matiz de ironía, y, cantando alegremente, se acostó y se quedó dormido.

XVI

Hacía ya algún tiempo que Avelino se había instalado en la casa de huéspedes de doña Rosa. Ocupaba el cuarto de Pérez del Corral, a quien se había despachado de mala manera de la casa. Una paliza que le dieron al bohemio dos hombres en la calle, contra los cuales no pudo defenderse, y la despedida de Elvira rotunda y sin ambages, le hicieron perder su fama de valiente y de conquistador. Hasta la patrona se atrevió con él, y le despidió de casa. Pérez del Corral desapareció; no se supo nada de él en mucho tiempo.

Habían pasado seis o siete meses de la marcha del bohemio. *Los crímenes modernos* acabaron de publicarse, y la novela propuesta por Silvestre a su editor fue rechazada. Paradox se encontraba, como casi siempre, sin una peseta. Había presutado a Diz algún dinero, que el otro no le pudo devolver, porque no tenía un cuarto.

Silvestre, para entretener sus forzados ocios, sacó de un rincón una caja grande, a donde arrojaba todos los periódicos, cartas y documentos de algún interés, y, por si entre todo aquel montón de papeles había algo de provecho, los iba examinando uno por uno.

¡Qué sensación más extraña de amargura le produjo leer las cartas arrugadas, los recortes de periódicos guardados! ¡Cuánta

estúpida ilusión! ¡Cuánta ruina! Le parecía mentira que hubiese sido tan imbécil y tan confiado. Leía las cartas y las notas, e inmediatamente les pegaba fuego con verdadera saña. No respetaba nada, hasta unas cartas pequeñas, con letras como patas de mosca en el sobre que habían ido escapándose de un paquete atado con una cinta y andaban desparramadas entre los demás papeles, como escondiéndose en los rincones, fueron quemadas implacablemente.

Una tarde estaba entretenido en esta melancólica ocupación, cuando Pelayo Huesca le entregó una carta con el sobre sucio y manoseado.

—No falta más —pensó— si no que sca alguna petición de dinero.

Abrió la carta. Decía así:

“Sr. D. Silvestre Paradox.

Estimado amigo: Me encuentro enfermo, muy enfermo. No tengo quien me cuide. Venga usted, si puede, a verme. Mi casa, calle de Castillejo (Cuatro Caminos), 4, piso tercero, letra D. Suyo afectísimo,

Juan Pérez del Corral”.

Inmediatamente de leer la carta, Silvestre salió y echó a andar por la calle de Fuencarral arriba. Al pasar junto a su antigua casa de Chamberí no pudo menos de contemplarla melancólicamente. Llegó a los Cuatro Caminos, preguntó aquí y allá, hasta que dio con la casa, una casucha de aspecto sórdido.

Al lado del portal había una pobre tienda con su letrero: “Quincalla”, y en el escaparate se veían unos cuantos quinqués de petróleo, palmtorias de latón blanco, tubos de cristal, mechas, unas cometas de papel rojo y amarillo, completa-

mente ajado, y unos estoques de juguete recubiertos de estaño. Había también, desparramadas por el escaparate, lamparillas de esas que se hacen con un corcho y una mecha, para ponerlas en vasos llenos de aceite, el día de Ánimas.

Al llegar al tercer piso, Silvestre recorrió el pasillo y se detuvo en el final. Sobre las puertas debió de haber en otro tiempo letras escritas; pero estaban medio borradas y no se leían.

En una, sin embargo, Silvestre creyó distinguir los rasgos de una C, y siguiendo el orden, supuso que la inmediata sería la D. En esta puerta estaba colocada la llave en cerradura, por fuera; Paradox, después de llamar, viendo que no obtenía contestación, empujó la puerta.

—¡Eh, buenos días, buenos días! —gritó—. ¿No hay nadie?

Procedente de adentro oyó Paradox algo como un quejido. Atravesó un corredor de la casa y penetró en un cuarto. Allí estaba el bohemio, tendido en una cama hecha sobre los ladrillos.

—¡Don Silvestre! —murmuró Pérez del Corral con voz débil y quejumbrosa—. ¿Sois vos?

—Sí, hombre, ¿qué le pasa a usted?

—¡Ay! Estoy muy malo, don Silvestre. Me estoy muriendo.

—Ca, hombre. ¡No sea usted loco!

—Sí, don Silvestre. El médico de la Casa de Socorro me ha dicho que tengo una tisis galopante. Me van a llevar al Hospital, y ¿sabéis lo que quisiera?, que me acompañarais cuando vaya en la camilla.

—Bueno, hombre. Pero no tenga usted cuidado, ¡qué demonio! En el Hospital le cuidarán a usted bien. Yo conozco un médico que es muy amigo mío. Curará usted.

—¡Sí, quizá... ¿Quién sabe?

Paradox se fijó en el bohemio. Estaba flaco como un espectro, tenía los labios azulados, las mejillas rojas por la fiebre, los ojos hundidos; sobre la almohada, de dudosa blancura, se destacaba su cabeza, triste, con la nariz hebrea, la boca abierta; su cabeza parecía la de un caballo moribundo de la Plaza de Toros. El pelo largo, enmarañado, humedecido por el sudor, se le pegaba a la frente y a las sienes. Su cuerpo demacrado, no se destacaba absolutamente nada, ni formaba bulto en el lecho.

Silvestre, apoyado en la jamba de la ventana, estuvo algún tiempo contemplándole con lástima, y cuando vio que le decía algo, se acercó a él.

—¡Me va a decir éste a mí —tartamudeó el enfermo— lo que es América, cuando la he recorrido desde el estrecho de Bering hasta la Patagonia!

El bohemio estaba delirando. Silvestre se sentó pensativo en la única silla del cuarto. La luz de un día de Marzo, alegre, clara, reflejada en la pared blanca de la casa fronterera, entraba por la ventana como si viniera riendo y cantando. En el cuarto no había más mueble que una mesilla de pino junto a la cama. Por una puerta, se veía la cocina pequeñísima, y del vasar de la chimenea colgaba, como gallardete en triunfo, un papel picado amarillo. En el centro del fogón había un montón de cristales rotos y de corchos.

Paradox, lleno el cerebro de ideas tristes, esperó a que vieran del hospital con la camilla, fumando cigarros y mirando por la ventana. Era desde allí, la caída de la tarde, de una tristeza dolorosa. No se oían más que de vez en cuando voces irritadas de la vecindad, el ladrido de algún perro, a lo lejos el silbido del tren; y la noche llegaba dando tonos cenicientos a los tejados antes inundados de sol. Ya obscureciendo, llegaron los mozos del hospital y colocaron al pobre bohemio en la camilla.

—Así concluiremos todos —pensó Silvestre.

Y después, comenzó la peregrinación por las calles, llenas de gente, iluminadas por las luces de los faroles y de los escaparates, hasta que llegaron al Hospital General, silencioso, tétrico, alumbrado con mecheros de gas, y comenzaron a subir las escaleras llenas de sombras; al mismo tiempo que los mozos, que llevaban el rancho, como los soldados, en grandes marmitas colgadas de un palo, que echaban un olor repugnante. Paradox acompañó al enfermo hasta que le dejó acostado en una sala del piso alto del Hospital General, y se volvió a su casa. Al siguiente día por la mañana, Silvestre fue a verle y lo encontró menos abatido de lo que él se suponía. Precisamente daba la casualidad de que en aquella sala entraba el sol, la cama de Pérez del Corral estaba frente a las ventanas, y el bohemio se aturdía y se alegraba mirando por los cristales la claridad del cielo.

Como Silvestre quería hablar al médico, se lo advirtió así a dos muchachos que andaban de un lado a otro de la sala, vestidos con blusas grises, los cuales le invitaron a sentarse en el vestíbulo. Mientras tanto, uno de ellos iba escribiendo en un libro largo y estrecho algunas notas, y el otro charlaba:

—¿Le has dado la inyección al número 3? —preguntó el que escribía, que era el de más edad, al otro.

—No.

—Pero, hombre.

—¿Si no tengo jeringuilla de Pravaz! ¿La tienes tú?

—Yo tampoco.

—¿De qué es la inyección?

—De morfina, hombre. Si es el del cáncer.

—¡Ah, sí! Ese que se está muriendo. También es cosa rara. Cree que tiene un cangrejo macho en un lado y en el otro una

hembra, y dice que cuando se emparejan, le vienen los dolores.

—Sí... En la sala de presas había una que aseguraba tener una culebra viva en el vientre y que la sentía andar. Fenómenos de histerismo.

—Claro. Oye —dijo el más joven—, ¿y qué tal te fue ayer? ¿No estuviste de guardia?

—Sí, me pelaron. Lamela tuvo una suerte loca; nos ganó a todos. Yo perdí dos duros y medio, don Teodoro, el capellán, seis o siete. Tuvo que empeñar el dije.

—¿Qué dije?

—¡Ah! Pero ¿no sabes? Lleva un centén colgado en la cadena del reloj; dice que es un recuerdo de su madre. Cuando pierde, juega su centén; pero, por si acaso, no lo saca de la cadena.

—¿Qué punto!

—Es tremendo. Pero oye tú. Vete por la jeringuilla. Ese tío está berreando. Si Pérez sabe que no le hemos dado la inyección, nos va a poner de vuelta y media.

El estudiante más joven echó a correr, y al poco rato volvió con un estuche pequeño en la mano. Sacó del estuche una jeringuilla, y, después de haberla ensayado con agua, entró en la sala. Volvió, encendió un cigarrillo y siguieron charlando los dos muchachos.

—Creo que Ojeda ha hecho una operación pistonuda —dijo el jovencito, dejando el estuche en la mesa.

—¿Sí?

—Una cosa brutal. Una mujer con un tumor en el cerebro, con adherencias a las meninges. Le ha trepanado el cráneo; luego, con una aguja, le ha atravesado varias veces la masa encefálica, hasta encontrar el tumor. Después lo ha extraído,

y con dos colgajos de piel ha cerrado el boquete. Una cosa admirable, según dicen.

—¿Y se curará esa mujer? —preguntó Paradox.

—No sé —dijo el estudiante con indiferencia, volviendo los ojos hacia donde estaba Silvestre—. Quizá se quede idiota.

Entristecido Paradox por aquel tono indiferente, no hizo ninguna pregunta más y esperó con paciencia a que llegara el médico.

Llegó éste, un señor joven, de barba rubia, y Paradox le expuso su pretensión, su deseo de que se atendiera a Pérez del Corral, a quien describió como un joven aunque desconocido, de gran talento.

El médico le prometió hacer todo lo que se pudiera, y se dirigió inmediatamente a la cama del bohemio. Le hizo incorporarse en la cama, le percutió con los dedos en el pecho, le auscultó, haciéndole respirar fuerte, aplicando la oreja en la espalda y en los costados. Cuando levantó la cabeza, Silvestre miró atentamente al doctor; no se le notaba nada en la cara.

—Ponga usted —dijo al interno—: Diagnóstico, T. P. Tratamiento: píldoras de creosota y yodoformo.

Después el médico, poniendo la mano en el hombro del enfermo, le dijo familiarmente:

—¿Tienes ganas de comer?

—Unas pocas.

—Ponedle a ración.

—¿Te gusta la leche?

—Sí.

—Bueno. Se te dará leche con bizcochos.

El doctor siguió haciendo la visita. Cuando hubo concluido, se le acercó Silvestre.

—¿Está grave, señor doctor? —le preguntó.

—Muy grave. Tuberculosis aguda con sínfixis cardíaca. Ya ve usted. Una letra de cambio sobre la muerte a treinta días vista.

El médico, después de decir esto, se puso a enjabonarse las manos. Luego se quitó la blusa, se la dio a un enfermero, saludó a la hermana de la Caridad que estaba de guardia, le cepillaron de arriba a abajo, tomó el bastón y el sombrero y se preparó para salir.

—¿Me podré quedar aquí algunos ratos? —le preguntó Paradox.

—Sí. No hay inconveniente. Como usted guste. Adiós, señores —y el médico se marchó.

Silvestre se acercó al bohemio y le tranquilizó.

—No tiene usted gran cosa —le dijo.

—Sí, creo que pronto estaré bueno —murmuró Pérez del Corral—. Lo que yo tengo es debilidad. Me tenéis que traer mañana un libro. Vendréis mañana, ¿eh?

—Sí, hombre.

Efectivamente, fue al día siguiente y encontró al bohemio más animado.

—Estoy pensando —le dijo— en el libro que voy a hacer cuando me ponga bueno. Le llamaré *La Sala del Hospital*. Voy a hacer una cosa hasta allá. Porque esto, amigo Paradox, es un escándalo. Las hermanas de la Caridad no hacen nada más que repartir pan y vino y escamotear todo lo que pueden. A mí no; la monja de esta sala me cuida bien, ¿sabéis? —y el bohemio se sonrió con su proverbial petulancia—. Me parece que a la hermana Descamparados no le parezco costal de paja.

—¡Ya empieza usted con sus conquistas! —dijo Paradox, reprendiéndole entre serio y burlón.

—¿Qué le voy a hacer?

—Hombre... repórtese usted un poco. No despliegue usted sus seducciones.

—¡Si vierais los celos que tiene de mí uno de esos estudiantes, el más jovencito de los internos!

—¿Pero es que también ése...?

—Sí, hombre. Estos señores internos no hacen más que olvidarse de las prescripciones, hacer la corte a las monjas y hablar en una jerga endiablada que les ha enseñado un libro de Letamendi. Que si la educación de la vida... que si la curva de la enfermedad. ¡Qué sabrán esos pipiolos de estas cosas! Por otra parte, todo eso de Letamendi es un puro plagio. Lo tengo que decir en mi libro.

Pérez del Corral siguió fantaseando acerca de muchas cosas. En los días siguientes se levantó. Paseaba por la galería alta del hospital. Empezaba a sentirse dictador y reprendía a los mozos cuando hacían algo que a él no le parecía bien. Obedecíanle los mozos, unas veces en serio y otras en broma. Sobre todo había uno, joven, sanote, que contemplaba al bohemio sonriendo siempre, y que le cuidaba con cariño. Como Pérez del Corral contaba tantas mentiras al mozo, le tenía entusiasmado con sus historias.

A medida que el bohemio iba poniéndose peor, estaba más animado y alegre. Una vez intercedió por un pobre vecino de su cama.

Era un mendigo que abandonado y sin medios de vivir, intentó una superchería para entrar en el hospital. Había tenido pelagra en las manos y le quedaban cicatrices. El pobre hombre, que conocía a fondo los síntomas de la pelagra, tomó media botella de agua de Loeches y se fue al hospital. Ocupó

una cama, y dijo cuando le preguntaron, que tenía dolores en la nuca, un sabor muy salado en la boca y calor en las manos.

—Pelagra —aseguró el médico doctoralmente.

Pero resultó que uno de los enfermos sabía que el mendigo había empleado el mismo truco otra vez, y lo descubrió. El médico ordenó que le diesen de alta.

—Doctor —le dijo Pérez del Corral, que presencié la escena—; ese pobre hombre no tendrá la pelagra; pero tiene un hambre atrasada de muchos días, que es aún peor. ¡Si le pudieran dar de comer!

El médico dispuso que estuviera dos días a ración y que luego se le hiciera marchar.

Aquellas preeminencias de su alta posición enorgullecieron a Pérez del Corral, y no perdió tiempo al ver a Silvestre de mostrarle el falso enfermo que le debía dos días de ración y de cama.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con los ojos encarnados. Vivía de pedir limosna; pero la concurrencia en esto se había hecho tan grande, según le dijo a Silvestre, que ya no se podía ser *mangante*.

—¿Cómo *mangante*?

—Bucno, mendigo o pobre; es igual.

—¿Y en los asilos? —le preguntó Silvestre.

—En el de las Hermanitas no he podido entrar, porque no tengo recomendaciones, y en los otros del Ayuntamiento, pues muchas veces no se come. Llevan el rancho algunos golfos y lo venden en el camino.

—Y pidiendo limosna, ¿ya no se puede sacar para vivir?

—¡Ca, nada! Yo suelo reunir de treinta a cincuenta céntimos al día.

—Y, ¿cómo vive usted con eso?

—Pchs. Así, así. Duermo en casa de una vieja que toca los hierriillos y anda con un ciego. Alquila cada cama por veinte céntimos, y cuando no los tengo, me voy a alguna taberna de las Rondas, de esas que tienen dormitorio, y por una perra chica le alquilan a uno una estera.

—¿Y comer?

—A veces, no marcha mal, porque me guardan el cocido en alguna casa. Entonces, la verdad, lo demás me lo gasto en aguardiente, y suelo ir tropicando a casa por esos caminos.

—¿Y por qué suelen ustedes tener tanto miedo a que les cojan los guardias?

—¡Toma! ¿Por qué? Porque nos tienen encerrados en la delegación veinticuatro horas sin nada, sin bofeteo.

—¿Cómo sin bofeteo? ¿Pegan? —preguntó Silvestre.

—No, hombre. Que lo tienen a uno sin comer.

Paradox, después de interrogar al mendigo, se despidió para marcharse a su casa. A las dos o tres semanas de entrar el bohemio en la sala, Silvestre lo encontró muy fatigado y calenturiento.

A pesar de esto, se encontraba más animado que nunca, pensando en sus viajes; pero hablaba con cierta incoherencia de las monjas que se enamoraban de él; de los internos, que tenían celos; del olor a comida que le repugnaba, y sobre todo, de la Virgen que había en un altar en el fondo de la sala; una mujer tonta, con ojos de cristal, que no hacía nada por nadie y que no se molestaba en favorecer a los que pedían favores, rezando e implorando con las manos juntas.

—Es igual, igual que mi sombrero, esa Virgen —murmuró Pérez del Corral—. Este sombrero ha estado en América y en París y en Londres. Preguntadle algo, no contesta nada. ¿Por

qué? Porque es imbécil. Lo mismo le pasa a esa Virgen. Es idiota.

Días después, una mañana, cuando Paradox entró en la sala del hospital, vio la cama de su amigo sin colchones ni jergones. El bohemio había muerto por la noche. Preguntó Silvestre dónde le habían llevado, y como le dijeran que al depósito de cadáveres, fue allá, en donde vio tendido a Pérez del Corral sobre el suelo, completamente desnudo. Parecía un esqueleto.

En su pobre cuerpo escuálido se dibujaban las costillas como si fueran a romper la piel, y de su cuello colgaba, por una cinta mugrienta, un escapulario y una medalla de cobre.

La cara del muerto no tenía expresión ninguna, ni de dolor ni de angustia; los ojos estaban abiertos, empañados y turbios, las ventanas de las narices negruzcas, la boca abierta.

Silvestre se enteró en las oficinas del hospital lo que podía costar un entierro, y pidió dinero a Castillejo; con aquel dinero pagó el funeral.

Acompañó solo al bohemio al Este, una tarde muy hermosa, con un sol espléndido.

Después de enterrado el cadáver, Silvestre paseó por entre aquellas tumbas, pensando en lo horrible de morir en una gran ciudad, en donde a uno lo catalogan como a un documento en un archivo, y contempló con punzante tristeza Madrid a lo lejos, en medio de campos áridos y desolados, bajo un cielo enrojecido.

XVII

Entró Diz de la Iglesia en la guardilla de su amigo y preguntó a don Pelayo:

—¿Se ha levantado don Silvestre?

—No, aún no.

—¿Estará dormido?

—No sé.

—¿Qué hay, Diz? —preguntó Paradox desde la cama.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Una pequeñez. Que la patrona me ha armado una bronca con el pretexto de que no se le paga.

—¡Hombre! ¿Pues qué quiere esa señora? ¿Que se le paguen todos los meses?

—Como otros huéspedes no pagan nunca ha pensado, sin duda, que paguemos nosotros siempre. Habrá que tomar una determinación.

—Sí. Habrá que tomar una determinación —murmuró Silvestre en tono soñoliento, dando una vuelta entre las sábanas.

—No, no. Es que hay que tomar una determinación seria.

—Pues eso digo yo. Una determinación seria.

—¿Es que usted no me cree capaz a mí de obrar?

—¡Sí, le creo a usted capaz de obrar! Tengo tanta confianza en usted, como en mí mismo.

—Bueno. Va usted a comprender quién soy; me voy a ver a Vives.

—¿Quién es Vives?

—Es el administrador de unas viejas ricas.

—¿Le va usted a pedir dinero?

—Sí.

—¿Cuánto le va usted a pedir?

—No sé. ¿Qué le parece a usted?

—Pídale usted lo más que pueda. Ya tendrá usted tiempo de rebajar.

—Le pediré cien duros.

—Bien, muy bien.

Avelino, con una decisión admirable, salió de casa. Silvestre, que no creía en los resultados de la gestión de su amigo, llamó a don Pelayo y le preguntó si no habría en la guardilla nada empeñable.

—A no ser los bichos disecados... —respondió el fetiche.

—No, no; de éstos no quiero desprenderme. Es como si me dijera usted que empeñara mi familia.

—Pues otra cosa me parece que no debe de haber.

—Busque usted, hombre, busque usted. Habrá... alguna cosa...

Y Silvestre cerró los ojos y quedó sumido en un sopor delicioso. Oyó los pasos del fetiche, que andaba suelto de un lado a otro revolviendo los trastos de la guardilla, se durmió, se volvió a despertar con el ruido de una silla caída, y cuando

comenzaba nuevamente a dormirse, oyó que don Pelayo le llamaba.

—¡Don Silvestre! ¡Don Silvestre!

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Que he encontrado algo vendible —dijo el fetiche, mostrando una carpeta atada con bramante.

—¿Y es?

—Estas fotografías.

—No dan dos reales por todas.

—En una casa de préstamos no darán nada; pero yo conozco un tío que tiene un cosmorama en un barracón de un solar de la calle de Cuchilleros, que puede que compre estas fotografías.

—¿Pero qué interés puede tener eso? Muchas de estas fotografías son de la guerra turco-griega. Las compré a cinco céntimos cada una en los muelles de París. No son de actualidad.

—¿Y eso qué importa? Se las ilumina y se les ponen títulos nuevos, como si fueran fotografías de la guerra de Cuba.

—Hombre, sí. Es una idea luminosa. Iluminaré las fotografías y les pondré títulos sugestivos.

—No hay que olvidarse de hacer en todas las casas unos agujeritos y ponerles detrás un papel encarnado.

—¿Pero en todas hay que poner los agujeritos?

—Sí, sí. En todas.

—Bueno. Pues hágalos usted.

El fetiche no dejó casa, ni choza, ni ambulancia de heridos, ni monolito sin su correspondiente fila de farolillos a la veneciana. Se indicaba así la gran alegría que experimentaban los combatientes al encontrarse rompiéndose el alma en los campos de batalla. Mientras tanto, Silvestre siguió roncando.

Al cabo de un par de horas se tuvo que despertar definitivamente. Avelino se presentó muy sofocado.

Al verle, Paradox abrió los ojos.

—¿Ni un céntimo? —le preguntó.

—Cuarenta duros.

—¡Demonio!

—Pero hay otra cosa.

—¿Pues qué hay?

—Una colocación.

—¿Para quién?

—Para usted.

—¿Para mí?

—Sí, una colocación de preceptor.

—¿De preceptor? ¿Y por qué no de monja?

—Nada de chirigotas; hablo en serio. Esta familia, cuyos bienes administra Vives, desea un profesor de Francés, de Geografía, de Matemáticas, etc., etc. Cuando el administrador me habló de esa plaza, inmediatamente me acordé de usted. “Tengo un amigo —le dije— que sabe todas esas cosas, y muchas más”. “¿Qué clase de hombre es?”, me preguntó. “Es de la madera con que se hacen los genios”, le respondí. “Excelente madera”, me dijo. “Excelentísima”, le contesté. “Tráigalo usted por aquí”, añadió. Conque ala, vámonos. Comeremos en los Leones de Oro.

—¿Qué se gana? —preguntó Paradox.

—Cuarenta duros.

—¿Al año?

—No. Al mes.

—Entonces, no hay que perder tiempo.

Se vistió Silvestre; y Avelino y él salieron de casa. Se marcharon a la fonda de los Leones de Oro, en la calle del Carmen, y allí devoraron un cubierto; después, con el aplomo que da una buena comida, terminada con abundantes libaciones, se dirigieron a la calle de Valverde, en donde vivía el amigo Diz de la Iglesia, un señor grueso, de cara dura y patillas, que parecían de ébano por lo negras y por lo macizas.

El señor de las patillas les hizo esperar en la antesala. Al cabo de una media hora entró mordiendo un puro, sostenido entre sus gruesos labios, y luego de oír a Diz de la Iglesia, se puso a escribir una carta, que al concluirla entregó a Silvestre.

—Le advierto a usted —le dijo— que las señoras de esa casa son muy religiosas. Tienen un capellán para educar al niño y enseñarle doctrina. Por si sus ideas son avanzadas, se lo participo; para que no diga delante de esas señoras nada que pueda parecer antirreligioso.

—¡Oh!, no tenga usted cuidado —murmuró Paradox sonriendo—, soy ortodoxo.

—¡Hum!... ¿Qué sé yo? En fin, se lo advierto por si acaso —añadió el señor de las patillas negras, hundiendo su humanidad grasienta en una butaca y echando más humo por la boca que la chimenea de un tren.

Avelino y Silvestre, después de saludar al hombre gordo y patilludo, salieron de la casa y se dirigieron hacia la calle de la Princesa, en donde vivía la ilustre familia de los Álvarez Ossorio Elorz y Dávalos, a la cual iba recomendado Silvestre.

Al acercarse a la casa y al ver su portal grande, con su cochera en el fondo, por una acción que un fisiólogo hubiera llamado refleja, Paradox se puso a contemplar el estado de su ropa. Sus pantalones tenían algunos flecos; a la chaqueta le faltaban todos los botones; en los zapatos reinaba la anarquía:

el tacón afirmaba su independencia de una manera escandalosa, y la piel de becerro sonreía acompasadamente, enseñando en el fondo de su amable sonrisa el tejido de un calcetín rojo.

—Este traje me parece que está un poco... ¿eh?... —dijo Paradox a Diz.

—No está mal. No es precisamente de etiqueta.

—Si el abrigo estuviera más nuevo, disimularía algo.

—¿Quiere usted el mío?

—Bueno. Venga. Vamos a un portal. Allá cambiaremos de prendas de vestir.

Hicieron el cambio de gabanes, y Avelino, además de su gabán, le prestó a Paradox sus puños.

—Ahora debo estar mejor —murmuró Silvestre.

—Al pelo.

Paradox se arrancó los flecos de los pantalones, se peinó hacia un lado el erguido tupé de su cabeza, y entró en el portal de la aristocrática casa. Avelino se dispuso a esperarle en la calle.

—¿La señorita doña Luisa Fernanda Álvarez y Ossorio? —dijo Silvestre, sin tomar aliento, a un portero viejo, vestido con una librea bastante raída y un sombrero de copa que se le metía hasta las orejas.

—Primer piso.

Paradox subió la escalera, llamó en el primer piso, y le abrió la puerta un criado alto y grueso, vestido de negro; un tipo de demandadero de monjas, el cual, después de enterarse de qué era lo que deseaba, se hizo pasar a un salón, en donde le invitó a tomar asiento.

Silvestre permaneció de pie, algo encogido, mirando los muebles y sus botas sucias, como si quisiera hacer una comparación entre unos y otras.

El salón, con tres balcones, estaba alhajado con muebles de buen gusto. Había en las paredes el retrato de un caballero del tiempo de Carlos IV, pintado por Goya, y varios otros de generales y de señores vestidos con hábitos propios de órdenes nobiliarias.

Entre todos estos retratos, había uno de un obispo, admirable. Era de medio cuerpo, de frente, una figura gruesa, colorada. Estaba vestido con un traje negro, adornado con puntillas rojas, y sobre el traje se veía una cadena de oro terminada en una cruz llena de brillantes.

El tipo de este obispo era elegante, mundano, y a pesar de su cara gruesa y casi apoplética, tenía un aspecto distinguido y lleno de arrogancia. El manteo negro, cruzado por delante, lo sostenía con las dos manos cruzadas.

La sillería, de nogal tallado, era de seda roja, con tonos ajados, que le hacían más bella. Entre los retratos había únicamente dos de mujer, y los dos modernos; uno de Gisbert, bastante bien dibujado, pero de un color pizarroso y triste, que representaba una dama de nariz puntiaguda, frente pequeña, el pelo dividido en dos bandas, que parecía una viñeta iluminada de alguna novela romántica; y otro de Madrazo, también sin espíritu, fuera porque el modelo no lo tuviese, o porque el pintor no había sabido dárselo.

Silvestre se asomó al balcón, vio a Diz de la Iglesia que se paseaba por la acera de enfrente, con su gabán aceitunado, y se retiró rápidamente de allí al oír ruido de pasos. Se volvió, esperaba con cierto temor. Pensaba encontrarse con una señora de aspecto imponente.

Se levantó una cortina y apareció en la sala una mujer de unos cuarenta años, vestida con un traje de color crema, de ademán lánguido y decaído y aspecto marchito.

Silvestre la saludó ceremoniosamente, y ella le contestó con una inclinación de cabeza y le invitó a sentarse.

—¿Es usted el profesor que nos recomienda don Álvaro?

Don Álvaro, sin duda, era el señor de las patillas de ébano.

Paradox se inclinó y le entregó la carta. Mientras la leía, Silvestre se puso a contemplar la dama. Tenía la aristocrática solterona la cara muy empolvada; pero, a pesar de esto, los polvos no impedían que se marcara un círculo azulado que rodeaba sus ojos y que llegaba hasta la mitad de la cara. Los mismos tonos azulados rodeaban su nariz fina y corva y su boca rasgada, con los labios pintados.

—Don Álvaro nos da muy buenas referencias —dijo doña Luisa Fernanda después de leer la carta, con una voz entre agria y cariñosa, que de vez en cuando se hacía opaca—; dice que conoce usted muy bien el francés y el inglés.

—Un poco.

—¿Ha vivido usted en Francia?

—Sí, señora.

—Pues mire usted, nosotras lo que queremos es que el niño, mi sobrino, vaya aprendiendo algo sin que se cansa la cabeza. No deseamos que sea un sabio. El pobre está delicadito.

—Perdone usted, señora; don Álvaro me había dado a entender que se trataba de un niño y de una niña. No sé si he entendido mal.

—Es cierto. Sabe usted, el niño está muy mimado. ¡Clarol, el pobrecito no tiene padre ni madre, y nosotras le contemplamos demasiado... yo lo comprendo... Es una falta.

—A lo más, será un exceso de cariño.

—Sí, es verdad. Pues verá usted. Cuando nos dijeron los amigos de casa que a Octavio había que traerle un profesor, el niño se echó a llorar y dijo que no quería y que no quería, y sólo prometiéndole que su hermanita también tendría que ir

a dar la lección, se calmó. A la niña no le vendrá mal dar un repaso de escritura y de Aritmética.

—Sí. Además —añadió Silvestre poniéndose serio y haciendo una frase de maestro de escuela—, estudiando juntos, se puede despertar la emulación entre ellos.

—Sí; también es verdad.

—¿Y qué edad tienen?

—María Flora, mi sobrina, tiene diez y seis años, y Octavio, catorce.

—¿Los han educado en casa?

—Sí; Florita ha tenido institutriz hasta hace poco, y un sacerdote está de preceptor de Octavio.

La conversación languideció pronto. Hubo momentos en que la señora miraba a Paradox, y éste desviaba la vista, dirigiéndola al suelo.

—¿Ya sabe usted las condiciones de sueldo y demás? —preguntó la dama.

—Sí, señora.

—¿Le parecen bien, o cree usted que es poco?

—De ninguna manera. Está muy bien retribuido. Si soy aceptado como profesor de los niños y quiere decirme la señora cuándo tengo que venir...

—Pues... A principios de mes; o si no, el mismo lunes. Voy a llamar a mis hermanas.

La señora hizo sonar un timbre, y apareció el criado grueso, de aspecto frailuno.

—Di a las señoritas que vengan.

Sintióse Silvestre nuevamente encogido. Entró una señorita con un aspecto parecido al de Luisa Fernanda, pero más baja y más tímida, con la cara también blanqueada por los

polvos de arroz, y dos o tres lunares en el mentón que hacían efecto de barba. Silvestre se levantó, saludó, y estando de pie, apareció otra señorita más joven que Luisa Fernanda, vestida con un traje rojo, muy morena, con cara hombruna, mirada intensa, ademán enérgico, peinada con una porción de rizos y sortijillas.

Silvestre saludó; se sentó, y al encontrarse rodeado por las tres envejecidas vestales, se vio presa de un azoramiento tan grande, que no sabía qué hacer de sus manos, de su sombrero ni de sus pies.

Contestaba con monosílabos a lo que le preguntaban, aturrido completamente. Había introducido una mano en el bolsillo del gabán de Avelino y estaba pensando qué podía ser una especie de carrete que se encontraba dentro, y hasta que pudo comprender lo que era, un rulo de una máquina fotográfica, de esas de bolsillo, no se tranquilizó.

Situación tan enojosa, se hizo mayor con la entrada de un curita joven que venía llevando un niño de la mano.

El niño era Octavio, un muchacho vestido de marinero, de melena rubia, cara de niña, ojos castaños con la esclerótica azulada; un niño que debía de ser muy asustadizo, porque no quiso acercarse a Paradox y permaneció junto al curita; el cual echó a Silvestre una mirada tan de falsa unción, que bastó a éste para sentir por él una gran antipatía.

Se dispuso entre las tres señoritas que Paradox comenzara las lecciones el primer día de la semana, dos horas por la mañana y otras dos por la tarde; y el ya nombrado preceptor, aburrido de lo interminable de la conferencia, sofocado y atolondrado, pretextó una ocupación, y se despidió.

Al encontrarse en la calle lanzó un suspiro de satisfacción. Diz de la Iglesia le increpó por su tardanza.

—Pero, hombre. ¡Ha pasado usted cerca de una hora!

—¡Qué quiere usted, amigo Diz! Son unas señoritas viejas que no deben de tener en qué ocuparse, y son terribles. Miran a un hombre como a un bicho raro. Yo me estaba mareando en medio de las tres solteronas. Creo que hasta huelen a cuarto sin ventilar.

—¿Pero está usted aceptado?

—Sí.

—¿Con cuarenta duros?

—Con cuarenta duros.

—Vamos, es algo. Ahora nos iremos a casa y diremos a la patrona que si otra vez se permite echarnos en cara nuestra morosidad abandonaremos la casa.

Doña Rosa, la cartagenera, con el dinero que le dio Avelino y con la promesa de pagarle cuando cobrara Silvestre, se tranquilizó por completo y no exigió más.

El primer día de la semana, Silvestre se cepilló la ropa, se puso camisa limpia, se embetunó las botas, y se marchó a dar su lección con cierta escama. El criado frailuno de la casa le hizo pasar por un pasillo a un gabinete con dos balcones, tan lleno de cortinas, de adornos y de cachivaches, que no se veía medio centímetro de pared sin tapar; por todas partes, cuadros de pacotilla, con grandes marcos dorados, fotografías, juguetes, bibelots de mal gusto, estatuas de tierra cocida y pintadas, sillas de madera blanca desparramadas por el cuarto, y enfrente de la puerta un negro de tierra cocida, de tamaño natural, sentado en una silla leyendo un periódico.

Sobre todo, el negro era una cosa que molestaba profundamente. Silvestre esperó, y al poco rato entró el curita y el niño Octavio. El curita habló un momento con su voz untuosa y su sonrisa, más falsa que la del caimán disecado de Paradox.

—Aquí se queda mi discípulo. Octavio, adiós. A ver si aprendes bien lo que te enseñe este señor. ¡Adiós, hijo mío!

Y el cura se fue. En esto se oyó en el pasillo la voz de la mayor de las solteronas, y otra agría y vibrante:

—Vamos, María Flora, no seas pesada —decía la solterona.

—Te digo que no quiero.

—Pero ¡niña, por Dios!

—¿De manera que porque Octavio no quiere estudiar, tengo yo que estar aburrida con él?

—Estáte un momento, aunque no sea más.

—Bueno. Pero te advierto, tía, que cuando me canse me marcho.

—Bien, hija, como quieras.

Entraron tía y sobrina en el cuarto. Silvestre las saludó, la solterona se fue y se quedaron los dos hermanos con Paradox, el cual hizo algunas preguntas en francés a la muchacha, que le contestó en tono displicente, y empezó la lección.

El chiquillo tenía un aire tan desolado mientras hablaba Silvestre, que éste no quiso preguntarle nada para no atemorizarle, y le dio un libro de cuentos con láminas iluminadas, para que se entretuviese. La primera lección fue para el maestro, como para sus discípulos, de un aburrimiento grandísimo, y en aquel día, y en los posteriores, Silvestre notó en María Flora una rebeldía y una mala intención para él grande y en Octavio un estado constante de entontecimiento.

Al cabo de una semana, María Flora se humanizó, y comenzó a tratar a Silvestre con un poco más de confianza y de respeto.

María Flora, era delgaducha y pálida, estrecha de caderas y angulosa. Su tez, marchita, de un color amarillo aceitunado; a veces se coloreaba desigualmente con manchas rojas, que parecían vetas de jaspe. Su rostro era impassible e insignificante; una naricilla corta, la boca grande y rasgada, los dientes desiguales y atropellados; toda su vida parecía

reconcentrada en sus ojos, secos y ardientes, que bizqueaban algo. Su voz fuerte y algo agria, como la de su tía Luisa Fernanda, se enronquecía a veces hasta quedar opaca. Ocurrente y mordaz, tenía de cuando en cuando una mirada luminosa, de una sátira tan punzante, que Silvestre la notaba, sin verla, y cuando la sentía, se ruborizaba como un doctrino.

—Mi cuerpo es —decía ella misma— un montón de huesos, pero tan bien colocaditos, que hay muchos que se vuelven locos por ellos.

No tenía la muchacha nada de aristocrático en sus gustos, al menos en el sentido alto y refinado de esta palabra; al revés, le encantaban las chulaperías, las verbenas, los tangos y las canciones de las zarzuelas del género chico.

Sus gracias y ocurrencias eran del arroyo. Se le hubiera puesto vendiendo periódicos en la Puerta del Sol y se hubiera encontrado en su centro. Hasta su voz desgarrada parecía que debía de haberse enronquecido voceando *La Correspondencia* y bebiendo copas de aguardiente.

A los quince días de verle, María Flora conocía a Paradox como si hubiera vivido siempre con él, y se entretenía en desconcertarle con sus miradas, con sus sonrisas o con sus extemporáneas preguntas.

—¡Pero qué infeliz es usted, don Silvestre! —le solía decir, riéndose, con su risa de golfo.

Paradox no se incomodaba ni le guardaba rencor, pero le tenía algún miedo. “Era demasiado sagaz aquella muchacha para ser buena”, pensaba él. Lo adivinaba todo. Al comenzar la lección de francés, leían los dos discípulos el Telémaco, y María Flora hacía comentarios sangrientos acerca de la ñoñería de los personajes de Fenelón.

—¿A cuántas mujeres ha engañado usted? —le dijo un día la muchacha a Silvestre.

—¿Engañar yo? A ninguna.

—¡Qué tonto! ¡Si yo fuera hombre!...

—¡Si usted fuera hombre!... ¿qué haría usted?

—Sería un calavera y andaría detrás de todas las mujeres, e iría a los cafés cantantes, y a las juergas, y domaría caballos. ¿A usted no le gusta eso?

Paradox sonreía al oírlo, y trataba de tomar las frases de la muchacha como pura broma; esto era lo que se figuraba él que debía hacer en calidad de preceptor, aunque no se le ocultaba que la chica decía todo aquello con conocimiento de causa.

Al mes de conocerle, María Flora hablaba a Silvestre con la confianza que un colegial puede tener por su compañero. Le hablaba de su familia y le hacía confidencias que a Paradox le llenaban de zozobra, de miedo que le oyesen las tías.

Su padre había sido un vicioso completo; y como no tenía nada de guapo, y además era jorobado, a lo último hacía el amor a las criadas. Una vez le quiso pegar a su madre; pero éste le dio un empellón que por poco lo mata.

—Mamá era muy hermosa —decía María Flora con su sonrisa irónica—. Papá, en cambio, parecía un mono. Afortunadamente, yo no me parezco a él.

Una cosa que asombraba a la muchacha, era la vida de Silvestre.

—Es raro —le decía— que teniendo libertad no vaya usted a los bailes ni tenga usted aventuras. ¡Debe haber pocos hombres como usted!

—¿Por qué?

—¿Qué se yo? Así como usted, pensando siempre en máquinas y en cosas que no sirven para nada, no debe de haber ninguno.

Octavio, el hermano, oía estas conversaciones entre el profesor y la discípula, sin decir nada, con su aspecto de bello imbécil, gesticulando de vez en cuando o riéndose sin saber él mismo por qué. El chico aquel era de una falta de inteligencia completa. Silvestre no quería cansar su memoria, pero a veces se esforzaba en enseñarle algo que el niño no podía retener. Para hacerle aprender la tabla de multiplicar, Paradox se vio loco, porque el niño se fatigaba y empezaba a llorar.

Silvestre, al mes, viendo los pocos resultados que obtenía con su discípulo, lo advirtió a las señoritas y les recomendó que sacasen a Octavio por las mañanas a dar paseos por la Moncloa, para que se fuera vigorizando; pero en aquella casa, para las tres solteras, todo era motivo de incertidumbre y de grandes discusiones, y no hicieron nada de lo que se les dijo.

Octavio, con el único con quien estaba a gusto era con el cura. A Paradox le preocupaba mucho aquella amistad, y observaba con el detenimiento de un médico el aspecto del niño, pálido siempre, con ojeras que le hacían verdear la cara. Otro detalle que notaba en él, era que estaba triste y con las pupilas dilatadas.

Poco a poco, María Flora había ido tomando tal ascendiente sobre Paradox, que le mandaba comprar novelas que se figuraba que eran escandalosas, porque oía hablar de ellas con horror, como *La Dama de las Camelias*, *Las trece noches de Juanita*, y que luego de leerlas las encontraba completamente inocentes y cándidas. ¡Tantas enormidades se figuraba ella que debía de haber en la vida!

Las cosas que oía a medias avivaban más su curiosidad malisana; estaba enterada de que una prima hermana de sus tías, casada con un militar, paseaba sus relaciones con un golfo por Madrid; lo cual, por otra parte, no le impedía ser bien recibida en todos los sitios a donde iba; había adivinado en

las miradas enigmáticas e insinuantes, que Laura, la más joven de sus tías, dirigía a una de las muchachas de casa, algo que no era normal, y todo aquello le irritaba; y como María Flora no tenía en la cabeza el menor asomo de idea de moralidad, hubiese querido encontrar un libro en donde se retratasen todas aquellas aberraciones, que a ella se le antojaban en el fondo cosas naturales y lógicas, prohibidas por espíritu de mojigatería.

Silvestre empezaba a estar intranquilo en aquella casa. Octavio cada día estaba más afeminado, más pálido, con la voz más extraña. No le gustaba jugar a ninguno de los juegos de los muchachos, y cuando cantaba hacía gorgoritos.

Un día dijo María Flora a Paradox, sonriendo tranquilamente, con la seguridad que decía ella las cosas:

—A mi hermano no le gustarán nunca las mujeres.

Octavio sonrió con extrañeza.

El sentido de aquella frase y de aquella sonrisa perturbaron a Paradox. Al salir de la casa, tomó la decisión de no volver a ella; pero antes creyó indispensable ir a ver a Vives, al amigo de Diz de la Iglesia, el señor de las patillas de ébano, y exponerle sus sospechas.

El señor oyó lo que decía Paradox, y lo negó, suponiendo que era una locura de Silvestre; pero viendo que éste insistía, le dijo:

—Bueno. Y además, ¿a usted qué le importa? Usted da sus lecciones, y se acabó.

La verdad es que él no tenía obligación de moralizar a nadie, y siguió asistiendo a la casa y dando lecciones. Al cabo de algún tiempo de estar Silvestre dando lecciones en la casa, murió una señora, pariente de las tres señoritas, y a los dos días después Laura, la tía más joven de María Flora, le preguntó a Paradox:

—¿Usted conoce a un dibujante que se firma Mefisto?

—No, señora.

—¿Pero se podrá usted enterar?

—Si usted me manda...

—Es un sobrino mío. Fernando Ossorio; un golfo que se escapó de su casa y se fue con una mujer perdida. Entérese usted de dónde vive. Suele dibujar en algunos periódicos ilustrados.

—Lo preguntaré.

Silvestre preguntó en dos o tres redacciones, y pronto averiguó dónde vivía don Fernando, y se lo dijo a Laura.

Ésta, al día siguiente, vino con una carta, que dio a Paradox para que entregara a Fernando, y por la tarde, María Flora, que tenía una penetración grandísima, y la mala costumbre de escuchar detrás de las puertas, preguntó a Paradox:

—¿Qué encargo le ha hecho a usted mi tía para Fernando?

—Me ha entregado una carta.

—¡Ah! ¿Le ha entregado a usted una carta?

—Sí, señora.

—Ya me la dará usted, ¿verdad, don Silvestre?

—¡Oh, no! Es imposible.

—Démela usted.

—¡Oh, nunca! Además, está cerrada.

—Yo la abriré, sin romper el sobre.

—No puede ser.

—Don Silvestre, usted quiere incomodarme.

—Sea así; pero no pienso darle la carta.

—Bueno, no le volveré a pedir nada en mi vida.

—Yo lo sentiré mucho.

—Sí, sí. Mucho. No hace usted nada de lo que yo le pido. ¿Cuándo va usted a su casa? ¿Hoy?

—Probablemente. ¿Parece que tiene usted interés por don Fernando!

—Es primo mío.

—¿Y no tiene usted más interés por él?

María Flora sonrió con coquetería.

—Mis tías habían pensado casarme con Fernando —añadió—. ¡Pero como se hizo un golfo tan grande!... Yo, ya ve usted, todavía le quiero.

Paradox miró a su discípula, y notó que ésta, por primera vez, se turbaba algo.

—Ahora verá usted su retrato —murmuró ella con voz temblorosa.

La muchacha entró en el gabinete, y volvió con el retrato de un hombre joven, flaco, barbilampiño, de facciones incorrectas, pero graciosas.

—Es buen tipo, ¿verdad?

—Sí; es simpático.

—Ha tenido ya tres desafíos —dijo María Flora con voz enfática.

—¡Demonio!

—Sí. A ver si le habla usted.

—Bueno; le hablaré. Pero ¿qué tengo que decirle?

—¡Toma! Le ve usted, se entera de si vive o no con esa mujer. Convénzale usted que la deje y de que se vuelva a casa; si necesita algo, me lo dice usted. ¿Eh?

—Además, dígame usted que mi tía Luisa ha dicho que si se casa conmigo, además de dejarle como heredero, nos dará una

pensión todos los meses para que podamos divertirnos. Le irá usted a ver esta misma tarde; ¿verdad, don Silvestre?

—Sí; esta misma tarde.

—¿Y le convencerá usted?

—Si puedo.

—Sí, sí. Si le convence usted, le doy un abrazo.

—Bueno.

Concluida la lección, y después de comer, Silvestre se encaminó hacia Chamberí, y después de preguntar varias veces, dio con la calle y con la casa del dibujante. Subió al cuarto piso, preguntó por don Fernando Ossorio, y una muchacha alta y esbelta, algo pintarrajeada, que encontró en la escalera, le indicó una puerta en el fondo de un pasillo.

—Ahí vive Fernando —le dijo—. No ha debido de salir, porque el estudio está abierto.

Silvestre llamó repetidas veces, hasta que oyó dentro una voz que gritaba:

—¡Que pase quien sea!

Silvestre entró. El estudio era bastante grande, empapelado de gris; las paredes se hallaban cubiertas de bocetos; dos grandes ventanales, próximos al techo, estaban tapados con trozos de papel continuo. Hacía calor; en una hamaca que se veía en un rincón, se balanceaba un hombre, echando bocanadas de humo al techo.

Silvestre quedó un tanto perplejo.

—¿Don Fernando Ossorio? —preguntó Paradox.

—Servidor de usted —le contestaron del fondo de la hamaca.

—Una carta para usted, de su tía doña Laura —añadió Silvestre; y le entregó la carta.

—¡Hombre, de mi tía! Siéntese usted, haga el favor.

El joven se puso a jugar con la carta, sin levantarse de la hamaca.

Silvestre se sentó.

Por una ventana abierta, que daba sobre los tejados, se veía allá enfrente una cúpula redonda, que se destacaba en el cielo azul, blanqueado por vapores turbios; el sol arrancaba chispas brillantes a los hilos de telégrafos y teléfonos que cruzaban el aire.

El joven tomó la carta, rompió el sobre y leyó el papel. Después echó la carta al suelo y murmuró:

—Esto es indigno.

Levantóse y apoyándose en el suelo, dijo a Silvestre:

—Dígale usted a mi tía Laura, que está bien; que todo lo que me dice lo sabía.

Silvestre se levantó y cogió el sombrero.

—Y usted, ¿no aprovecha la ocasión para echarme una plática? —dijo el joven con tono algo agresivo.

—¡Yo! ¡Oh, no! Soy maestro de francés de sus primos y me limito a cumplir un encargo que me han dado. No entro ni salgo en cuestiones de familia. Me han enviado con una carta, yo se la entrego a usted y asunto concluido —y Silvestre se dirigió hacia la puerta.

—Óigame usted un momento —murmuró Fernando, levantándose y saliendo de su hamaca.

—¿Para qué? Yo no tengo nada que ver con eso.

—Es igual. Siéntese usted, hágame usted el favor, y perdone que haya estado inconveniente con usted.

Silvestre vaciló y decidió sentarse.

—¿Sabía Flora que venía usted a verme? —preguntó el joven.

—Sí.

—¿Y no le ha encargado que me dijera usted nada?

—Sí; me ha dicho que le convenciera usted —y aquí Paradox bajó la voz— de que dejara su querida y de que volviera usted a su casa. El encargo no es agradable de dar.

—Ni de recibir tampoco.

—¡Hombre! No haciendo caso de él, le será a usted casi indiferente.

—No. No me es indiferente. Yo le tengo cariño a María Flora. ¿Qué opinión tiene usted de esa muchacha? Es buena chica, ¿verdad?

—Sí. Eso creo.

—Es algo caprichosa; pero tiene buen corazón. Perdome usted que le haga otra pregunta. ¿Usted piensa permanecer de profesor mucho tiempo en casa de mis tías?

—No lo sé. Pero, francamente, creo que no. Soy de esos hombres que no están tranquilos en ninguna parte.

—Lo siento. Ya ve usted.

—¿Por qué?

—Porque podría usted ser muy útil a María Flora.

—¿Yo?

—Sí, usted; usted es un hombre franco.

—¡Caramba! ¿En qué lo ha conocido usted?

—No lo tome usted a guasa; yo clasifico a las personas en dos clases: una, la forma la gente de mirada limpia y de cara abierta; la otra, los que tienen la mirada turbia y la cara cerrada. Usted tiene la mirada limpia y la cara abierta.

—Gracias, muchas gracias.

—No. No es un piropo. Es una verdad. No sé si en casa de mis tías habrá usted oído hablar de mí. ¿No? Es lo mismo. No

les gusta desacreditar la familia recordándome; pues todos los que me conocen me tienen por vicioso, gandul, badulaque; pero nadie cree que yo sea ni tortuoso ni falso. Y no lo soy.

—Lo creo. No pongo en duda su sinceridad.

—Para que vea usted que soy franco, le voy a leer a usted la carta que me envía mi tía Laura.

—No veo la necesidad.

—Sí. Usted no la ve, pero yo sí. Bien. No leeré la carta. Cartas como ésta ensucian; pero óigame usted lo que le voy a decir, porque es conveniente que esto lo conozca la persona que dirige la educación de María Flora, y además quiero que haya alguien que sepa que no soy tan badulaque como me creen; que no he venido a vivir con mi querida de mi trabajo por puro romanticismo, sino por dignidad, por alejarme de una familia odiosa, en donde todos los hombres son o unos imbéciles o unos canallas, y todas las mujeres unas perdidas.

—¡Pero, hombre!

—Sí, sí. Créalo usted. Todas perdidas. Mi abuela, sus hermanas, mis tías...

—¡Sus tías! —murmuró Paradox con asombro.

—No son las que usted conoce; de éstas, las dos mayores, como habrá usted podido notar, las pobres son imbéciles. Se pasan la vida entregadas a sus rezos. Allá ellas. ¡La otra es más perra!

—¡Pero, hombre! —murmuró Paradox—. Aunque todo eso fuera verdad, que yo por mi parte no lo creo, usted mismo reconoce que mis tías, de las que yo conozco, dos por lo menos, son, aunque rezadoras, buenas y sencillas, y no le debía a usted de repugnar el ir a vivir con ellas.

—Sí, las dos mayores, sí; son buenas, no lo niego. ¡Pero la otra! ¡Usted sabe lo que es la otra!... Una mujer que deja tíscas a todas las muchachas de su casa.

—Es una apología completa la que hace usted de su familia.

—No, no crea usted que exagero. Es verdad. Hay familias de estas aristocráticas que dejan atrás con sus horrores a todo lo que cuenta Zola.

—¡Qué sé yo! —murmuró Silvestre—. Creo que hay algo de fanatismo en usted. Por lo mismo que es usted de una familia de la aristocracia, siente ahora más odio hacia ella.

—No, hombre, no. ¡Si son hechos! ¡Si son hechos que uno ha tenido delante de sus propios ojos! Crea usted que he visto unas cosas en mi familia que han quebrantado de niño mi alma; que he pasado noches muy largas llorando, solo, porque me he avergonzado de ser lo que era, y me he avergonzado de mi padre, y de mi madre, y de todos... Pero cuando ya no he podido soportar tanta infamia; cuando mi alma ha estallado de indignación, ha sido al ver que mi tía Laura consentía en que Octavio, ese pobre cretino, hijo de no sé qué ilustre aristócrata, porque la madre de María Flora era tremenda, fuese pervirtiéndose hasta el extremo a que ha llegado...

—¿Pero es de veras?

—¿No lo había notado usted? Con el cura.

—Lo sospechaba —murmuró tristemente Paradox.

—¡Usted no sabe lo que es mi tía Laura! Es una mujer de un sadismo y de una perversidad inconcebibles. En mi familia debe haber algún desequilibrio sexual, que se transmite de padres a hijos. Sólo mis dos tías han resultado castas; los demás, hombres y mujeres, de un desenfreno terrible, yo inclusive. Pero esa Laura deja atrás a todos. Cuando yo estaba allá, tenía de doncella a una pobre muchacha, a quien había conquistado como si fuera un hombre y la martirizaba, la arrastraba por el suelo tirándola de los pelos, la pegaba. La pobre

muchacha se marchó enferma. Mis tías no lo saben; pero a Laura le consta que María Flora y yo somos hermanos y, a pesar de esto, autorizaba nuestras relaciones. Y esa mujer, que moralmente es menos que un harapo, me escribe diciéndome que abandone a mi querida, que es una mujer indigna, porque la llevaron cuando tenía diez y seis años engañada a una casa de prostitutas. Dicen que no vale nada. para mí es más hermosa que el mundo. es la única mujer que se ha cruzado en mi vida con la mirada limpia...

—Y la cara abierta —añadió Paradox, que recordaba la segunda parte de la frase.

—No se ría usted de mí. Mírela usted —y descorrió unas cortinas que tapaban una alcoba formada por biombos en un rincón del estudio.

Ocupando el hueco de la alcoba había una cama de madera, y sobre ésta, medio desnuda, dormía la muchacha amiga de Fernando; dormía profundamente, con la cabeza apoyada en el brazo y el cabello suelto; respiraba con dulzura. Un reloj de bolsillo, colgado en la pared, parecía acompañar con su débil tic-tac el sueño de la muchacha, que era jovencilla y bastante bonita; por la abertura de su camisa aparecía su seno casi infantil, blanco y turgente; un collar de cuentas de coral bajaba, después de rodear su garganta, entre los dos pechos.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó Fernando.

—Me da lástima —contestó Silvestre.

—¿Por qué? —repuso ofendido el joven.

—Es sencillo —murmuró Paradox como hablándose consigo mismo—. Usted un día se aburrirá de vivir con ella, o reñirán por cualquier cosa, y usted, demagogo y radical, se irá acercando a su familia, aunque sea todo lo que ha dicho antes que es, y dirá usted: “¡Qué demonio, aquellas eran locuras de la juventud!...” Y todo le será a usted perdonado; y la mucha-

cha, que no tendrá familia a quien acercarse, irá pasando de mano en mano, y volverá al sitio de donde usted la recogió, y la insultarán en la calle, y la pegarán los borrachos, y llegará a ser una cosa que se mancha y se pisotea.

—No, no —murmuró Fernando agarrando del brazo a Silvestre—. Me está usted haciendo mal. No pasará eso, yo se lo aseguro. Es más, si tengo un hijo, me casaré con ella, y nos iremos de aquí, a otra tierra que sea más generosa que ésta...

En aquel momento entraba en el estudio el editor de un periódico ilustrado a hablar con Fernando; Paradox se despidió y se marchó a la calle. Al día siguiente experimentó una repugnancia tan grande por ir a casa de sus discípulos, que escribió a Luisa Fernanda que no podía continuar dando lecciones, porque un acontecimiento imprevisto le obligaba a salir inmediatamente de Madrid.

XVIII

Silvestre, después de haber tomado la determinación radical de abandonar su cargo, se encontró satisfecho.

—¡Psch! Cuando no se tiene más patrimonio que la conciencia —se dijo a sí mismo para consolarse—, vale más vivir mendigando por los caminos que no inficionar el alma en una madriguera confortable, en donde todo hucla a podrido.

Pero al saber Diz de la Iglesia la decisión de Silvestre, se indignó.

—¿Cómo vamos a vivir ahora? —le dijo.

Paradox se encogió de hombros y se dedicó nuevamente a leer los papelotes guardados en el fondo de su cajón; encontró allí una carta reciente de un español, a quien conoció en París, que vivía en Stockolmo, y otra de un profesor de la Universidad de Cristianía, con el cual el padre de Paradox y Paradox mismo habían tenido larga y frecuente correspondencia.

A Silvestre se le ocurrió, al ver las cartas, que quizá vendiendo algo en Suecia y Noruega podría hacer su suerte, y escribió al español de Stockolmo y al catedrático de Cristianía, preguntándoles con qué medios se podría contar para vivir allá. Las contestaciones tardaron más de una semana en llegar; el español le decía, quizá malhumorado de estar entre

hielos, que la roñosidad era la característica de Suecia, como de todos los países del Norte; que la gente allí no comprendía la generosidad; que era una tierra uniforme y monótona, y que sólo un mastodonte de genio como Ibsen hacía que el mundo se fijara en aquellos países bárbaros.

El profesor de Cristianía había muerto, y a Silvestre le contestó su hijo. Le explicaba en una larga carta todos los medios con que se podía contar para asegurar la vida en Noruega, todos difícilísimos, porque allí la lucha por la existencia era dura y despiadada. Decía que era doctor en filosofía y amanuense de la Universidad, y que con su mezquino sueldo tenía que atender a su madre; pero, a pesar de eso, le ofrecía su casa para los primeros días de estancia allí. Luego, el amanuense manifestaba su ardiente deseo de ver los benditos países del Sur, en donde flotaban sus sueños. Él —añadía— era un espíritu contemplativo; uno de tantos pobres soñadores que sienten el suplicio del pinto en el Lied de Heine. Aquella queja del hombre del Norte impresionó a Paradox, y como no le faltaba imaginación, se figuró abandonado en un pueblo desconocido, de cielo gris, entre hielos, y concluyó por olvidar su proyecto de ir a Cristianía.

Pero había que pensar algo; la patrona volvía a exigir dinero; y el hermano de Avelino, a las peticiones que éste le dirigía, contestaba invariablemente diciendo que no le daba un cuarto y que fuera a Valencia, en donde no tenía necesidad de gastar para vivir.

Silvestre y Diz pensaron, expusieron y discutieron una serie de proyectos, casi todos buenos en teoría, pero irrealizables en la práctica. Avelino, cuya gran pretensión era tener ideas-dinero en la cabeza, propuso una porción de cosas a cual menos prácticas, entre ellas la confección de una zarzuela del género chico.

Silvestre, al oír esto, casi se ruborizó.

—No hemos llegado tan bajo, don Avelino —murmuró—; no hemos llegado tan bajo.

Don Pelayo desaprobó la idea con un movimiento de cabeza solemne y lleno de dignidad.

—De todos los proyectos —dijo Paradox un día, resumiendo—, el mejor, por una serie de razones que no es del caso exponer en este momento, es la construcción de la Ratonera especulum. Si este proyecto nos produce una cantidad, aunque sea pequeña, alquilaremos la barraca de un solar de la calle de Cuchilleros e instalaremos allí para Navidad un Nacimiento-panorama, y por último, si el nacimiento tiene éxito, entonces trataremos de plantear la Sociedad de Seguros sobre la Vida Eterna, ideada por don Pelayo.

—Se me ha ocultado esa idea —murmuró tristemente Avelino—. ¿Qué objeto tiene esa Sociedad? ¿Quieren ustedes decirme, o es que desconfían de mí?

—El objeto de esa Sociedad, amigo Avelino, es salvar las almas. Ya que el industrial, el comerciante, el médico, religiosos, muchas veces no pueden cumplir sus deberes para con Dios, conociendo lo peligroso que es esto, por medio de una pequeña cuota, de una cuota mínima, la Sociedad les prometerá un número suficiente de oraciones para ir al cielo, ya sean pronunciadas por la voz humana, ya por medio del fonógrafo.

—Eso me parece una barbaridad —repuso Diz de la Iglesia.

—¡Barbaridad! ¡Una cosa sancionada por el obispo de Meo! No, no es una barbaridad. Estos tres proyectos, la ratonera, el nacimiento y la Sociedad de Seguros sobre la Vida Eterna, serán las tres hipóstasis de nuestra fortuna; la ratonera será la idea, el verbo, si os parece mejor; el nacimiento-panorama será el principio de nuestra fortuna, el ser; la Sociedad de Seguros será la abundancia, al llegar a ser. Pensad, señores,

doscientos, cuatrocientos, mil fonógrafos en una gran capilla, cincuenta diciendo el Padre nuestro, ochenta el Ave María, ciento veinte el Credo... y después pensad en la salvación de esas pobres almas... de esas almas que se perderían sin nuestra Sociedad. ¡Vamos, señores, inmediatamente a casa de Moncó el prendero! ¡Construyamos la primera ratonera! ¡Sea ella la piedra angular de nuestra fortuna!

Después Silvestre explicó el aparato. Consistía en una caja que tenía en el fondo un espejo vertical, y antes de éste, una trampa. Entraba el ratón en la caja, se veía en el espejo; a su inteligencia limitada, sin los menores rudimentos de física, se le figuraba que había un semejante suyo allí; la curiosidad, y quizá también la cortesía, le impulsaban a saludarle, y antes de encontrarse con él se inclinaba la trampa y el pobre roedor caía en el fondo del abismo.

A la fantasía de Paradox no le había bastado con esto, y en los primeros ensayos ideó un procedimiento que no vacilamos en calificarlo de indigno; arregló el aparato de manera que al moverse la válvula que hacía de trampa, el pobre roedor, él mismo, hiciera sonar el timbre eléctrico.

Diz y don Pelayo, como es natural, protestaron de aquella injuria que se hacía a un animal inofensivo, y Paradox comprendió que había estado ofuscado y quitó el mecanismo. Después se hicieron las pruebas del aparato ante Moncó, el prendero, y éste, al ver el resultado, no tuvo inconveniente en fiar el latón, el alambre y todo lo necesario para construir cien ratoneras con espejos.

Ya hecha esta concesión, a Silvestre se le atragantó una duda. Las pruebas se habían hecho de día, con alguna luz. Y de noche, ¿pasaría lo mismo? Los ratones y las ratas, ¿ven o no en la obscuridad? Estos animales, ¿son o no son nictálopes? Diz, que trataba de resolver siempre las cosas como hombre práctico, como hombre cuyas ideas son dinero, pensó en que se

podía poner una lamparilla incandescente de un par de voltios en cada ratonera, para que el ratón pudiera verse en el espejo; pero Silvestre y don Pelayo rechazaron la idea por absurda.

El fetiche dejó caer sus párpados grave y majestuosamente y movió su cabeza con ademán negativo repetidas veces.

La cuestión estaba bien planteada por Silvestre: las ratas, ¿son o no son nictálopes? ¿Ven o no de noche? *That is the question.*

Avelino, Silvestre y don Pelayo se dieron un atracón de leer libros en la Biblioteca, aprendieron muchas cosas, pero en cambio no llegaron a saber si veían o no de noche los tales roedores.

Avriguaron que las ratas y ratones son omnívoros; que tienen poco instinto, pero gran inteligencia; que según unos naturalistas, la moralidad de estos animales deja mucho que desear, pues son lascivos, lujuriosos e infieles, y que, en cambio, según otros, son esencialmente domésticos, apacibles: individuos que gustan de la vida de familia, y que prefieren la morada del pobre a los alcázares de los reyes.

Las costumbres de la rata son patriarcales —aseguraba un naturalista enternecido—; su largo bigote blanco, sus cejas prominentes, su mirada viva y penetrante, sus hábitos de cortesía y elegancia, dan a su fisonomía un aspecto a la vez espiritual y respetable.

Lo más regular era que andando de noche los ratones fueran nictálopes.

—Además, eso es cuestión de detalle —dijo Avelino.

—Perdone usted. Creo que es trascendental —murmuró Paradox.

—Yo creo que debemos hacer las ratoneras.

—Moncó ha proporcionado el latón y algunas herramientas para trabajar, ¿no es eso? —dijo don Pelayo, poniendo los puntos sobre las fes—. Pues bien, si las ratoneras no resultan, se devuelven al prendero y que se arregle para venderlas como pueda.

Se aceptó la proposición de don Pelayo, y decididos los socios se pusieron a trabajar rabiosamente.

A las dos semanas tenían las ratoneras hechas. Los tres tomaron al día siguiente su ratonera debajo del brazo y recorrieron ferreterías, quincallerías, bazares, todas las tiendas de Madrid. A las seis de la tarde estaban de vuelta en la guardilla. No habían vendido ni una ratonera.

Al otro día pasó lo mismo, y en los siguientes no se vendió nada tampoco.

—¿Será el proyecto una sandez? —murmuró Paradox.

—Hemos estado poco felices —añadió Avelino.

—¡Pero no haber vendido ni una!

—Es terrible.

—Es espantoso.

—¿Seremos unos imbéciles?

—Indudablemente lo somos.

Luego de entonar este “Mea culpa” durante un par de días, una mañana entró don Pelayo con más aspecto de fetiche que nunca, siempre misterioso, sonriendo con la suficiencia que le caracterizaba, y dijo:

—Las ratoneras están vendidas.

—¿Qué dice usted?

—Nada. Están vendidas. Un portugués las compra.

—¿Un portugués?

—Sí; las lleva a Oporto. Como dicen que las ratas llevan la peste, piensa venderlas allá.

—¿Y a cuánto las paga?

—A tres pesetas.

—¿A tres pesetas?

—Sí.

—¡Es admirable!

—¡Soberbio!

—¡Y nos creíamos imbéciles, Paradox! —exclamó Avelino—
Cuando le decía a usted que teníamos ideas-dinero en la
cabeza.

Pelayo Huesca mandó traer un carro, se cargaron en él las
doscientas ratoneras y volvió con seiscientas pesetas en bille-
tes. En seguida, Paradox preguntó lo que debía a Moncó, el
cual, aprovechándose de una manera innoble, pidió cuarenta
duros. Silvestre le dio el dinero por no disputar, y Moncó
cogió los billetes y los guardó inmediatamente en su caja, con
el ansia de un avaro.

Ya realizado el negocio de las ratoneras, ninguno se atrevió
a proponer que se siguiera con la fabricación, y se pensó en el
segundo proyecto, en el Nacimiento-panorama.

Faltaban dos meses para Navidad; era la época señalada para
comenzar los trabajos. Después se intentaría la Sociedad de
Seguros sobre la Vida Eterna. Don Pelayo había ido a consul-
tar a un padre jesuita respecto al proyecto, y como no le había
podido ver en su convento, fue a confesarse con él, y en dos o
tres confesiones desarrolló sus planes.

El jesuita le había contestado que lo consultaría y que es-
cribiera las bases de su plan para discutirlo.

Mientras se maduraba esta idea, se comenzaron a hacer los
trabajos preliminares para el Nacimiento-panorama. Moncó,
animado con el éxito del negocio de las ratoneras, fiaba lo
indispensable.

Como don Pelayo conocía al empresario de la barraca de la calle de Cuchilleros, fue a verle con Silvestre y Avelino.

Le encontraron en la puerta con su mujer y su hija, los tres gritando, gesticulando, moviéndose de un lado para otro. El hombre, con patillas de diplomático, enfundado en un largo gabán, tocaba el tambor y el cornetín, arrancándole a este instrumento unos sonidos estridentes que agujereaban el oído; la mujer daba vueltas al manubrio de un organillo con una mano, y con la otra tiraba de la cuerda de una campana sujeta al techo de la barraca; la niña tocaba los platillos y el bombo.

A pesar de la infernal baraúnda producida, no había más que unos cuantos chiquillos delante de la barraca y ninguno entraba.

Al ver el grupo de Silvestre, Avelino y don Pelayo que se acercaba, el hombre de las patillas se animó a pronunciar una arenga, y haciendo cesar el estruendo de los instrumentos, se adelantó y dijo con acento entre francés y andaluz:

—¡Señoges! ¡Pasen ustedes adelante! ¡Adelante, señoges! ¡Vean los prodigios nunca fistos! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Es a geal! ¡Es a geal! ¡Es a geal! Aquí verán ustedes la joven Thaumá, una joven que no tiene brazos ni piernas; el gran panteón de los hombres célebres y los espejos mágicos. ¡Pasen adelante! ¡Pasen adelante, señoges! Los que quieran visitag el geservado verán el cegdo de dos cabezas, el maravilloso cegdo de dos cabezas. ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Pasen! Verán también la seppiente cascabel que el cazagla cuesta la vida de muchos negros de la Zululandia y de la Mutubalandia. ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Pasen! ¡Es a geal! ¡Es a geal! ¡Es a geal!

Y para terminar honrosamente la arenga, sopló en la corneta desesperadamente, azotó el tambor, y, como si su mujer y su hija fueran autómatas, unidos a él por una cuerda invisible, empezaron ellas a tocar el organillo y la campana, los platillos y el bombo.

Silvestre, Avelino y don Pelayo pagaron, entraron en la barraca y a un chiquillo que se presentó allí le dijo el fetiche que llamara a su padre.

Vino el hombre, un viejo andaluz, con patillas, vestido con un sombrero mugriento y un gabán como la hopalanda de un rabino. Le preguntó Silvestre si pensaba seguir en la barraca durante mucho tiempo, y el andaluz dijo que no; el negocio ya no daba apenas. Viendo esto, le volvió a preguntar si tendría inconveniente en decirles dónde vivía el dueño del solar y de la barraca, y el de las patillas les dijo que el amo vivía en la calle de Atocha, que era dueño de un café de la misma calle que estaba cerca de la iglesia de San Sebastián.

Durante la breve conversación, habían entrado dos soldados, y el hombre, abandonando estas explicaciones, fue mostrando sus maravillas. La joven Thama, la joven que no tenía brazos ni piernas, era una muchacha de nariz remangada y aspecto de golfa, que sacaba medio cuerpo por el agujero de una mesa rodeada de espejos. Esta muchacha, según dijo don Pelayo a Silvestre, vivía amontonada con el dueño de las figuras de cera, sin que a la mujer de éste le pareciera mal la cosa, porque así se economizaban el pagar a Thama.

El dueño le decía, al descorrer la cortina que la ocultaba:

—¡Thama, saluda al público!

—Buena noche, señore.

—¿Cómo te llamas? —seguía preguntando el hombre.

—Thama.

—¿De dónde eres?

—De Zebiya.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisinco.

—Si hay alguno de los señores del público que quiera diguigr una pregunta a Thaumá —añadía—, puede hacerlo, siempre que no sea indécora.

Después de ver a Thaumá, fueron los soldados, Silvestre, Avelino y don Pelayo al panteón de los hombres célebres, el cual estaba formado por unos cuantos bustos de cera, pintarrajeados. Con un puntero, el hombre de las patillas fue enseñando a Silvestre, a Avelino, a don Pelayo y a los soldados, el magiscal Mac-mahón, el Magiscal Canrobert, el togeador Guerrita y otros varios figurones insignes, y fue ilustrando a los circunstantes con anécdotas de aquellos célebres personajes.

Después pasaron al reservado mediante la modesta suma de diez céntimos cada uno. Allí había que ver el asombro de los dos soldados, y al mismo tiempo su aire casi de consternación ante aquellas cosas, que no eran más que modelos desechados de algún gabinete de Medicina. En el fondo del reservado estaba el cerdo de dos cabezas, una mixtificación de la misma clase que la farsa de la joven Thaumá; un cerdo de veras con una cabeza de cartón a un lado, metido en una covacha oscura. Cerca, un cartel decía: "Por Horden Superior Se Proibe Eszitar Al Fenómeno".

Después de visto esto, Silvestre y sus amigos salieron de la barraca, y se dirigieron los tres hacia la calle de Atocha. Encontraron el café indicado y entraron en él. Era un local obscuro, en donde todas las mesas, excepción de cuatro o cinco, estaban desocupadas. No se veían más que unas cuantas mujeres de aspecto ambiguo, con trajes raídos, de moda hacía quince años, que tomaban café en su mesa solas, y un grupo de señores viejos, tipos de militares retirados, que estaban en la mesa próxima a la ventana.

Silvestre, Avelino y don Pelayo se sentaron. Los señores viejos, con aspecto de militares retirados, hablaban únicamente

de las obras que se hacían en Madrid. Por las conversaciones que oyeron Silvestre y don Avelino, los contertulios, después de charlar en el café iban en grupo a ver en qué estado se hallaban las obras del Ministerio de Fomento, por entonces en construcción; al parecer, los señores aquellos llevaban una estadística de todas las obras y derribos que se hacían en el pueblo.

Silvestre preguntó al mozo por el dueño del café; era el que estaba en el mostrador, un hombre de unos cincuenta años, calvo, bajete, movedizo y jovial.

Se entendieron con él inmediatamente. El dueño estaba deseando utilizar la barraca. Hicieron un contrato para la construcción del nacimiento, por el cual se comprometían, el del café y Silvestre, a pagar a medias los gastos de instalación, poniendo el dueño de su parte el alquiler que había de cobrar por la barraca, y Paradox y su amigo, el trabajo.

Se celebró el contrato con unas cuantas copas de Chartreuse falsificado que mandó traer el dueño del café, y resuelta esta cuestión, Silvestre, Avelino y don Pelayo volvieron a ver al hombre de las patillas, para preguntarle cuándo dejaba la barraca, y se pusieron de acuerdo para que el 1 de Noviembre el hombre desalojase el local y comenzaran a trabajar Silvestre y Avelino. Como el proyecto llevaba una marcha triunfal, doña Rosa, la Patrona, se comprometió a darles de comer a los tres, a fiado, durante algún tiempo.

Llegó el mes de Noviembre y comenzaron los trabajos. Silvestre se acordó de Fernando Ossorio; fue a verle y le preguntó si quería ser director de los trabajos artísticos, y el dibujante aceptó con mucho gusto; le hizo gracia la idea.

A Paradox, el último billete que le quedaba, le dijeron que era falso. El billete, ¿era suyo, o era uno de los que le había dado el dueño del café? No lo sabía. Lo enseñó y le dijeron que se conocía tan fácilmente que era falso, que Silvestre lo rompió.

Como necesitaba dinero, fue a casa de don Policarpo Bardés, el administrador, y le contó lo que le sucedía. Don Policarpo le prestó quinientas pesetas y se continuaron las obras del nacimiento, que era una monada. Estaba hecho de cuatro planos, lo que producía un alejamiento completo en el fondo. La mecánica y la electricidad habían contribuido al embellecimiento del panorama. Había allí, por las calles de un arrabal de Belén, un tranvía eléctrico precioso. La luna era una lámpara incandescente, y las estrellas, agujeritos del cielo por donde pasaba la luz de un arco voltaico. El portal de Belén estaba hermosamente iluminado. Era admirable; tanto, que el dueño del solar, al ver concluido el nacimiento, temió perder un gran negocio y propuso a Paradox y a sus compañeros pagarles los gastos hechos y darles una prima de seis mil reales.

Silvestre contestó que lo pensaría, y consultó con Avelino. Aquella misma tarde mientras hablaban entró el predero Moncó, que venía hecho una furia. Los dos billetes que le había dado Paradox hacía un mes, eran falsos.

—¡Falsos! ¡Imposible! A buena hora les daba la noticia —le dijeron.

Moncó tenía la certidumbre que se lo habían dado ellos; pero esto no bastaba para convencer a nadie, y cuando se marchó Moncó echando pestes, Avelino y Silvestre se hicieron lenguas de la poca aprensión y la desvergüenza del predero.

Olvidado esto, que no tenía importancia para turbar la serenidad, decidieron los dos socios manifestar al dueño de la barraca que cederían la parte que les correspondía por dos mil pesetas, luego de pagados los gastos.

El dueño aceptó, pero puso como condición el pagar el 1 de Diciembre. Avelino y Silvestre no tuvieron más remedio que esperar.

Pocos días después de esto, Pelayo Huesca le pidió a Paradox, con las lágrimas en los ojos, que hiciera el favor de permitir pasar unas noches a su mujer en la casa, porque había salido de la cárcel y no tenía adonde llevarla. Silvestre aceptó, aunque no le hacía mucha gracia la cosa, y la mujer de don Pelayo se presentó en la guardilla.

Era una mujerona guapota y de maneras muy libres, que no parecía guardar muchas consideraciones a su marido.

A Silvestre se le figuró que le guiñaba los ojos.

Como era cuestión de poco tiempo, y a Silvestre, después de todo, no le importaba que la mujer de su criado fuese o no alegre de cascos, no hizo caso. Esperaba con ansiedad que llegara el día 1 de Diciembre para cobrar el dinero, pagar a don Policarpo, y si había necesidad, cerrar la boca al bribón de Moncó, que por todas partes decía que Silvestre le había dado dos billetes de cien pesetas falsos.

Llegó el ansiado y fausto día.

Silvestre y Avelino tuvieron que esperar hasta las diez de la noche a que llegara el dueño del café, pero éste cumplió su palabra. Les entregó dos mil pesetas.

—¡Una fortuna! —dijo Avelino.

—Por lo menos, la base de una fortuna —advirtió Paradox.

Al llegar a casa, Silvestre encerró su dinero bajo llave, en un baúl, y se metió en la cama. Pasó un largo rato sin poder dormirse, pensando en las mil y una cosas que se podrían hacer con aquel dinero.

Por fin se durmió, y a media noche tuvo un sueño desagradable.

Estaba en el hospital, sin saber cómo, ni para qué, en cuarto de las hermanas de la Caridad, cuando se encuentra con Pérez del Corral que venía perseguido por una turba de enfermeros y de enfermeras, con mandiles y gorros blancos; Pérez del Corral se detiene junto a Paradox y le dice:

—Yo soy el asesino. El único hombre capaz de matar a otro, soy yo.

Paradox cierra la puerta del cuarto después de haber hecho pasar a Pérez del Corral, y, ¡extraña casualidad!, se encuentra en el cuarto que la única monja que había allí era su tía Pepa. Se asombra. ¡Qué iba a hacer él!

Se miran tía y sobrino, e inmediatamente se comprenden.

Cogen al bohemio y empiezan a atarle con un rosario; danle vueltas y más vueltas, y lo hacen de un modo tan simétrico, que las cuentas gordas quedan formando línea desde la cabeza hasta los pies.

Luego, tía Pepa dice:

—¡Ay! ¡Cómo me molesta la mirada de este hombre!, y coge dos medallas y se las pone a Pérez del Corral sobre los ojos. Ya atado el bohemio, se preguntan tía y sobrino: “¿Y dónde guardamos a este hombre?” Lo ponen sobre un armario; pero como el hombre es tan largo, porque se ha estirado en la sala de disección, salen fuera del armario sus pies, calzados con zapatos blancos de tacón rojo. Vuelven a agarrar al bohemio, lo bajan, y entonces a la tía Pepa se le ocurre una idea: va a una mesa, coge un libro de los que usan en los hospitales para apuntar las prescripciones, largo y estrecho, lo abre, pone entre las hojas a Pérez del Corral, como si fuera una flor; entre tía y sobrino, cierran el libro, poniéndose encima y lo guardan en el cajón de la mesa.

Sale Silvestre a pasear por el malecón de un muelle larguísimo, a cuyos lados hay barracones de fería, y se ve entre dos filas de personas que están esperando el paso de Pérez del Corral, a quien van a ajusticiar.

—¡Imbéciles, como si no supiéramos todos que lo han guardado en una mesa! —dice una voz al lado de Silvestre.

Este se estremece, se vuelve y se encuentra a un hombre con una careta de cera verde, por cuyos agujeros brillan dos ojos negros.

Silvestre mira con desprecio al de la careta verde y se reúne con unas señoritas que había visto de chico en Pamplona, y que hablaban con una voz muy apagada, y empieza a pasear con ellas.

Aparece Pérez del Corral con un sombrero blanco, con el ala bajada hacia los ojos, en medio de un cura y de un hombre con boina.

—¡Adiós, hermanos míos! ¡Adiós! —dice el bohemio, saludando a todos con unción evangélica.

De pronto se acerca al reo un hombre de blusa azul y, con una navaja, le corta las cuerdas que le atan los brazos. Pérez del Corral los extiende, y por debajo de la chaqueta se le caen dos libros grandes y desencuadernados; sin apresurarse, los recoge, echa a andar y se mete en una barraca de la feria.

Silvestre entra en la barraca, que tiene un escenario, por donde se pasea un payaso con los pies en alto; apoyándose en las manos. Silvestre va a preguntar por Pérez del Corral, cuando comprende que se le ha olvidado cómo se llama el bohemio y que no le recordará nunca. Se fija en el payaso y ve que tiene una careta de cera verde en el rostro, y los ojos negros.

El payaso se levanta y dice que adivinará el nombre de cualquier persona que se acerque a él. Todos los espectadores se aproximan al escenario, y el payaso levanta un palo y paf, le pega a Silvestre en la cabeza, y grita:

—Usted se llama Silvestre Paradox.

Silvestre, enfurecido, se arroja sobre el payaso; la gente les separa y se concierta un lance a espada francesa y a muerte. Nombran padrinos allí mismo, entran en dos coches que hay en la puerta y, por una hermosa alameda, se dirigen hacia una quinta que se ve a lo lejos, llena de cipreses enormes, que se destacaban en un cielo de un azul luminoso. Al llegar a la quinta, Silvestre mira a su contrincante el payaso y ve que se ha puesto un traje

negro y que sigue llevando la careta de cera blanco-verdosa en el rostro. Se fija en sus padrinos, y nota con terror que no son los que él designó, sino unos señores desconocidos, vestidos de negro, con una cara amarillento-verdosa, impasible, y éstos, lo mismo que los testigos de su adversario, llevan en el pecho unos cordones blancos, de los cuales cuelgan caretas de cera verdes.

—Entre todos me matan —piensa Silvestre.

Al llegar a la quinta bajan del coche; Paradox se quita la chaqueta, toma la espada y se pone en guardia; pero ve una cosa brillante debajo de la camisa de su enemigo, y entonces le asalta la idea de que su contrincante debe llevar una cota de malla en el pecho.

—Si mi adversario no se quita la careta —grita Paradox— y esa cota de malla que lleva en el pecho, no me bato con él.

El otro se desnuda y aparece, efectivamente, debajo de la camisa, una cota de malla brillante, llena de escamas plateadas. Tira la malla y la careta, Silvestre queda sin camisa y se ponen ambos en guardia.

Comienza el primer asalto; Silvestre para tranquilamente las estocadas del contrario, jugando; unas veces cogiendo la espada por la punta, otras pasando el brazo por debajo de la pierna. Pero empieza a fijarse en su enemigo y ve que en su pecho, blanco como si fuera de manteca, hay una mancha que tiene la figura de una careta. Esto exaspera a Silvestre, deja de parar, ataca, y a la primera estocada le atraviesa al hombre de parte a parte. El hombre sonríe, mientras un hilo de sangre aparece entre sus labios, y después, como un tarugo, pataplún, cae al suelo y se rompe en pedazos. Lleno de terror, Silvestre arroja la espada y se despierta sudando a mares.

Poco a poco empieza a tranquilizarse.

—Quizá no le he matado —piensa—. Pero ¿dónde demonio me han metido?... ¿Habrá sido todo un sueño? ¡Ah!... Es

verdad. Si está en su guardilla... Sin embargo, en el taller hay alguien. Esto ya no es un sueño. ¿Qué pasará?

Y Silvestre, asustado, se levantó de la cama.

Otra noche hubiera empujado la puerta de su alcoba, y después preguntado quién andaba, pero como todavía conservaba el terror que le había producido el sueño, en vez de salir al taller, miró por el agujero de la puerta y se estremeció.

En el taller estaban de pie don Pelayo, su mujer y un hombre desconocido, en actitud fiera, de acecho. Sintió Silvestre un estremecimiento por la espalda y que se le erizaban los cabellos. El miedo le hizo temblar y con su movimiento rechinó la cama varias veces.

—Mira a ver lo que es eso —dijo una voz por lo bajo en el taller.

Como la parte próxima a la alcoba estaba oscura, alguien se acercó lentamente para no tropezar. Silvestre saltó rápidamente de la cama y cerró la puerta. Allá estuvo conteniendo la respiración; oyó los pasos del hombre que se acercaba, sintió el roce suave de un fósforo en la caja y se estremeció; luego vio una raya de luz debajo de la puerta, y que el pestillo se levantaba.

—¿Quién anda ahí? —dijo Paradox.

Hubo un momento de silencio. Silvestre miró por el agujero del tabique y vio a los dos hombres y a la mujer de pie, que miraban hacia la alcoba.

—¿Quién anda ahí? —volvió a preguntar Silvestre, con una voz metálica que temblaba por el miedo.

De pronto se sintió con valor y abrió la puerta.

—¡Ah, con que me estáis robando, canallas! Voy a matar a uno.

Con fiero ademán quiso avanzar en el taller; pero sus pies tropezaron con una cuerda, distendida a un palmo del suelo, y cayó de bruces.

Don Pelayo apagó la luz; luego él, su mujer y el desconocido saltaron por la ventana al tejado y huyeron.

Silvestre se levantó, se puso de rodillas, luego de pie. Tanteando volvió a su alcoba, cogió la caja de fósforos y encendió uno. Se miró al espejo a ver si con el golpe se había hecho sangre en la cabeza. No tenía más que unos cuantos chichones. Luego entró en el taller; había un desbarajuste completo. El baúl estaba abierto; el armario del centro tenía el cristal roto; la mesa estaba descerrajada.

Don Pelayo había robado el dinero y todo lo demás de algún valor.

Silvestre salió por la ventana al tejado. No se veía a nadie. La noche estaba estrellada; la Osa mayor avanzaba en su carrera y marchaba por el cielo con el carro desbocado y la lanza torcida.

XIX

No era Avelino Diz de la Iglesia tan prudente como Paradox, y, a pesar de las recomendaciones de éste, hizo la torpeza de hablar a doña Rosa, la patrona, y al administrador del robo cometido por don Pelayo.

A consecuencia de esto, el crédito se cortó en seco, y patrona, administrador y toda la vecindad de la casa, empezaron a sospechar que lo del robo era una invención para no pagar a nadie. De la sospecha se pasó a la certidumbre, y se comenzó a creer a pies juntillas que Silvestre y Avelino de lo único que trataban era de robar a sus acreedores.

Como los dos amigos no tenían un cuarto, empezaron a empeñar algunas cosas de escasa utilidad, entre ellas una cadena de reloj y una sortija de Diz de la Iglesia; luego, todos los días vendían algunos libros, y la verdad, por las cenas alegres que tenían en la guardilla, podía sospecharse una trastada. Un día que no tenían dinero, pensaron llevar a la casa de préstamos un despertador, un barómetro y algunas cosas más; pero el portero, el mismísimo señor Ramón, antes tan amigo, les dio el alto a los dos socios, diciéndoles que no sacaban nada de la casa hasta que no pagaran lo que debían. Dejaron sus trastos en la portería, y salieron sin nada en la mano; anduvieron danzando todo el día buscando el medio de encontrar dinero.

—Habré que vender a la familia —murmuró tristemente Silvestre.

—¿A qué familia?

—A todos los bichos disecados.

—¿Los dejarán pasar?

—Veremos primeramente si hay quien los compra.

Recorrieron dos o tres prenderías y no encontraron comprador, hasta que se le ocurrió a Silvestre proponer la venta a Labarta, el médico, el cual aceptó con mucho gusto el trato.

Lo que le encantó a Labarta fue la advertencia de Silvestre de que los bichos disecados no podrían salir por la puerta de la casa.

—¿No? —dijo el médico sonriendo—; pues ¿por dónde van a salir?

—Por el tejado. Los iré descolgando con una cuerda a media noche. Usted se aposta en el solar de aquí al lado; no hay más que empujar dos tablas y se entra adentro. Trae usted un par de mozos de la panadería e iremos descolgando los bichos, si se puede todos en una noche, si no en varias. Lo difícil es bajar el caimán, lo demás será fácil.

Labarta, el médico, les proporcionó la soga. Se convino en que los de arriba, Avelino y Silvestre, dieran un silbido, que fuera la señal de que comenzaban a bajar el caimán. Labarta y sus hombres darían dos silbidos fuertes, para indicar que el solar estaba libre, y uno largo para dar a entender que el animal había caído en sus manos.

La primera noche se bajó el caimán al solar, no sin ciertas peripecias. La noche estaba sombría; en el cielo negros nubarrones iban corriendo atropelladamente. La obscuridad favorecía el proyecto. Habían puesto Avelino y Silvestre al saurio sobre dos rodillos para que fuese resbalando por el tejado, y, efectivamente, se deslizó así; pero al llegar al alero se atrancó

y se quedó el caimán inmóvil. Avelino y Silvestre le empujaron con un bastón; tiraron de la cuerda para ver si con el movimiento encontraba otra postura más favorable a la caída. Nada. No pudo ser. Silvestre tuvo que acercarse a gatas al caimán y ponerlo otra vez sobre los rodillos.

—Sostenga usted fuerte —le gritaba Avelino.

Éste había pasado la cuerda por una chimenea y sostenía al caimán con toda su alma. Entonces rodó majestuosamente el monstruo y desapareció bajo el alero.

—¡Venga usted, venga usted! ¡Se me va la cuerda! —murmuró Avelino.

Silvestre trepó junto a él y ayudó a sostener al caimán.

En aquel momento la luna llena, atravesando un nubarrón negro, apareció en el cielo e inundó los tejados con su pálida luz y plateó las nubes.

—¡Qué hermoso espectáculo debe ser el verle bajar a nuestro caimán! —murmuró Silvestre—. ¡Qué no daría yo ahora por presenciar este descendimiento!

Los dos amigos siguieron largando cuerda hasta que avisaron los de abajo que el saurio había llegado.

A la noche siguiente se bajó la avutarda, y en la tercera, en que se pensaba echar a volar la morralla: las ratas, el gran duque y otros bichos, metidos en un saco, se encontraron Silvestre y Avelino, al llegar a su casa, que en su ausencia habían puesto una reja en la ventana que daba al tejado. Con el dinero que produjeron los pobres animales disecados, trató Silvestre de entrar en negociaciones con la patrona, doña Rosa; pero ésta no aceptó otra combinación, sino que les daría de comer mientras pagasen adelantado. Así pues, durante tres semanas vivieron; pero cuando se acabaron los cuartos, se acabó la comida. Tras de un día de ayuno, Avelino comenzó a mirar a *Yock* con malos ojos. Una mañana, al ir a salir de casa,

el señor Ramón les advirtió que, si trataban de marcharse a la calle, se vería en la precisión de llamar a su yerno, el guardia, para que les llevara a la delegación. Los acreedores, reunidos, habían dispuesto que, o pagaban o no salían de casa, y si querían marcharse, iban a la prevención.

La creencia de todos ellos era que los dos amigos se querían valer de una treta para no pagar, y por más explicaciones que dieron Avelino y Silvestre, todo fue inútil.

La cuestión estaba planteada por los acreedores de este modo:

—Sabemos que tienen dinero; pues si no pagan, no salen y se acabó.

Avelino y Silvestre fueron sitiados por hambre, y gracias a Cristinita, que les llevó a los dos amigos algunos pedazos de pan y pastillas de chocolate, que cogió en su casa, no se murieron de hambre.

Se pidió una tregua para salir a buscar dinero, y no fue concedida. En vista de esto, Paradox y Avelino pensaron en la fuga. Como el administrador, desde el robo de don Pelayo, había puesto una reja en la ventana, no se podía salir por ella al tejado; la única salida era un tragaluz. La cuestión era encaramarse hasta allí.

Después podían pedir refugio en el taller de un fotógrafo conocido de Silvestre. El día de Nochebuena se decidieron a la escapatoria.

—Súbase usted encima de mí —le dijo Paradox a Avelino—, usted que es menos pesado, a ver si llega usted.

Silvestre se apoyó en la estantería fuertemente, Avelino se subió en sus hombros y llegó a dar con la mano en el tragaluz, que era un cristal grueso en forma de teja.

—Y ahora, ¿cómo saltamos esto? —dijo Avelino.

—¿No se puede?

—No.

—Entonces, bájese usted. Habrá que romper el cristal algo. Bajóse Avelino y Silvestre descansó un momento.

—Si rompemos el cristal a golpes nos pueden oír —murmuró Silvestre.

—Es verdad. ¿Qué hacemos?

—Espere usted, una idea: vamos a ver si lo rompemos calentándolo.

—¿Calentándolo? ¿Con qué?

—Tenemos espíritu de vino —murmuró Paradox—. Ya verá usted: ¿no habrá por aquí un palo?

—Sí, en la azotea hay uno.

—Tráigalo usted.

Mientras Avelino iba a la azotea a traer el palo, Silvestre cogió un pedazo de trapo de un rincón; luego ató el trapo al extremo del palo y untó la tela con alcohol, la prendió fuego y puso la llama debajo del cristal. Saltó el cristal varias veces con el calor sin meter ruido.

—Ahora vuelva usted a subirse encima de mí —dijo Paradox.

—Esperemos a que se enfríe el cristal —replicó Avelino.

—Bueno, ¿tiene usted el cortaplumas?

—Sí.

—Pues, ¡jala!

Volvió a subir Avelino sobre los hombros de Silvestre y, tras de algunas fatigas, pudo arrancar un trozo de cristal que fue a dar en un pie de Paradox, que respingó porque le había dado en un callo; pero que, discurriendo, tuvo que alegrarse, porque así no metió ruido al caer. Avelino, ya más fácilmente, arrancó otro pedazo de vidrio, luego otro, y dejó desembara-

zada la claraboya; después se agarró con las dos manos a los bordes y, forcejeando, llegó a pasar la cabeza y luego el cuerpo a través de la abertura.

—Brr, brr. Écheme usted el sombrero —dijo Avelino—. Hace un frío que se hiela el nuncio.

Silvestre le echó el sombrero. En aquel mismo instante oyó ruido de pasos por la escalera, junto a la puerta de la guardilla.

—¡Chis! —le dijo a Diz, poniendo un dedo en los labios—
Viene alguno.

El que pasaba debía de ser algún vecino. Dejaron de oírse sus pasos.

—Y ahora, ¿cómo subo yo? —preguntó Silvestre.

—Si hubiese una cuerda... —murmuró Avelino.

—Pero no la hay.

—Sí, hombre, la que nos dio Labarta el otro día.

—Es verdad. Voy a cogerla.

Registró Silvestre la guardilla hasta encontrar la soga y se la echó a Diz.

—¿No la soltará usted? —le preguntó.

—No. Aquí tengo una chimenea para agarrarme, y a no ser que la chimenea se venga abajo...

—Bueno. Vaya usted dando vueltas alrededor de la chimenea.

Hízolo así Avelino, y echó por el agujero del sotabanco las vueltas de la cuerda varias veces.

Silvestre le hizo varios nudos.

—Allá va *Yock* —dijo Silvestre.

—Venga.

Silvestre tomó el perro en brazos y se lo entregó a Avelino. Después tiró por el tragaluz un carrick, una capa y dos viejas bufandas.

Quedaba lo más difícil, la ascensión de Paradox.

Silvestre no podía hacer nudos en la parte alta de la cuerda, y así fue que al subir por ella, cuando no le faltaban más que unos palmos para sacar la cabeza por el tragaluz, se encontró con que no tenía punto de apoyo en donde sostenerse.

El hombre no poseía mucha fuerza ni se encontraba muy ágil, y al no sentir el pie apoyado sobre algo, se aturdió. Afortunadamente, Avelino tuvo el acierto de sostenerlo por un brazo, y aquel momento de descenso le sirvió a Silvestre para recobrar su energía, y, con nuevos bríos y forcejeando, pudo alcanzar el marco del tragaluz y salir al tejado. Sudaba, a pesar de los dos o tres grados bajo cero que hacía fuera, y tuvo que envolverse en la capa.

—No perdamos un momento y orientémonos —dijo Silvestre.

—¿Hacia dónde está el taller del fotógrafo? Hacia la calle de la Luna, ¿verdad?

—Sí. Al Este cuatro o cinco grados Sur —murmuró Silvestre, mirando la brújula que colgaba de la cadena de su reloj.

—Creo que es Oeste cinco grados Norte —replicó Avelino.

—No, hombre, no. Ahí está la calle. Allá la plaza de Santo Domingo.

—Es todo lo contrario.

—Bueno. Vamos por aquí, me erijo en dictador; si no acierto, tiene usted derecho a matarme, a tirarme a un patio de éstos.

—Lo haré, está bien.

Echaron a andar. *Yocké* iba por delante y les servía para reconocer el terreno. Había una niebla densa, que por encima de los tejados brillaba como una gasa luminosa por el reflejo de las luces de Madrid. Subía desde la calle rumor confuso de zambombas, de chicharras y de panderetas; voces tristes que cantaban en villancicos el nacimiento del Niño Dios; voces que más parecía que cantaban a muerto. Hacía un frío intenso.

En los sitios peligrosos, Avelino y Silvestre andaban a gatas, siempre en la dirección que les marcaba la brújula de Silvestre, hacia el taller del fotógrafo. Llegaron allí y se acercaron; Paradox tenía razón. Llamaron varias veces en los cristales de la galería; no contestó nadie.

—El fotógrafo no está en casa —murmuró Avelino, desconsolado.

—Se conoce que no.

—Vamos a tener que volvernos.

—Nunca.

—Si no aquí nos vamos a morir de frío.

—Llamemos en otro lado. Allá hay una guardilla con luz.

Efectivamente, se veía un punto vago de luz entre los tejados. Se acercaron lentamente y miraron por los cristales. A la luz de una lamparilla de aceite, se veía un cuarto aguardillado; en un catre dormía una vieja, y sobre una mesa, cubierta con una tela blanca, estaba planchando una mujer joven, ojerosa, demacrada.

—No llamemos aquí; esta mujer se va a asustar.

Retrocedieron y volvieron a dar varias vueltas, hasta que apareció otra ventana iluminada, en la parte alta de un tejadillo, al otro lado de un patio. Por encima de éste pasaba una larga viga.

—Vamos allá, y, sea quien sea, llamemos —dijo Paradox.

Y a caballo por encima de la viga comenzó a cruzar por encima del patio.

Avelino, que le seguía, preguntó:

—¿Y el perro?

—Pasará, no tenga usted cuidado.

Afortunadamente no había luz en el patio, y esto impedía calcular con certeza la altura, que era de un quinto piso. *Yock* pasó por la viga sin vacilación.

Llegaron frente a la guardilla y miraron adentro. Un hombre trabajaba en un banco de carpintero, cepillando un pedazo de madera.

—¿Llamaremos? —preguntó Avelino.

—Sí.

—¿Qué le vamos a decir?

—Llame usted, ¡qué demonio! Se nos ocurrirá algo.

Avelino llamó. El hombre miró hacia la ventana, hizo un movimiento de sorpresa y siguió trabajando.

Avelino volvió a llamar.

—¿Quién? —preguntó el hombre.

Y viendo que llamaban otra vez, tomó una herramienta del banco de carpintero, como para defenderse, y abrió la ventana.

Lanzó una exclamación al ver los dos hombres enamorados por el frío, envueltos en sus bufandas.

—¡No grite usted! —dijo Paradox—. Somos de la policía. ¿No se ha refugiado por aquí un hombre de boina, alto?

—No, señor, no —balbuceó el hombre.

—Porque se ha cometido un robo ahora mismo en una casa de éstas, y el ladrón o ladrones han escapado por el tejado.

—Por aquí, no señor, no he visto a nadie.

—¿No tiene otra entrada la casa por el tejado?

—Sí, hay otras guardillas.

—¿Le parece a usted que vamos si en la escalera hay algo?

—preguntó Silvestre a Avelino, como si fuera su jefe.

—Bueno.

—¿Quiere usted hacernos el favor de poner una silla para bajar?

El hombre, desconcertado, puso la silla y bajaron Avelino, Silvestre y *Yock* después.

—¿Traen ustedes perro?

—Sí, para seguir la pista del ladrón. Estos animales son muy inteligentes.

El hombre, al ver de cerca a Silvestre y a Diz, adquirió confianza, y debió de perder todo su miedo, porque cerró la ventana pausadamente, acercó una cajita de tabaco y les ofreció papel de fumar. Hizo un pitillo, y al ir a encenderlo, mirando a Paradox, dijo:

—Pero ustedes no son de la policía, ni mucho menos.

—¿No? —preguntó Silvestre con ironía.

—Ca, hombre. Si yo le conozco a usted. Vive usted al lado. Yo le recuerdo de cuando fui a barnizar un armario a casa de doña Rosa, la de la casa de huéspedes.

—¿Es verdad! —y Paradox miró a Avelino consternado.

—Pero no se asusten ustedes, no voy a llamar a la pareja.

Silvestre creyó que lo mejor era ser sincero, y contó al hombre lo que les pasaba.

Éste celebró mucho la fuga.

—¿De manera, que mañana suben y se encuentran con que en el cuarto no hay nadie? ¡*Manífico!*, hombre, ¡*manífico!*

Avelino cortó los entusiasmos del carpintero diciéndole que les podían estar buscando, y si no se oponía, que les abriera la puerta de la calle.

—Sí, hombre, sí. Ya lo creo que les abro la puerta. Si lo que han hecho ustedes... vamos, es *manífico*.

El carpintero, entusiasmado, les acompañó por la escalera y les abrió la puerta.

—Vaya, que ustedes sigan bien y divertirse —les gritó el hombre—, y si necesitan algo... aquí... Pedro Agudo, a la disposición de ustedes.

Paradox y Diz le dijeron sus nombres, y después de unos cuantos apretones de manos salieron fuera.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Silvestre, viéndose en la calle.

—¡Uf, se me ha quitado un peso de encima! —añadió Avelino.

—¡Una catedral! Me estaba viendo en presidio —repuso Silvestre.

XX

Salieron los dos amigos a la calle de la Luna, y por la de la Corredera, desembocaron en la calle del Pez. Iban silenciosos; sólo a largos intervalos se cruzaban entre ellos algunas palabras.

—¡Si viera usted cómo me pesa Madrid! —murmuró Silvestre, apoyándose en la pared de una casa.

—¡Oh! ¿Y a mí?

—Yo estoy envenenado por este pueblo, necesito salir, marcharme.

—Es un pueblo deletéreo.

—Si ahora estuviésemos en el campo, ¿eh? Aunque fuera así, sin un céntimo, ¿cuánto mejor no sería? Encontraríamos alguna casa en donde calentarnos y algún pajar en donde dormir. ¡Vaya usted a pedir eso sin dinero!

En aquel momento oyeron el siseo de una mujer, arrebuja da en un mantón, que les llamaba. Era una vieja; por su aspecto debía de tener más de cincuenta años. Se acercó a ellos, les miró, y al ver sus trazas murmuró: “¡Ay, Dios mío!”, con una tristeza tan grande, que daba ganas de llorar.

—¡Qué Nochebuena más terrible la de esta vieja! —dijo Paradox—. Nos ha mirado, ha visto que teníamos facha de

pobres... quizá no haya comido tampoco. ¡Qué vida más tremenda la suya! Andar como un perro sarnoso rodando las calles de noche, vivir mal, no comer, ser despreciada y además no tener derecho a la piedad de nadie. Los ricos exigen a los miserables que sean héroes o mártires, no para admirarlos, sino sólo para compadecerlos.

—Si pudiera marcharme de aquí, lo haría inmediatamente —rumió Avelino con voz sorda.

—Y yo —repuso Silvestre.

—Lo malo es que no tenemos un cuarto.

—Sí, eso es lo malo.

Subieron por la calle Ancha a la plaza de Santo Domingo, y por la calle de Campomanes bajaron hacia la plaza de Isabel II.

—Si le pidiéramos a Sampelayo... —murmuró Avelino.

—¿Qué?

—El dinero para marcharnos.

—No nos lo daría.

—¿Quién sabe?

—Y usted —preguntó Paradox—, ¿a dónde se marcharía?

—A Burjasot, un pueblo cerca de Valencia. ¿Y usted?

—Yo... no sé. A algún asilo dentro de poco.

—No. Paradox. Si usted quiere, no nos separaremos nunca.

—Gracias, amigo Diz. Oiga usted, ¿cuánto vale el billete de aquí a Valencia en tercera?

—No sé. Lo podemos ver en la Central. No tenemos nada que hacer.

Llegaron a la Puerta del Sol, entraron en la calle de Alcalá y se acercaron a la Central de los ferrocarriles del Mediodía.

Como no había ningún cartel en la pared, preguntaron el precio del billete en la puerta de un hotel. Costaba 26 pesetas y media.

Silvestre miró su reloj. Eran las once.

—Tengo una idea. ¡Andando! —dijo a Diz.

—¿A dónde?

—Vamos a dar un sablazo a un buñolero paisano y amigo mío. Si está él nos presta lo necesario para marcharnos.

Volvieron y atravesaron la Puerta del Sol. En la niebla espesa, los focos eléctricos brillaban como si estuvieran a lo lejos nadando en el aire; a veces el viento daba un barrido a la niebla y entonces se veían las siluetas negras de los hombres que cruzaban la plaza.

Avelino y Silvestre tomaron por la calle Mayor. Se oía en toda la calle un estruendo ensordecedor de zambombas, pandeteras, almireces y latas de petróleo. Pasaban grupos de treinta o cuarenta desarrapados, hombres, mujeres y chicos alborotando y cantando. De lejos, entre la niebla, el montón confuso de sombras que saltaban y agitaban los brazos en el aire, parecía formar parte de alguna bacanal demoníaca pintada al blanco y negro por Goya.

Por la calle del Siete de Julio penetraron Paradox y su amigo en la Plaza Mayor, que, llena de puestos de la feria, presentaba un aspecto de campamento. Allí se veían los mismos grupos de desarrapados bailando una especie de danza desesperada y macabra al son de zambombas, de chicharras y de sartenes. En los huecos de los portales, grupos de chiquillos dormían amontonados. En el momento en que pasaban Silvestre y Avelino, un municipal piadoso, cumpliendo alguna estúpida consigna, despertaba a puntapiés a los golfos.

La calle de Toledo estaba triste y oscura; no había habido misa de gallo en San Isidro.

De la calle de Toledo pasaron a la de los Estudios, y por una de las callejuelas inmediatas a ésta se acercaron a la buñolería del paisano de Silvestre, que tenía las puertas con los cristales rotos, substituidos por papeles untados con aceite.

Casi todas las mesas estaban desocupadas, en unas cuantas jugaban a los naipes algunos golfos de diez y ocho a veinte años, gritando a cada jugada desafortadamente; dos o tres muchachas pintarrajeadas, apoyadas en el hombro de los jugadores, miraban, más que al juego, a ellos, que se dejaban adorar como tiranuelos sagaces que saben ser desdeñosos para ser queridos.

El dueño, amigo de Paradox, no estaba; el criado, en el fondo obscuro de la buñolería junto al gran caldero de aceite que comenzara a hervir, estaba preparando en una cazoleta la masa para los buñuelos. La mujer, una gorda, chatunga, empleando bastantes malos modos, dijo que no sabía cuándo volvería su marido.

Silvestre y Diz salieron cariacontecidos y volvieron por el mismo camino. Al llegar a la Plaza Mayor, dijo Diz:

—Me decido.

—¿A qué?

—A empeñar el reloj. Vamos al Monte de Piedad.

—Si nos dan bastante para el viaje lo empeño.

—¡Si dieran algo por el mío! —murmuró Paradox.

—Ca, es de acero, no dan nada.

Atravesaron unas cuantas callejuelas, salieron a la calle del Arenal y subieron por la de San Martín a la Plaza de las Descalzas.

Se pararon ante uno de los tres edificios del Monte de Piedad, que tiene enfrente la estatua de un fraile que está sonriendo y acariciándose la barba.

—¿Quién será este tipo? —preguntó Silvestre, parándose ante la estatua con una curiosidad que no venía muy a cuento, y después de una pausa, añadió—: Se me figura que debe ser Rabelais.

—Sea Rabelais o el moro Muza, entremos —dijo Avelino.

Atravesaron el zaguán, tristemente iluminado por un farol, y pasaron, por indicárselo así un portero soñoliento, a una sala con una mampara que la dividía a lo largo. Avelino se encargó del empeño. Se acercó con el reloj en la mano a una de las ventanillas de la mampara. Un empleado que estaba leyendo el «Heraldo», dejó el periódico, encendió una luz eléctrica, tomó el reloj, lo probó en la piedra de toque, examinó la máquina, y después, dejándolo en el estante dijo con indiferencia:

—Sesenta pesetas.

Avelino fue a consultar a Paradox, que se había sentado en un banco.

—Sesenta dan. ¿Lo empeño?

—Como usted quiera.

—Sí, lo voy a empeñar —murmuró.

Pasó a otra ventanilla, en donde dio su nombre y sus señas y le entregaron la papeleta. Después tuvo que ir todavía a otra ventanilla, encima de la cual ponía: "Caja".

Silvestre, mientras tanto, fue a sentarse en una banqueta, al lado de una señora anciana, con el pelo blanco como la nieve, que estaba esperando a que despachara un joven, que debía de ser su hijo.

La señora tenía en la mano varios cubiertos mal envueltos en papeles de periódicos.

Mientras Avelino esperaba, Silvestre veía con curiosidad lo que pasaba en un lado de la sala. Habían entrado una mucha-

cha y una vieja, las dos con paquetes envueltos en pañuelos de hierbas.

Fueron sacando ropas y ropas de los dos fardelos, y el empleado, a cada prenda que examinaba, movía la cabeza negativamente.

Al concluir el examen, hizo de nuevo un ademán negativo, se separó de las mujeres, y dirigiéndose a un criado con galones, le gritó:

—¡Que cierren la puerta!

Las dos mujeres comenzaron a envolver rápidamente sus ropas en los pañuelos y salieron de prisa, saludando al empleado, y, al salir, echaron a su alrededor una mirada huraña.

Al mismo tiempo que salían ellas, entraba un obrero que se acercó al mostrador, sacó del bolsillo del pantalón un reloj de níquel y se lo entregó al empleado. Éste lo examinó rápidamente y se lo volvió a dar al obrero.

—Tres pesetas —le dijo.

—Vengan —murmuró el otro con voz aguardentosa.

Avelino volvió al poco tiempo con el dinero. Silvestre y él salieron del edificio.

Subieron por la calle de Capellanes a la de Preciados y vuelta otra vez a vagar entre la niebla opaca y fría. En una callejuela vieron una iglesia pequeña abierita, en donde estaban celebrando la misa del Gallo y entraron allá.

Era la iglesia de un convento; había poca gente. En el coro cantaban las monjas; acompañaban sus voces los sonidos de un piano y de un armónium. Eran aquellos cánticos evocación de algo puro, de algo inocente, un recuerdo de infancia, de candor, de un mundo blanco entrevisto de niño. Silvestre, olvidado de todo, sentía caer sobre su corazón, con un estremecimiento angustioso y dulce al mismo tiempo, las largas

melodías, las tristes melodías, que subían y se dibujaban en el aire.

—Vamos, vamos de aquí —murmuró Avelino.

—¿Qué hacemos? —preguntó Silvestre, temblando de frío.

—Nos iremos a cenar a Hornos. Una cenita de tres pesetas, ¿eh?

—No nos entreguemos a la prodigalidad —dijo Paradox estremeciéndose y castañeteando los dientes—. Si empleamos seis pesetas en la cena, vamos a ponernos en camino sin un perro chico.

—¿Qué demonio! Para eso es Navidad.

Silvestre seguía temblando por los escalofríos.

—Tomaremos algo en una taberna —dijo Avelino.

Entraron, bebieron una copa de aguardiente, después otra. A la tercera se encontraron animados.

—Vamos a casa de Labarta —dijo Silvestre—. Allí deben de estar cenando.

Echaron a andar haciendo esos. Paradox veía una porción de tonterías que hacían los faroles subiendo y bajando en el aire, pero no quería decir nada.

Se metieron en una callejuela próxima a la calle de Preciados, y llamaron en una reja que había al ras del suelo y que por la parte de adentro tenía una ventana.

No respondió nadie.

Volvieron a llamar. Completo silencio. Silvestre metió los dedos por entre los hierros de la reja y empujó la ventana.

Se arrodillaron los dos en la acera, y una vez uno, y otra vez otro, comenzaron a gritar:

—¡Labarta! ¡Labarta!

Tan desaforadas eran sus voces, que se acercó el sereno.

Se vio el farolillo que se aproximaba como danzando encima del suelo en la obscuridad.

—¿Los señores quieren entrar en la tahona? —preguntó.

—Sí —dijeron los dos—. ¿No estarán dormidos los amos?

—¡Quiá! Están de francachela. Voy a abrirles a ustedes.

Dieron vuelta a la casa, abrió el sereno, atravesaron Silvestre y Avelino el portal, luego un patio, y después de pasar un corredor y de subir algunas escaleras, atraídos por el ruido de las conversaciones, entraron en un cuarto y fueron recibidos por un coro de voces, gritos y patadas.

El cuarto era muy grande, destartalado, con cuatro o cinco armarios de cristal rotos; en medio tenía una mesa larga cubierta con papeles, iluminada por dos quinqués de petróleo; en un rincón se veía un viejísimo piano de cola; sobre la chimenea había dos o tres relojes parados.

—Señores —dijo Silvestre tartamudeando—, si han cenado ustedes, nos vamos; venimos única y exclusivamente a eso: a cenar.

—Sentaos y cenad —dijo Labarta, el médico, que presidía la mesa. Después se levantó rápidamente y con verdadero entusiasmo dijo—: Señores, buena suerte. Somos trece en la mesa.

Silvestre y Avelino se sentaron, y Labarta, el pintor, a cuyo lado se sentó Silvestre, le fue indicando quiénes eran sus comensales.

—Este —dijo señalando a un señor bajete con el bigote gris— es un militar. Le conocí el otro día en la casa de la Concha. Estaba allí cenando con una, cuando de pronto, ¡paf!, entra una naranja por la ventana del cuarto y se cae encima de la cazuela de calamares que estábamos comiendo. Yo entonces cogí un cuchillo y lo tiré al otro cuarto. “¡Demonio! ¡Qué brutos!”, oí que decían al lado, y añadieron: “Vamos a

ver quiénes son". Llamaron a nuestro cuarto éste y su prójima, cenamos los cuatro y nos hemos hecho la mar de amigos.

—Y que lo digas —murmuró con voz de bajo profundo el militar.

Los otros, por el orden que los fue señalando Labarta, eran:

Un pintor y su patrona, bastante guapa todavía.

Dos hermanas de un obrero de la tahona, con dos amigos suyos, uno, pianista de un café, y el otro, un relojero alemán de unos veinticinco años, rubio, que en aquel momento trataba de aprender un discurso en castellano para decirlo a la reunión.

Además estaban: Labarta, el médico, y la amiga de Labarta, el pintor.

La cena, al principio, fuese porque los comensales no se conocían, o por la malhadada influencia del número de los que se sentaron a la mesa, fue triste; apenas si se hablaba, y las gracias eran acogidas con un silencio lúgubre.

El relojero alemán sonreía alegremente con su cara de conejo, llena de barbas rubias, y trataba de grabar en su memoria las frases del discurso, que lo tenía en un papel escrito con lápiz, al lado del plato. Los demás iban comiendo y bebiendo sin hablar.

Al llegar a los postres, de repente, sin transición alguna, comenzaron todos a hablar alto y levantaron el diapason normal de la voz. Pidieron unánimemente que el alemán pronunciara su discurso, y el hombre confesó, con modestia, que no se lo había podido aprender. Entonces se exigió que lo leyera.

El pobre relojero, que hacía poco tiempo que estaba en España, se trabucaba a cada momento, y en medio de la chacota de unos y otros conservaba su serenidad y seguía sonriendo con su sonrisa de conejo.

Después del discurso del alemán, aplaudido estrepitosamente, empezaron a brindar uno a uno y luego dos y tres a la vez.

Silvestre y Avelino, que de las vigiliias y abstinencias de los días anteriores habían pasado a aquel hartazgo, estaban locos. Brindaron al mismo tiempo.

—Por la amistad que les uniría toda la vida, por el Infinito que aquella noche se había impuesto a su alma en el rincón de la iglesia... —dijo Silvestre.

Pero Avelino no quería hablar de Infinito ni de Absoluto, y brindó por la Ciencia, por la sagrada Ciencia, la religión nueva, por la Humanidad, por la Mecánica.

Felizmente para ellos, nadie les hacia caso; mujeres y hombres bailaban agarrados en el fondo del cuarto. Labarta, el médico, tocaba en el piano un vals vertiginoso con las manos y con la nariz al mismo tiempo.

Los bailarines volvieron a la mesa fatigados. Labarta dejó de tocar el piano y comenzó a contar a Silvestre el argumento de un poema que había escrito, un poema en prosa tremendo, lleno de frases terribles.

—Hombre. Yo creo que debía usted leerlo —dijo Silvestre.

—Sí, sí, que lo lea, que lo lea —dijeron todos.

Labarta salió a buscar el manuscrito y comenzó a leer sin hacerse rogar.

El contraste de lo que leía con su aspecto jovial de hombre satisfecho de la vida era curioso. Calvo, como si tuviera cerquillo; la cara ancha, la nariz apatatada y rojiza; los ojos entornados, bondadosos y sonrientes; la boca de labios gruesos, el bigote caído, las barbas largas y amarillentas; tenía el tipo de un fraile espiritual y glotón al mismo tiempo, de hombre pesimista y epicúreo, socarrón y romántico.

El asunto de su poema era tenebroso. El pianista creyó que lo debía de acompañar haciendo acordes en el piano. Comenzó la lectura el médico.

“La religión está dando las últimas boqueadas. Una noche en la catedral de Toledo, en la capilla mayor donde descansan los restos de los Reyes Viejos; a la luz de una lamparilla de aceite, hablan el arzobispo y dos canónigos, de los que aún quedan fieles al catolicismo y se están preparando los tres para decir a las primeras horas de la mañana el santo oficio de la misa.

El pianista con este motivo comenzó a tocar el Introito.

“Se sabe desde hace tiempo que los revolucionarios de Roma han entrado en el Vaticano, y el Vicario de Cristo se ha visto en la necesidad de apelar a la fuga, y disfrazado va por los caminos buscando un asilo en la tierra que los poderosos no le conceden. Y todos los días se reza en Toledo por él.

“Aquella noche se oyen unos golpes en la puerta del Perdón de la catedral. Se abre la puerta y aparece un anciano mendigo. Los dos canónigos y el arzobispo le reconocen y se arrodillan ante él. Es el Papa.

“Pero he aquí que las turbas alborotadas de Toledo, en donde reina la anarquía, han reconocido al Papa por un nimbo de luz que emana de su cabeza, y al verle han dicho: “Ese es el Pontífice”, y han penetrado en la catedral, capitaneados por un hombre alto y hermoso, cubierto con una capa negra que le llega hasta los pies. Y el hombre vestido de negro ha abierto la soberbia reja de Villalpando que cierra la entrada de la capilla mayor y ha subido al retablo y ha tirado al suelo las santas imágenes, talladas por los maestros del siglo XVI y sobre el altar se ha sentado, y en su frente se ha leído con brillo de fuego el número 666.

“Después se ha visto entrar la Muerte con una corona de hojalata, montada en bicicleta, seguida de una turba de es-

queletos de médicos y farmacéuticos con sombreros de copa encima de sus calaveras, y tras ellos una jauría de perros flacos y sarnosos... Las sepulturas se han abierto, y por las puertas han entrado una legión de esqueletos carcomidos pedalando sobre bicicletas y en los ciclistas se han visto insignias de obispos y Papas, de beatos, místicos, abadesas y doctoras, de reinas, princesas, frailes, caballeros y mercaderes.

”Y todos los esqueletos han comenzado a dar vueltas vertiginosas alrededor del templo, y una mano diabólica ha hecho sonar los órganos de la santa iglesia catedral y el coro ha cantado:

“Dies iræ, Dies illa,
Solvat seculum in favilla
T’este David cum sibilla.”

”Pero paulatinamente la música se ha animado y los esqueletos en su carrera han ido perdiendo, el uno las falanges de una mano, el otro el cañal, el otro la mandíbula, y la algarrabía de los órganos ha sido cada vez más loca, más vertiginosa, y los esqueletos y las bicicletas se han ido deshaciendo a pedazos hasta que ha sonado una campana... y el silencio. Se ha abierto un foso en el suelo y han desaparecido todos los sepultados.

”Y el hombre negro ha bajado del altar y se ha hundido en la tierra diciendo:

“Mors melior vita.”

—Es verdad, es verdad. La muerte mejor que la vida —dijo Silvestre.

—Avelino, ¡viva la muerte! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

—¡Viva la muerte! —gritaron unos cuantos en broma.

El pianista comenzó a tocar la Marsellesa.

Pero el relojero alemán, que había oído hablar de Nietzsche, no estaba por eso y defendió la Vida, el sentido trágico de la vida, y a Bismarck y a la Prusia, como si alguien atacara a todas aquellas cosas.

Después la orgía tomó caracteres de pesadez y de aburrimiento. Las parejas se largaron. Hubo alguno que cambió de pareja como quien cambia de paraguas.

Silvestre y Avelino se quedaron dormidos en el suelo.

A la mañana siguiente, uno de los panaderos de Labarta les despertó con grandes trabajos.

—¿No tienen ustedes que tomar el tren? —les dijo.

—Sí.

—Pues son las diez.

Silvestre y Avelino tomaron el desayuno junto al horno de la panadería, y después salieron camino de la estación.

Las calles estaban blancas por la nieve.

Silvestre y Avelino, agarrados del brazo, llegaron a la estación del Mediodía y tomaron un billete de tercera y entraron en el vagón. Se había calmado del todo su excitación de la víspera.

Cuando el tren echó a andar, Paradox, mirando a los ojos a Diz, le preguntó:

—Oiga usted, ¿y en este pueblo no hay saltos de agua?

—No sé; pero creo que sí. Debe de haberlos.

—¿Y no hay ninguna fábrica de electricidad?

—No. Me parece que no. ¿Por qué me lo preguntaba usted?

—Porque podíamos instalarla nosotros.

—Chóquela, Paradox... Es verdad. Es usted el hombre del siglo.

—Sí, sí. Hay que estudiar eso. Quizá de esta hecha podamos hacernos ricos. No lo dude usted, ¡ricos! Y entonces, ¡qué de inventos, amigo Diz!

—¡Ya lo creo! —Y Avelino, entusiasmado, sacó la cabeza por la ventanilla y gritó, despreciando el frío y la nieve de fuera:

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Silvestre, asomándose a la otra ventanilla del vagón, desafiando con su entusiasmo y con su locura a la Naturaleza, muerta, indiferente y fría, que helaba y agarrotaba sus miembros, pero que no podía nada contra su espíritu.

Y el tren resopló con fuerza y corrió echando nubes de humo por el campo blanco cubierto de nieve...

FIN

Paradox, rey

PRIMERA PARTE

I

EL PROYECTO DE PARADOX

Un pueblo próximo a Valencia. Es de noche. En un raso de tierra apisonada hay un grupo de hombres, de mujeres y de chicos. A la puerta de algunas cuevas cuelgan varios candiles de aceite, y sus llamas oscilan violentamente en la oscuridad. Las estrellas resplandecen en el cielo negro azulado, sin nubes. Se respira el aire cargado de olor de azahar.

Un hombre canta una especie de jota valenciana, lánguida y triste. Al final de su canto se oyen los sonidos de una guitarra y de un trombón.

UNA VOZ

A la hora del río, mare,
He deixat l'espardeñes
Mare, no le diga al pare
Que yo tornaré por elles.

Suena el trombón. Dos muchachos jóvenes bailan.

PARADOX, *misterioso.*

Amigo Avelino, ha llegado...

DIZ

¿Eh?

PARADOX

Ha llegado el momento de echar a andar.

DIZ, *sorprendido.*

¿Cómo?

PARADOX

¿Usted está dispuesto, completamente dispuesto?

DIZ

¿Cómo si estoy dispuesto?

PARADOX

Sí, si está usted dispuesto a hacer un viaje largo.

DIZ

¿Adónde?

PARADOX

¡Ah, mi querido amigo! Antes hay que contar con sus disposiciones. ¿Usted está dispuesto?

DIZ

¡Dale con lo mismo!

PARADOX

Es que no me deja usted seguir. Quiero preguntarle si está usted dispuesto a hacer un gran viaje.

DIZ

¿Ahora? ¿En invierno?

PARADOX

Sí.

DIZ

¿Por tierra o por mar?

PARADOX

Primero, por mar.

DIZ

¡Pse!... No me seduce la idea.

PARADOX

¿Se marca usted, quizá?

DIZ

¿Marearme yo?... ¡qué locura! ¿Para qué me iba a marear?

PARADOX

¡Qué sé yo! Quizá por entretenimiento.

DIZ

No; no me mareo. ¿De dónde ha podido usted sacar idea tan absurda?

PARADOX

Como veo que no tiene usted entusiasmo por navegar...

DIZ

¿Entusiasmo? ¡Pse!

PARADOX

Es que usted se encuentra ya a gusto en el pueblo, ¿verdad?

DIZ

Hombre, sí.

PARADOX

Preocupado con la lucha gigantesca que se va a entablar entre la música de los republicanos y la de los carlistas.

DIZ

¿Y qué?... ¿No es una cosa graciosa?

PARADOX

Sin duda alguna; no me atreveré yo a sostener lo contrario. En resumen; usted ha tomado el terreno y se siente usted bien aquí. Es natural: es usted del pueblo, le gusta a usted el boniato, conoce usted a todo el mundo...

DIZ

Usted también conoce a todo el mundo.

PARADOX, sonriendo.

Sí; pero yo soy distinto. Yo soy vagabundo de raza.

DIZ

Y yo también.

PARADOX

Y he demostrado mi nomadismo.

DIZ

Y yo.

PARADOX

Pero, a pesar de su nomadismo, usted quiere sedentarizarse. Y a mí no me parece mal. ¡Oh, no! Me parece muy bien. ¿Usted tiene ganas de quedarse?... Pues, se queda usted. En cambio, yo tengo ganas de marcharme... pues, me voy como el águila, y luego, le contaré a usted lo que ocurra, si es que ocurre algo.

DIZ, con frialdad.

Bueno; y, ¿a dónde va usted, si se puede saber...? ¿A Mallorca?

PARADOX, sonriendo.

¿A la tierra de las ensaimadas? No; más lejos.

DIZ

¿A Italia?

PARADOX

¿Para qué voy a ir yo a Italia..., me quiere usted decir, don Avelino?... ¿A ver cuadros y estatuas?... ¿A ver cosas de arte?... ¿A comer macarrones?... Ya sabe usted que para nosotros no hay más que la ciencia... y el arroz.

DIZ

¿Irá usted, quizá, a Filipinas?

PARADOX

¿A Filipinas, a ver chatos de cabeza cuadrada? No; los archipiélagos no me interesan, ni los chatos tampoco. A mí lo

que me encanta son los grandes y misteriosos continentes; las selvas vírgenes; las montañas inaccesibles; los mares desconocidos; los bosques no hollados por la planta del hombre; los ríos, los lagos...

DIZ

¡Concluamos!... ¿Adónde piensa usted ir?

PARADOX

Al Cananí.

DIZ

¿Y dónde está eso?

PARADOX

¡Y me pregunta dónde está el Cananí! ¿Dónde?... En el mismo golfo de Guinea.

DIZ, agarrando del brazo a Paradox.

Se trata de una broma, ¿verdad?

PARADOX

Nunca he hablado en mi vida más seriamente.

DIZ

¿Eso quiere decir que usted va?...

PARADOX

¡Eso quiere decir que voy!

DIZ

¿Al Cananí?

PARADOX

¡Al Cananí!

DIZ

Más claro: ¿al golfo de Guinea?

PARADOX

Al golfo de Guinea; usted lo ha dicho con una claridad meridiana.

DIZ

¿Pero usted está en su sano juicio?

PARADOX

¿En mi sano juicio? ¡Yo! Nunca he estado más en mi sano juicio que ahora.

DIZ

¿Pero usted afirma?...

PARADOX

Yo afirmo rotundamente, y además de afirmar, pruebo..., lo que es más grave. ¡Es mi especialidad!

DIZ

Entonces, esas palabras necesitan una explicación; pero una explicación clara, una explicación... meridiana. ¡Vamos inmediatamente a casa!

PARADOX

¡Vamos allá!

II EXPLICACIONES

Un cuarto pequeño, bajo, pintado de azul. De la ventana, abierta, entra el aire tibio de la noche. La luz de un quinqué, colocado sobre una mesa-consola, que tiene un hule blanco lleno de dibujos hechos con tinta, alumbra la estancia. Hay un armario con cortinillas ya rotas, a través de las cuales aparecen montones de libros desencuadernados, papeles, prensas, tarros de goma, y en medio de este bariburrillo una calavera con rayas y nombres escritos con tinta azul y roja. Arrimados a la pared hay un sofá y varias sillas, todas de distinta clase y forma.

DIZ, *sentándose en el sofá de golpe y hablando con amargura.*

Otra vez ha preparado usted algo sin contar para nada conmigo.

PARADOX

¡Bah! Pensaba comunicarle a usted mi proyecto en el momento de ir a realizarlo.

DIZ

¿Y por qué no exponerme antes el plan?

PARADOX

Es que es usted tan impaciente...

DIZ

¿Eso quiere decir que soy un fatuo, un mentecato, un botarate?

PARADOX

No inventemos, don Avelino. No dé usted suelta a su imaginación volcánica. Yo no he dicho eso.

DIZ

No, pero es igual; lo ha dado usted a entender.

PARADOX

Si viene usted con esas susceptibilidades de siempre, aplazaremos la explicación para otro día; hoy está usted, sin duda, nervioso.

DIZ

¿Yo?... Estoy tan nervioso como usted; ni más, ni menos.

PARADOX, *sonriendo*

Mi pulso marcará ahora mismo setenta y dos pulsaciones por minuto.

DIZ

El mío no marcará ni setenta. ¿Quiere usted explicar su proyecto, sí o no?

PARADOX

No tengo inconveniente alguno. Usted no se habrá enterado, porque usted tiene el privilegio de no enterarse de nada;

usted no se habrá enterado, repito, de que hace unos meses hubo un Congreso de judíos en Basilea.

DIZ, *muy fosco*

Ciertísimo; no me he enterado.

PARADOX

Pues bien; en ese Congreso se discutió el porvenir del pueblo judío...

DIZ

Un pueblo de granujas y usureros.

PARADOX

Conforme; pero usted no debía hablar así, porque tiene usted un tipo semita.

DIZ

Yo me río de mi tipo.

PARADOX

Eso es otra cosa. Pues bien; como decía, se discutió el porvenir del pueblo hebreo en esa reunión y se señalaron dos tendencias: una, la de los tradicionalistas, que querían comprar la Palestina e instaurar en ella la nación judía, con Jerusalén como capital; otra, la de los modernistas, que encontraban más práctico, más económico y más factible el fundar una nueva nación hebrea en África.

DIZ, *friamente*.

No sé adónde va usted a parar.

PARADOX

Lo irá usted sabiendo.

DIZ

Es que...

PARADOX

Si me interrumpe usted, no sigo.

DIZ

Seré mudo como una tumba. *Se extiende en el sofá y apoya los pies en la mesa.*

PARADOX

Entonces, continuaré. Hará ya unos meses, no sé si usted recordará, que traje de Valencia, cubriendo una caja de sobres, un trozo de un periódico inglés. Usted no se fija en estos detalles, y, sin embargo, en esos detalles está muchas veces un descubrimiento tan importante como el de la gravedad. ¿No le parece a usted?

DIZ

He dicho que seré mudo.

PARADOX

Muy bien. Está usted en su derecho. Leí el periódico por curiosidad y lo guardé. Aquí lo tengo; dice así: (Lee.) «El acaudalado banquero de Londres, Mr. Abraham Wolf, uno de los príncipes de la banca judía, partidario entusiasta de la fundación de la patria israelita en el África, piensa hacer en breve un viaje por la costa de los Esclavos. Con este objeto, el señor Wolf ha invitado a la excursión a algunos hombres de ciencia, naturalistas y exploradores. Parece ser que el proyecto del se-

ñor Wolf es formar un gran sindicato, con el objeto de ir transportando al África a los judíos pobres, dándoles luego tierras y útiles de labranza. El señor Wolf está actualmente en Tánger, desde donde partirá la primera expedición a principios del...»

DIZ

¿Por qué no sigue usted?

PARADOX

Porque no sigue el trozo del periódico que traje. Inmediatamente de leer esto, se me ocurrió la idea de que debía escribir a ese Wolf. ¡Idea luminosa!

DIZ

¿Y lo hizo usted?

PARADOX

En el acto.

DIZ

¿Y le ha contestado?

PARADOX

Sí.

DIZ

¿Y qué dice? ¿Tiene usted una calma verdaderamente inaguantable!

PARADOX, *registrándose los bolsillos.*

¿Dónde está ese demonio de carta?... ¡Ah!, aquí la tengo. Verá usted, dice así: «No puedo ofrecerles, por ahora, más

que el viaje y la asistencia gratis en mi goleta «Cornucopia». Si después, encuentran ustedes alguna ventaja en quedarse en el Cananí, trataremos del asunto más despacio. Para tomar parte en la expedición, que saldrá el veinte de enero, tienen ustedes que encontrarse aquí antes del día quince.

Si no han hecho sus preparativos para esta fecha, no se molesten en venir.

Si, por el contrario, están dispuestos a llevar a cabo el viaje, pueden tomar el vapor el día ocho. Con la carta que adjunto les envío, para el jefe de las oficinas de la Trasatlántica, les facilitarán pasaje gratis hasta T'ánger.

De ustedes, etc., etc., «Abraham Wolf».

DIZ, *levantándose del sofá y poniéndose de pie.*

Entonces no hay tiempo que perder.

PARADOX

¿Qué?... ¿Se decide usted?

DIZ.

¿Quién se atreverá a impedirlo? Hay que prepararlo todo inmediatamente. ¿Dónde está el Conill?

PARADOX

Estará durmiendo.

DIZ

Voy a despertarlo; tengo que darle órdenes.

PARADOX

Deje usted a ese apreciable roedor, que duerma. Quedan dos días aún para hacer los preparativos.

DIZ

Vamos a ver el mapa. *Buscando en el armario febrilmente.*
Pero, ¿dónde está el mapa?

PARADOX

Debajo de esos papeles, ahí al lado de la calavera, lo tiene usted.

DIZ

¡Ah!, es verdad. *Hojeando el mapa.* Aquí está... Europa..., España..., Francia..., Inglaterra..., Asia..., América... ¿Y África?

PARADOX

Se le ha pasado usted. ¡Va usted con la velocidad de un exprés americano!

DIZ

¡Ah!, está aquí, ya la encontré. ¡África! ¡Admirable país! ¡Verdadera cuna de la civilización!... Es el único lugar donde se puede vivir dignamente.

PARADOX

¿Cree usted?...

DIZ

No lo ponga usted en duda. ¡África! ¡Tierra sublime no perturbada por la civilización!... ¿Tocaremos en las Canarias, eh?

PARADOX

Es probable.

DIZ

¿Luego, en Cabo Verde?

PARADOX

Es casi seguro.

DIZ

Y, después, ya, hacia el golfo de Guinea... Derechos al misterio... A lo desconocido... a la esfinge... ¿Y dónde desembarcaremos?

PARADOX

No sé todavía.

DIZ

¿En el Senegal? ¿En el Camerún?... ¿Quizá en el Congo?

PARADOX

«Ignoramus, ignorabimus»; como dijo el ilustre fisiólogo Du Boys-Reimond, en su célebre discurso de Berlín.

DIZ

¡Qué admirable idea! Voy a realizar el sueño de toda mi vida.

PARADOX

¿De veras tenía usted el pensamiento de ir a África? No le había oído a usted expresar ese deseo nunca.

DIZ

Es que era un pensamiento oculto; vago, ideal, lejano; tan oculto, que casi yo mismo no me he dado cuenta de él. Amigo Paradox, ¡abracémonos!, un proyecto así es nuestra gloria;

es el triunfo decisivo sobre los que nos han calumniado, sobre los que han querido escarnecer nuestro nombre, sobre los que han hecho a nuestro alrededor la conspiración del silencio.

PARADOX

¿Para qué recordar esas pequeñeces? No vale la pena.

DIZ

Tiene usted razón; olvidemos lo minúsculo. Pensemos en lo grande. ¡Qué magnífica idea ha tenido usted! ¡Exploraremos, Paradox!

PARADOX

Seguramente.

DIZ

Descubriremos.

PARADOX

Es muy probable.

DIZ

Remontaremos ríos inexplorados.

PARADOX

Sin duda alguna.

DIZ

Escalaremos montañas inaccesibles.

PARADOX

Inaccesibles hasta el momento en que las subamos nosotros.

DIZ

Y nuestros nombres, unidos como los de Lavoissier y Laplace...

PARADOX

Los de Cailletet y Pictet...

DIZ

Los de Dulong y Petit...

PARADOX

Los de Pelouze y Fremy...

DIZ

...Y tantos otros, pasarán al panteón de la Historia.

PARADOX

¿De la historia de la ciencia, por supuesto?

DIZ

Naturalmente, de la historia de la ciencia.

PARADOX, *aparte*.

Amigo, dijo Dinarzada, ¡qué cuento más maravilloso!

Voces lejanas de chicos que cantan.

Ay, chungala, que es carabasa.

Ay, chungala, que es polisó.

Ay, chungala, les chiques guapes

y el mocaor de crespó.

III EL GALLO Y EL GENERAL

El dining-room del *Hotel Continental*, en *Tánger*.

Desde la ventana del comedor se ve el mar y el cielo azul, puro, sin una nube. En la bahía hay cuatro o cinco vapores. La playa está radiante de luz. En el muelle, bajo el sol de invierno que brilla espléndido, hormiguean los cargadores, medio desnudos, con las piernas al aire. Pasan negros bronceados, llevando cajas y barriles en angarillas sostenidas en los hombros; pasan marineros; corretean chicos, con fez rojo; y al lado de los moros graves y solemnes, de jaique blanco, gran turbante y ademanes de zarzuela, discurren los judíos de mirada suspicaz, y por en medio de todos ellos pasean las mises, de sombrerito de paja, protegidas por la sombrilla roja y blanca, y acompañadas por los correctos gentlemen.

ABRAHAM WOLF

¿Y qué tal ha dormido usted, señor Paradox?

PARADOX

No muy bien. La preocupación del viaje me ha desvelado, y cuando ya iba a conciliar el sueño, me ha hecho saltar de la cama una algarabía infernal de dulzainas y de tambores.

WOLF

¿Y qué podría ser eso? Vamos a preguntarle a mi criado, él lo sabrá. ¡Hachi! ¡Hachi Omar!

HACHI

¿Qué hay, señor?

WOLF

¿Tú sabes si esta noche pasada dieron alguna serenata por aquí cerca?

HACHI, *con malicia.*

Sí, tú también lo sabes.

WOLF

Bueno. Supón, como siempre, que lo sé todo, pero haz el favor de decírmelo como si no lo supiera. Este señor acaba de venir de Tánger, y no está enterado de las cosas del pueblo.

HACHI

Tú ya sabes, tan bien como yo, que aquí cerca vive el scherif de Wasan, y que a él le dan la música.

WOLF

¡Ah! Pues eso es lo que le ha despertado a usted, señor Paradox. Está bien, Hachi Omar; puedes marcharte. *A Paradox y a Diz.* ¿Qué proyecto tienen ustedes para hoy, señores? ¿Les parece que hagamos una excursión al Cabo Espartel?

PARADOX

A mí, muy bien.

DIZ

A mí, también.

WOLF

¡Hachi Omar!

HACHI

¡Señor!

WOLF

Encárgate de buscar y de traer en seguida cuatro caballos.

HACHI

Muy bien, señor.

WOLF

Oye, ¿tú sabrás el camino del Cabo Espartel?

HACHI

Vosotros, también lo sabéis.

WOLF

Bueno; pero, ¿tú lo sabes?

HACHI

Lo mismo que vosotros.

WOLF

Es terco como una mula este discípulo de Mahoma, y suspicaz como nadie. Siempre cree que se están riendo de él. *A Paradox y a Diz.* ¿Quieren ustedes que echemos una partida de billar mientras viene Hachi Omar con los caballos?

PARADOX

Sí; vamos allá.

Entran en la sala de billar, en donde el general venezolano Pérez y su hija Dora juegan con un médico español y con un inglés desconocido que se parece a Chamberlain.

EL GENERAL PÉREZ

¿Venían ustedes a jugar, señores?

WOLF

No; nada más que a pasar un rato. Vamos a ir de excursión al Cabo Espartel.

DORA

¿Hoy mismo?

WOLF

Sí; estamos esperando los caballos.

DORA, *dejando el taco.*

Pues me uno a la expedición.

EL MÉDICO, *haciendo lo mismo.*

Y yo.

EL INGLÉS

Y yo también.

EL GENERAL PÉREZ

No estará muy lejos, ¿eh?

EL MÉDICO

No; un par de horas a caballo solamente.

EL GENERAL PÉREZ

Es mucho; hay para fatigarse... y eso que yo estoy acostumbrado. *A Paradox.* Ya ve usted, mi amigo, en más de cien combates que he tomado parte...

EL MÉDICO

¿A quién le falta caballo?

DORA

A mi padre y a mí, por de pronto.

EL MÉDICO

Dentro de diez minutos los tendrán ustedes.

Poco después, a la puerta del hotel, van montando los expedicionarios. De pronto se acerca a Wolf un tipo extraño. Es un hombre enjuto, envuelto en un gabán negro; tiene una pierna y un brazo de palo. Además le falta un ojo que lo oculta con el sombrero torcido.

HARDIBRÁS, descubriéndose.

Señor Wolf, no se olvide usted de mi encargo.

WOLF

No tenga usted cuidado.

El hombre hace una reverencia, se encasqueta el sombrero, se retira cojeando y se queda apoyado en la pared.

PARADOX

¿Quién es este hombre tan fatídico?

WOLF

Es un aventurero que quiere que se le lleve al Cananán. Ha estado en varias guerras y en cada una ha perdido algún miembro.

PARADOX

¿Y qué va usted a hacer con él?

WOLF

No sé. Es tuerto, cojo, manco, tiene dos cicatrices en la cara, una en la frente y dieciséis heridas en el cuerpo, y todavía dice que no hay nada como la guerra.

PARADOX

Será un humorista.

WOLF

No. Es un hombre que tiene vocación para el heroísmo.

PARADOX

Para el heroísmo... y para la ortopedia.

WOLF

¿Qué quiere usted, señor Paradox! Yo creo que todas las locuras son respetables.

PARADOX

Y yo también. ¿Y cómo se llama este hombre fragmentario?

WOLF

Hardibrás.

PARADOX

Es un buen nombre de perro de aguas.

WOLF

Pues ya ve usted, es un héroe. Señores, vamos andando.

Comienzan a bajar todos en fila por una estrecha callejuela en cuesta. Abriendo la marcha va Hachi Omar, montado en una burra parda, haciéndose paso entre la gente y gritando: ¡Balac! ¡Balac!, que en árabe quiere decir: ¡Cuidado! ¡Cuidado!

A la salida del pueblo, Dora, el Inglés y el Médico ponen sus caballos al trote.

DORA

¡Este caballo no tiene sangre!... Le doy con el látigo y no quiere correr.

EL MÉDICO

Yo le prestaría a usted mi jaca, pero no lo hago porque es muy traviesa y podría tirarle a usted.

DORA

Por eso no lo deje; a mí no me tira.

EL MÉDICO

Me ha tirado a mí, que soy un jinete regular.

DORA

Eso no importa.

EL MÉDICO

Creo que se jacta usted demasiado, Dora.

DORA

No es jactancia, es seguridad. Vamos a cambiar de silla.

Dora salta de su caballo, y, en un momento, quita la montura. El Médico sustituye su silla por la de Dora.

EL MÉDICO, *ayudando a montar a la muchacha.*

Bueno; pero tenga usted cuidado. No haga usted ninguna imprudencia.

DORA

¡Qué imprudencia he de hacer! *Se acomoda en la silla y se arregla la falda.* ¡Bah! No es tan fiero este animal como usted dice.

EL MÉDICO

No se descuide usted, por si acaso. *En esto se cruza un borriquillo en el camino. La jaca se encabrita y se pone sobre las patas traseras.* ¡Tenga usted cuidado!

DORA, *riendo.*

No haga usted caso.

El animal sigue dando brinco. La americana afloja las riendas y, cuando el caballo baja la cabeza, le da con toda su alma un fustazo. Bota el caballo y comienza a galopar frenéticamente. El sombrero de la americana cae sobre su espalda, y caballo y jinete desaparecen al traspasar una colina. Poco después se presenta Dora; el caballo viene sudando, ya vencido.

EL MÉDICO

Sí que es usted una amazona de primera. Yo soy un buen jinete, pero creo que me hubiese caído.

A la hora y media de salir de Tánger, Dora, el Inglés y el Médico llegan a los faros del Cabo Espartel. Al poco rato aparece Hachi Omar, en su burro, que viene trotando, a pesar de la carga. El moro saca las provisiones de las alforjas y prepara la mesa en un prado.

Llegan después Wolf y Diz de la Iglesia y, por último, Paradox y el General. Un moro, con un jaique haraposo, ata los caballos a unas argollas que hay en un murallón.

HACHI, a Wolf.

Si esperáis un rato, yo traer cuz-cuz bueno.

WOLF.

Esperaremos.

EL INGLÉS

Mientras tanto podíamos tomar un poco de whisky.

EL GENERAL

Excelente idea.

El Inglés llena los vasos del Médico, del General y el suyo.

EL INGLÉS

¿Y ustedes, señores?

WOLF

¡Oh!, yo no; no bebo alcohol. Soy de la Sociedad de Templanza.

EL INGLÉS

Yo también; pero en Inglaterra, no en África. *A Paradox.* ¿Y usted, señor?

PARADOX

Gracias, muchas gracias; me lo prohíbe mi religión.

EL INGLÉS, *a Diz.*

¿Y usted?

DIZ

A mí me lo prohíbe el hígado.

EL INGLÉS, *aparte.*

Mejor; así habrá más.

EL MÉDICO

Oiga usted, General. ¿Quiere usted que le demos un poco de whisky a ese gallo? Ya verá usted cómo se emborracha.

EL GENERAL

Hombre, sí; tiene gracia eso.

El Médico y el General persiguen al gallo y, después de muchas tentativas, llegan a acorralarlo y a cogerlo. El Médico lo pone entre sus piernas, le abre el pico y le echa medio vaso de whisky dentro, a pesar de sus protestas. El animal, al quedar libre, intenta huir y va dando traspiés y tambaleándose, entre las carcajadas de todos.

EL GALLO

¿Qué horrible veneno me han dado estos extranjeros?... ¡Qué extrañas ideas cruzan por mi mente! Siento locos impulsos, descos estrambóticos... ¡Que Dios castigue a estos desconocidos, que así turban el reposo espiritual de un buen padre de familia!

Paradox se aleja seguido de Yock, indignados ambos al ver la tropelía que han cometido con el Gallo. Paradox se acerca al pretil del faro a contemplar el mar. Allá, enfrente, se divisa la costa

de España, Vejer, Tarifa... A la derecha, la entrada del estrecho de Gibraltar.

PARADOX

Sólo la Naturaleza es recta; sólo la Naturaleza es justa y honrada. ¡Oh! ¡Tierras lejanas y desconocidas! Estoy anhelando pisar vuestro suelo. Allí, donde se viva naturalmente; allí, donde no haya generales americanos; allí, donde no se emborrache a los gallos, yo quiero vivir.

VOCES

¡Paradox, Paradox!, que ya está el cuz-cuz.

PARADOX

¡Voy!

Hachi Omar ha puesto la mesa y en medio ha colocado una enorme cazuela colmada de una especie de arroz blanco amarillento.

EL MÉDICO

Hagan ustedes el favor de servirse todos, porque yo, y pido permiso para ello, voy a comer el cuz-cuz con la mano, a estilo moro.

DORA

Delante de mí no lo hará usted.

EL MÉDICO, *desolado.*

¡Pero si es como sabe mejor el cuz-cuz!

EL GENERAL

Sí; coma usted así, yo haré lo mismo.

DORA

Pues yo me vuelvo de espaldas.
Van acabando de comer.

PARADOX

Debíamos acercarnos a esas peñas que se ven a lo lejos.

HACHI

Ser tarde, señor. Hacerse en seguida de noche. No ver bien el camino, por no haber luna. Ahora mismo salir.

PARADOX

¿Tan pronto?

EL GENERAL

Sí; si no podríamos perdernos.

Van soltando los caballos y montan todos. Wolf da una propina al moro viejo y haraposo que ha tenido cuidado con las cabalgaduras, y se ponen en camino.

EL MÉDICO

Mi General, guarde usted el equilibrio. Me parece que está usted un poco zanana.

EL GENERAL

¿Cómo dice? ¿Zanana?... ¡Ay, qué macanudo!

EL INGLÉS

Está intoxicado; bebido completamente.

En el camino se hace de noche. El cielo se va llenando de estrellas. Corre un vientecillo fresco. Todos van cabalgando silencio-

sos, menos el General, que, rezagado de la comitiva, no para de hablar.

EL GENERAL, *tartamudeando, a Paradox.*

He estado en más de cien batallas, mi amigo, ¿sabe? Y no como las de Europa, sino algo más serias, más científicas. Créame, mi amigo, en todo está América por encima de Europa; hay que americanizar el mundo.

PARADOX

Yo creo que hay que africanizarlo.

EL MÉDICO, al Inglés, que se ha quedado retrasado unos pasos.
¿Quiere usted que le demos un susto al General?

EL INGLÉS

¡Oh, mucho, mucho! Está muy pesado, muy fastidioso.

EL MÉDICO

Va usted a ver. Voy a pasar por delante de él con mi caballo al trotc.

El Médico se adelanta como si no pudiera refrenar su cabalgadura. Los caballos de Paradox y del General se espantan y se ponen a dar botes, y el General cae al suelo. El Inglés y Paradox se acercan a auxiliarlo.

PARADOX, *gritando.*

¡General! ¡General!

El General no contesta.

EL INGLÉS

¡Si le diéramos un poco de Whisky!

PARADOX

No, hombre, no. ¡General, General!

EL GENERAL

¿Dónde estoy?

PARADOX

Camino de Tánger, de vuelta del Cabo Espartel, a los treinta y siete grados de latitud Norte.

EL GENERAL

¡Si pudiera vomitar!

PARADOX

¿Tiene usted algo?

EL GENERAL

No, no... Es el cuz-cuz.

PARADOX

¿Pero no hay nada roto?

EL GENERAL

Nada.

PARADOX

Bueno; suba usted, y adelante.

Le ayudan a montar; luego van bajando todos al paso de una cuesta pedregosa. Syrio parpadea en las alturas. Un pastor se acerca cantando.

EL PASTOR

Tra; lá, la, la...

HACHI

Alegre marchas.

EL PASTOR

¿Por qué no? No le he hecho daño a nadie.

HACHI

Así puedas decir eso siempre.

EL PASTOR

¡Ojalá!

HACHI

¿Eres de Tánger?

EL PASTOR

Soy de Tánger-Valia.

HACHI

Todavía tienes camino largo para llegar a tu casa.

EL PASTOR

El camino nunca es largo para el que tiene el corazón tranquilo.

HACHI

Es verdad. Adiós, pastor.

EL PASTOR

Adiós. *Se aleja cantando.*

IV
A BORDO DE LA «CORNUCOPIA»

Está amaneciendo; llovizna y sopla un viento frío. Paradox, Diz de la Iglesia, Hardibrás, Hachi Omar y otros esperan en el muelle a que venga el bote que ha de conducirles a la «Cornucopia». Paradox, con su gabán amarillo de verano y su sombrero jovial, está acompañado de su fiel Yock; Diz de la Iglesia viste una gorra inglesa y un impermeable; Hardibrás, derecho sobre su pierna de palo, apoyado en un bastón, espera tranquilo; su brazo izquierdo, que es de madera, termina en un gancho de hierro, y colgando de él lleva todo su equipaje, que consiste en una caja de sobres con unos cuellos postizos y un paquete de tabaco. Hachi Omar anda de un lado a otro con un farol.

PARADOX

Pero ¡cómo tarda esa gente! A ver si se olvidan de nosotros.

*DIZ, asustado por el mal tiempo, con cierta íntima
esperanza de que se olviden de ellos.*

No, no se olvidarán.

HARDIBRÁS

Nos fastidiaban.

PARADOX

No se les ve.

EL MAR

Desccha tu impaciencia, Paradox. Olvida tus proyectos. ¡Retírate! ¡Huye! Pronto, si no, sobre débil bajel, en la ancha mar de los ruidos tempestuosos, te verás estremecido de espanto y tu existencia será juguete de las grandes y oscuras olas azotadas por el soplo del Aquilón.

PARADOX

No, nunca volver atrás.

HACHI

Allá está; ahí viene el bote.

Se ve acercarse una lancha entre la neblina. Salta uno de los marineros a la escalera del muelle y sujeta el bote. Van bajando todos, y a la luz del farol de Hachi Omar se van colocando en los bancos. Hardibrás, trabajosamente, comienza también a bajar.

PARADOX

Venga usted, déme usted la mano.

Hardibrás pone su gancho de hierro en la mano de Paradox, entra en la lancha y se sienta. Los marineros comienzan a remar y se aleja el bote en medio de la bruma y de la llovizna.

PARADOX, señalando a Hardibrás.

¡Pobre hombre! La verdad, cuando me ha dado el brazo de madera con su gancho de hierro, creo que le temblaba de emoción.

DIZ

¿Qué, el gancho?

PARADOX

Sí.

DIZ

¿Qué farsante es usted!... Decían en el hotel que Wolf no iba a venir; ¿será verdad?

PARADOX

Oye, Hachi Omar, ¿no venir el amo con nosotros?

HACHI

No, él tener negocios. Nosotros esperarle a él en las Canarias.

PARADOX

¿En las antiguas Hespérides o Afortunadas? Muy bien.

DIZ

¿Y esos otros señores que en la mesa dijeron ayer que vendrían, sí se atreverán?

PARADOX

Sí, creo que sí. Aquí tengo la lista de los que vamos. Me la dio Wolf y la apunté anoche en mi diario.

DIZ

Vamos a ver.

PARADOX, *tomando el farol de Hachi Omar y leyendo.*

Lista de la tripulación y pasajeros del *yacht* inglés «Cornucopia», de trescientas cincuenta toneladas, de la matrícula de Liverpool:

Enrique Jenkins, capitán.

William Duncan, piloto.
Santiago Stewart, maquinista.
Jaime Rose, primer fogonero.
Juan Drake, segundo fogonero.
Arturo Cooper, contramaestre.
Dick Blanch, carpintero.
Tomás Allen, marinero.
Matías Goodwin, marinero.
Santiago Witfield, marinero.
Thady Bray, grumete.

DIZ

Total: oncc hombres. Vamos a ver los pasajeros.

PARADOX

Entre los pasajeros hay algunos que forman parte de la expedición y otros que van en calidad de turista; yo todavía no sé cuáles son los de una clase y los de otra. En la lista los he puesto juntos. *Leyendo.*

Dora Pérez.

DIZ

¿Vendrá su padre con ella?

PARADOX

¡Ca! Ha dicho que no. *Sigue leyendo.*

Mr. Ganereau y su hija Beatriz.

Arthur Sipson, fabricante de agujas de Manchester.

Eichthal Thonelgeben, geólogo y naturalista.

Avelino Diz de la Iglesia, inventor.

Hachi Omar, intérprete.

Ignacio Goizueta, intérprete.

Silvestre Paradox, agrimensor.

Jhon Hardibrás.

A este último no le he puesto la profesión. Señor Hardibrás, ¿qué profesión le pongo a usted?

HARDIBRÁS

Ponga usted soldado.

PARADOX

Muy bien.

DIZ

¿No hay más?

PARADOX

No; por ahora, no.

Se acerca el bote a la «Cornucopia» y van subiendo a bordo los pasajeros.

HACHI

Todavía no estar hecha la distribución de cuartos. Venir por aquí.

Entran por la escotilla y bajan por una escalera a una cámara muy estrecha. Se ven, a la luz de un farol, tres hombres sentados, que están comiendo higos secos que cogen de un papel. Uno de los hombres es gordo, con el bigote corto; el otro es un tipo de perdonavidas, con un mostacho grande, pintado de negro, y una perilla del mismo color; el tercero es un hombrecito chiquirritín, con la cabeza gorda y la facha de chino.

PARADOX

Buenos días, señores.

DON PELAYO

Buenos días.

MINGOTE

Buenos...

EL CORONEL FERRAGUT

¡Hum!

PARADOX

Siéntese usted, Diz; siéntese usted, Hardibrás; al menos aquí no llueve.

EL CORONEL FERRAGUT, *siguiendo una conversación sin duda comenzada anteriormente, y sin mirar a los recién llegados.*

Le digo a usted que soy anarquista.

MINGOTE

Y yo también.

EL CORONEL FERRAGUT

Porque antes los caballeros, señor Mingote (*Coge un higo del papel*), apaleaban a los sastres, a los zapateros y a las demás genticilla menuda; pero ahora esa genticilla se nos ha subido a las barbas, señor Mingote, y es la que manda, y la que gobierna, y por eso declaro que soy anarquista. *Coge otro higo del papel.*

MINGOTE

Y yo también, señor Ferragut.

DON PELAYO, *el hombre bajito, levantándose y acercándose a Paradox.*

¿Es usted, por casualidad, don Silvestre Paradox?

PARADOX

No, por casualidad precisamente, no; pero soy Paradox.

DON PELAYO

¿Viene usted al Cananí con nosotros?

PARADOX

Eso parece. ¿Y usted quién es, si se puede saber, por casualidad, señor mío?

DON PELAYO

¿No se acuerda usted de un secretario que usted tuvo cuando vivía en la calle de Tudescos?

PARADOX

¡Aquel granuja que me robó los cuartos!

DON PELAYO

El mismo.

PARADOX

¡Aquel bandolero que me engañó como a un chino!

DON PELAYO

No siga usted adelante, don Silvestre. Aquel granuja, aquel bandolero se ha hecho ya una persona digna y honrada, tanto, que va a la República del Cananí de administrador de Aduanas.

PARADOX

Todo lo comprendo. Ha prosperado usted.

DON PELAYO

La suerte.

PARADOX

Ya ve usted, yo, en cambio, voy de simple colono.

DON PELAYO

No; eso yo no lo permitiré. ¿Para qué están mis influencias? Le voy a presentar a mis amigos. *Haciendo las presentaciones.* Don Silvestre Paradox, uno de los pocos sabios que honran a España. *Señalando al hombre gordo.* Don Bonifacio Mingote, recaudador general de las contribuciones directas e indirectas de la república del Cananí.

PARADOX

¿Hay contribuciones en el Cananí?

DON PELAYO

Claro que las hay de las dos clases; directas e indirectas.

PARADOX

¿Pero hay gente?

DON PELAYO

No; pero eso no le hace. *Mostrando el perdonavidas.* El señor es el ex coronel carlista Ferragut, jefe del Estado Mayor y ministro de la Guerra interino de la misma República.

Se saludan todos y se dan la mano.

PARADOX, *fiándose en Mingote.*

Extraña condecoración tiene usted. Así de lejos parece un huevo frito.

MINGOTE

Sí, es una placa que me dieron por haber salvado la vida a un carabinero en Portugal.

PARADOX

¡Ah!

MINGOTE

Sí, un día patinábamos en la finca de un amigo, el marqués de Souza, sobre el Tajo, que estaba helado, cuando un carabinero, que nos estaba observando, pasó por un punto en donde el hielo no estaba muy fuerte y... paraplún, se hundió y desapareció. Había corriente por debajo del hielo, y la corriente fue llevando al hombre por el río. Yo intenté romper el hielo en varias partes y no me fue posible.

PARADOX

Terrible situación. Es conmovedor.

DON PELAYO

¿No pudo usted romper el hielo? ¿Y qué hizo usted entonces?

MINGOTE

Me metí por el mismo agujero por donde el hombre había desaparecido y nadando, nadando...

PARADOX

¿Como una foca?

MINGOTE

Igual; lo encontré al carabinero, lo agarré y fui llevándolo hasta un boquete de hielo que había unos cuantos metros más allá, y por el boquete salimos él y yo. El rey don Carlos, cuando lo supo, me dio esta condecoración y una acuarela. Don Pelayo ha visto la acuarela.

DON PELAYO

Es verdad; pero no me ha parecido muy bien pintada.

MINGOTE

En eso se conoce, precisamente, que es real. Todas las acuarelas de los reyes están mal pintadas; pero eso no importa. Así tienen más mérito.

EL CORONEL FERRAGUT, *fusco*.

Tienen el mérito de la firma.

PARADOX

¿Y de qué metal es esa placa?

MINGOTE

No sé.

PARADOX

Parece de aluminio o de latón. Es una hermosa pieza. Se le felicita a usted por su heroísmo.

MINGOTE

Muchas gracias. Usted hubiera hecho lo mismo que yo.

PARADOX

¿Con un carabinero? ¡Hum! ¡Qué sé yo!

DON PELAYO

Parece que se acerca el otro bote. Vamos a ver quiénes vienen.

MINGOTE

¿Para qué? Creo que son unos señoritos de Tánger.

Salen a cubierta. Ha amanecido. Una lancha atraca a la «Cornucopia». Suben Ganereau y su hija Beatriz, luego Sipsón y después el ingeniero alemán Thonelgeben, que da la mano a Dora.

GOIZUETA

Viento fuerte y mucha mar.

EL CAPITÁN JENKINS

¿Están todos?

UN MARINERO

Sí.

La lancha en que han venido los viajeros se dirige hacia el puerto. Larga la «Cornucopia» el práctico y se pone en derrota para las Canarias.

V
CONFIDENCIAS

De noche, en el comedor de la «Cornucopia».

GANEREAU

¿Saben ustedes que tenemos concierto a voces solas?

DON PELAYO

¿Quién va a cantar?

GANEREAU

Primero, el señor Mingote.

PARADOX

¿El recaudador general de las contribuciones directas e indirectas?

DON PELAYO

El mismo debe ser. Entonces yo brillaré por mi ausencia en ese concierto.

GANEREAU

¿Y por qué?

DON PELAYO

Porque ese señor Mingote canta como una vaca.

Sale Ganereau y quedan de sobremesa don Pelayo y Paradox.

PARADOX

Y, oiga usted, ¿por qué no ha venido Wolf con nosotros?

DON PELAYO

Hay un pique entre él y Chabouly, y tendrán que conferenciar los dos en Tánger.

PARADOX

¿Y quién es ese Chabouly?

DON PELAYO

¿No sabe usted quién es Chabouly?

PARADOX

No.

DON PELAYO

Sí, hombre; ese francés fabricante de chocolate, el inventor de la Crema Napolitana.

PARADOX

¿Y qué tiene que ver la Crema Napolitana con el Cananí?

DON PELAYO

Tiene que ver, porque ese chocolatero ha comprado unos terrenos en el África y se ha nombrado emperador de la Nigracia Oriental.

PARADOX

¡Demonio! Entonces es un personaje.

DON PELAYO

¡Ya lo creo! Y ahora están pendientes las negociaciones diplomáticas entre el Cananí y la Nigricia Oriental.

PARADOX

Y si no hay arreglo, ¿qué pasara? ¿Se declarará la guerra?

DON PELAYO

Será de lamentar.

PARADOX

¿Tienen ustedes confianza en el ministro de la Guerra? ¿Tiene dotes de organizador o es un bofo, como los ministros españoles?

DON PELAYO

¿Quién, Ferragut?

PARADOX

¿Pero Ferragut no es el jefe del Estado Mayor?

DON PELAYO

Sí; es el jefe del Estado Mayor y ministro interino de la Guerra; pero organizador creo que no es. Hombre de recursos sí, eso sí. Estando en Londres, se le ocurrió vender el Retiro de Madrid para cuando viniese don Carlos a ocupar el trono de España.

PARADOX

¿Y lo vendió?

DON PELAYO

En tres o cuatro mil reales.

PARADOX

¿Y cómo encontró comprador?

DON PELAYO

Hay compradores para todo. Recuerde usted cómo yo vendí aquellas ratoneras.

PARADOX

Es verdad.

DON PELAYO

Otra vez, Ferragut tomó parte en una falsificación de billetes que se hizo en Londres.

PARADOX

¿De manera que es un ave de rapiña? ¿Un individuo del género Vultur, quizás un Sarcoramphus?

DON PELAYO

¡Vaya usted a saber!

PARADOX

Siga usted, don Pelayo, siga usted indicando los caracteres de esa ave rapaz.

DON PELAYO

Pues cuando se hizo la falsificación, se pensó cambiar al mismo tiempo los billetes falsos en París, Amsterdam, Bruselas y otras ciudades, y, en París, el corresponsal era el coronel Ferragut. El hombre, como es un impaciente, cuando recibió

su medio millón de francos, en billetes, lo primero que hizo fue meterlos en una maleta e irse a una casa de banca a cambiarlos.

PARADOX

¿Todos de una vez?

DON PELAYO

Sí. Entró en la casa de banca y dijo: «Tengo una gran cantidad de billetes y quisiera cambiarlos en oro». «¿A cuánto asciende esa cantidad?», le preguntó el dependiente. «A medio millón de francos», contestó él. El dependiente quedó alelado. «Haga usted el favor de volver dentro de una hora». Ferragut volvió. Enseñó sus billetes, y dos caballeros que había en la casa de la banca le invitaron, amablemente, a que les acompañase a la cárcel.

PARADOX

¡Oh, entonces no pertenece al género Vultur, no! Es un Strix vulgar. Si llegamos a tener guerra con la Nigricia Oriental, me temo que este hombre no nos va a llevar a la victoria.

DON PELAYO

Yo también me lo temo, don Silvestre.

PARADOX

Oiga usted: y el gordo, amigo de usted, el recaudador general de contribuciones directas e indirectas, ¿qué clase de hombre es?

DON PELAYO

¿El divino Mingote?

PARADOX

Sí.

DON PELAYO

Es uno de los pocos hombres sublimes que nos quedan en España.

PARADOX

Me hace el efecto de uno de esos cetáceos carnívoros o sopladores que reciben este último nombre por la existencia de un aparato hidráulico en la parte superior de la cabeza.

DON PELAYO

No, no lo crea usted. Es un hombre de agallas. ¡Un hombre que, con su físico y con su edad, ha vivido durante años y años del amor!

PARADOX

Vamos; una especie de molusco de esos que con un par de branquias y un sistema de brazos o tentáculos largos y flexibles y provistos en su superficie de ventosas ya están despachados. ¿Y cómo ha entrado ese señor de Mingote en la burocracia de la República del Cananí?

DON PELAYO

Este Mingote, últimamente, tenía en Cáceres un periódico de cuestiones de ganado.

PARADOX

¡Ah! Muy importante. ¡Las cuestiones de ganado...! Ya lo creo. Hace poco me decía un senador que en esas cuestiones está la regeneración de España.

DON PELAYO

Pues ya ve usted: a pesar de esto, el periódico no se vendía y Mingote se marchó a Lisboa. Estaba allí muriéndose de hambre, perseguido por los acreedores, deseando escapar, y para marcharse se le ocurrió escribir un anónimo a la policía portuguesa denunciándose a sí mismo.

PARADOX

¿Y qué adelantaba con eso?

DON PELAYO

Que lo expulsaron del país. Decía así en su carta confidencial: «El peligroso revolucionario español, don Bonifacio Mingote, ha venido a Lisboa con el propósito de matar al rey con una flecha envenenada». Ya sabe usted lo que es la gente de Portugal.

PARADOX

¡Ya lo creo! Tribus ibéricas con alguna mezcla aria.

DON PELAYO

Pues la policía de Portugal expulsó a Mingote y lo llevaron a Londres, y allí conoció a Wolf.

PARADOX

Y diga usted: ese italiano alto, flaco, con los bigotes llenos de cosmético que parecen agujas, ¿quién es?

DON PELAYO

Ese es el caballero Piperazzini. Un caballero de industria; dice que va de turista; pero la verdad es que va al Cananí a poner una casa de juego.

PARADOX

¡Ah! Conocemos el género: «*lacerta africana*», camaleón vulgar, familia de los saurios. Se distinguen por tener la lengua larga y extensible, la cola prensil y los dedos divididos en dos paquetes mutuamente oponibles. ¡Ya, ya! Los conocemos. ¿Y esa señora flaca que habla con él?

DON PELAYO

Esa es miss Pich; una gran escritora.

PARADOX

¿Y en dónde escribe?

DON PELAYO

Creo que tiene un periódico de mujeres solas, porque es una feminista rabiosa. Dice a todo el que quiere escucharla que los hombres son seres inferiores.

PARADOX

Antropofobia natural, muy humana. Muy bien. ¿Y la otra gorda, pintada?

DON PELAYO

Esa una ex bailarina del Moulin Rouge, que está recomendada al capitán.

PARADOX

¿Va también al Cananí esa palomita?

DON PELAYO

No; creo que va a Las Palmas. Quizá ahora esté cantando sobre cubierta. Salgamos a dar un paseo.

PARADOX

Bueno, vamos.

*Suben a cubierta y se encaminan hacia la toldilla de popa.
Hay luna llena y el mar está tranquilo.*

DON PELAYO

¡Qué admirable temperatura! ¿eh?

PARADOX

Deliciosa.

DIZ

Vaya una noche de invierno, señores. Estamos a veintidós grados centígrados. En París, según noticias de Ganereau, se ha helado el Sena.

PARADOX

¿Y qué tal el concierto?

DIZ

Ahora mismo va a empezar.

PARADOX

Entonces no deben ustedes perder una nota, yo me voy a dormir.

En medio del grupo de pasajeros. Mingote se levanta de su silla, extiende la mano hacia el mar, como si quisiera dominarlo, y canta, desafinando horriblemente.

MINGOTE, *cantando.*

Dichoso aquel que tiene
la casa a flote,
la casa a flote...

TODOS

¡Pero qué mal...! ¡Qué barbaridad!

MINGOTE, *siguiendo.*

y oliendo a brea...

y oliendo a brea,

TODOS

¡Qué horror! ¡Qué música más desagradable!

Mingote, que acaba de hacer una porción de calderones, tan pronto con voz de bajo profundo como en falsete, elogiando el olor de la brea, termina su canción y se acerca al grupo de los espectadores.

MINGOTE, *modestamente.*

Sí, yo siempre he tenido mucha afición a la música.

SIPSON

Pues no se conoce.

MINGOTE

¿Lo dice usted por la voz?

SIPSON

No, lo digo por todo.

MINGOTE

Es que lo mejor que tengo es la voz, y se me ha tomado con el aire del mar. Ya usted ve, Gayarre, el mismo Gayarre, me solía decir: «Si tú algún día sales a las tablas, yo me retiro».

SIPSON

Pues sí que se ha debido operar en usted una transformación...

MINGOTE

Completa. Ya ve usted, ahora canto casi mal.

SIPSON

No; mal del todo.

HARDIBRÁS, *que de pie, apoyado el cuerpo en la borda y la mano en el bastón, parece un mochuelo.*

Mal del todo; digno de que le fusilen sobre la marcha.

MINGOTE

¡Qué señor más gracioso! Me recuerda un inglés que conocí en Lisboa...

TODOS

Ahora, un momento de silencio, que va a cantar esta señora.

LA MOME FROMAGE, *con voz de rata.*

Un jour un brave capitaine
Se trouvant pris par des brigands...

GANEREAU

¡Pero esta mujer no tiene voz!

SIPSON

La ancianidad. ¿Cuántos años cree usted que tiene?

GANEREAU

¿Cincuenta?

SIPSON

Más; es del tiempo de las sillas de posta.

LA MOME FROMAGE, *concluyendo su canción.*

J'connais pas mal des femm's oui-dá

Qu'auraient agi comm'ça.

TODOS

¡Bravo! ¡Muy bien!

GANEREAU

Ahora vamos a tener un rato de acordeón. El joven Thady Bray, grumete de la «Cornucopia» tocará algunas canciones escocesas.

Thady Bray comienza a tocar el acordeón.

VI

ELOGIO SENTIMENTAL DEL ACORDEÓN

EL AUTOR

¿No habéis visto, algún domingo al caer de la tarde, en cualquier puertecillo abandonado del Cantábrico, sobre la cubierta de un negro quechemarín, o en la borda de un patache, tres o cuatro hombres de boina que escuchan inmóviles las notas que un grumete arranca de un viejo acordeón?

Yo no sé por qué, pero esas melodías sentimentales, repetidas hasta el infinito, al anochecer, en el mar, ante el horizonte sin límites, producen una tristeza solemne.

A veces, el viejo instrumento tiene paradas, sobrealientos de asmáticos; a veces, la media voz de un marinero le acompaña; a veces también, la ola que sube por las gradas de la escalera del muelle, y que se retira después murmurando con estruendo, oculta las notas del acordeón y de la voz humana; pero luego aparecen nuevamente, y siguen llenando con sus giros vulgares y sus vueltas conocidas, el silencio de la tarde del día de fiesta, apacible y triste.

Y mientras el señorío del pueblo torna del paseo; mientras los mozos campesinos terminan el partido de pelora, y más animado está el baile en la plaza, y más llenas de gente las

tabernas y las sidrerías; mientras en las callejuclas, negruzcas por la humedad, comienzan a brillar debajo de los aleros salientes las cansadas lámparas eléctricas, y pasan las viejas, envueltas en sus mantones, al rosario o a la novena; en el negro quechemarín, en el patache cargado de cemento, sigue el acordeón lanzando sus notas tristes, sus melodías lentas, conocidas y vulgares, en el aire silencioso del anochecer.

¡Oh, la enorme tristeza de la voz cascada, de la voz mortecina que sale del pulmón de ese plebeyo, de ese poco romántico instrumento!

Es una voz que dice algo monótono, como la misma vida, algo que no es gallardo, ni aristocrático, ni antiguo; algo que no es extraordinario ni grande, sino pequeño y vulgar, como los trabajos y los dolores cotidianos de la existencia.

¡Oh, la extraña poesía de las cosas vulgares!

Esa voz humilde que aburre, que cansa, que fastidia al principio, revela poco a poco los secretos que oculta entre sus notas, se clarea, se transparenta, y en ella se traslucen las miserias del vivir de los rudos marineros, de los infelices pescadores; las penalidades de los que luchan en el mar y en la tierra, con la vela y con la máquina; las amarguras de todos los hombres uniformados con el traje azul sufrido y pobre del trabajo.

¡Oh, modestos acordeones! ¡Simpáticos acordeones! Vosotros no contáis grandes mentiras poéticas como la fastuosa guitarra; vosotros no inventáis leyendas pastoriles como la zampoña o la gaita; vosotros no llenáis de humo la cabeza de los hombres, como las estridentes cornetas o los bélicos tambores. Vosotros sois de vuestra época: humildes, sinceros, dulcemente plebeyos, quizá ridículamente plebeyos; pero vosotros decís de la vida lo que quizá la vida es en realidad: una

melodía vulgar, monótona, ramplona, ante el horizonte ilimitado...

VII
LA TEMPESTAD

Es el tercer día de navegación, de noche; corre un viento fresco. Paradox y miss Pich pasean sobre cubierta. Miss Pich es flaca, de color de orejón y pelo azafrañado. Tiene un cuello de nuez puntiaguda, con un sistema muscular que parece hecho de cuerdas.

MISS PICH

¿Ha leído usted ya el número de mi Revista Neosófica, señor Paradox?

PARADOX

Sí, sí; muy interesante. Hay artículos verdaderamente atrevidos.

MISS PICH

¿Se ha fijado usted en el estudio de la señorita Dubois sobre «Las anomalías nasales de los soldados, en Inglaterra»?

PARADOX

Sí, tiene un gran interés. ¡Oh!, un interés extraordinario. Y diga usted, miss Pich, se me ocurre una duda; ¿esas observaciones nasales son todas oculares?

MISS PICH

¡Oh!, completamente oculares.

PARADOX

También he creído observar que la revista entera está escrita por mujeres.

MISS PICH, *sonriendo.*

En mi redacción, no pone la pluma ningún hombre.

PARADOX

¿Los desprecian ustedes?

MISS PICH

Sí; los desdeñamos.

PARADOX

Vamos, los consideran ustedes como unos pobres pingüinillos.

MISS PICH

Eso es. Los hombres son seres inferiores. Para la fecundación y la procreación de la especie, son indispensables, por ahora, al menos; pero, para los trabajos especulativos, filosóficos, artísticos... las mujeres. Ellos, los pobres, son negados para eso.

PARADOX

Sin embargo, miss Pich, Sócrates, Shakespeare...

MISS PICH, *vivamente.*

Es que esos eran mujeres.

PARADOX

¿De veras?

MISS PICH

Está demostrado. El rey David, también era mujer; y, en el texto hebreo de la Biblia, pone la reina David.

PARADOX

¿Qué me dice usted?

MISS PICH

Lo que usted oye.

PARADOX

¿Y cómo se explica usted ese cambio de sexo tan escandaloso?

MISS PICH

Muy sencillamente. Es que los hombres, con la necia vanidad que les caracteriza, han querido que la reina David fuera de su sexo, y han falseado la Historia.

PARADOX

¡Ah! Ahí está el secreto. Creo que ha puesto usted el dedo en la llaga.

GANEREAU

¡Hola, Paradox!

MISS PICH, *aparte*.

Este francés insustancial viene a interrumpirnos. Ya hablemos, señor Paradox. ¡Buenas noches!

GANEREAU

¿Estaba usted oyendo las explicaciones de esa vieja loca?

PARADOX

Sí.

GANEREAU

¿Qué le parece a usted?

PARADOX

Creo que estamos en presencia de una gallinácea vulgar. Ya sabe usted que estas aves tienen la mandíbula superior abovedada, las ventanas de la nariz cubiertas por una escama cartilaginosa, el esternón óseo y en él dos escotaduras anchas y profundas, las alas pequeñas y el vuelo corto. Son los caracteres de miss Pich.

GANEREAU

¿Cree usted que miss Pich tiene el vuelo corto?

PARADOX

Estoy convencido de ello.

GANEREAU

Pues yo la consideraba como una harpía.

PARADOX

Error. Error profundo. Es una gallinácea vulgar.

GANEREAU

Y hablando de otra cosa, ¿usted sabe hacia dónde estamos ya? No debe faltarnos mucho para llegar a las Canarias. He-

mos perdido de vista, hace tiempo, la costa de África. ¿En qué dirección se encuentran ahora Las Palmas?

PARADOX

Yo creo que por ahí.

GANEREAU

A mí, me parece todo lo contrario. (*A Sipson que paseaba sobre cubierta.*) ¿En qué dirección están las Canarias, señor Sipson?

SIPSON

No sé, no me lo figuro. El capitán lo sabrá a punto fijo.

GANEREAU

No; yo no le quiero decir nada. Ayer, a una pregunta que le hice, me contestó diciéndome que él no tenía necesidad de darme explicaciones.

SIPSON

Es un imbécil. Consulten ustedes con el ingeniero alemán.

PARADOX

No, hombre, dejadlo. Está muy distraído charlando con la americana. Le explicará geología. Es una ciencia muy interesante. (*A Goizueta que está cerca de la burda mirando al mar.*) ¿Qué hay, Goizueta? Usted siempre tan pensativo.

GOIZUETA

Dígales usted a esos señores que se retiren. Vamos a tener mal tiempo.

PARADOX

¿Cree usted...?

GOIZUETA

Antes de media hora, ha caído el primer chubasco.

PARADOX

¿Y usted no piensa retirarse?

GOIZUETA

Yo no; a mí me gusta ver de cerca la tempestad.

PARADOX

A mí también. Le acompañaré a usted.

GOIZUETA

¡Vaya capricho de mojarse!

PARADOX

Si ha de haber tempestad, prefiero presenciarla sobre cubierta que no padecerla en el camarote. Vuelvo en seguida.

Paradox avisa a Thonelgeben y a Ganereau para que indiquen a Dora y a Beatriz la conveniencia de retirarse.

Van entrando todos en las cámaras de popa. Goizueta y Paradox, con su perro, quedan sobre cubierta.

Las nubes comienzan a avanzar y ocultan la luna. Sopla un viento frío, mezclado con llovizna. El tiempo se va cerrando en agua, con truenos y relámpagos; el viento ligero se hace más rudo y se convierte luego en un vendaval furioso, acompañado de una lluvia continua.

El mar toma un aspecto imponente. A veces, sale la luna entre las nubes y se ve el agua blanca y espumosa. Olas como montañas

entran por las bordas, barren la cubierta y vuelven al mar con un estruendo de catarata. Goizueta y Paradox se agarran a dos anillas del puente, y, calados, contemplan la tempestad.

GOIZUETA

Este capitán no sabe lo que se hace. Ha perdido la cabeza. *(A un marinero que corre a clavar la escotilla.)* ¿Por qué no tomamos hacia alta mar?

EL MARINERO

No hay modo de enderezar el rumbo.

Un monte de agua, reventando sobre popa, sube por el puente y sale por la proa, arrastrando una porción de objetos, que no se distinguen en la oscuridad de la noche. La obra muerta chasquea y cruje; las olas caen de través, una tras otra, como golpes de ariete, sobre la cubierta. El barco se balancea de un modo violento y terrible.

GOIZUETA

¿Pero ese timonel qué hace? ¿En qué está pensando?
Paradox se separa un momento y mira hacia el puente.

PARADOX

No hay nadie ahí arriba.

GOIZUETA

¿No?

PARADOX

No.

THADY BRAY. *que viene corriendo.*

Una ola se ha llevado al capitán.

GOIZUETA

Avisadle al teniente.

THADY BRAY

El teniente está borracho.

GOIZUETA

Entonces vamos nosotros al timón.

Goizueta, Paradox y Thady Bray, con el agua hasta las rodillas, llegan hasta la escalera del puente y van subiendo con gran trabajo.

Durante horas y horas, siguen los tres en el puente.

Comienza a amanecer; nubarrones rojizos aparecen en el cielo; el viento se calma un tanto; la niebla va tomando un color blanquecino; luego comienza a hacerse transparente y se ve el mar, que sigue encrespado, con grandes olas espumosas.

GOIZUETA

Aprenda usted, para que pueda sustituirme.

PARADOX

Ya veo lo que usted hace.

GOIZUETA

Las olas que vienen de través son las peores; la ola hay que tenerla delante o atrás, nunca a los lados. La mejor manera de pasarlas es cortarlas por derecho. Vea usted cómo vienen.

PARADOX

Esta es tremenda.

GOIZUETA

Hay que orzar más, ¡más aún!, que no nos coja de lado... así.

El barco se levanta de proa hasta mirar con el bauprés al cielo, y luego se hunde en el abismo. El agua rebasa por las bordas con un estrépito de torrente.

PARADOX

¿Y hay que conservar la brújula en esa dirección?

GOIZUETA

A poder ser, sí. Casi siempre pasan tres olas fuertes; luego viene un momento de calma y, entonces, se debe virar. ¿Se atreve usted a quedarse solo?

PARADOX

Sí; venga el timón.

GOIZUETA

Ojo a la brújula y cortarlas siempre en derecho. Vamos a ver qué le pasa al teniente y si hay algo que comer por abajo.

PARADOX

De paso, tranquilicen ustedes a las mujeres.

GOIZUETA

Ya lo haremos.

Bajan Goizueta y Thady Bray del puente. Paradox, queda solo con Yock, que sacude a cada paso sus lanas mojadas.

El viento le ha llevado el sombrero a Paradox, y se ata el pañuelo a la cabeza. La lluvia, pulverizada por las ráfagas de aire, le cala la ropa.

PARADOX, *agarrado a la rueda del timón.*

¡Quién te había de decir a ti, pobre hombre dedicado a las ciencias naturales y a la especulación filosófica, que habías de luchar tú solo con el mar inmenso, hasta dominarlo y vencerlo, por lo menos, durante un instante!

EL VIENTO

Hu... hu... hu... Yo soy el látigo de estas grandes y oscuras olas que corren sobre el mar. Yo las azoto, las empujo hasta el cielo, las hundo hasta el abismo... Hu... hu... hu...

EL MAR

Yo no tengo albedrío; no tengo voluntad; soy masa inerte, soy la fuerza ciega, la Fatalidad que salva o condena, que crea o que destruye.

EL VIENTO

Mis cóleras son sus cóleras; mis mandatos sus furias.

EL MAR

Esta ola que embiste como un toro furioso, que golpea como un ariete, que salta, que rompe, que deshace, no ansía el daño, no busca la destrucción; ayer brillaba en perlas en las flores al amanecer, en el campo. Corrió luego por río, fue nube roja en el crepúsculo esplendoroso de una tarde y, hoy, es ola y mañana volverá a ser lo que fue, rodando por el círculo eterno de la eterna sustancia...

PARADOX

Sí, todo cambia, todo se transforma en los límites del Espacio y del Tiempo, y todo, sin embargo, sigue siendo igual y lo mismo... No me asustas, tempestad, por más que brames; no eres más que un aspecto, y un aspecto insignificante del mundo de los fenómenos.

YOCK

No hay otro hombre como mi amo. No le asusta ni el mar tempestuoso ni el terrible huracán; en vez de quejarse contra el destino, discurre sobre la esencia de las cosas. ¡Hombre admirable; eres casi digno de ser perro!...

Pasan así durante más de una hora, Paradox y Yock. En esto, sube Goizueta al puente.

GOIZUETA

Aquí le traigo a usted un poco de galleta y de ron.

PARADOX, *sorprendido.*

¡Ah! ¿es usted?

GOIZUETA

No hay que olvidarse, mirando a las olas, de que hay que comer y beber. Conviene tener fuerzas.

PARADOX

¿Y abajo, qué ocurre?

GOIZUETA

Un escándalo. Una cosa repugnante. Los marineros están borrachos; los otros mareados y locos de miedo.

PARADOX

¿Tan poca filosofía tienen?

GOIZUETA

¿Y usted cree que la filosofía quita el miedo?

PARADOX

¡No lo ha de quitar! El miedo no es más que un aspecto de la ignorancia. Ignorar es el principio de temer.

GOIZUETA

Es posible.

PARADOX

Es seguro.

Comen y beben los dos y se sustituyen en la rueda del timón.

PARADOX

¿Y el grumete?

GOIZUETA

Ha ido a abajo, a las calderas. Es un chico templado.

En esto, el palo mayor cruje, se rompe, y queda colgando, torcido, sujeto por el cordaje.

Goizueta sube por la escala con el cuchillo en la boca, corta las cuerdas rápidamente y el palo cae al mar, donde desaparece. A medida que el día avanza, comienza a subir la bruma y se va viendo a lo lejos, a intervalos, entre las masas de niebla que corren a impulsos del huracán, una costa bravía de arrecifes sobre la que saltan montañas de espuma.

PARADOX

¿Y no se podrá desembarcar ahí?

GOIZUETA

¿En dónde?... Es imposible.

Calma un poco el viento.

PARADOX

Esto parece que se arregla.

GOIZUETA

Creo que no.

PARADOX

Pues ahora el barco no cabecea.

GOIZUETA

Caprichos. Los barcos tienen sus locuras, como las mujeres... Al medio día el tiempo estará peor.

A pesar de la opinión de Goizueta, el mar llega a calmarse algo, y Paradox baja del puente y entra en las cámaras de popa.

PARADOX

Vamos, señores; ya empieza a pasar el peligro.

DORA

¡Ay, yo me muero!

BEATRIZ

Yo me encuentro muy mala.

PIPERAZZINI

Estoy malísimo.

MINGOTE, *con voz mortecina.*

¡Don Pelayo! ¡Don Pelayo!

DON PELAYO

¿Qué?

MINGOTE

Soy el más desgraciado de los hombres.

DON PELAYO

¿Y los demás no?

MINGOTE

Usted recogerá mi último suspiro.

DON PELAYO, *furioso.*

¿Para qué quiero yo su último suspiro? ¿O es que cree usted que hago colección?

PARADOX

Salgan ustedes un momento a respirar; esto les hará bien.

Todos los viajeros aparecen sobre cubierta y comienzan a andar de un lado a otro, a pesar de los balanceos del barco.

DIZ., *con una palidez sepulcral.*

¡Esto ha sido una traición!

PARADOX

¿Por qué?

DIZ

Porque sí. Me han tenido aquí encerrado con las mujeres. He intentado salir y no he podido. Si se hubiese usted ahogado me alegraría, porque es usted un imbécil, un farsante, que viene aquí a echárselas de héroe.

PARADOX

¡Don Avelino!

DIZ

¿Qué?... He dicho que es usted un imbécil y lo sostengo; he dicho que me hubicra alegrado de verle a usted en el agua, y lo sostengo también.

PARADOX

Pero mientras tanto, usted no se puede sostener. ¿Qué quiere usted que hiciera? Cuando le cuente a usted lo que ha pasado, comprenderá usted que no le he podido avisar.

Diz se calla iracundo. Los demás viajeros respiran con delicia el aire del mar. Al anoecer, vuelve de nuevo a soplar el viento y a llover de una manera persistente.

VIII
NUEVO CAPITÁN

Por la noche, en la cámara de popa. El viento ha calmado; la mar sigue gruesa, aunque un poco más tranquila que por el día.

PARADOX

Señores: nos encontramos en una situación grave. La noche pasada, un golpe de mar arrancó del puente al capitán Jenkins y lo hizo desaparecer entre las olas. Goizueta se encargó del timón; se mandó al grumete que avisara al teniente Duncan y el teniente estaba borracho, y casi toda la marinería con él; y, no es eso sólo, sino que ahora mismo, excepto los maquinistas, los demás siguen borrachos. ¿Qué hacemos? ¿Vamos a permitir que se encargue del mando de la «Cornucopia» un hombre como Duncan, que en otro momento de peligro pueda hacer lo mismo que ha hecho hoy?

TODOS

No.

PARADOX

Entonces, hay que nombrar otro capitán. Yo propongo que lo sea Goizueta, que es el que nos ha salvado de un peligro inminente.

TODOS

Sí, sí. Que sea él el capitán.

PARADOX

Entonces, ¿queda nombrado capitán Goizueta?

TODOS

Sí.

PARADOX

¿Por unanimidad?

TODOS

Sí.

PARADOX

Capitán, puede usted mandar; le obedeceremos.

GOIZUETA

Bueno. Hardibrás, coja usted el farol. Ustedes, Thonelgeben, Sipsón, Ganereau, Hachi Omar, vengan ustedes conmigo; Thady Bray quedará en el puente.

Los cuatro hombres siguen a Goizueta y a Hardibrás, los cuales entran en la cámara del capitán. Goizueta entrega a cada uno un machete y un revólver.

GOIZUETA

Ahora, vamos a proa.

Recorren el barco. Al acercarse a la cámara de los marineros, se oyen canciones y gritos. Goizueta empuja con el hombro la puerta, la abre, y entra. Los demás pasan tras él.

GOIZUETA

Al piloto prendedle. Está bien. Ahora, atadle las manos.
Eso es.

EL PILOTO, *tartamudeando*.

¿Es que ha caído el barco en poder de los piratas?

GOIZUETA

El pirata eres tú, granuja. El capitán ha muerto y yo he sido nombrado en su lugar. Tú Cooper; tú, Allen (*dirigiéndose a dos marineros*), trincadle al piloto y ponedle en la barra (*a los demás*). Vosotros a vuestros puestos, si no queréis que os mate a palos. Hachi Omar y Ganereau verán si estos dos hombres ponen en la barra al piloto. Si no lo hacen, fuego sobre ellos.

Hachi Omar y Ganereau escoltan a los dos marineros y al piloto. Goizueta, acompañado por Thonelgeben y Sipson, bajan a las calderas.

GOIZUETA, *a los dos maquinistas*.

El capitán Jenkins ha muerto; como el piloto no ha cumplido con su deber, he sido nombrado capitán de la «Cornucopia». Desde hoy, hasta que desembarquemos, mando yo, ya lo sabéis.

ROSE

Está bien, capitán.

GOIZUETA

¿Cuánto carbón queda aún?

ROSE

Para un par de días a lo más. El pañol está casi vacío.

GOIZUETA

Bueno, vamos a arriba. (*Suben todos sobre cubierta.*) ¡Cooper, Allen!

COOPER

Capitán.

GOIZUETA

¿Está amarrado el piloto?

COOPER

Sí.

GOIZUETA

Bien. Ahora llenad una botella grande de aguardiente y llevadla para las mujeres a la cámara de popa.

COOPER

¿Y luego?

GOIZUETA

Lucgo, delante de mí, ahora mismo si no, coged los dos barriles y tiradlos al mar.

Los dos marineros cumplen la orden.

GOIZUETA

Ustedes, pasen a mi cuarto. *Entran los cinco hombres. Harbidrás deja el farol sobre la mesa.*

Tengo que decirles francamente que no sé lo bastante para esto. Yo he sido marinero; pero, de marinero a capitán, hay mucha distancia. Yo no sé dónde estamos. Hemos debido de andar más de doscientas millas de ayer a hoy. ¿Qué rumbo tomamos?

PARADOX

Sigamos con el rumbo anterior. Mañana si clarea, podremos orientarnos. Si no, tendremos que cambiar de dirección, aunque creó que encontraremos un trasatlántico al paso.

GOIZUETA

Bueno. Ahora una advertencia. Si ven que tomo alguna determinación que les parezca mal, no quiero que me lo digan delante de todos, sino aquí, a solas.

HARDIBRÁS

Usted manda y nosotros obedeceremos. El que manda no hace nada mal.

PARADOX

Es una teoría.

SIPSON

Que no hay necesidad de discutir, por ahora. Lo que ha dicho Goizueta está bien.

IX
A CAZA DEL BOTE

Una semana después, al anochecer. Sigue la niebla. En la «Cornucopia» ya no queda carbón, está desmantelado el barco y marcha a la deriva. Todas las noches, cuando pueden echan el ancla. La insubordinación sigue latente entre la marinera. Hay dos grupos: el capitaneado por Duncan y el de Goizueta. Los partidarios de éste lo forman la mayoría de los pasajeros. Todos los amigos de Goizueta duermen en la cámara de popa, donde han trasladado las armas y provisiones. Continuamente hacen guardia en el interior los dos centinelas arma al brazo.

GOIZUETA

Tenemos una suerte endiablada. Pasan días y días y esta maldita niebla no desaparece, no se encuentra un barco ni nada, y quizá hayamos pasado cerca de algún trasatlántico.

PARADOX

¿Dónde cree usted que estamos?

GOIZUETA

No sé. La corriente nos arrastra. Vamos a la deriva, mejor dicho, a la buena de Dios. *(A un marinero.)* ¿Se ha echado el ancla?

EL MARINERO

Sí.

GOIZUETA

¿Quién queda de guardia en el puente?

EL MARINERO

Goodvin.

GOIZUETA

Está bien.

El capitán entra en la cámara de popa y se echa a dormir. Hachi Omar y Piperazzini hacen la guardia en el interior de la cámara. El capitán duerme cuando al amanecer, alguien le despierta.

GOIZUETA

¿Qué hay? ¿Qué pasa?

HACHI

Capitán.

GOIZUETA

Pero ¿qué sucede?

HACHI

Que se van en el bote.

GOIZUETA

¿Quiénes?

HACHI

El piloto y los demás marineros. Con ellos han marchado miss Pich, Ferragut, el español gordo y el chiquito.

Goizueta sale a cubierta y se asoma por la borda. Se oye ruido rítmico de los remos, que se va alejando en el silencio de la noche.

GOIZUETA

¡Buen viaje! *(Al moro.)* No debe tardar mucho en amanecer.

HACHI

No, seguramente.

Goizueta pasea de arriba a abajo por la cubierta de la «Cornucopia». Una hora después comienza a clarear; la niebla espesa va y viene con los embates del viento, toma un color blanquecino; luego, del lado de tierra, aparece un resplandor rojizo, y se ve a lo lejos, con vaguedad, una costa baja de arena, con arrecifes que parecen monstruos marinos, en donde revientan las olas levantando nubes de espuma.

GOIZUETA

¿Habrán abandonado el bote esos granujas?

HACHI

No se les ve.

GOIZUETA, *con el antejo.*

Sí, allí están. Lo han dejado en la arena. Vamos a ver qué profundidad hay aquí. Trae la sonda. *(Hachi Omar viene con la sonda, y Goizueta sondea.)* Hay cinco brazas. A poca distancia, un nadador, encontrará fondo. ¿Tú sabes si alguno de los nuestros sabe nadar bien?

HACHI

Sí; el señor Sipson y Thady Bray.

GOIZUETA

Despiértalos. Vamos a ver si recuperamos el bote. (*Solo; mirando con el antejo.*) No se ve a nadie. Han debido hundir la lancha en la arena.

HACHI

Ahora vienen Sipson y Thady.

GOIZUETA

¿No hay unos salvavidas?

HACHI

Sí.

GOIZUETA

Tráelos.

SIPSON, *saliendo a cubierta.*

¿Qué pasa?

GOIZUETA

Esos granujas de marineros que han cogido el bote y se han marchado.

SIPSON

Buen provecho. Los moros les cortarán la cabeza.

GOIZUETA

He pensado que debemos intentar coger el bote.

SIPSON

¿Cómo?

!

GOIZUETA

A nado.

SIPSON

Está un poco lejos para ir y volver.

GOIZUETA

Pondremos dos boyas en el camino. Atad estas cuatro cubas dos a dos.

Hachi Omar y Thady Bray hacen lo mandado.

THADY BRAY

¿Y ahora?

GOIZUETA

Coged cada uno un cinturón de salvavidas y vamos a echar las cubas al agua. Nosotros, el señor Sipson y yo, iremos a la playa a ver si cogemos el bote; tú, Thady, irás empujando las dos barricas en dirección a la playa y Hachi Omar llevará las otras dos un poco más lejos. La cuestión es, que en el caso de que no podamos llegar y coger el bote, tengamos a la vuelta un sitio de descanso.

SIPSON

Una advertencia. Creo que debemos despertar a los compañeros.

GOIZUETA

¿Para qué?

SIPSON

Si no llegamos a apoderarnos del bote pueden perseguirnos. En ese caso, no estaría de más que desde aquí se les hiciera fuego.

GOIZUETA

Tiene usted razón. Llamemos a los otros.

Van saliendo Paradox, Thonelgeben, Diz, Hardibrás y Piperazzini. Hachi Omar les explica el proyecto. Goizueta, Sipson y Thady Bray echan las barricadas por la borda y en seguida se lanzan ellos al mar.

PARADOX

Pero esto es un disparate. Es un proyecto descabellado. Desde aquí no estamos a tiro. Los van a coger. La distancia es mayor de lo que ellos se figuran.

DIZ

Afortunadamente no hay nadie en la playa.

Se ve a Sipson y a Goizueta que nadan vigorosamente en dirección de la costa y a Thady Bray, y luego al moro, empujando con esfuerzo las barricadas.

Goizueta y Sipson, mientras van nadando.

GOIZUETA

Me canso. Me he hecho la ilusión de tener más fuerza que la que tengo.

SIPSON

Apóyese usted en mí un momento. Ya pronto daremos fondo.

GOIZUETA

Hay más distancia de lo que yo creía.

SIPSON

No hay que apurarse; dentro de cinco minutos estaremos en la playa.

GOIZUETA

Es que no sé si tendré fuerzas para sostenerme cinco minutos.

SIPSON

Sí, hombre; sí.

GOIZUETA

Lo dudo.

SIPSON

Descanse usted otra vez.

Siguen nadando hasta que Sipson se pone de pie en el fondo y saca la cabeza.

GOIZUETA

¿Ya?

SIPSON

Sí.

GOIZUETA

Gracias a Dios. Creí que no llegaba.

Van saltando entre las olas, por la playa, que es un arenal llano, sin piedras, hasta salir fuera del agua. El bote está hundido en la arena con la proa mirando a la costa. Se ve que lo han dejado tal como quedó al embarrancar.

SIPSON

Nos hemos fastidiado.

GOIZUETA

¿Por qué?

SIPSON

Está bajando la marea y el bote queda en seco.

GOIZUETA

Es verdad.

SIPSON

¿Podremos arrastrarlo hasta el mar?

GOIZUETA

¿Qué sé yo!

SIPSON

No hay otro recurso.

Empujan los dos la lancha y no logran moverla.

GOIZUETA

Habrá que apalancar con los remos. Hágalo usted; yo iré quitando la arena por delante.

SIPSON, *forcejeando.*

¿Avanza?

GOIZUETA

Sí, pero muy poco.

SIPSON

Pongamos la parte redonda de un remo debajo del bote para que sirva de rodillo.

Goizueta rompe un remo y coloca su parte cilíndrica debajo de la quilla. Empujan después los dos y arrastran la lancha unos metros, vuelven a hacer la misma operación una vez y varias y se quedan fatigados.

GOIZUETA

Avanza poco y el mar corre más que nosotros.

SIPSON

¡Si esperáramos la pleamar!

GOIZUETA

¿Y si vienen éstos mientras tanto?

SIPSON

¿Qué quiere usted que hagamos entonces?

GOIZUETA

No sé. Creo que hemos hecho una tontería.

SIPSON

Ahora no es cuestión de lamentarse. Descansemos.

Permanecen algún tiempo sentados en la arena, mirando a la costa, dispuestos a huir.

SIPSON, *alarmado.*

¿Quiénes vienen nadando hacia aquí?

GOIZUETA

No veo a nadie.

SIPSON

Sí, allí, ¿no ve usted?

GOIZUETA

Son dos hombres.

SIPSON

Uno de ellos es el moro.

GOIZUETA

¿Hachi Omar?

SIPSON

Sí.

GOIZUETA

Es verdad. El otro parece Thady Bray. ¿Qué pasará?

SIPSON

¿Qué ha de pasar? ¿Que vienen a ayudarnos!

GOIZUETA

¡Valientes! Y el chico nada como un delfín.

SIPSON

Quizás hayan visto algo. Empujemos.

GOIZUETA

Vamos allá.

Arrastran unos metros la embarcación. Aparecen Thady Bray y Hachi Omar entre las olas.

THADY BRAY

¡Eh, eh! ¡Que vienen éstos!

HACHI

¡Que están ahí!

Se reúnen los cuatro alrededor del bote.

SIPSON

¡Vamos, un esfuerzo!

Empujan la lancha, que se desliza por la arena. Se oyen disparos.

GOIZUETA

Estamos perdidos.

SIPSON

¿Quién puede ser? Esos no tienen armas.

HACHI

¡Si son de la «Cornucopia»!

GOIZUETA

Imposible. No están a tiro.

THADY BRAY

Pues mire usted. Avanza hacia aquí a todo vapor.

HACHI

Y éstos huyen.

SIPSON

¡Vamos, un empujón más!

Arrastran la barca hasta hacerla entrar en el mar y, cuando les llega el agua al pecho, van saltando al bote.

SIPSON

¡Hurra!

TODOS

¡Hurra!

Se acercan a la «Cornucopia», que sigue echando humo por la chimenea. En el puente, Paradox, agarrado a la rueda del timón, dirige el barco. En la cubierta, los hombres y las mujeres, armados de fusiles, miran a la costa.

GOIZUETA

Ese demonio de Paradox nos ha salvado la vida. Se le habrá ocurrido alguna cosa estrambótica para hacer andar el barco.

SIPSON

Está magnífico sobre el puente.

Suben los cuatro, medio desnudos, a la «Cornucopia», y salen poco después vestidos y arreglados.

GOIZUETA, a Paradox.

¿Pero dónde ha encontrado usted carbón?

PARADOX

He quemado todo lo que se me ha puesto por delante. Desde que han partido ustedes me he figurado que el proyecto suyo era peligroso, y entre Diz y yo hemos llenado el fogón de tablas y de maderas. Hubiésemos quemado todo el barco.

SIPSON

¡Gracias, muchas gracias! Nos han salvado ustedes la vida.

GOIZUETA

Es verdad.

PARADOX

¡Bah! Si seguimos así, pronto les tocará a ustedes el desquite.

X
EL DESEMBARCO

Es de noche. El cielo está oscuro; el mar, borrascoso. Diz de la Iglesia pasea por el puente, haciendo la guardia. La «Cornucopia» está anclada a unas cuantas millas de la costa. El viento ha refrescado.

DIZ

¿Tendremos otra tempestad? Sería un ensañamiento de la suerte; llueve y relampaguea. El tiempo toma mal cariz. *Van sucediéndose ráfagas de viento, cada vez más impetuosas. Se oye a lo lejos el sonar de los truenos.* Scría cosa de avisar al capitán; aunque quizá no tenga esto importancia alguna. Pero la lobreguez de la noche espanta. *De tiempo en tiempo se siente el golpe que da la amarra del ancla al distenderse. De pronto, el golpe cesa.* ¡Qué bamboleos! ¡Qué barbaridad! Cualquiera diría que el barco se mueve. Es una ilusión; sí, es una ilusión, sin duda, pero creo que sería conveniente avisar al capitán. *Entrando en la cámara de popa.* ¡Goizueta! ¡Goizueta!

GOIZUETA

¿Qué pasa?

DIZ

Que el tiempo presenta muy mal aspecto.

GOIZUETA

¡Bah! Estas borrascas del trópico son como los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van.

DIZ

Sin embargo, creo que convendría que subiera usted por si hay que hacer algo.

Salen Goizueta y Diz sobre cubierta. El viento silba con violencia.

GOIZUETA

Mala señal. Las olas no vienen del lado del viento. ¿Pero qué pasa? ¡Navegamos! La amarra del ancla se ha debido romper. *Corre y retira la amarra, con el ancla rota. Las uñas, parte de la caña y el cepo, han quedado en el fondo.* No, lo que se ha roto es el ancla. Despierte usted a todos. Estamos cerca de tierra; vamos a encallar.

Goizueta sube al puente, mientras Diz de la Iglesia entra en la cámara a llamar a todo el mundo. El pánico es terrible. Despertados bruscamente, nadie se da cuenta de lo que pasa. Le piden explicaciones a Diz. En esto, se siente un golpe ligero del timón en la arena; luego, una conmoción, tan brusca, tan fuerte, que hace cruzir el barco. La goleta queda varada en un bajo de piedras. Una ola le empuja por un lado; la embarcación se mantiene un momento en equilibrio inestable; pero un nuevo golpe de mar, atacándole por el flanco, le hace tumbarse y queda tendida sobre el arrecife. El suceso pone a todos en la mayor consternación. Ya no se pregunta qué ocurre, lo han comprendido al instante. Salen sobre cubierta. El buque se va llenado de agua.

GOIZUETA

Tranquilidad, señores. El peligro no es grande. Vamos a desembarcar. La costa está cerca. Creo que tenemos tiempo para hacer las cosas despacio y bien. A ver, cuatro hombres, que bajen el bote y lleven a las mujeres a la costa. Que se quede uno con ellas y que vuelva el bote aquí. ¡Pronto!

A la luz de antorchas embreadas, echan el bote al agua, bajan las tres mujeres, y con ellas Thady Bray, Ganereau, Sipsón y Thonelgeben.

El bote se larga y desaparece en la oscuridad.

Los que quedan en la «Cornucopia» toman palos y tablas; los atan fuertemente y van clavando maderas y puertas, que arrancan de los camarotes. Echan la balsa al agua, la amarran, y Paradox se encarga de cuidar de que no golpee contra la embarcación. Luego atan a la balsa barriles vacíos. Se saca a cubierta la pólvora, armas y provisiones, que se echarían a perder si se mojaran, y esperan todos, silenciosos, que vuelva el bote, en el castillo de popa. De cuando en cuando, alguna ola furiosa choca con los escollos y contra el barco y salta una nube de espuma por encima de él.

PARADOX

¿Y estos golpes furiosos del mar, que revientan sobre el buque, no podrán llegar a desbaratarlo?

GOIZUETA

No; creo que no.

Llega la luz del día, tan ansiada. Se dibuja entre la niebla la línea de la costa. Enfrente, a una legua de distancia, aparece una línea de arrecifes y una isla pequeña en la desembocadura de un río. Bandadas de gaviotas pasan chillando. Se ve acercarse el bote, que viene ya de vuelta.

SIPSON, desde el bote.

Las mujeres y Ganereau han quedado allí. La isla parece deshabitada; tiene agua y una ensenada al abrigo de los temporales.

GOIZUETA

Vamos a terminar la balsa. Llevemos lo más necesario, y si mañana el mar está tranquilo, volveremos de nuevo.

Trabajan todos en la construcción de la balsa y van sacando de los camarotes lo que cada cual conceptúa como más útil.

GOIZUETA

¿Está todo? No hay que cargar demasiado.

PARADOX

Debe haber una tienda de campaña. Hay que llevarla.

GOIZUETA

Está bien; dentro de un momento comenzará a subir la marea y hay que largarse. Si falta algo, dejémoslo para mañana.

Siguen trabajando hasta que Goizueta da la orden de partida. Entran en el bote y van remolcando la balsa, que avanza muy despacio. Rebasan la primera línea de arrecifes y, siguiendo las indicaciones de Thady Bray, entran por un canal de bastante fondo. Al acercarse a la isla, la marea les lleva a un sitio lejano de donde han desembarcado por la mañana. Hacen redoblados esfuerzos para no dejarse arrastrar por la corriente y pueden atracar en una playa de arena, sembrada de grandes rocas. Sujetan la balsa con amarras y van desembarcando armas, víveres, municiones y otra porción de objetos. Paradox coloca la tienda de campaña. Ganereau y las mujeres han encendido una gran hoguera y han tratado agua. Cenán galletas, queso y té. Se secan la

ropa al fuego y, al centinela, que se releva para vigilar y cuidar de la lumbre.

XI
EN TIERRA

Está amaneciendo. Dora, Beatriz y la Mome Fromage calientan agua en una gran tetera; los demás hablan alrededor del fuego.

SIPSON

Creo que es conveniente hacer el resumen de nuestra situación. Estamos en África. ¿En qué latitud?... No lo sabemos; pero lo probable es que el punto en donde nos encontramos esté en la costa de Guinea. No quedan víveres más que para unos días.

BEPP0

Hay dos sacos de arroz.

SIPSON

Todo eso lo consumiremos pronto, y entonces lo más probable es que el hambre nos obligue a internarnos en el continente. Tendremos que sufrir grandes contrariedades; y como la desgracia desune, es posible que cada uno quiera tirar por su lado, lo cual sería un grave inconveniente para la salvación de todos. Propongo, pues, que se nombre un jefe.

TODOS

Aceptado.

PARADOX

Goizueta ha sido nuestro capitán en el mar; ¿por qué no ha de serlo también en tierra?

SIPSON

Yo propongo al señor Paradox.

THONELGEBEN

Me parece el mejor.

TODOS

Aceptado, aceptado.

PARADOX

No, yo no.

GOIZUETA

No tiene usted más remedio que aceptar.

PARADOX

Entonces, acepto.

DIZ, *por lo bajo.*

¡Farsante! ¡No quiere más que darse tono!

PARADOX

Puesto que me asignan ustedes un papel tan importante, trataré de salvar, como mejor pueda, los intereses comunes.

SIPSON

Usted dispone lo que tengamos que hacer ya desde hoy.

PARADOX

Lo primero que vamos a hacer es construir una balsa sólida y sacar todo lo que podamos de la «Cornucopia».

DIZ

¿Y no sería mejor...?

PARADOX

No, no sería mejor, don Avelino. Creo que la «Cornucopia» se va a desbaratar muy pronto; ¿no le parece a usted, Goizueta?

GOIZUETA

Es muy probable que antes de una semana no le quede ni un madero.

PARADOX

Vamos, señores.

BEATRIZ, *sirviendo el té.*

¿Tienen ustedes suerte. Hay tazas para todos; no se pueden ustedes quejar.

Van tomando el té.

PARADOX

¿Estamos?

SIPSON

Sí

PARADOX, *a las mujeres.*

Ustedes, mientras nosotros hacemos la balsa, se dedican a secar los fusiles y las armas por si les ha atacado la humedad.

DORA

Muy bien, señor Paradox.

PARADOX

Hardibrás y Beppo les harán compañía.

HARDIBRÁS

A la orden, mi capitán.

PARADOX

Puede usted dedicarse a pescar, señor Hardibrás, mientras Beppo hace la comida. Es un entretenimiento muy filosófico.

BEPPPO

¡Hacer la comida! ¿Con qué, señores, si no hay más que arroz y queso...?

PARADOX

¿Y le parece a usted poco un alimento tan completo que tiene una gran cantidad de nitrógeno?

SIPSON

Una advertencia a las señoras. Como el desembarcadero no está cerca y, en el caso de que gritaran ustedes, no les oíríamos, la bandera de la «Cornucopia» está aquí; si nos necesitan, la tremolan en el aire. Habrá quien tenga cuidado de mirar a cada momento.

DORA

Está muy bien, señor Sipson. ¡Muchas gracias!

Marchan todos y, bajo la dirección de Goizueta, se ponen a trabajar en la balsa hasta darle la suficiente consistencia. Le ponen un palo con un petifogue, y unas veces a impulsos del viento, y otras a remolque de la lancha, llegan a la «Cornucopia».

Arrancan del barco todas las tablas que pueden, forman otra balsa con maderas y barriles, y las dos cargadas vuelven a la isla, a fondear en el desembarcadero.

Al medio día van a la tienda de campaña. Hardíbrás ha encontrado un criadero de ostras. Beppo ha hecho una sopa de arroz. Comen y durante toda la tarde van descargando las dos balsas.

Al día siguiente por la mañana, al levantarse, miran al mar. Del casco de la «Cornucopia» no queda más que el armazón batido por las olas que se cruzan y llevan flotando entre sus espumas trozos de cordajes y de maderas.

SIPSON

Ahora debemos empezar la construcción de la casa. Creo que no nos podemos quejar. Vamos a estar mejor de lo que queremos.

DORA

¿De veras?

PARADOX

Hay hasta cristales. Eso me parece un lujo inútil. Hay agua, comida... Beppo ha encontrado unas bananas que, machacadas, se comen como pan. ¿Qué más se puede desear?

BEATRIZ

La verdad es que, dentro de la desgracia, tenemos suerte.

SIPSON

Yo prefiero estar aquí que no en Europa. Es mucho más divertido.

DIZ

Yo también.

PARADOX

Yo casi lo preferiría, si no pesara sobre mí este cargo que me han conferido ustedes.

DIZ

¡Farsante!

Mientras hablan, dos negros están y escuchan la conversación. Pasa el día. Los náufragos entran en la tienda de campaña y, en este momento, dos grandes canoas que bajan por el río doblan la punta de la isla, entran en el canal y van acercándose con precaución, sin meter ruido alguno, al embarcadero.

Atracan las dos canoas, y de ellas van saliendo negros y más negros armados de lanzas, hachas y azagayas. Uno de los salvajes corta las cuerdas que sostienen la tienda de campaña, que cae sobre los que duermen, envolviéndolos en los pliegues de la tela.

TODOS

Pero, ¿qué hay? ¿Qué pasa?

LOS NEGROS

¡Masinké! ¡Masinké!

Los van prendiendo uno a uno, atándoles las manos y llevándolos a sus canoas. Yock y Dan, el perro danés de Sipson, les siguen.

SEGUNDA PARTE

I

EL PRIMER MINISTRO

En la ciudad de Bu-Tata, capital del reino de Uganda, que es un conjunto de aduares formado por cabañas y cuevas pobrísimas, a orillas de un ancho río que se despeña en grandes cascadas. En un corral cercado por una valla están todos los náufragos.

LOS NEGROS, *alrededor, a coro.*

¡Ron!... ¡Ron!

GOIZUETA

¡Granujas! ¡Ya os daría yo ron con una buena estaca!...

BEATRIZ

¿Nos matarán, papá?

GANEREAU

No, hija mía; no.

PARADOX

¿Qué clase de negros son éstos?

GOIZUETA

Una clase bastante fea.

THONELGEBEN

Son mandingos; una raza poco inteligente y muy cruel. Venden sus mujeres y sus chicos por cualquier cosa.

PARADOX

¿Qué ángulo facial cree usted que tendrán?

THONELGEBEN

No sé. Es un punto que no me preocupa, señor Paradox.

Se produce en la masa de negros un movimiento de curiosidad, y se ve aparecer sobre las cabezas, en un palanquín dorado, un negrazo con sombrero de tres picos, levita azul con charrateras y sin zapatos.

El personaje desciende arrogantemente del palanquín y entra en el vallado, en donde están los náufragos prisioneros, seguidos de su comitiva.

EL MINISTRO FUNANGUÉ

¡Ron! ¡Ron!

GOIZUETA

No hay ron.

Funangué frunce el ceño. Paradox, para apaciguarle, le ofrece su reloj.

FUNANGUÉ

Yo no querer tu animal; morirse en mis manos.

PARADOX

No morirse, no. Todos los días darle vida así.

Funangué sonríe, dándole vueltas al reloj.

FUNANGUÉ

¿Sois ingleses?

PARADOX

Sí.

FUNANGUÉ

¿Tenéis huesos?

PARADOX

Sí. Muchos. Sólo en la cabeza tenemos el frontal, los dos parietales, los dos temporales, el occipital...

FUNANGUÉ

¿Y sois blancos por todo el cuerpo?

PARADOX

Por todas partes. Esto depende de que los corpúsculos de Malpighio...

FUNANGUÉ, *indicando el reloj.*

¿Tu animal es para mí?

PARADOX

Sí.

FUNANGUÉ

Gracias; muchas gracias. *Agarrando a uno de su escolta de la oreja y dirigiéndose a Paradox.* Toma este otro animal para ti. Sabe un poco de inglés.

El caballero Piperazzini saca un terrón de azúcar del bolsillo y se lo ofrece al primer ministro. El hombre, lo prueba; luego lo come y se relame después.

FUNANGUÉ

¿No tenéis ron, de veras?

SIPSON

No; aquí no. Pero lo sabemos hacer.

FUNANGUÉ

¿En cuánto tiempo lo podéis hacer?

SIPSON

En siete u ocho días.

FUNANGUÉ

Yo pensaba mataros, pero esperaré a que hagáis el ron.

SIPSON

Te advierto que necesitamos instrumentos que se han quedado en el sitio donde estábamos.

FUNANGUÉ

Se irá a buscarlos y os los traerán.

SIPSON

Nadie los conoce más que nosotros.

FUNANGUÉ

Entonces pediré permiso al rey para que os deje marchar. Bagú, el Gran Mago, ha dicho que es necesario mataros para apaciguar a la Luna, pero esperaremos.

SIPSON

Harás bien. La luna esperará también sin impacientarse. Te daremos ron; te daremos oro; te daremos telas bonitas, todo será para ti.

FUNANGUÉ

¿Todo para mí?

SIPSON

Todo.

FUNANGUÉ

Hasta mañana.

El primer ministro sale del vallado, sube al palanquín poniendo el pie en la espalda de un negro y se aleja.

GOIZUETA, *contemplando al negro regalado por el ministro.*

Y este charo se ha quedado aquí. ¿Qué hacemos con él?

PARADOX, *al negro.*

¿Y tú, no te vas?

UGÚ

Yo no; yo soy vuestro.

PARADOX

¿Cómo te llamas?

UGÚ

Ugú, que en nuestro idioma quiere decir el bello.

PARADOX

¡Hombre, es interesante! Ugú... que quiere decir el bello... voy a apuntarlo.

SIPSON

¿Y tú crees que nos matarán?

UGÚ

Sí.

SIPSON

¿Y no habrá medio de salvarnos?

UGÚ

Prometedle algo a Bagú, el Mago.

SIPSON

¿Y quién es ese hombre?

UGÚ

Es el mago más sabio de toda Uganga.

SIPSON

¿Y qué hace?

UGÚ

Conoce las treinta y tres maneras de aplacar al Fetiche. Tiene además una calabaza llena de cosas excelentes para contentar a la Luna y unas bolas de estiércol muy eficaces para acertar el porvenir.

PARADOX

¿Y acierta?

UGÚ

Pocas veces.

PARADOX

Vamos... casi nunca.

UGÚ

Es verdad.

PARADOX

¿Pero se sigue creyendo en él?

UGÚ

Es natural; es mago.

SIPSON

¿Y qué vicios tiene ese hombre? ¿Es borracho?

UGÚ

No.

SIPSON

¿Es avaro?

UGÚ

Algo.

PARADOX

Sí, es vicio de magos y de hicrofantas.

SIPSON

¿Es fanático?

UGÚ

Mucho.

SIPSON

¿Es cruel?

UGÚ

Más.

SIPSON

¿Es ambicioso?

UGÚ

Más aún.

SIPSON

¿Le gustan las mujeres?

UGÚ

Quiere casarse con la princesa Mahu, la hija del rey.

SIPSON

¿Y ella le quiere?

UGÚ

No. Ella quiere a Hi-Ji, que es un esclavo de su padre.

PARADOX

¿Quién será este otro pingüinillo que viene por ahí?

II
EL PRIMER SACERDOTE

Se oye el sonido de un tan, tan; después, un estrépito acompañado de cascabeles y de campanillas. Se abre de nuevo la multitud y aparece un negro pintarrajeado de arriba abajo. Lleva un moño lleno de lazos, plumas y adornos de latón; un collar de calaveras de pájaros que le cae sobre el pecho; en la cintura una especie de falda llena de campanillas, y entre los dientes una pipa.

BAGÚ

Yo soy el primer sacerdote de Uganga. Tengo esta calabaza llena de cosas excelentes para aplacar las iras de la Luna y de los Fetiches.

SIPSON, *inclinándose.*

¡Señor, eres un grande hombre!

BAGÚ

Habéis ofendido con vuestra presencia a la Luna; mañana al amanecer se os cortará la cabeza a todos.

SIPSON

Tu sabiduría es grande, señor. Tienes la fuerza del león...

PARADOX

... Y la astucia de la serpiente.

SIPSON

Dígnate escucharme un momento a solas, hombre extraordinario.

BAGÚ

Te escucho. *A los de la comitiva.* Alejaos.

SIPSON

Entre nosotros, señor, hay también un mago. Yo no puedo indicar quién es. Él ha dicho hace un momento: El sabio hechicero Bagú conoce las treinta y tres maneras de aplacar al Fetiche; tiene las mejores bolas, del mejor estiércol, en la mejor calabaza de todas las calabazas posibles; sabe adivinar el porvenir; pero hay una mujer que no le quiere porque el sabio Bagú no conoce la flor que abre los corazones, como yo la conozco.

BAGÚ

¿Y quién de vosotros es el mago?

SIPSON

No lo puedo decir, me está prohibido.

BAGÚ

¿Y no ha dicho más?

SIPSON

Sí, algo más ha indicado; pero no sé si atreverme...

BAGÚ

Habla, habla sin miedo.

SIPSON

Ha dicho también que su vida y la tuya, ¡oh gran mago!, dependen de la misma estrella. Que el día que tú mueras, él morirá; que el día que él muera, tú morirás necesariamente.

BAGÚ

¿Y quién es..., quién es ese hombre?

SIPSON

No puedo responderte. No puedo indicar ni si soy yo, ni si son los demás, ni si es hombre o mujer.

BAGÚ

¿Tú crees que me dará esa flor que abre los corazones?

SIPSON

Sí; te dará algo más.

BAGÚ

¿Qué?

SIPSON

La flor que sirve para hacerse rey.

BAGÚ, *pensativo.*

¿Qué hay que hacer para obtener esa flor?

SIPSON

Nosotros hemos dejado, en el sitio donde nos prendieron, un aparato extraño que indica dónde se cría la planta de esa

flor. Si permites que vayamos allá, antes de poco te entregaremos esa flor, serás dueño del corazón de una mujer y serás rey.

BAGÚ

Está bien; iréis.

Dicho esto, el primer sacerdote de Uganga se aleja de Sipson y se reúne a su gente. Suena de nuevo el tan, tan.

EL VERDUGO

Mañana a la mañana, gran Mago, ¿verdad?

BAGÚ

No; hay que esperar. La Luna lo manda.

PARADOX, *a Sipson.*

¡Hurra! ¡Hurra por la pérfida Albión!

III

NO ESTÁ LA FELICIDAD EN LAS ALTURAS

En el palacio real, que es una barraca hecha con adobes, la princesa Mahu se pasea, completamente desnuda, a lo largo de sus habitaciones. La princesa tiene negros y hermosos ojos. Una gargantilla de corales, unidos con pelo de dromedario, que le da muchas vueltas al cuello. La princesa Mahu da al aire sus tristes lamentos.

LA PRINCESA MAHU

Lejos, lejos de estas vanidades yo quisiera vivir. ¡Ah!, que la suerte es cruel para mí. Mi padre, el gran rey de Uganga, me destina al sabio mago Bagú. Es viejo, es feo, es triste; pero sabe conocer el tiempo y conjurar las enfermedades y los males. En cambio, Hi-Ji todo lo ignora; ¡pero es tan bello!, ¡su color es tan negro!, ¡su nariz es tan chata!... ¡Tiene tantas facultades! ¡Qué feliz sería yo si quisiera robarme y llevarme a su cabaña! Antes, muchas veces soñaba con ser su esposa, soñaba con el placer de guisarle los saltamontes necesarios para la cena, y de amasar para él el pan con las bananas. Ya no hay ilusiones para mí, ya no hay bananas, en este bajo mundo. Lejos, lejos de estas vanidades yo quisiera vivir. Lejos de estos refinamientos; sin taparrabos, sin plumas, sin collares...

BAGÚ, *paseando preocupado y melancólico por el jardín del alcázar.*

No seas cándido, Bagú; la princesa Mahu te engaña. ¡Un mago, un adivino a quien engaña su prometida! ¿Hay cosa más absurda? ¿Pero qué le ha podido entusiasmar de ese gañán? ¿Tiene la nariz agujereada? No. ¿Sabe, como yo, la manera de aplacar al Fetiche? Tampoco. No tiene ciencia ni poder, no tiene más que juventud... ¡pse!... ¡qué minucia! ¡Oh corazón femenino!, ¡cuántos enigmas guardas en tu seno! ¿Qué mago los averiguará? Hay que salvar a esos extranjeros; hay que conservar sus vidas, hasta que me entreguen esa planta que es la llave del amor y de la ambición.

EL REY KIRI, *pensativo.*

... Y es que, en el fondo, soy un hombre sensible; soy un sentimental...

Mis eunucos me traen las mujeres más hermosas del reino, mis cortesanos me ofrecen las suyas; todos me temen, todos tiemblan en mi presencia, todos me adoran y yo me aburro... Y es que, en el fondo, soy un hombre sensible; soy un sentimental.

A veces me entretengo en matar pajarillos con mis flechas; ¡infantil distracción! Cuando esto no me divierte, hago que le corten la cabeza, delante de mí, a alguno de mis criados o alguna de mis mujeres. Y, a pesar de estos amables esparcimientos, me aburro... Y es que, en el fondo, soy un hombre sensible; soy un sentimental.

Mi poeta me dice que soy lo más alto, lo más bello, lo más admirable que hay en la tierra; me dice que mi palacio es el mejor de todos los palacios; que mis camellos son los mejores de todos los camellos; que mis generales son los más expertos de todos los generales; y, a pesar de mi palacio, de mis camellos, de mis generales, de mis nobles y de mis mujeres, mi labio bello se alarga de tristeza y toma proporciones conside-

rables, y me aburro, me aburro soberanamente... Y es que, en el fondo, soy un hombre sensible; soy un sentimental.

IV LA RECEPCIÓN

El rey Kiri, vestido con casaca y botas de montar, está en su trono, en medio de la corte. A su alrededor se congregan los magos, los nobles y los soldados. Las damas de palacio, perfectamente desnudas, con los vientres arrugados y las ubres que les llegan hasta el ombligo, rodean a la princesa Mahu.

EL REY

Que se acerquen esos extranjeros.
Se van presentando todos ante el rey.

FUNANGUÉ

Gran rey, una palabra antes de que pronuncies tu sentencia. Estos insignificantes extranjeros, estos insectos que se atreven a presentarse ante tu trono, son unos insectos sabios e industriosos; conocen un sin fin de secretos importantísimos. Han asegurado que, para ti, ¡oh gran rey!, harán ron; traerán oro y telas bonitas.

EL REY

¿Sí?

FUNANGUÉ

Sí.

EL REY

¿Y si la Luna se incomoda? Bagú ha dicho que la Luna está ofendida con la presencia de estos blancos y que es necesario que mueran.

BAGÚ, *con gran entereza.*

La Luna ha cambiado de opinión... Ahora manda conservar sus vidas.

SIPSON

¡He aquí una luna simpática!

MAHU, *compasivamente.*

Entonces, no hay que matarlos; ¡pobrecillos!

EL REY

¡Y yo que esperaba divertirme! ¿Con qué me voy a entretener? Que me traigan unos cuantos niños y pasará el rato cortándoles la cabeza.

LOS CORTESANOS

¡Eres admirable! ¡Eres sublime! ¡Eres maravilloso!

EL REY, *a Funangué.*

Enséñales a esos débiles insectos sus obligaciones, mientras yo me distraigo un rato con estos pobres niños.

FUNANGUÉ

Voy, gran rey. Miserables extranjeros; viles gusanos; rastrear alimañas; os voy a explicar, en pocas palabras, la admira-

ble constitución de nuestro reino. Oíd y admiraos: en Uganga, todo es del rey; las casas, las tierras, los árboles, los hombres, las mujeres... todo.

PARADOX

Muy buena idea.

SIPSON

Sobre todo, muy original.

FUNANGUÉ

Lo que le sobra el rey es para su madre; luego para sus hijos y sus hermanos; después van tomando parte sus primos, sus tíos, sus criados; luego vengo yo; después de mí, los nobles; luego, los magos y, por último, los soldados.

GANEREAU

¿Y el pueblo?

FUNANGUÉ

El pueblo bastante tiene con la honra de trabajar para que vivan el rey y su familia, yo, los magos, los nobles y los soldados. La Constitución del reino de Uganga es la mejor del mundo.

SIPSON

Sobre todo, para vosotros.

PARADOX

¿Y los nobles, no trabajan?

FUNANGUÉ

No; son criaturas demasiado perfectas para comprometer su honor en viles menesteres. Ellos cazan, montan sobre sus camellos, cobran sus rentas...

PARADOX

¿Y qué méritos tienen para vivir así?

FUNANGUÉ

Que son hijos de sus padres.

PARADOX

¿Todos?

FUNANGUÉ

Algunos quizá no lo sean.

PARADOX

¿Los magos no trabajarán tampoco?

FUNANGUÉ

Es natural. Esos se dedican a leer en el libro del porvenir.

PARADOX

¿Y lo leen bien?

FUNANGUÉ

No; la mayoría de las veces se equivocan. En muchas ocasiones pronostican que hará buen tiempo, y suele llover; pero eso no es culpa suya.

PARADOX

Es más bien culpa de las nubes. ¿Y los soldados?

FUNANGUÉ

Los soldados, en tiempo de paz, roban lo que pueden.

PARADOX

¿Y en tiempo de guerra?

FUNANGUÉ

En tiempo de guerra, corren.

PARADOX

Es un buen ejercicio gimnástico.

FUNANGUÉ

La Constitución de Uganga es como ninguna. Ya sabéis, pues, viles gusanos, cuáles son vuestras obligaciones. Trabajad para nosotros, para el rey, para su respetable familia, para los magos, para los nobles y para los soldados. Nosotros os daremos lo bastante para que no os muráis de hambre.

PARADOX

Eres magnánimo, gran señor. Te obedeceremos, trabajaremos con gusto por tu rey, por su señora madre, por su familia, por ti y por las demás tropas que honran este bello país de Uganga. Ahora, danos permiso para ir cuanto antes a la isla en donde nos prendieron y traer lo que dejamos allí; si no, no podremos darte el ron, ni el oro, ni las telas bonitas.

FUNANGUÉ

¿Todos tenéis que ir?

PARADOX

Sí, todos.

FUNANGUÉ

¿No podríais dejar una de las muchachas que os acompañan?

PARADOX

Es imposible.

FUNANGUÉ

¿Y por qué tenéis que ir todos? Queréis escaparos.

PARADOX

No, no lo creas.

FUNANGUÉ

¿Lo juras por la Luna?

PARADOX

Lo juro por la Luna, por el Sol y por todo el sistema planetario.

FUNANGUÉ

A pesar de tus palabras, os irán vigilando.

PARADOX

Está bien; no nos oponemos.

V
POR EL RÍO

Tres grandes canoas bajan por el río. Los remeros cantan el himno de guerra de Uganga, que tantas veces les ha llevado a la victoria y otras tantas a la derrota; y al compás del ruido de los remos y del ritmo de las canciones, las canoas corren como flechas, dejando en la superficie oscura del agua una estela blanca, que va abriendo el remo del timonel. En las tres embarcaciones marcha a proa un hombre con un bichero para apartar los troncos de los árboles con que pueden tropezar en el camino. Las tres canoas van dirigidas por Langa-Rá, el jefe cuyo pecho está adornado con complicados tatuajes.

La parte del río por donde navegan, es de dos millas de ancho, y se extiende por la selva tupida y exuberante. Los prisioneros van en las canoas, vigilados, pero libres en sus movimientos. Todos contemplan el paisaje que se desarrolla ante su vista. El río parece de oro, y a medida que los afluentes desembocan en él, se hace cada vez más turbio. En algunas islas formadas por la maleza, entre las lianas y la hojarasca verdosa, brotan grandes flores de blanca corola y orquídeas de vario color.

Los cocodrilos, inmóviles, duermen en el légamo de las orillas, entre los juncos y los cañaverales; a lo lejos se ven bosques espesos, de grandes árboles, con las ramas y los troncos entrelazados por

lianas y plantas parásitas, y de las selvas impenetrables levantan el vuelo pájaros extraños de encendidos colores, que cruzan despacio el cielo resplandeciente.

THADY BRAY, a Beatriz.

¡Qué tristeza para usted, señorita!

BEATRIZ

¡Oh!, no; ¡qué alegría! Desde que sé que puedo vivir, la vida me parece más hermosa que nunca.

THADY BRAY

Usted, que estará acostumbrada a tantas comodidades.

BEATRIZ

Crea usted que no las echo de menos.

THADY BRAY

¿No?... ¿De veras?

BEATRIZ

Lo puede usted creer.

THADY BRAY

Es usted muy valiente.

BEATRIZ

¿Usted cree que querrán hacernos daño estos salvajes?

THADY BRAY

No; los dominaremos. El señor Paradox ha dicho: que nos dejen vivir solamente, y dentro de unos meses seremos los amos.

BEATRIZ

Sí, eso creo yo también; y, entonces, podremos marcharnos.

THADY BRAY

¿Usted quisiera marcharse pronto de aquí?

BEATRIZ

¡Ya lo creo!

THADY BRAY

Yo me estaría aquí siempre, con tal de que usted...

Beatriz se ruboriza y se calla. Van las embarcaciones impulsadas por la corriente. En la proa, un negro está con un bichero, atento a los grandes troncos que flotan en el agua. En las selvas de ambas orillas, cantan los pájaros. Los antílopes se acercan a beber en el río y pasan por entre los árboles algunas jirafas, con una velocidad vertiginosa.

LA MOME FROMAGE

¿Qué son esos animalitos, señor Paradox?

PARADOX

Son jirafas. El Camelopardalix jirafa de Linneo.

LA MOME FROMAGE

Y oiga usted, señor Paradox: ¿qué clase de animales son estas jirafas?

PARADOX

¿Las jirafas? Son unos ruminantes que tienen el cuello muy largo y unos cuernos cónicos cubiertos por la piel pelosa de su cabeza.

LA MOME FROMAGE

¡Ah! ¿tienen cuernos? Yo hubiera creído que eran como los camellos.

PARADOX

No; los camellos no tienen la misma fórmula dentaria.

LA MOME FROMAGE

¿Y cree usted que me harían daño esas jirafas?

PARADOX, *mirando a la ex bailarina.*

¿A usted? No. Creo que no.

THONELGEBEN, *a Dora.*

La aventura ha sido más larga de lo que nosotros nos figurábamos.

DORA

Sí, ¡ya lo creo! Y lo que puede durar todavía.

THONELGEBEN

Sería terrible y cómico que tuviéramos que vivir aquí siempre.

DORA

¡Uff, quite usted. Nos escaparemos.

THONELGEBEN

No es tan fácil.

DORA

Pero, para hombres de talento como ustedes, no hay nada difícil.

THONELGEBEN

Y si yo le dijera a usted que no me costaría ningún trabajo vivir aquí, ¿usted qué diría?

DORA

Diría que estaba usted loco.

THONELGEBEN

Y es verdad; estoy loco por usted, y al lado de usted viviría en cualquier parte.

Al anochecer, se acercan las tres canoas a la orilla, desembarcan y los mandingos preparan un campamento.

GOIZUETA, *a Paradox.*

¿No les parece a ustedes? Yo creo que cuando lleguemos a la isla donde nos prendieron, lo que debemos hacer es coger nuestros fusiles y, a tiros, acabar con esta maldita raza.

HARDIBRÁS

Eso es; estoy conforme.

PARADOX

No, Goizueta; no, Hardibrás. Déjenme ustedes a mí dirigir este asunto. Creo que a las buenas, conseguiremos más.

DIZ, *por lo bajo.*

¡Farsante!, siempre pensando en darse tono.

PARADOX

Seamos amables con estos etíopes de ensortijada cabellera, esforcémonos en ganar sus simpatías, y cuando lleguemos a la isla, hagamos nuestros preparativos lo más lentamente posi-

ble, y busquemos la manera de insinuarnos, demostrándoles a cada momento nuestra superioridad.

SIPSON

Creo, Paradox, que en los tres o cuatro días que vamos a estar en la isla, será muy difícil conseguir el efecto que usted desea.

PARADOX

Pero usted, amigo Sipson, que es un aventajado discípulo de Maquiavelo, comprenderá que es difícil lograr que en vez de ser tres o cuatro los días que estemos aquí, sean veinte o treinta.

SIPSON

¿Y cómo?

PARADOX

Hay un procedimiento, que me parece inocente como una cándida paloma.

SIPSON

¿Y es?

PARADOX

Inutilizar una de las canoas, o todas. Por la noche, uno de nosotros las echa convenientemente a pique.

SIPSON

Si no las vigilan.

PARADOX

No será fácil que las vigilen siempre.

SIPSON

Además, mandarán otras a nuestro encuentro.

PARADOX

Por lo menos, esperarán una o dos semanas. De todas maneras, si se piensa un procedimiento mejor estamos a tiempo de emplearlo.

HARDIBRÁS

Yo me encargo de echar al fondo estas cáscaras de nuez.

Hacen la comida los mandingos y encienden hogueras. Anochece; comienza a murmurar el viento en los árboles y en los matorrales; después el viento se calma; de las espesuras, de las florestas no brota ni un murmullo; el silencio reina por todas partes, un silencio solemne, un silencio sonoro que se derrama por el campo sumiéndole en un letargo profundo. La tierra parece que ha muerto, que no volverá a ser reanimada por el sol y que toda la enorme germinación de vidas que lleva en su seno se ha detenido. Después, a medida que la noche envuelve la selva en su manto negro y miles de puntos luminosos brillan y parpadean en el cielo, la esperanza renace; mil ruidos inciertos resuenan en la oscuridad: es el soplo del aire que suspira débilmente de rama en rama hasta perderse en el fondo de los bosques, es el aleteo de un pájaro nocturno, la caída de una hoja, o la nota melancólica de un sapo en su flauta de cristal. A la media noche, cuando todos duermen acurrucados junto al fuego, Ugú se acerca a Paradox.

UGÚ

Señor.

PARADOX

¿Qué hay?

UGÚ

¿Vosotros queréis escaparos, verdad?

PARADOX

Sí, si pudiéramos; ¡ya lo creo!

UGÚ

Aquí, en esta parte del río, cerca del mar, hay una isla grande, hermosa, donde se puede vivir. ¿Queréis que intentemos huir, cuando llegemos a ella?

PARADOX

No, nos cogerían en seguida. En tal caso, a la vuelta. Tendremos ya armas y nos podremos defender. ¿Y esa isla, es grande?

UGÚ

Sí, muy grande y tiene en la parte más alta un sitio a donde es difícil subir. En nuestro lenguaje se le llama la Isla Afortunada.

PARADOX

Entonces, a la vuelta nos refugiaremos en ella. Ahora, vamos a dormir.

A la mañana siguiente, cuando la pálida aurora, húmeda de rocío, comienza a sonreír en el campo, vuelven todos a las canoas; y al medio día se comienza a ver el mar, que corta en la línea recta el cielo. Se siente el olor acre de la marisma y se ven las primeras gaviotas que pasan por el aire chillando. El río, al acercarse a su desembocadura, se ha hecho oscuro, de color de barro, y su corriente es ya tan fuerte, que los remeros tienen que contener la marcha vertiginosa con los remos. Las tres canoas

van avanzando hasta entrar en un delta, cerrado por dunas y tierras de aluvión. Está la marea baja y la barra, formada por las dunas y por la arena impulsada por el mar contra la playa, constituye un obstáculo infranqueable. Se espera a la pleamar. A medida que las olas van avanzando, la duna se deshace; poco a poco cambia de lugar, y se va borrando la línea de la barra hasta que desaparece por completo. Ya, en plena marea alta, pasan las canoas y atracan en el desembarcadero de la isla.

VI
DISCUSIONES TRASCENDENTALES

Han transcurrido dos semanas. Una de las canoas, por la torpeza de Ugú, el criado negro regalado por Funangué a Paradox, ha zozobrado, y para ponerla a flote ha habido que retrasar la vuelta. La carga de las balsas se ha hecho también con gran lentitud. A pesar de las precauciones del jefe, los náufragos se han armado con fusiles y revólveres, y no han querido abandonarlos.

Todos los días, los blancos se dedican a embrutecer a los negros, dándoles espectáculos extraordinarios y estupefacientes. Tan pronto es Sipson que echa chispas por los pelos, agarrado a una máquina eléctrica, como Piperazzini, que se traga un sable y saca de la bola una porción de cintas encendidas... Además de estos espectáculos mágicos, Ganereau, como republicano y como demócrata, idiotiza a los mandingos, hablándoles de los derechos del hombre. A pesar de todos los aplazamientos y dilaciones, llega un día en que el jefe no quiere esperar más y se da la orden de marcha. Por la mañana, antes de partir, están reunidos blancos y negros en la desembocadura del río. Ganereau perora.

GANEREAU

Pero, yo os pregunto: ¿de qué os sirve el rey? ¿Por qué no os gobernáis por vosotros mismos? Nada tan hermoso como una

república. ¡Figuraos vosotros, el placer que sentiríais, si tuvierais dipurados y senadores!

PARADOX

Creo que no lo entienden a usted, mi querido amigo.

GANEREAU, *insistiendo*.

Sí me entienden. Decidme: ¿de qué os sirve el rey? Os quita vuestra libertad, conculca vuestros derechos, os envilece.

SIPSON

¡Este hombre empeñado en figurarse que está en un mitin de Montrouge o de Belleville!

THONELGEBEN, *por su parte*.

No debéis permitir que el rey os maltrate. ¿Por qué consentís que os robe? ¿Por qué dejáis que venda vuestras mujeres y vuestros hijos?

GANEREAU, *elocuentemente*.

Mirad alrededor vuestro, ciudadanos; los pájaros no tienen rey; las flores no tienen tampoco rey; y el sol, alumbra la tierra para todos.

EL JEFE LANGA-RA

Sois ignorantes y orgullosos. Negáis lo que todos afirman. Si el rey manda en nosotros, es porque Dios le ha conferido ese poder. ¿Quién sois vosotros para negar la armonía de nuestras leyes? Vivimos, por la voluntad de nuestro rey; estamos en el mundo, porque nuestro rey lo quiere.

PARADOX

Sin embargo, tú confesarás, apreciable salvaje, que nosotros hemos vivido hasta ahora, sin necesidad de vuestro rey.

EL JEFE LANGA-RA

Pero tendréis otro; el vuestro.

GANEREAU

No, no lo tenemos.

PARADOX

Si yo no digo que no tengáis rey; pero ¿por qué no tenéis otro que sea justo, equitativo y bueno?

EL JEFE

Es que él es el único indicado por Dios.

PARADOX

¿Y en qué se conoce que es él?

EL JEFE

Primeramente es hijo de su padre.

PARADOX

Es una razón.

EL JEFE

Además, todos los magos le reconocen como rey.

PARADOX

Pero los magos no aciertan siempre.

EL JEFE

Siempre no; pero son magos.

PARADOX

Yo creo, que los magos que no aciertan, no son magos verdaderos.

SIPSON

Mi querido Paradox, creo que se pierde usted en un laberinto filosófico-político-religioso. Déjeme usted que intente yo arengar a las masas.

PARADOX

Sí, hágalo usted. A ver si tiene usted más fuerza de convencimiento que nosotros.

SIPSON, *dirigiéndose a los negros.*

¿A vosotros os gustan las habichuelas?

TODOS

¡Sí, sí!

SIPSON

¿Os gusta el buen tocino?

TODOS

¡Sí, sí!

SIPSON

¿Os gusta el ron?

TODOS

¡Sí, sí! ¡Ya lo creo!

SIPSON

¿Os gustan las chicas guapas, con la nariz bien chata y el pecho colgante?

TODOS

¡Sí, sí! ¡Eso, eso!

SIPSON

Pues bien: si venís con nosotros, tendréis habichuelas a pasto; tendréis buen tocino; tendréis ron y tendréis chicas guapas, más negras que el betún.

TODOS

¡Iremos con vosotros!

SIPSON

Pues vamos ahora mismo.

EL JEFE

¡Yo, no! Yo no obedezco más que a mi rey.

HARDIBRÁS

Entonces, quedas preso. Trae las manos. Te ataremos.

Entre Goizueta y él le atan. Entonan los mandingos su himno de guerra y se da la orden de partir. Las tres canoas y el bote de la «Cornucopia» comienzan a remolcar las dos balsas grandes, cargadas con todos los útiles extratados de la goleta y remontan el río, hasta la Isla Afortunada, indicada por Ugú.

VII
LA ISLA AFORTUNADA

La Isla Afortunada está a diez millas del mar y a más de treinta de la ciudad de Bu-Tata. Es larga y estrecha; mide unos dos kilómetros de largo. Una parte, la más ancha, tiene una inclinación suave y está poblada de árboles, de bananeros y de plantas de café; la otra parte es una meseta rocosa y alta, unida al resto de la isla por una estrecha lengua de tierra. Esta meseta es como una pequeña península, y está formada por grandes bloques prismáticos, imposibles de escalar. Al llegar los expedicionarios a la isla, dejan las balsas y las canoas atadas a un tronco de árbol; desembarcan y suben hasta la meseta.

PARADOX

Aquí arriba debemos acampar, según indicación de Ugú. ¿Qué les parece a ustedes?

THONELGEBEN

Me parece muy bien. Esta meseta es plana; tiene más de sesenta pies de altura, y, por el lado del Mediodía, es completamente inexpugnable.

SIPSON

La cuestión sería atrincherarla, por si acaso fuéramos atacados.

THONELGEBEN

Eso es fácil. La meseta se halla unida a la isla por esta especie de espina dorsal, que aquí, en el punto más ancho, tendrá unos cuarenta pasos.

SIPSON

¿De manera que a usted el sitio le parece bueno?

THONELGEBEN

Me parece excelente.

SIPSON

Entonces comenzaremos a descargar las balsas y a subir hasta aquí el cargamento. El camino es demasiado largo.

PARADOX

Pero no hay necesidad de recorrerlo. Ponemos un palo con su polca y podemos subir todo con gran rapidez.

SIPSON

Es verdad.

GOIZUETA

¿Se permite hacer una observación?

PARADOX

Claro que sí.

GOIZUETA

Yo encuentro un grave inconveniente a este punto para el caso de que fuéramos sitiados.

SIPSON

¿Cuál?

GOIZUETA

Que no tengamos agua.

SIPSON

¿Y el río? Con una cuerda y un cubo podemos sacar la que queramos

GOIZUETA

Soy un animal. Cierto; no había caído en ello.

Plantan un palo con una polea en la parte de la isla que se hallaba coriada a pico, como un muro, y van subiendo con cuerdas todos los objetos desde las balsas, con gran rapidez. Paradox dirige estos trabajos, mientras Thonelgeben y Sipson estudian la forma de fortificar la meseta.

SIPSON

Estos árboles, ¿no serán útiles?

THONELGEBEN

Sí; ¡ya lo creo! Son hermosos ejemplares de callistris, que nos darán una madera excelente.

SIPSON

Pero esos otros tienen bellotas.

THONELGEBEN

Como que son encinas iguales a las de Europa.

SIPSON

¿Sabe usted que esta pequeña meseta es una gran posición estratégica!

THONELGEBEN

Con unos días que nos dejen fortificarla, la haremos inexpugnable. La cuestión es que los de Bu-Tata no nos discubran en seguida.

SIPSON

No es fácil.

THONELGEBEN

No, pero es posible.

SIPSON

Aquí hay sitio para una ciudad. ¿Cuánto medirá esta meseta?

THONELGEBEN

Unos quinientos pasos de Este a Oeste, y doscientos de Norte a Sur.

Al medio día se interrumpe el trabajo y comen juntos blancos y negros. Se sigue por la tarde descargando las balsas e izando todos los objetos por medio de la polea. De noche se prepara el campamento. Los mandingos se hallan intranquilos y hablan entre sí. Algunos quizá comienzan a arrepentirse de su decisión.

SIPSON

Paradox, hábleles usted. Dígales usted que se tranquilicen.

PARADOX

No os asustéis; no vendrán los de Bu-Tata porque nada pueden contra nosotros; pero aunque vinieran, sólo con este aparato (*y señala la ametralladora sacada de la «Cornucopia»*) les haríamos retroceder.

SIPSON

Que vengan o que no vengan, no penséis en huir porque os fusilamos sin piedad.

Los negros hacen protestas de su adhesión. Por si acaso, se dispone que sólo los europeos hagan guardia y se releven de tiempo en tiempo.

VIII
FORTUNATE-HOUSE

Al amanecer.

SIPSON

¿Vamos bien, señor Paradox?

PARADOX

Muy bien, señor Sipson; ¿y usted?

SIPSON

Con un apetito excelente. Ahora me comería un kilo de
rosbif sangriento y una libra de queso.

PARADOX

Yo, el queso, sí; la carne sangrienta, no.

SIPSON

¿Es usted vegetariano?

PARADOX

Sí, casi vegetariano.

SIPSON

Entonces no hará usted nada en el mundo. ¿Y nuestro ingeniero, sigue durmiendo todavía?

PARADOX

Estará velando el sueño de su amada.

THONELGEBEN

Buenos días, señores.

SIPSON

¡Hola! Estábamos hablando de usted. Qué, ¿ha pensado usted la forma de atrincherar el campamento?

THONELGEBEN

Sí. Comenzaremos por hacer una trinchera vulgar; después, si nos dan tiempo, excavaremos detrás un foso; luego, más atrás aún, construiremos una muralla.

SIPSON

Usted dirá lo que hay que hacer.

THONELGEBEN

Es muy sencillo. Todos los que puedan, que se dediquen a cortar árboles. Luego de cortados, los tenderemos en el suelo, sujetándolos con ramas, y el hueco lo llenaremos de barro y piedras, apisonándolo, para dar consistencia a la obra.

PARADOX

¿Y hasta qué altura quiere usted que lleguemos?

THONELGEBEN

Si se puede, hasta unos tres metros. Si terminamos la obra sin que nos hayan atacado, entonces haremos un foso de veinte pies de ancho, y después, echando toda la tierra del foso hacia dentro, comenzaremos a construir la muralla.

SIPSON

¿Una muralla grande?

THONELGEBEN

De seis o siete metros de alto; la pondremos en ángulo, y encima de la muralla colocaremos una torrecilla blindada, para montar la ametralladora.

PARADOX

¿Y después?

THONELGEBEN

Después haremos la casa, una casa sólida y fuerte.

PARADOX

¿Y para qué construir casa? ¿No sería mejor vivir así, en una choza?

SIPSON

Pero, mi querido Paradox, cuando usted quiera, puede usted venirse a pasar una temporada en su cabaña.

PARADOX

Así degenera la humanidad, viviendo en habitaciones cerradas.

SIPSON

Ríase usted de eso. No hay nada más malsano que el aire libre.

PARADOX

¿De manera, que rechaza mi proyecto de vivir al aire libre?

SIPSON

Rechazado por completo, en nombre de los reumáticos.

PARADOX

Entonces, pongo una condición.

SIPSON

¿Cuál?

PARADOX

Que, al menos, la casa no tenga huecos ni balcones simétricos.

SIPSON

¿Y por qué ese capricho?

PARADOX

Odio la simetría.

THONELGEBEN

Pero la simetría es el ritmo de la arquitectura.

PARADOX

Entonces odio el ritmo y la línea recta. Yo quisiera que hiciéramos una casa como un dermató-esqueleto, como una tortuga hace su caparazón.

SIPSON

Este hombre es de un gusto difícil.

THONELGEBEN

Tiene unas ideas sobre la arquitectura verdaderamente terribles. Pero, en fin, ya veremos de complacerle.

SIPSON

Ya veremos lo que se le concede a usted.

THONELGEBEN

Si se puede hacer, todo es variar el plano que he trazado.

PARADOX

¡Ah!, entonces no. Si lo tiene usted en el plano no digo nada, retiro mi proposición.

Bueno, señores, vamos a trabajar. Hay que demostrar que somos leñadores consumados.

SIPSON

Necesitaremos agua para amasar el barro. Habrá que tener un hombre sacando cubos del río.

PARADOX

Ugú me ha enseñado aquí cerca una pequeña laguna de agua de lluvia. Mientras estemos libres de sitiadores, podemos ir por agua a ese sitio. Es una laguna que parece artificial.

THONELGEBEN

Quizá lo es. Lo digo, porque se ven por aquí vestigios de antiguas plantaciones. ¿Ha sido esta isla poblada antes, Ugú?

UGÚ

Sí. Hubo aquí un pueblo que lo aniquilaron los de Bu-Tata. Quedan todavía plantas de banana, palmitos y estas hierbas largas, que sirven para hacer vestidos.

SIPSON

Lo aprovecharemos todo.

PARADOX

Naturalmente.

SIPSON

Hay que convenir que nuestra isla es una isla afortunada.

PARADOX

Mejor dicho, que somos nosotros los afortunados.

SIPSON

Como usted quiera. Por cuestiones de Gramática no disputaremos. Yo la desprecio.

PARADOX

Y yo también, con toda mi alma.

Terminan la trinchera en cuatro días y comienzan a excavar el foso. Concluido éste en dos semanas, empiezan a construir la muralla. A medida que la van elevando, va naciendo en los mandingos la tranquilidad; al terminarla, los negros quedan convencidos de que sus paisanos no podrán nunca asaltarla. En la muralla, se ha abierto una serie de aspilleras y en el ángulo se

ha construido una torrecilla blindada, en la cual se coloca la ametralladora de manera que sus tiros barran todo el frente.

Terminadas las obras de defensa, los mandingos construyen cabañas cubiertas de hierbas secas y los europeos comienzan los trabajos para la casa común, que se llamará Fortunate-House. Al mismo tiempo, los negros fabrican anzuelos, agujas, puntas de flecha y se dedican a la caza y a la pesca. Se hace un puente levadizo en la muralla, que un centinela vigila, y que se levanta por la noche, en el momento de recogerse todos. En el diario de Paradox aparece la lista de los naufragos, con expresión de los oficios que desempeñan en el nuevo estado. Dice así:

Thonelgeben, arquitecto y fundidor.

Diz, Goizueta, Hachi Omar y Thady Bray, albañiles.

Hardibrás, general.

Sipson, herrero.

Paradox y Ganereau, carpinteros.

Beatriz y Dora, vidrieras y fabricantes de cartuchos.

Piperazzini, hojalatero.

Beppo, cocinero y sastre.

Los treinta mandingos, divididos en tres brigadas, trabajan a las órdenes de los europeos y hacen el ejercicio con sus fusiles, dirigidos por Hardibrás.

IX
EI. ATAQUE

La casa está ya a medio concluir. En ella hay departamentos para todos. Se está trabajando en un tejlar. Es el amanecer. Paradox sale de Fortunate-House, hablando a su perro, que ladra delante de unas matas.

PARADOX

Pero vamos a ver, ¿qué pasa, señor Yock?

YOCK

¡Guau! ¡Guau! Parece mentira que no comprendas que aquí hay algo.

PARADOX

Anda, vamos, no seas estúpido, que tengo prisa.

YOCK

¡Guau! ¡Guau! No te vayas, hombre; no te vayas.

PARADOX

Bueno, pues quédate ahí.

Paradox se dispone a bajar la cuesta, pero Yock sigue ladrando con furia.

SIPSON, *desde la muralla.*

¿Qué le pasa a ese perro?

PARADOX

Nada, manías que se le ponen en la cabeza; ¡como es ya viejo!

YOCK

Sí, ¡buenas manías! Es que sois tontos.

SIPSON

Quizá haya por ahí algún bicho. Le voy a soltar a Dan a ver qué hace.

Sipson suelta al perro danés, que se pone también a ladrar con furia al lado de Yock.

PARADOX

Debe haber algo ahí.

SIPSON

Indudablemente. Vamos a verlo.

Entran los dos por la maleza y van dando garrotazos a los arbustos. De pronto, sale un negro por entre unas matas y echa a correr. Dan y Yock le siguen. El hombre llega al extremo de la meseta y, no atreviéndose a tirarse al río, corre a la parte baja de la isla, seguido por los perros. Luego, acosado, se decide y se zambulle en el agua desde una gran altura.

SIPSON

Bajemos al río a cogerle.

PARADOX

¿Y para qué?

SIPSON

Porque si no, va a indicar dónde estamos a los de Bu-Tata.
*Paradox y Sipson bajan hasta el desembarcadero de la isla,
toman el bote y recorren el río, pero el hombre no aparece.*

SIPSON

Es una contingencia desagradable. Antes de pocos días tenemos aquí a los de Bu-Tata.

PARADOX

¿Cree usted...?

SIPSON

Seguramente. Ese era un espía. Hay que prepararse.

PARADOX

¿Pero usted supone que nos atacarán?

SIPSON

Claro que sí.

PARADOX

Con unos cuantos tiros, los ahuyentaremos.

SIPSON

No se haga usted ilusiones. Saben que somos pocos y apretarán de firme; tenemos que estar prevenidos.

Vuelven a Fortunate-House y cuentan lo que ha pasado. Llamam a Ugú.

SIPSON

Es muy probable que, dentro de unos días, los de Bu-Tata nos ataquen. Advérteles a tus compañeros y díles que estén tranquilos.

Beatriz y Dora, por indicación de Hardibrás, cosen un trapo grande, de distintos colores, que sirve de bandera, y se enarbola sobre la torrecilla de la fortaleza, a los acordes de una marcha que toca Thady Bray en el acordeón.

HARDIBRÁS, a los negros.

Con esta bandera, podéis estar seguros que nuestros enemigos no asaltarán la fortaleza.

Los mandingos contemplan el trapo de colores con verdadero respeto, pensando que a lo mejor puede estallar. Después de este acto solemne de izar la bandera, se toman precauciones más prácticas, se revisan las armas, se fabrican cartuchos. Las tres canoas y el bote se guardan en un sitio escondido de la orilla del río. Durante la noche, dos centinelas pasean continuamente por la muralla. Una semana después, un día, al amanecer, se ve una multitud de negros, que han acampado en la isla; luego a cada instante van llegando canoas llenas de gente.

Ya entrada la mañana, van subiendo los indígenas la cuesta de la isla, hasta que al llegar a unos doscientos metros de Fortunate-House, se detienen.

PARADOX

No nos atacarán; ya lo verán ustedes.

SIPSON

No sea usted niño; dentro de un momento, se han lanzado sobre nosotros.

PARADOX

Al menos, no disparemos mientras ellos no nos ataquen.

HARDIBRÁS

Déjeme usted a mí. Yo soy el jefe militar. Usted, con sus miramientos, nos puede comprometer a todos.

Hardibrás va colocando a cada uno de los tiradores delante de su espillera. Thonelgeben sube a la torrecilla blindada, en donde han colocado la ametralladora. De pronto, uno de los salvajes, un jefe, lleno de adornos pintados en el pecho, se adelanta y dispara una flecha; y a esta señal, todos los demás se lanzan corriendo y escalan la primera trinchera.

HARDIBRÁS, *levantando el brazo de madera con su gancho correspondiente.*

No apresurarse. Esperad. Ahora. ¡Fuego!

Se oye una descarga cerrada; caen algunos de los indígenas; los que vienen detrás retroceden un instante, pero vuelven al poco rato, lanzando una nube de flechas.

HARDIBRÁS

¡Apuntad bien! ¡Que no se pierda un tiro!... ¡Fuego!

Suena una nueva descarga.

PARADOX

Es un disparate lo que estamos haciendo.

SIPSON

¿Pero no ve usted que, si no, nuestra gente podría sublevarse?

PARADOX

Sin embargo...

HARDIBRÁS

Calle usted; soy capaz, si no, de fusilarlo.

Vacilan los de Uganda en lanzarse definitivamente al asalto. Los jefes se consultan entre sí. La fortaleza está muda. Luego se deciden, y más de trescientos hombres saltan la trinchera, atraviesan el foso y comienzan a escalar la muralla. Entonces las descargas cerradas se suceden sin intervalo.

HARDIBRÁS, *gritando.*

¡Fuego! ¡Fuego!

SIPSON

¡Pero esa ametralladora!

THONELGEBEN

Es que no funciona.

Paradox corre por encima de la muralla, en medio de las flechas, entra en la torre blindada, y el ingeniero y él se dedican a limpiar los cañones de la ametralladora y a ponerla en marcha.

De pronto, cuando más recio es el combate, la ametralladora comienza a disparar por sus cañones una nube de fuego. La mayoría de los salvajes retrocede; dos han llegado a la parte alta de

la muralla. Sipson y Hardibrás, al verlos, se dirigen a ellos. Uno de los mandingos les amenaza levantando su cortacabezas, y el inglés le hunde la bayoneta en el vientre. El otro se rinde y queda prisionero. Al anochecer, todos los asaltantes se retiran al extremo de la isla.

HARDIBRÁS

Mañana nos volverán a atacar... Afortunadamente, les daremos otra buena lección.

SIPSON

Yo creo que no. Es muy probable que cuando se haga completamente de noche, se vayan retirando.

PARADOX

Lo podremos ver. Tenemos un reflector eléctrico, y lanzaremos el cono de luz hacia donde han acampado.

Efectivamente, poco después, en la oscuridad de la noche, Paradox prepara el reflector en lo alto de la muralla. Tras de muchos ensayos infructuosos consigue hacer funcionar el aparato y el cono de luz va iluminando el río, los árboles de la isla, hasta que se detiene, inundando con la claridad de sus ráfagas el campamento de los mandingos.

En este mismo instante se oye un gran grito de terror y se ve a todos los salvajes que se lanzan a sus canoas y huyen precipitadamente por el río arriba.

PARADOX

¿Qué les habrá pasado?

SIPSON

Que les ha asustado usted con su reflector. Esto les ha hecho más efecto que la ametralladora. No queda nadie; podemos ya salir.

PARADOX

Recogeremos los heridos.

Tienden el puente levadizo y salen todos. Van recogiendo los heridos en parihuelas y llevándolos a Fortunate-House. Beatriz y Dora los curan.

PARADOX

Y de los muertos, ¿qué hacemos?

SIPSON

Los echaremos al río.

PARADOX

¿No cree usted que olerán?

SIPSON

No; se los comerán pronto los peces.

DIZ

¡Esta es la guerra! Esos imbéciles querían dominarnos a nosotros, cuando por estar aquí no les hacíamos ningún daño.

SIPSON

Podríamos estar contentos, si todas las luchas concluyeran dando la razón al que la tiene, como aquí.

PARADOX

¿Y cree usted que la tenemos?

SIPSON

Vamos, no diga usted tonterías, mi querido amigo. Además, tengamos o no tengamos razón, yo creo que la guerra es una cosa buena.

PARADOX

Buena para los fabricantes de fusiles, que se arruinarían si no la hubiera.

SIPSON

Y para nosotros también. La guerra es un tónico para los nervios debilitados de las razas sedentarias. Es el aprendizaje más fuerte para hacerse hombre de voluntad.

PARADOX

No le creía a usted tan militarista.

SIPSON

No lo soy. Yo odio al militar de oficio y amo la guerra.

Entran todos en Fortunate-House. Hardibrás pasea por la muralla. Los demás están sin acostarse, por si se renueva el ataque. Al alba, salen al campo. No hay nadie en la isla. Va amaneciendo. El aire está puro y embalsamado, las hierbas granizadas de flores. El sol comienza a brillar, la pradera rte...

PARADOX

Yo no comprendo la maldad, el odio, la guerra, ante un sol como éste.

SIPSON

Es que es usted un poeta, un pobre hombre, Paradox. Mire usted a nuestro general haciendo ondear la gloriosa bandera.

Hardibrás ha izado la bandera en medio de las aclamaciones de todos. Los mandingos ya se consideran invencibles. Al prisionero se le viste con una túnica blanca y se le envía a Bu-Tata.

X
EL GRAN PROYECTO

Ya conjurado el peligro, en Fortunate-House se trabaja con tranquilidad.

Las mujeres de los mandingos han ido a refugiarse dentro de la muralla, y la confianza es tal, que aun fuera de ella se van haciendo chozas, habitadas por negros que escapan de Bu-Tata.

Por la noche se dan funciones de linterna mágica en una barraca, y entre Diz de la Iglesia y Paradox han publicado el primer número del Fortunate-House Herald, número interesantísimo, en donde viene un artículo de Diz acerca de la flora de la isla; otro de Thonelgeben sobre el porvenir de la colonia y una lacónica narración de la guerra por J. Sipson.

Una mañana, al asomarse a la muralla, ven a tres hombres, que se acercan despacio.

Los tres llevan ramas verdes en la mano y las agitan en el aire. De cuando en cuando, se arrodillan.

PARADOX

¿Quiénes serán estos hombres?

UGÚ

Vienen a pedirnos protección.

PARADOX

Diles entonces que se acerquen.

Ugú va con el recado, y se presenta delante de la muralla Funangué, el primer ministro, con dos negros que le acompañan.

GOIZUETA

¿A qué viene este granuja aquí? ¿Quieres todavía ron?

FUNANGUÉ

Los puhls han saqueado Bu-Tata. Reunidos con algunos moros, han rodeado el pueblo durante la noche, y de repente han comenzado a dar gritos, más terribles que los rugidos de un león. Luego han disparado tiros. Todos los hombres han huido, y los moros y los puhls se han llevado mujeres, chicos y rebaños. Por eso, os pedimos protección.

SIPSON

¿Cómo vamos a fiarnos de vosotros? Antes quisisteis matarnos; luego vinisteis aquí a atacarnos nuestra fortaleza.

FUNANGUÉ

Os pedimos perdón. Venid ahora a Bu-Tata, para enseñarnos a rechazar a los puhls.

SIPSON

¿Y si vamos allí y queréis matarnos?

FUNANGUÉ

Os daremos rehenes.

SIPSON

¿Qué rehenes vais a dar?

FUNANGUÉ

Os dejaremos nuestras mujeres y nuestros hijos.

SIPSON

¿Qué os importa a vosotros vuestras mujeres y vuestros hijos, si los vendéis como si fueran carneros?

FUNANGUÉ

¿Qué necesitáis entonces para vuestra seguridad?

SIPSON

Si vienen el Rey y Bagú aquí, iremos a Bu-Tata.

FUNANGUÉ

No vendrán.

SIPSON

No iremos nosotros tampoco.

FUNANGUÉ

¿Qué pensáis hacer con ellos?

SIPSON

Nada. Ellos nos darán la seguridad de que vosotros respetaréis a los que vayan a Bu-Tata.

FUNANGUÉ

¿No pensáis hacerles ningún daño?

SIPSON

No; porque vosotros os podríais vengar.

FUNANGUÉ

Entonces, esperad un instante. Los dos aguardan en la canoa. Si me dais la seguridad de que no les pasará nada, ellos desembarcarán; mientras tanto, uno de vosotros, el que sepa hacer estas fortalezas, que venga conmigo al pueblo.

Acceden; desembarcan el Rey y su mago, y, en la misma canoa, entran Thonelgeben y Paradox y van subiendo el río, hasta Bu-Tata.

Llegan los dos a la ciudad al día siguiente, navegando durante toda la noche; ven el punto por donde han asaltado los puñls y los moros, e inmediatamente se preparan para la vuelta. Durante la travesía hablan.

PARADOX

¿Y qué? ¿Encuentra usted algún procedimiento para defender la ciudad?

THONELGEBEN

No. No se me ocurre nada. Me parece muy difícil fortificarla.

PARADOX

Yo he pensado una cosa, que quizá le parezca a usted absurda.

THONELGEBEN

¿Cuál es?

PARADOX

Yo, señor Thonelgeben, tengo alguna fama de chiflado, y quizá le hayan dicho...

THONELGEBEN

Yo no hago caso de lo que me cuentan.

PARADOX, *sacando un papel del bolsillo.*

Se habrá usted fijado que el río traza una curva, formando una C.

THONELGEBEN

Sí, en un recorrido de unos treinta kilómetros.

PARADOX

Entre los dos extremos de la C se encuentra el pueblo, y de un extremo de ambas ramas de la C hay un valle frondoso, que recorre un riachuelo en su parte más honda. ¿Cómo se ha podido formar este riachuelo?

THONELGEBEN

Yo creo que este riachuelo fue el cauce anterior del río que iba en línea recta, y que por un levantamiento del terreno, por una acumulación de tierras de aluvión la corriente de aguas se desvió y fue buscando los sitios más bajos, hasta formar el nuevo cauce y dar la vuelta que ahora da.

PARADOX

Eso mismo he pensado yo. Este valle, comprendido entre las dos ramas de la C, el antiguo cauce del río, según usted supone, es el camino de los moros y de los puhls. Ni unos ni otros, según dice Funangué, se aventuraron a pasar los ríos, los moros, porque son poco aficionados a las vías acuáticas, y los puhls, porque su dios les prohíbe atravesar el agua.

THONELGEBEN

¿Todavía no comprendo a dónde va usted a parar.

PARADOX

Además, este riachuelo que cruza el valle se inunda en la estación de las lluvias y forma un pantano que, hasta desecarse, es un semillero de fiebres palúdicas, algunas terribles, que en diez o doce horas producen la muerte.

THONELGEBEN

Pero, bien; todo eso ¿qué relación tiene con la defensa de Bu-Tata?

PARADOX

Nosotros no podemos contener a los moros ni a los puhls con murallas, porque probablemente las asaltarían.

THONELGEBEN

¡Claro!

PARADOX

Pero podemos contenerlos por el agua.

THONELGEBEN

¿Y cómo?

PARADOX

Podíamos romper el contrafuerte que impide al río seguir por su antiguo cauce y abrirle un boquete, por el cual caería una catarata que llenaría el valle, transformándolo en un lago. De esta manera, el terreno que ocupa la ciudad quedaría convertido en una isla.

THONELGEBEN

¡Qué disparate!

PARADOX, *con ansiedad.*

¿Le parece a usted imposible?

THONELGEBEN

No; imposible quizá no es. Habría que estudiarlo.

PARADOX

¿Si tuviéramos dinamita!

THONELGEBEN

La dinamita se hace.

PARADOX

¿A usted le parece fácil?

THONELGEBEN

Facilísimo.

PARADOX

¿Pero la podrá usted hacer aquí?

THONELGEBEN

Sí.

PARADOX

¿Tiene usted ácido nítrico?

THONELGEBEN

Lo haré.

PARADOX

¿Y la glicerina?

THONELGEBEN

Eso se extrae fácilmente. Se necesita también ácido sulfúrico y carbonato de sosa. Este último nos lo da la naturaleza hecho. Lo hay en nuestra misma isla.

PARADOX

Entonces no hay más que lanzar un ¡hurra! de entusiasmo.

THONELGEBEN

No, todavía no.

PARADOX

Eso está hecho. ¡Hurra! ¡Hurra!

Grita, con gran admiración de los salvajes. Al llegar al Fortunate-House, dos días después de la salida, desembarcan. El rey y Bagú entran en su canoa y Paradox y Thonelgeben suben a la casa.

SIPSON

¿Y qué van ustedes a hacer? ¿Han encontrado algún procedimiento para fortificar Bu-Tata?

PARADOX

Vamos a desviar el curso del río. Vamos a convertir un valle en un lago.

DIZ

Eso no se puede hacer.

PARADOX

¿Por qué?

DIZ

Porque no.

PARADOX

Esa no es una razón.

DIZ

Pero es una verdad.

Es que no lo veré, tengo la seguridad de ello.

PARADOX

¿Lo conceptúa usted imposible?

DIZ

De todo punto.

PARADOX

En mi diccionario, señor Diz, no existe la palabra «imposible».

XI
EL MOMENTO SOLEMNE

Durante algunos meses, una porción de trabajadores negros, dirigidos por Sipsón y por Paradox, han abierto dos galerías profundas en el lugar que cierra el antiguo cauce del río. Cerca, Thonelgeben ha construido sus hornos, para hacer los componentes de la nitroglicerina.

Un día, en las galerías, ya profundamente socavadas, se ha ido poniendo grandes tinajas llenas de la líquida sustancia explosiva hasta los bordes.

En cada tinaja se ha colocado, flotando, una calabaza repleta de pólvora, con una mecha azufrada larga de varios metros, los bastantes para que tarde dos horas en quemarse y hacer estallar el explosivo.

El día de la prueba la ciudad entera cruza el río, y las seis mil personas del pueblo huyen en todas direcciones.

En el momento solemne, Paradox y Thonelgeben se internan, cada uno en su galería, y encienden las mechas. Salen luego precipitadamente. Goizueta y Thady-Bray les esperan en una canoa.

Entran en ella, y se alejan a impulso de los remos y de la corriente.

Thonelgeben mira su reloj con impaciencia.

Pasa el tiempo. Luego se oye un rumor largo, sordo y continuo...

XII
ELOGIO METAFÍSICO DE LA DESTRUCCIÓN

Un cíclope, atraído por el estruendo, asoma su cabeza gigantesca por encima de las montañas y mira con sorpresa el valle convertido en lago, con el único ojo, terrible y amenazador, que tiene en su frente.

EL CÍCLOPE

Destruir es cambiar; nada más. En la destrucción está la necesidad de la creación. En la destrucción está el pensamiento de lo que anhela llegar a ser.

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el mundo en que nada se aniquila; en el mundo en que nada se crea; en el mundo físico, en el mundo moral, en el mundo en que la nada no existe...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En el volcán que se levanta en medio del océano, en la isla que se hunde en el mar, en la ola que se evapora, en la nube que se condensa en lluvia...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

En la tierra que se rompe con el arado; en el mineral que se funde en el horno; en el cuerpo que se volatiliza; en el prejuicio que desaparece...

Destruir es cambiar; destruir es transformar.

Pálidas imágenes del pensar humano; brutales explosiones de la materia inerte: sois igualmente destructoras; sois igualmente creadoras.

Destruir es cambiar. No, algo más. Destruir es crear.

XIII
EL LAGO THONELGEBEN

Al siguiente día, el pueblo lanza una exclamación de asombro. Ha desaparecido el valle y se ha formado en su lugar un lago. Es un lago que tiene veinticinco kilómetros de largo por quince de ancho. En su fondo se refleja el azul del cielo; cerca de las orillas, el agua transparente está sombreada por los espesos bosques y las tupidas frondas. Dos islas, pobladas de gigantes árboles rectos, derechos, brotan de en medio del agua, produciendo un efecto mágico como el de los paisajes de los sueños.

Paradox, Thonelgeben, Diz, Sipson, Beatriz y Dora cruzan el lago en una lancha.

PARADOX

Parece que no navegamos sobre el agua, ¿verdad?

THONELGEBEN

Es irreal y admirable esto como un paisaje de Bocklin.

PARADOX

O como un fondo de Patinir.

SIPSON

Yo lo encuentro todo muy real, señores. En esa poética isla me gustaría almorzar ahora mismo, servido por un buen cocinero.

THONELGEBEN

¡Oh! Naturaleza antipoética.

SIPSON

¿Por qué el apetito ha de ser más antipoético que la dispepsia? ¿Me quiere usted explicar eso, querido ingeniero?

PARADOX

No le conteste usted, Thonelgeben. Un hombre que no cree ni en la poesía de la dispepsia está juzgado.

SIPSON

¿Me acusan de disolvente! ¡A mí! ¿Y quién? Un hombre como Paradox, que es la melinita de las ideas más respetables.

PARADOX

Así se escribe la historia, señores.

SIPSON

Pero, silencio. Entramos en el departamento de lo sublime.

Al acercarse a la isla todos quedan silenciosos. En la zona de sombra que proyectan los grandes árboles se ve hasta el fondo del lago, y en él rocas blancas que parecen las casas de una ciudad sumergida.

PARADOX, a Diz.

Creo que ahora se habrá usted convencido, amigo Diz.

DIZ, *confuso.*

Ante la evidencia...

PARADOX

¿Pero siente usted haberse equivocado?

DIZ

No, Paradox, de ninguna manera; celebro haberme engañado, lo celebro con todo mi corazón.

PARADOX

Creo que nunca podremos exclamar mejor que ahora, como en nuestros buenos tiempos: ¡Amigo, dijo Dinazarda, qué cuento más maravilloso!

DIZ

Es verdad; esto es un cuento extraordinario.

SIPSON

Y ¿cómo llamaremos a este lago?

PARADOX

Le llamaremos el lago Thonelgeben.

SIPSON

¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

TODOS

¡Hurra!

THONELGEBEN

Si no hay voto en contra, pediría que a esta primera isla se la llamara la isla Dora.

TODOS

Aceptado.

DORA

Entonces a la otra le llamaremos isla Beatriz.

TODOS

Muy bien.

PARADOX

Vamos ahora hacia la catarata.

Se van acercando. Desde una altura de treinta metros cae gran parte del río en una terrible catarata de más de diez metros de anchura.

DIZ

Hay que darle nombre a este torbellino.

PARADOX

Le llamaremos el torbellino de Sipsón.

Siguen dando nombres a todas las entradas y salidas del lago. En la desembocadura del antiguo arroyo se ha formado un dique con los árboles arrancados del suelo, y el agua salta por encima del dique. El río se ha estrechado. En el pueblo, con el estremecimiento de la explosión, las chozas se han caído, y piedras inmensas han cambiado de lugar.

XIV LOS BUENOS Y LOS MALOS

BAGÚ

¿Cómo se atreven esos extranjeros a cambiar las leyes del mundo? ¿Quién les autoriza para trastornar el curso sagrado de los ríos? Cambiar, cambiar, ¡qué horror! Audaces y rebeldes estos blancos, quieren saber más que los magos, que lo sabemos todo por inspiración divina.

Y el pueblo les sigue; el pueblo les cree; en cambio empiezan a dudar los hombres de nuestros amuletos y de nuestras bolas de estiércol. Hay que imponerles la creencia por la fuerza; hay que hacerles creer de nuevo; si no, ¿qué sería de los magos?

LAS SERPIENTES

¿Qué es esta avalancha que destruye nuestros nidos? ¿Quién ha desencadenado esta terrible inundación? Son esos extranjeros; son ellos los audaces. ¡Sssss! ¡Silbemos! ¡Alarguemos nuestra lengua bífida! ¡Hagamos sonar los cascabeles de nuestras colas! ¡Descarguemos en la carne de los hombres toda la ponzoña de nuestros huecos dientes!

EL PEZ

Antes, en las rápidas del río, tenía que luchar con desesperación contra la corriente; ahora, en esta inmensidad insondable, hallo lugar para correr a mi capricho, para hundirme en los abismos de agua transparente y salir a la superficie a jugar entre las ondas. Generosos extranjeros, yo os doy las gracias.

EL SAPO

He vivido siempre solo. En el fondo de mi agujero, mis únicos amigos eran los golpes de mi corazón, que hacían tac... tac... tac... continuamente. El agua me ha obligado a salir de mi escondrijo, y he visto con vergüenza y con espanto que hay un sol y unas estrellas allá arriba y flores de oro entre las hierbas. Y no quiero ver nada, no quiero saber nada. Yo os maldigo, extranjeros, porque me obligáis a salir de mi cueva; yo os maldigo, porque me obligáis a admirar lo que no quiero admirar, y me hacéis ver a la luz del día mi cuerpo deforme, sucio y viscoso, como los pensamientos de la envidia.

UNA GOLONDRINA

¡Hermoso lago para deslizarse sobre él! ¡Qué claro! ¡Qué transparente! En su fondo hay otra golondrina hermana que corre al mismo tiempo que yo.

LA HIENA

¿Quién ha llenado de agua el valle? ¿Quién ha cerrado mi paso al pueblo? Antes de noche iba a desenterrar los cadáveres de los hombres. Cuando no, devastaba los rebaños. Ahora nada puedo. ¡Maldición, maldición para esos extranjeros que así condenan a los infelices al hambre!

EL SEÑOR BUHO, *mirando con su lente.*

Ayer, si no me engaño, había aquí una rama donde estuve descansando. Sí; era aquí. Venía indignado de la estupidez de los demás pájaros, y me detuve un momento a pensar en los beneficios de la soledad. Hoy no hay más que agua. ¿Quiénes han sido los audaces que han hecho esta sustitución escandalosa? ¡Hombres! Hombres seguramente... Esos seres frívolos, llenos de vanidad y de petulancia.

I.A LUNA

Antes, en la noche serena, veía brillar mis rayos en las espumas del río; ahora, más dulce, más amable, veo mi pupila blanca reflejada en el agua argentada de ese lago. En ese espejo yo me miro, dama errante de la noche; en ese espejo me contemplo cuando las brumas azules adornan mi faz risueña. ¡Yo os bendigo, extranjeros, yo os bendigo!

XV
UN INDIFERENTE

EL MURCIÉLAGO

¿Han cambiado el río y han hecho un lago? Pse... Nada me importa. Yo vuelo por las calles, no por la campiña. No soy campesino, pero tampoco soy ciudadano; no tengo cédula de vecindad en el aire ni en el suelo; no soy pájaro ni soy terrestre. Soy voluble por naturaleza. Vuelo constantemente en zigzags, y parece que busco algo, pero no busco nada.

Soy fantástico y alegre, egoísta y jovial. Me divierto, me aturdo, y de todo no me importa nada. ¿Qué han hecho un lago donde había un valle? Pse. Me es igual. ¿Que son buenos? ¿Que son malos? Nada me importa. Soy fantástico y alegre, egoísta y jovial. Vuelo constantemente en zigzags, y parece que busco algo, pero no busco nada.

TERCERA PARTE

I

LOS CONJURADOS

Varios negros van subiendo hacia la parte alta de la isla, al compás de una música de tambores. En Fortunate-House todos se asoman a la muralla.

PARADOX

¿Qué será eso? ¿Vendrán a atacarnos de nuevo?

UGÚ

No; seguramente no.

DIZ

¿Qué llevarán en la punta de esa lanza?

SIPSON, *que ha sacado su antejo y mira por él.*

Es una cabeza de hombre.

BEATRIZ

¡Oh, qué horror!

Toda la comitiva se va acercando hasta colocarse a unos cuantos metros de la fortaleza.

UGÚ, *saliendo a la muralla.*

¿Qué es lo que queréis?

UN SUBLEVADO

Queremos hablar con los extranjeros. Nos hemos levantado contra el rey Kiri y le hemos cortado la cabeza. Venimos a ofrecérosla y a pedir os que, desde hoy, nos gobernéis vosotros.

Ugú comunica a Paradox y a Sipsón los deseos de sus paisanos, y ambos cruzan el puente levadizo y salen de la fortaleza. Los sublevados se inclinan ante ellos y les ofrecen el resto sangriento del rey Kiri.

PARADOX

Echad eso al río y hablemos después. ¿Qué habéis hecho?

EL SUBLEVADO

Hartos de las vejaciones y de los crímenes de este hombre, nos hemos conjurado unos cuantos y esta madrugada hemos entrado en su palacio y le hemos dado muerte. El pueblo entero, al saberlo, se ha reunido con nosotros, y nos han celebrado que se haya concluido el reinado de este monstruo; pero, después...

PARADOX

Os habéis arrepentido de lo hecho.

EL SUBLEVADO

No; lo que nos ha sucedido es que nos hemos quedado sin saber qué hacer, a quién nombrar rey, y entonces hemos pensado en vosotros.

SIPSON

¿Y qué queréis que hagamos nosotros?

EL SUBLEVADO

Sabéis más y conocéis una porción de cosas de las cuales no tenemos idea. Queremos un rey justo y bueno; os pedimos que nos lo indiquéis.

SIPSON

Es una tarea difícil la que nos encargáis. Dadnos a lo menos un plazo, para que tengamos tiempo de elegir.

EL SUBLEVADO

Tomaos todo el día. El pueblo no puede esperar mucho tiempo sin rey. Reñirían unos con otros y estallaría la guerra civil.

PARADOX

Pero comprended que es muy poco tiempo el que nos dais. Podríais después quejaros y protestar contra vuestra decisión.

EL SUBLEVADO

No protestaremos; lo que elijáis vosotros, bien elegido está. Decidid cuanto antes; nosotros esperaremos vuestro fallo. Mirad, el pueblo entero, que conoce ya vuestro proyecto, viene a la isla.

Efectivamente: se ven llegar más canoas y una gran masa de negros se va reuniendo en la parte baja de la Isla Afortunada.

SIPSON

Está acordado. Antes de que se haga de noche os diremos quién ha de ser vuestro rey.

II
LA CONSTITUCIÓN DE UGANGA

En el gran salón de Fortunate-House se han reunido todos los europeos, más Ugú, que ha sido admitido a las deliberaciones. Paradox actúa de presidente.

GANEREAU

Pido la palabra para una cuestión previa.

PARADOX

Tiene la palabra Ganereau.

GANEREAU

Señores: Yo no comprendo por qué vamos a seguir al pie de la letra lo dicho por los sublevados.

Al pedir éstos un rey, lo que quieren indicar es que necesitan un gobierno; y creo que mejor que un gobierno personal es una república.

GOIZUETA

A mí me parece todo lo contrario.

HARDIBRÁS

A mí también.

SIPSON

Además, el deseo de ellos es explícito: quieren un rey.

GANEREAU

¡Un rey! ¿Para qué sirve un rey?

PARADOX

Hombre, sirve poco más o menos para las mismas cosas que un presidente de la República; para cazar conejos, para matar pichones y hasta en algunos casos, según se dice, han servido para gobernar.

GANEREAU

A mí, mi dignidad no me permite obedecer a un rey.

PARADOX

¡Si no se obedece en ningún país al rey! Se obedece a una serie de leyes. En eso nada tiene que ver la dignidad. En todos los pueblos de Europa tenemos por jefe de Estado una especie de militar vestido de uniforme, con toda una quinca-llería de cruces y de placas en el pecho, y ustedes tienen una especie de notario de frac y de sombrero de copa con una cinta en el ojal.

GANEREAU

No estoy conforme.

PARADOX

Pues es igual.

SIPSON

Pero todo esto, ¿qué tiene que ver para nuestro caso?

GANEREAU

Yo lo que quiero decir es que no sospechen los naturales de Uganga que el país se pueda gobernar de otra manera.

SIPSON

¿Y les vamos a convencer de lo contrario en unas cuantas horas? *Por lo bajo*. Ya está pensando este hombre que se encuentra en Montrouge.

PARADOX

A mí me parece que no debemos intentar con los mandingos un gobierno a la europea.

THONELGEBEN

A mí me parece lo mismo.

GANEREAU

Si les damos un rey absoluto, corren el peligro de que el nuevo rey sea un tirano abominable como el antiguo.

PARADOX

Entonces, ¿qué hacemos? ¿Intentamos una Constitución, o simplemente señalamos a uno cualquiera para que sea rey?

GANEREAU

Yo creo que la Constitución tiene grandes ventajas, y que debíamos de hacer dos o tres proyectos y discutirlos.

PARADOX

¿Se acepta la idea de Ganereau?

TODOS

Aceptada. Ensayaremos eso a ver si da algún resultado.

Ganereau se marcha a un extremo de la mesa y Diz a otro, y se ponen los dos a escribir rápidamente. Al cabo de media hora se levantan los dos con los papeles en la mano.

PARADOX

¿Han terminado ustedes ya?

GANEREAU y DIZ

Sí.

PARADOX

Bueno; pues vamos a ver esos proyectos.

GANEREAU

He suprimido todo comentario para que el escrito sea más breve. Los artículos principales de la Constitución son éstos:

Primero: Todos los habitantes de Uganga serán libres.

PARADOX, por lo bajo, a la Mome Fromage.

Libres de comer, si tienen qué; de rascarse, de espulgarse, de pasear; pero no libres de fastidiar a los demás.

GANEREAU

Segundo. Todos los habitantes de Uganga serán iguales.

PARADOX, a la Mome Fromage.

Seguirán siendo desiguales en estatura, en nariz y en todos los demás atributos que da la Naturaleza. Creo, por lo tanto, que no se debe permitir cortar la nariz al que la tenga larga para hacerle igual al chato.

GANEREAU

Tercero. Todos los habitantes de Uganga se considerarán como hermanos.

PARADOX

Lo cual no impedirá que al hermano que muerda se le ponga su correspondiente bozal.

GANEREAU

Cuarto. El Gobierno se regirá por un sistema representativo con el voto proporcional.

THONELGEBEN

¡Alto ahí! Creo que no debemos aceptar el sistema parlamentario tal como se practica en Europa.

DIZ

A mí me parece lo mismo.

PARADOX

Yo soy también contrario al sistema representativo. No creo en la sublimidad de ese procedimiento, que hace que la mayoría tenga siempre la razón.

GANEREAU

Y entonces, ¿cómo se va a regir el país?

PARADOX

Yo encuentro lo más apropiado para Uganga un gobierno paternal.

THONELGEBEN

A mí el procedimiento mejor me parece una dictadura socialista, que puede irse renovando a medida que el dictador se cansa o deje de cumplir bien con su deber. Creo que primeramente debemos de declarar que la tierra de Bu-l'ata será de todos; que habrá un depósito común de las herramientas de trabajo y que a cada uno se le dará según sus necesidades.

PARADOX

Creo, amigo, que usted quiere colocar a los mandingos en un nivel más alto del que en realidad están.

THONELGEBEN

No; ¿por qué? El comunismo es lo natural. Además es económico. Las sociedades europeas son más artificiales porque se han separado de la realidad.

PARADOX

Me parece que eso sería muy largo de discutir, y que además la solución en pro o en contra no nos resolvería ningún problema.

THONELGEBEN

¿No piensan ustedes que aquí lo principal es hacer que el pueblo viva feliz?

PARADOX

Sí; en eso estamos todos. En lo que disentimos es en la manera de darle esta felicidad.

GOIZUETA

¿Y la religión? Yo supongo que se intentará hacer a estos negros cristianos.

PARADOX

Y ¿por qué? Cada uno tendrá la religión que quiera. Ya ve usted, entre nosotros mismos no hay completa unanimidad; yo soy panteísta.

DIZ

Yo, haekeliano.

THONELGEBEN

Yo también.

GANEREAU

Yo soy deísta, como Voltaire.

PARADOX

¿Y usted, Sipson?

SIPSON

Yo, anglicano. Aunque, la verdad, no practico gran cosa.

PARADOX

¿Y usted, Thady Bray?

THADY BRAY

Yo, presbiteriano.

DORA

Pues yo soy católica.

BEATRIZ

Y yo.

GOIZUETA

Y yo. Y tenemos la seguridad de creer en la religión verdadera.

HACHI OMAR

La verdad única es que no hay más que Alá y Mahoma su enviado.

GOIZUETA

Cállate, perro moro. Mahoma es un granuja.

Hachi Omar saca un rosario y se pone a rezar por lo bajo.

PARADOX

Y usted, Pipercazzini, ¿qué religión tiene?

PIPERAZZINI

¡Corpo di Baco! Yo creo, la verdad, que soy pagano.

PARADOX

¿Y usted, Ugú?

UGÚ

Yo todavía creo en las bolas de estiércol.

PARADOX

¿Y usted, Beppo?

BEPPPO

Yo, señor, no soy más que cocinero.

PARADOX

¿Y usted, Harbidrás?

HARDIBRÁS

Yo no tengo más religión que la disciplina militar y el honor.

PARADOX

Pues, señor, hay una unanimidad verdaderamente encantadora entre nosotros. Desde Beppo, que no cree más que en los manuales culinarios, hasta los que se elevan a las alturas del Corán y de la Biblia, ¡qué abismo!

Sigue la discusión de una manera tempestuosa. Dora exige que no se permita a un hombre el que tenga varias mujeres, y Beatriz le apoya en su petición; Ganereau quiere la declaración de los derechos del hombre y una Cámara de Diputados, y Diz y Thonelgeben se empeñan en que lo primero que debe hacerse es la repartición de las tierras.

Mientras discuten, va pasando la tarde sin que lleguen a un acuerdo. Sipson, que sale con frecuencia, comprueba la agitación que existe entre los negros. Entra en el cuarto en donde están deliberando y se acerca a Thonelgeben.

SIPSON

Estamos perdiendo el tiempo de una manera lastimosa. Los negros se impacientan.

THONELGEBEN

¿Y qué le vamos a hacer?

SIPSON

Tengo un proyecto.

THONELGEBEN

¿Cuál es?

SIPSON

Hacer rey a Paradox. ¿Qué le parece a usted?

THONELGEBEN

Me parece muy bien.

SIPSON

¿Usted encuentra algún obstáculo? ¿Cree usted que su elección molestará a alguno?

THONELGEBEN

Me parece que no. A no ser que le moleste a él.

SIPSON

Entonces, manos a la obra. Ayúdeme usted. Dígale usted a Paradox que le tenemos que enseñar una cosa desde la muralla.

THONELGEBEN

Bueno.

Thonelgeben le habla a Paradox con gran misterio y salen los dos.

PARADOX

¿Qué querrá este hombre? ¿Qué proyecto traerá?

Suben Paradox y Thonelgeben a la muralla. Sipson, extendiendo sus brazos y mostrando a las turbas a Paradox.

SIPSON

¡Pueblo de Bu-Tata, aquí tienes a tu rey!

Todos los negros se acercan a la muralla y comienzan a dar gritos de entusiasmo.

PARADOX, *indignado, queriendo bajar de la muralla.*

Pero, ¿qué han hecho ustedes? ¡Me han engañado! ¡Yo no quiero ser rey!

SIPSON, *sin dejarle bajar.*

El voto popular lo ha decidido. El pueblo quiere que Paradox sea su rey: ¡viva el rey Paradox!

Dentro y fuera del Fortunate-House.

¡Viva!

PARADOX

Antes de la voluntad del pueblo está, en esta cuestión, la voluntad mía, y yo no quiero ser rey; que lo sea don Avelino.

TODOS

¡Viva el rey Paradox!

HACHI

¡Viva Muley Paradox!

TODOS

¡Viva!

SIPSON

¡Viva la dinastía de los Paradoxidas!

TODOS

¡Viva!

THONELGEBEN

¡Viva Silvestre I!

TODOS

¡Viva!

PARADOX

¡Señores, señores! Creo que están ustedes abusando de mi benevolencia real. Concluyamos pronto, porque si no ahora mismo abdicó, y acaban en seguida los Paradoxidas.

Paradox baja de la muralla.

UN SUBLEVADO, *acercándosele.*

¡Señor! Las vírgenes de Bu-Tata piden permiso para saludarte, ¡gran rey!, en este momento solemne.

PARADOX

Que pasen esas buenas señoras.

Entra una cáfila de negras horribles y van haciendo grotescas ceremonias delante del rey. Después viene una comisión de guerreros y de sacerdotes, que invitan al rey Paradox a ir a Bu-Tata a coronarse allí.

III
LAS FIESTAS DE LA CORONACIÓN

Salen Paradox y Diz de la Iglesia, que ha sido nombrado ministro, de la catedral de Bu-Tata, un granero en donde los magos se han reunido para coronar a Paradox. Suben al palanquín.

PARADOX

No se va del todo mal encima de estos bárbaros. ¿Verdad, señor ministro?

DIZ

¡Pse!... No.

PARADOX

¡Y pensar que estos idiotas podrían darnos dos patadas y echarnos de aquí!

DIZ

Pero eso no les conviene a ellos.

PARADOX

¿Cree usted que no?

DIZ

Claro que no; porque si ahora mismo se vieran sin rey, dentro de un momento empezarían a andar a linternazos.

PARADOX

¡Y pensar que eso mismo ocurre en Europa! El pueblo es siempre imbécil. Necesita llevar algo encima.

DIZ

¡Es claro! Además, nosotros no pesamos gran cosa.

PARADOX

Es nuestra falta. Si hubiéramos aplastado a dos o tres, tendrían de nosotros mucha mejor idea. ¡Ah, idiotas! Diga usted: ¿qué diría el Conill si nos viera, eh? ¡A mí de rey y a usted de ministro! ¿Qué asombro no sería el suyo?

DIZ

¡Figúrese usted! Cuando le dije que nos íbamos lejos, me preguntó: «¿Van ustedes más allá de Francia?» «Más allá del moro», le contesté. «Entonces van ustedes a la China», me dijo él. En la geografía de Conill, el final de la tierra es la China.

PARADOX

Cuando volvamos y le contemos lo que hemos visto, se va a asombrar de veras.

DIZ

¡Ah! ¿Pero piensa usted volver?

PARADOX

Yo sí. ¿Usted no?

DIZ

¿Para qué? ¿Qué tiene usted en España que no tenga usted aquí?

PARADOX

¡Oh, tantas cosas! Aquel es un país ideal, hombre. Va usted por cualquier pueblo y toma usted a la derecha... y un convento; y toma usted a la izquierda... y otro convento. Luego aquellos frailes tan simpáticos, aquellos curas tan inteligentes y tan limpios, aquellos empleados de las oficinas tan amables, aquellas porteras tan serviciales...

DIZ

Yo no niego las bellezas de España, pero esto también tiene sus encantos.

PARADOX

¡Qué quiere usted que le diga! Estoy harto de ver pieles negras y narices chatas. Antes tenía un gran entusiasmo por la vida salvaje; ahora pienso en aquella guardilla de la calle de Tudescos, como si fuese un lugar de delicias.

DIZ

¡Es usted un veleta!

PARADOX

¡Qué se le va a hacer, amigo Avelino! Las ilusiones son como las flores, como las mariposas, como todo lo que es muy delicado y muy bonito. Brillan entre las ideas unas, y entre las matas las otras; se las coge entre los dedos, y se marchitan.

DIZ

Siempre descontentadizo.

PARADOX

Es la condición humana. Además, yo soy hombre de ideas, de proyectos, de lucha; lo establecido me cansa. ¿Qué vamos a hacer ya aquí?

Bajan Paradox y Diz de su palanquín y se les acerca el general Ma.

MA

Señor, el ejército quiere saludar a S. M.

PARADOX

Que venga y que me salude.

BAGÚ

Los magos de Uganda quieren inclinarse ante Su Majestad.

PARADOX

Que se inclinen, pero acabemos pronto. Van a empezar las fiestas.

Thonelgeben ha preparado a orillas del lago fuegos artificiales que se van a quemar de noche. El pueblo entero de Bu-Tata espera con impaciencia que oscurezca para que empiecen los festejos.

Se queman los fuegos artificiales ante la admiración del público; luego comienzan los bailes. Bailan las mujeres y los hombres a la luz de la luna, al son de los tan-tan y de las flautas. La alta luna ilumina el lago con su luz de plata, y, a lo lejos, brotan las islas con sus arboledas misteriosas, y escapa de la superficie del agua una neblina azulada.

En la piel negra de las mujeres, alrededor de los cuellos, de las muñecas y de los tobillos, los collares de cuentas de cristal brillan y lanzan destellos. Es una noche de calma y de amor. Los amantes se buscan en las enramadas; algunos van en grupos en las

canoas alumbrándose con farolitos hechos con cortezas, y se oye por todas partes el rumor de las panderetas y de los crótalos.

Sipson y Silvestre I pasean por entre la turba.

SIPSON, *pensativo.*

Yo cambiaría toda mi vida de hombre civilizado por una noche como ésta, de amor y de inconsciencia.

PARADOX

¿De veras?

SIPSON

¿No encuentra usted ridículos ante la vida natural todos los refinamientos de la civilización?

PARADOX

Ahora en este momento, no.

SIPSON

Para mí, ahora y siempre. Todas esas máquinas y artefactos del progreso para correr, para marchar siempre más de prisa, ¡qué necios me parecen!

PARADOX

¿Y el progreso moral?

SIPSON

¡Qué progreso moral! La moralidad no es más que la máscara con que se disfraza la debilidad de los instintos. Hombrés y pueblos son inmorales cuando son fuertes.

PARADOX

Sí, es cierto. Las naciones vigorosas atraviesan lagos de sangre para satisfacer sus apetitos.

SIPSON

Y los hombres hacen igual.

PARADOX

En el fondo es triste.

SIPSON

Pero es así. En la vida no hay nada grande más que el amor y el trabajo.

PARADOX

Y la muerte después.

SIPSON

Y la muerte después... Son las únicas verdades de la vida.

IV
EL PROGRESO DE BU-TATA

En la sala de sesiones de la Casa del Pueblo de Bu-Tata.

GANEREAU

Yo confieso, señores, que la ciudad ha entrado en un período de progreso; se ha hecho la distribución de las tierras, y nadie más tiene terreno que el que él y su familia pueden labrar. Me parece muy bien. Thonelgeben ha implantado un sistema de bonos de trabajo para la retribución y para el cambio, que da buen resultado. Pero ya, ¿por qué no seguimos adelante? ¿Por qué no se implanta el sistema representativo?

PARADOX

Pero, ¿para qué?

GANEREAU

Aunque no sea más que por la dignidad del país.

PARADOX

¿Es que usted considera ofendida su dignidad porque yo soy rey? Pues lo dejaré.

GANEREAU

No, no; pero, la verdad, nada tan bello como el sistema parlamentario funcionando libremente.

PARADOX

¿Y rigiéndose por la ley de las mayorías? Me parece una cosa absurda e irritante?

SIPSON

Dejemos esa cuestión. Como juez tengo que hacer una pregunta: ¿qué hacemos con ese hombre que ha asesinado a un viejo?

PARADOX

Creo que habíamos proyectado poner a los asesinos al otro lado del lago.

SIPSON

¿Para siempre?

PARADOX

Claro que para siempre.

SIPSON

A los dos ladrones los hemos dejado en una de las islas por tiempo limitado.

UGÚ

A mí me han preguntado cuándo comenzará a echar agua la fuente de la plaza.

THONELGEBEN

Dentro de unos días estará terminado el acueducto.

UGÚ

También me han dicho si se podrá llevar al mismo tiempo, del almacén general, un arado y azadas el mismo día.

PARADOX

Si hay de sobra, sí.

DIZ

Se ha suprimido el cuartel y la cárcel, lo que encuentro muy bien. Beatriz, Dora y la señora francesa enseñan a las jóvenes mandingas a hacer labores; creo que debemos fundar escuelas para hombres.

GANEREAU

Es verdad.

PARADOX

Está bien que fundemos escuelas, pero creo que debemos establecerlas sin maestros.

SIPSON

Ese Paradox es un hombre magnífico. Quiere hacer escuelas sin maestros.

PARADOX

Sí, sin maestros, sin profesores, sin autoridad, si les parece mejor.

DIZ

Pero para una escuela se necesitan profesores.

PARADOX

Yo creo que no; el profesor es una especie de papagayo del género *Psittacus*, familia de los loros.

DIZ

Todo lo que usted quiera, pero es necesario.

PARADOX

No veo la necesidad de los maestros. El hombre puede aprender sin necesidad de maestro.

DIZ

No estamos conformes.

PARADOX

Pero fíjese usted en que casi todos los que han sobresalido en una ciencia o en un arte han aprendido su arte o su ciencia sin maestro. ¿Usted cree que hubo alguien que le enseñó a Darwin a observar, a Claudio Bernard a experimentar, a Shakespeare a escribir dramas, a Napoleón a ganar batallas?

DIZ

Pero éstos eran genios; tenían una aptitud clara, determinada; ¿y el que no la tenga?

PARADOX

Por lo menos no se le violentará. Pondremos unos cuantos talleres, en donde puedan entrar los chicos y los hombres. Que vean lo que se hace; si tienen vocación se quedarán, querrán aprender; si no, se largarán.

DIZ

¿Y usted cree que habrá alguno que tenga vocación para estudiar matemáticas?

PARADOX

No, seguramente que no; pero, ¿para qué les sirve ahora estudiar matemáticas? Cuando lo necesiten estudiarán. Hay un grado de civilización material en Bu-Tata que por ahora nos basta y nos sobra. ¿Para que avanzar violentamente si no sentimos esa necesidad?

GANEREAU

¿Y el arte?

PARADOX

¡Ah! ¿Pero ustedes también tienen el fetichismo del arte, ese fetichismo ridículo que obliga a creer que las cosas inútiles son más útiles que las necesarias?

GANEREAU

Pero el arte es una cosa útil.

PARADOX

El arte es una cosa llamada a desaparecer, es un producto de una época bárbara, metafísica y atrasada.

SIPSON

¡Magnífico, Paradox! ¡Magnífico!

PARADOX

Y si del arte pasa usted al artista, ¿hay nada más repulsivo, más mezquino, más necio, más francamente abominable que

un hombrecillo de esos con los nervios descompuestos que se pasa la vida rimando palabras o tocando el violín?

SIPSON

¡Fuerte ahí! ¡Fuerte!

DIZ

Diga usted entonces que la ciencia también es inútil.

PARADOX

Si me aprieta usted mucho diré que es perjudicial.

DIZ

¿Y por qué?

PARADOX

Porque produce un bárbaro desarrollo del cerebro a expensas de los demás órganos. Y en el cuerpo humano se necesita la armonía, no el predominio.

DIZ

Entonces abajo la ciencia, abajo el arte y vivamos hechos unos bárbaros.

PARADOX

Sí. Vivamos hechos unos bárbaros. Vivamos la vida libre, sin trabajos, sin escuelas, sin leyes, sin maestros, sin pedagogos, sin farsantes.

SIPSON

¡Bravo! Vivan los hombres silvestres, aunque sean reyes.

PARADOX

Y ¡abajo las Universidades, los Institutos, los Conservatorios, las Escuelas especiales, las Academias donde se refugian todas las pedanterías!

SIPSON

¡Abajo!

PARADOX

¡Abajo esos viveros de calabacines que se llaman Ateneos!

SIPSON

¡Abajo!

PARADOX

¡Abajo todos los métodos de enseñanza!

SIPSON

¡Abajo!

PARADOX

Acabemos con los rectores pedantes, con los pedagogos, con los catedráticos, con los decanos, con los auxiliares, con los rebeldes.

SIPSON

Acabemos con ellos. ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

DIZ

De todos modos, al último no tendremos más remedio que establecer escuelas.

PARADOX

Pero no les enseñemos «musa musæ» a los chicos.

DIZ

Eso por descontado.

PARADOX

Ni Historia.

DIZ

Naturalmente que no.

PARADOX

Ni retórica.

DIZ

¡Claro!

PARADOX

Ni psicología, lógica y ética.

DIZ

¡Hombre, por Dios!

PARADOX

Entonces acepto la escuela. Hablando de otra cosa, saben ustedes que Thonelgeben y yo tenemos un gran proyecto.

DIZ

¿Sí? ¿Cuál?

PARADOX

Vamos a hacer un Tío Vivo en medio de la plaza. ¿Qué les parece a ustedes?

DIZ

Magnífico.

PARADOX

Ya verán ustedes dentro de una semana los caballos dando vueltas.

DIZ

¿Pero habrá caballos?

PARADOX

¡No ha de haber! Daremos un curso pedagógico de equitación en caballos de madera.

V

ELOGIO DE LOS VIEJOS CABALLOS DEL TÍO VIVO

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

No, no me entusiasman esas ferias elegantes con sus cinematógrafos y sus barracas espléndidas y lujosas. No me encantan esos orquestones grandes como retablos de iglesias pintados, dorados, charolados. Son exageradamente científicos. Mirad esas columnas salomónicas que se retuercen como lombrices; mirad esas figuras de señoritas de casaca y calzón corto que llevan el compás dando con un martillito en una campana, mientras mueven la cabeza con coquetería; mirad esas bailarinas que dan vueltas graciosas sobre un pie con una guirnalda entre las manos. Oíd la música, chillona, estrepitosa, complicada de platillos, flautas, bombos, que sale del interior del aparato. Yo no quiero quitarles su mérito, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

No son mis predilectos esos Tíos Vivos modernistas, movidos a vapor, atestados de espejos, de luces, de arcos voltaicos, que giran arrastrando coches llenos de adornos, elefantes con la trompa erguida, y cerdos blancos y desvergonzados que suben y que bajan con un movimiento cínico y burlesco. No les niego el mérito a esas montañas rusas cuyo vagón pasa

vertiginosamente, con un estrépito de hierro y una algarabía de chillidos de mujer, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

Dadme el Tío Vivo clásico, el Tío Vivo con que se sueña en la infancia; aquel que veíamos entre la barraca de la Mujer-Cañón y la de las figuras de cera. Diréis que es feo, que sus caballos azules, encarnados, amarillos, no tienen color de caballo; ¿pero eso qué importa si la imaginación infantil lo suple todo? Contemplad la actitud de estos buenos, de estos nobles caballos de cartón. Son tripudos, es verdad, pero fieros y gallardos como pocos. Llevan la cabeza levantada, sin falso orgullo; miran con sus ojos vivos y permanecen aguardando a que se les monte en una postura elegantemente incómoda. Diréis que no suben y bajan, que no tienen grandes habilidades, pero...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

¡Oh nobles caballos! ¡amables y honrados caballos! Os quieren los chicos, las niñas, los soldados. ¿Quién puede aborreceros si bajo el manto de vuestra fiera se esconde vuestro buen corazón? Allí donde vais reina la alegría. Cuando aparecéis por los pueblos formados en círculo, colgando por una barra del chirriante aparato, todo el mundo sonrío, todo el mundo se regocija. Y, sin embargo, vuestro sino es cruel; cruel, porque lo mismo que los hombres corréis, corréis desesperadamente y sin descanso, y lo mismo que los hombres corréis sin objeto y sin fin...

A mí dadme los viejos, los viejos caballos del Tío Vivo.

VI
EN EL PALACIO

DIZ

¿Sabe usted que Dora se casa con Thonelgeben?

PARADOX

¡Hombre! Al fin.

DIZ

Sí, y Thady Bray con Beatriz.

PARADOX

¿Se ha convencido Ganereau? Parece que no le gustaba la boda.

DIZ

Sí, se oponía porque Thady no es más que un grumete y él procede de los Ganereau de Pericard, que es una familia muy noble de Mont de Marsan.

PARADOX

¡Demonio!

DIZ

Sí; además parece que una abuela de Ganerchau fue querida de Napoleón el Grande.

PARADOX

Esos ya son títulos de gloria.

DIZ

La verdad es que estos franceses son un poco farsantes.

PARADOX

Pero ellos no tienen la culpa. Es defecto de nacimiento. ¿Y cómo le ha convencido Thady? ¿Ha tenido él alguna otra abuela ligera de cascos, querida de algún otro hombre ilustre?

DIZ

No sé. Parece que el muchacho ha replicado que los Bray proceden de Greenock y que los primeros Bray estuvieron en las Cruzadas con Ricardo Corazón de León. Además, ha añadido que tienen en Escocia una torre que se está cayendo y un baúl lleno de pergaminos, con lo cual Ganereau de Pericard se ha dado por satisfecho.

PARADOX

Y luego, fíese usted de los demócratas.

DIZ

De modo que vamos a tener dos bodas. Sipson actuará de juez, y usted pronunciará un discurso elocuente.

PARADOX

¿Pero está instituido el matrimonio en Bu-Tata? Yo creo que no debemos dar un mal ejemplo.

DIZ

No tendremos más remedio que casar a estos novios; luego podemos abolir el matrimonio e instituir el amor libre.

UGÚ, *que entra.*

Señor.

PARADOX

¿Qué hay?

UGÚ

Dos extranjeros quieren ver al rey.

PARADOX

Que pasen.

Entran don Pelayo y Mingote, los dos cubriendo sus desnudeces con faldas hechas con hojas de plátano.

DON PELAYO y MINGOTE, *arrodillándose.*

¡Señor!

PARADOX

¡Cristo! ¿Pero son ustedes?

DON PELAYO

¡Toma! Si es don Silvestre.

PARADOX

Sí, soy yo. ¿Y qué tal? ¿qué tal? Levántense ustedes.

MINGOTE

¿Qué tal? Han hecho con nosotros ignominias.

PARADOX

¿Los negros?

MINGOTE

No, los moros. Y cuando nos hemos escapado de ellos hemos dado con los negros y el pobre Ferragut... ¿No se acuerda usted de Ferragut?

PARADOX

No, no recuerdo.

DON PELAYO

El general, el flaco del bigote grande.

PARADOX

¡Ah, sí! ¿Qué le ha pasado?

MINGOTE

Que se lo han comido.

PARADOX

¿De veras?

DON PELAYO

Delante de nosotros.

PARADOX

¡Pobrecillo!

DON PELAYO

Era un egoísta.

PARADOX

Pues ¿qué hacía?

DON PELAYO

Nada; que cuando el verdugo o el cocinero, como ustedes quieran llamarlo, estaba preparando el asador para uno de nosotros, me decía: —Yo creo que no empezarán por mí; ¡me he quedado tan flaco y tan correoso!

MINGOTE

¿Decía eso? ¡Ah canalla! Pues por él empezaron. Debía guardarle rencor; pero no, no se lo guardo, aunque el pobrecito era un pastelero.

PARADOX

Y ¿qué hicieron con él después de matarlo?

MINGOTE

Lo asaron. La verdad es que estaba flaco. Yo, al verlo en los huesos, temblaba.

PARADOX

¿Y si lo hubiera usted visto gordo, no?

MINGOTE

No, porque decía: con un hombre tan flaco no van a tener bastante, y empezarán en seguida con nosotros; un sudor me iba y otro me venía, y tenía tan mal cuerpo que, gracias a eso, creo que no siguieron por mí.

PARADOX

Supusieron los salvajes que en aquel momento no estaría usted sabroso.

MINGOTE

Con seguridad.

PARADOX

O quizá no tenían apetito y los dejaron a ustedes para mejor ocasión.

MINGOTE

Es muy posible.

PARADOX

El caso es que se contentaron con Ferragut.

MINGOTE

Sí; y por la noche pudimos huir don Pelayo y yo de aquella playa inhospitalaria.

PARADOX

¡Ah! Pero ¿estaban ustedes en alguna playa?

MINGOTE

No; es una manera de hablar.

PARADOX

Vamos, es una metáfora. ¿Y de miss Pich, qué fue de ella?

DON PELAYO

Un horror. La violaron.

PARADOX

Sí que debía ser una gente terrible.

DON PELAYO

No puede usted tener idea.

PARADOX

¿Y ella qué dijo?

DON PELAYO

Ella lo sentía, más que nada, por el deshonor que caía sobre los Pichs.

PARADOX

¿Y estuvo templada?

DON PELAYO

Conservó una serenidad espantosa. A pesar del suceso, decía con frialdad al día siguiente mientras preparaba un artículo para la «Revista Neosófica»: —Los hombres son seres inferiores.

PARADOX

¿Y los demás marineros?

DON PELAYO

Unos se quedaron de esclavos de los moros, a otros los empalaron con música.

PARADOX

¿Cómo con música?

DON PELAYO

Sí; tenían el cinismo de tocar alguna canción mientras los clavaban. Varios lograron huir de aquella playa inhospita-

ria, como dice mi amigo; creo que pocos habrán podido conservar su cabeza. ¿Y a ustedes en cambio les ha ido bien?...

PARADOX

Bastante bien. Ya ve usted, a mí me han nombrado rey del país.

DON PELAYO

¿Y podremos establecernos aquí, don Silvestre?

PARADOX

Hay tierra sobrante para todos. El Gobierno presta gratis los útiles de labranza. Además, se les construirá a ustedes una casa.

MINGOTE

Eso de ser agricultor, la verdad, no me seduce. Yo lo que quisiera es un empleo en alguna oficina.

DIZ

Aquí no hay oficinas ni empleos.

MINGOTE

¿Entonces de qué se vive?

DIZ

Aquí todo el mundo trabaja y vive de su trabajo.

MINGOTE

¡Pero a esto le llaman ustedes civilizar un país!

PARADOX

Así lo hemos entendido nosotros.

MINGOTE

En fin, si no hay otro recurso, nos dedicaremos a la agricultura. Tomaré un par de docenas de criados negros, y haré que trabajen mis campos.

DIZ

También es imposible. No se permite hacer trabajar a los demás en provecho de uno.

MINGOTE

¡Ah! ¿No? Pues entonces, ¿qué se permite aquí? Déjenme ustedes algún dinero, y podré ganarme la vida prestando al cincuenta por ciento.

PARADOX, *sonriendo*.

Es que tampoco hay préstamos, ni dinero.

MINGOTE

¿Que no hay dinero?

PARADOX

No.

MINGOTE

¡Pero eso es un disparate!

PARADOX

¿Qué quiere usted! Donde hay dinero, unos suelen tener demasiado, otros demasiado poco y todos suelen estar mal.

MINGOTE

¿Y cómo viven ustedes?

PARADOX

Muy bien.

MINGOTE

¡Y viven sin dinero! ¿Y qué hacen ustedes cuando tienen que decir: —Eh, chico, tráeme una cajetilla de cuarenta y cinco.

PARADOX

Como tampoco hay tabaco, pues no lo pedimos. De manera que ya saben ustedes: si quieren, se les hará su casa, se les regalará el terreno y se les prestarán los útiles necesarios para labrar la tierra. Si no, con su consentimiento, les llevaremos lo más cerca posible de las factorías francesas.

MINGOTE

¡Es ya lo que nos faltaba de ver, don Pelayo! Después de haber sido atropellado por los moros, y a punto de servir de merienda a los negros, llegar a un país donde no hay oficinas, ni casas de préstamos, ni dinero. ¡Y a esto se llama civilización!

DON PELAYO

¿Qué le va usted a hacer?

MINGOTE

Habrá que resignarse. ¿Quiere usted que vivamos juntos, don Pelayo?

DON PELAYO

No me parece mal.

PARADOX

Entonces pueden ustedes elegir el sitio que no esté ocupado y que más les guste.

VII
LA JUSTICIA DE SIPSON

SIPSON, juez.

Se abre la sesión. Que vayan entrando los acusadores y los acusados.

Los dos ujieres hacen pasar a un mandingo y a su mujer.

SIPSON

¿Qué os pasa? ¿Qué querrela tenéis entre vosotros?

LA MUJER

Señor juez, mi marido es un gandul. Todos los días le estoy diciendo que vaya al almacén general a buscar las herramientas del trabajo; y sale de casa y se tiende al sol, y no hace nada. Y, como no trae los bonos de trabajo, los chicos se quedan sin comer.

SIPSON

Y tú, hombre, ¿qué dices a esto?

EL HOMBRE

Yo digo que no trabajo porque no tengo gana; y que si tuviera gana, trabajaría.

SIPSON

Muy bien. Ahora yo a este vago mandaría pegarle una paliza, y mañana trabajaría como lo que es, como un negro; pero desde el rey hasta el último ciudadano de Bu-Tata se incomodarían conmigo.

EL UJIER

¿Qué manda el señor juez que hagamos con este hombre?

SIPSON

Que le pongan a aserrar madera, y el jornal que se lo reserven a su mujer.

EL HOMBRE

¿Y la libertad? ¿Esa es la libertad?

Los ujieres echan fuera al negro; tras él sale su mujer. Entran después otros dos mandingos, uno joven y otro viejo.

SIPSON

¿Qué os pasa a vosotros?

EL VIEJO

Sucede que yo me tomo el trabajo de cuidar mis gallinas. A todas horas las atiendo, y este muchacho, que es vecino mío, entra en mi casa y me las roba.

SIPSON

¿Eso es verdad?

EL JOVEN

Sí; yo no tengo paciencia para cuidarlas y me aprovecho de las del vecino.

SIPSON

Pero, no son tuyas.

EL JOVEN

¿Y eso qué importa? ¿No ha dicho el rey Paradox que a cada uno debe dársele según sus necesidades? Yo necesito esas gallinas.

SIPSON

Este Paradox es un loco; va a hacer este pueblo ingobernable.

EL JOVEN

En cambio este viejo que me acusa tiene una costumbre peor que la mía.

SIPSON

Pues, ¿qué hace?

EL JOVEN

Que guarda los bonos de trabajo, porque quiere ser rico, como se era en tiempo del rey Kiri.

SIPSON

Está bien; desde hoy (*al viejo*) tú entregarás los bonos de trabajo que has ido guardando, y tú cuidarás de las gallinas del viejo. ¡Ale, marchaos!

Entran una mujer joven, otra vieja y dos hombres.

SIPSON, *a un ujier.*

Entérate de qué es lo que quiere esta gente.
El ujier habla con ellos y vuelve asombrado.

EL UJIER

El caso es nuevo y extraordinario, señor juez.

SIPSON

¿Pues qué sucede?

EL UJIER

Estos dos hombres que se disputan una suegra.

SIPSON

Pero eso no es posible.

EL UJIER

El uno dice que ésta es su suegra, porque la hija de esta mujer es su mujer, y el otro dice lo mismo.

SIPSON

¿Y la interesada a quién de los dos señala como marido?

EL UJIER

A ninguno, porque se ha quedado sordomuda de un susto, y no entiende ni habla.

SIPSON

¡Demonio! He aquí un caso difícil. Que se acerquen.

Se acercan las dos mujeres y los dos hombres. Uno de éstos es grave y triste, el otro, sonriente y de aire malicioso.

SIPSON

Vamos a ver. ¿Quién es el marido de esta mujer?

EL GRAVE

Yo.

EL SONRIENTE

Yo.

SIPSON

¿Pero cómo podéis ser los dos maridos de una mujer al mismo tiempo?

EL GRAVE

Es que yo soy el verdadero y único marido.

EL SONRIENTE

El verdadero marido soy yo.

SIPSON

Usted, mujer, ¿quién es su marido?

LA MUDA

Han, hin, hon.

SIPSON, *a la vieja.*

¿Quién es su yerno?

LA VIEJA, *señalando al Sonriente.*

Este. Todos los vecinos podrán decir que es éste el marido de mi hija.

SIPSON, *al Grave*.

¿Y cómo te atreves tú a decir que eres su yerno?

EL GRAVE

Porque es verdad. Vivo con su hija hace un año. Éramos felices cuando vino esta vieja a enredarlo todo y le convenció a mi mujer de que debía separarse de mí e ir a vivir con otro hombre.

EL SONRIENTE

Con quien vive hace un año esta mujer es conmigo. Y mi suegra lo dirá. Ahora que ha entrado este hombre en mi casa y ha querido suplantarme.

LA VIEJA

Sí. Este es mi yerno. El otro es un granuja a quien no conozco.

SIPSON

Esta mujer parece que odia demasiado a este hombre a quien llama granuja y dice que no conoce. Sintámonos dignos de Salomón. Ujieres, dad a cada uno de estos hombres un cuchillo y que partan la suegra por la mitad en dos trozos iguales y que cada uno se lleve su pedazo.

EL SONRIENTE

No, no; yo no quiero hacer eso. ¿Por qué he de matar a esa buena mujer?

EL GRAVE

Venga el cuchillo. Esta vieja es una enredadera y una chismosa.

SIPSON, *al Grave.*

Tú, el que la quieres mal, eres el yerno. Llévate a tu mujer y a tu suegra.

Salen las dos mujeres y los dos hombres, y entran Mingote, blanco como el papel, y don Pelayo, con la cara hinchada.

MINGOTE

¡Señor juez, señor juez!

SIPSON

¿Qué pasa?

MINGOTE

Que don Pelayo me ha seguido con un cuchillo y me lo ha querido clavar en el corazón.

SIPSON, *a don Pelayo.*

¿Es eso verdad?

DON PELAYO

Sí. Pero también es verdad que este señor se figura que yo soy su criado y que tengo que trabajar para él. Hoy me ha mandado labrar la tierra, y, como yo le he dicho que fuera él, me ha dado un puñetazo en un ojo y otro en la mejilla. Entonces yo he cogido un cuchillo y él ha echado a correr.

SIPSON, *a Mingote.*

¿Usted qué dice a eso?

MINGOTE

Digo que es cierto. Pero es que me ha faltado al respeto y me ha insultado.

SIPSON

Señores, yo creo que lo mejor que pueden ustedes hacer es darse mutuas satisfacciones y olvidar lo ocurrido.

MINGOTE

Eso, nunca.

DON PELAYO

Yo lo que quiero es justicia. Que se castigue al que haya faltado. Usted es el juez y debe averiguar quién tiene la culpa.

SIPSON

Pero, ¿para qué? ¿No se pueden ustedes arreglar amigablemente?

MINGOTE

No, señor.

DON PELAYO

No, señor.

SIPSON

¿Pero no sería mejor que se entendieran ustedes?

MINGOTE

No nos podemos entender.

DON PELAYO

Es imposible.

SIPSON

Me van ustedes a obligar a tomar una determinación radical.

MINGOTE

Eso queremos.

DON PELAYO

Es lo que deseamos.

SIPSON

¿Sí? Está bien. Ya que quieren ustedes que yo intervenga, intervendré. Don Pelayo, bájese usted los pantalones.

DON PELAYO

Señor juez, ¡por Dios!

SIPSON

Bájese usted los pantalones. *A Mingote.* Usted, señor Mingote, coja esta vara y déle usted diez golpes a su amigo.

MINGOTE

Está bien.

Comienza a golpear a don Pelayo sin mucha fuerza.

UN NEGRO, *en el público.*

Eso es una injusticia.

SIPSON

Y al que chille le pasará lo mismo. ¿Ha concluido usted, señor Mingote?

MINGOTE

Sí, señor.

SIPSON

¿Diez golpes, ni uno más ni uno menos?

MINGOTE

Diez.

SIPSON

Muy bien. Ahora póngase usted.

MINGOTE

¿Yo?

SIPSON

Sí.

MINGOTE

Pero, ¿usted sabe quién soy yo?

SIPSON

Ujieres, atadle y desnuda a este hombre.

Los negros lo sujetan y lo desnudan al instante.

MINGOTE

¡Socorro, socorro!

SIPSON, *a don Pelayo.*

Ahora devuélvale usted los diez golpes que le ha adjudicado su amigo.

Don Pelayo, con los ojos brillantes de satisfacción, coge la vara, después de escupirse en las manos para que no se le escurra, y comienza dando con todas sus fuerzas.

EL UJIER, *contando*.

Uno.

MINGOTE

¡Ay, ay, ay!

EL UJIER

Dos.

Sigue contando tranquilamente; a cada golpe sale un verdugón, y cuando se llega a los diez, don Pelayo deja la vara satisfecho.

SIPSON

Ya estarán ustedes contentos. Me han obligado ustedes a emplear estos recursos. Han quedado en paz. Ya ven ustedes que administro justicia por un procedimiento socialista; a cada uno, según su capacidad; a cada capacidad, según sus obras. Pueden marcharse.

VIII
UN CAMPAMENTO

Frente al río de Bu-Tata, en una colina, sin que nadie se entere, sin que nadie se dé cuenta, se ha establecido un campamento. Diez ametralladoras y otros tantos cañones de tiro rápido apuntan a la ciudad.

A la luz de las hogueras se ven las tiendas de campaña. Los centinelas se pasean con el fusil al brazo. Los soldados, en corrillos, charlan animadamente.

RABOULOT

Yo no sé qué demonio de ocurrencia tiene el Gobierno de meterse con estas gentes, que a nosotros no nos hacen ningún daño. ¿Tú comprendes esto, caballero Michel?

MICHEL

Yo no comprendo más sino que esta vida es una porquería.

RABOULOT

¡Qué quieres! Es la vida del soldado.

MICHEL

Una vida sucia como pocas.

RABOULOT

¡Pse!... Hay que aguantarse.

MICHEL.

Pero, ¿por qué esa cochina república nos obliga a andar a tiros con esta gente?

RABOULOT

Hay que civilizarlos, caballero Michel.

MICHEL.

Pero si ellos no lo quieren.

RABOULOT

No importa; la civilización es la civilización.

MICHEL

Sí; la civilización es hacer estallar a los negros metiéndoles un cartucho de dinamita, apalcarlos a cada instante y hacerles tragar sopa de carne de hombre.

RABOULOT

Pero también se les civiliza de veras.

MICHEL

¿Y para qué quieren ellos esa civilización? ¿Qué han adelantado esos del Dahomey con civilizarse? ¿Me lo quieres decir, caballero Raboulot? Ya tienen pantalones; ya tienen camisa; ya saben que un rifle vale más que un arco y que una flecha: ahora múdales el color de la piel, ponles un poco de más nariz, un poco menos de labios y llévalos a divertirse a Folies-Bergeres.

RABOULOT

¡Je! ¡Je! Yo creo que este condenado parisién es anarquista o cosa parecida.

MICHEL

¡Pensar que uno está aquí y que podría uno andar por Batignolles o por Montmartre!

RABOULOT

Yo también estaría más a gusto en mi aldea que no aquí; pero hay que servir a la Francia.

MICHEL

Que la sirvan sólo los aristócratas. Ellos son los únicos que se aprovechan del ejército.

RABOULOT

Sí, es verdad, Luego se arma uno un lío que ya no sabe uno qué hacer. En unos lados se puede robar y llevarse todo lo que haya; en otros no se puede tomar ni un alfiler. Te digo que yo no comprendo esto, caballero Michel.

MICHEL

Ni nadie lo comprende. Hay que obedecer sin comprender; ésa es la disciplina. ¡Que no le pudiera uno aplastar el cráneo al que ha inventado esta palabra!

RABOULOT

Hablando de otra cosa. ¿Has tenido noticias de París?

MICHEL

Hace pocos días leí en el periódico que un amigo mío había debutado en el casino de Montmartre.

RABOULOT

¿De qué?

MICHEL

De *chanteur*. Ese es un hombre feliz. No le faltarán mujeres. En cambio aquí...

RABOULOT

¡*Sacredieu!* Aquí hay negras muy guapas, caballero Michel. No las desacredites.

MICHEL

¿De esas que les bailan las ubres cuando corren? Yo no puedo con ellas.

RABOULOT

Sí, como dice Prichard, los parisienses sois muy delicados.

MICHEL

¡Pse!... Es cuestión de estómago.

RABOULOT

¿Y te falta mucho para cumplir?

MICHEL

Tres años todavía. Si pudiera escaparme...

RABOULOT

Pues no se está tan mal, caballero Michel. El coronel Barband no es del todo malo.

MICHEL

No; tiene un carácter cochino.

RABOULOT

El capitán Frippier sí es un poco duro con la Ordenanza.

MICHEL

Yo le metería una bala en la cabeza por farsante. Siempre está con los bigotes rizados, mirándole a uno de arriba a abajo, por si le falta a uno un botón o lleva uno una mancha. ¡Canalla!

RABOULOT

Anda, parisién; no te desesperes. Vamos a echar un sueño y ya veremos cómo amanece mañana.

MICHEL

Mal; ¿cómo va a amanecer?

RABOULOT

Hay días en que uno se divierte.

MICHEL

Hazte ilusiones. *Echándose a dormir.* No debía haber ejerci-
to, ni naciones, ni nada...

IX
DESPUÉS DE LA BATALLA

Está anocheciendo. Bu-Tata entera arde por los cuatro costados. Los cañones franceses han lanzado una lluvia de granadas de melinita, que han incendiado casas, chozas, almacenes, todo. A media tarde, dos batallones de dahomeyanos y uno de tropas disciplinarias se han acercado al pueblo, han colocado las ametralladoras a su entrada y han acabado con lo que quedaba.

Como si hubiera habido un terremoto, Bu-Tata se ha desmoronado; los tejados se han hundido, las paredes se han ido cayendo, cerrando las callejas con sus escombros. En la escuela, que por casualidad no se ha venido abajo, está reunido el Estado Mayor francés, y sobre el tejado de este edificio ondea la bandera tricolor.

RABOULOT

A la orden, mi coronel.

EL CORONEL BARBAND

¿Qué hay?

RABOULOY

Unos europeos que iban huyendo por el río han sido hechos prisioneros.

BARBAND

¿Dónde están?

RABOULOY

Aquí vienen.

BARBAND

Que pasen. *Entran todos los de Fortunate-House a presencia del coronel.* ¿Quiénes son ustedes?

PARADOX

Nosotros somos los que hemos civilizado este pueblo, al cual ustedes, bárbaramente y sin motivo, acaban de incendiar y de pasar a cuchillo; nosotros somos...

BARBAND

Nada de comentarios. Al que los haga le mandaré fusilar inmediatamente. Los nombres nada más.

GANEREAU

Aquiles Gancreau, rentista, y mi hija Beatriz con su marido.

BARBAND

¿Y usted?

SIPSON

Sipson Senior, de Manchester.

BARBAND

¿Y usted?

THONELGEBEN

Eichtal Thonelgeben, de Colonia.

BARBAND, *frunciendo el ceño.*

¿Prusiano?

THONELGEBEN

Sí, señor, gracias a Dios. Esta señora es mi mujer.

BARBAND

¿Y ustedes?

DIZ

Estos señores son italianos, y nosotros españoles, y éste marroquí.

BARBAND, *a la Mome Fromage.*

¿Y usted?

LA MOME FROMAGE

Mi coronel, yo soy parisién.

BARBAND

¿De veras?

LA MOME FROMAGE

Ex bailarina de Moulin Rouge.

BARBAND

¡Sacrediu! ¡Qué encuentro! ¿Estos señores son amigos de usted?

LA MOME FROMAGE

Sí.

BARBAND

Entonces seré clemente. Quedarán ustedes prisioneros hasta que expliquen su presencia en Bu-Tata. Pueden ustedes retirarse.

Quedan solos el coronel y la ex bailarina, y charlan animadamente. Cuando más entretenidos están en su conversación se abre la puerta y entra Bagú seguido de dos soldados.

BAGÚ

¡Musiu, musiu!

BARBAND

¿Quién es esta especie de mono?

MICHEL

Parece que es el obispo del pueblo.

BARBAND

¿Qué quiere?

MICHEL

No se le entiende nada.

BARBAND

Bueno; que lo fusilen.

MICHEI., *llevándose al mago.*

Vamos, *mon vieux*, tienes mala suerte. ¿Quién te manda a ti hacer reclamaciones teniendo la cara negra?

Le llevan a un rincón y lo fusilan. Bu-Tata sigue ardiendo. En las callejas del pueblo, cerca de las tapias de las huertas, se ven niños degollados, mujeres despatarradas, hombres abiertos en canal. Un olor de humo y de sangre llena la ciudad. Los oficiales reunidos beben y charlan animadamente; los soldados saquean las casas.

Se oyen luego los sonidos de las cornetas. Los soldados se retiran al campamento, y en las calles solitarias, entre los escombros de las casas derruidas y los restos carbonizados del incendio, se escuchan los gritos y los lamentos de los heridos y de los moribundos.

X
EN LA CÁMARA FRANCESA

El ministro de la Guerra sube a la tribuna.

EL MINISTRO

Señores: Para convencer a los honorables diputados de la derecha de que el ejército expedicionario francés que opera en el golfo de Guinea no está inactivo por imposiciones diplomáticas de determinadas potencias, como se ha supuesto, voy a leer el parte que acabo de recibir. Dice así:

«Cuartel general de Bu-Tata.— Señor Ministro de la Guerra.

»Después de cuatro días de marcha, el cuerpo expedicionario que tengo la honra de mandar llegó a las proximidades de la ciudad de Bu-Tata. El enemigo se había atrincherado en el pueblo, en número de diez mil, con armas y municiones. Tras un día de cañonco, las tropas al mando del comandante Gauguin atacaron la ciudad por el flanco izquierdo, desalojando inmediatamente las posiciones del enemigo. Sus pérdidas han sido quinientos muertos y más de tres mil prisioneros. Entre éstos se encuentran varios europeos, ingleses y alemanes, que habían organizado la defensa de la ciudad.— *El*

coronel Barband, Comandante en jefe de la columna expedicionaria.»

DEROULÈDE, *levantándose.*

¡Viva el Ejército! ¡Viva Francia! Aplausos frenéticos y vivas en la derecha.

Unas horas después todos los marmitones y carniceros de París pasan por los bulevares con una bandera tricolor, dando vivas al Ejército y a Déroulède.

XI
TRES AÑOS DESPUÉS

En el despacho del médico de guardia del hospital de Bu-Tata.

EL DOCTOR

¿Qué entradas tenemos hoy?

EL AYUDANTE

Ayer ingresaron diez variolosos.

EL DOCTOR

¿Diez?

EL AYUDANTE

Ni uno menos. Entraron, además, cinco sifilíticos; seis de gripe infecciosa; ocho de tuberculosis; dos con delirio alcohólico...

EL DOCTOR

¡Qué barbaridad!

EL AYUDANTE

Y además una mujer cuyo marido le dio una puñalada por celos, que murió a las pocas horas.

EL DOCTOR

Si seguimos así, no va a haber camas en este hospital. ¡Fíese usted de los naturalistas!

EL AYUDANTE

¿Por qué?

EL DOCTOR

Porque hay un informe de Lanessan diciendo que Uganga es un país muy sano.

EL AYUDANTE

Lo era.

EL DOCTOR

¿Y cree usted que habrá variado?

EL AYUDANTE

Sí, señor.

EL DOCTOR

¿Y por qué?

EL AYUDANTE

Por la civilización.

EL DOCTOR

¿Y qué tiene que ver la civilización con eso?

EL AYUDANTE

Mucho. Antes no había aquí enfermedades, pero las hemos traído nosotros. Les hemos obsecuado a estos buenos negros con la viruela, la tuberculosis, la sífilis y el alcohol. Ellos no están, como nosotros, vacunados para todas estas calamidades y, claro, revientan.

EL DOCTOR, *riendo*.

Es muy posible que sea verdad lo que usted dice.

EL AYUDANTE

¡Sí es verdad! El año pasado fui yo a un pueblo de al lado; ¿y sabe usted lo que pasó?

EL DOCTOR

¿Qué?

EL AYUDANTE

Que les infeccioné con la viruela y, sin embargo, yo no la tenía.

EL DOCTOR

Es curioso ese caso; ¿y cómo se lo explica usted?

EL AYUDANTE

Yo me lo explico sencillamente. Entre nosotros, los organismos débiles que no podían resistir las enfermedades, el trabajo abrumador y el alcohol, han muerto. A los que quedamos no nos parte un rayo; llevamos lo gérmenes morbosos en nuestro cuerpo como quien lleva un reloj de bolsillo; así sucede que, mientras los blancos estamos aquí magníficamente, los negros se van marchando al otro mundo con una unanimidad asombrosa.

EL DOCTOR

Mientras vayan ellos solos, ¿eh?

EL AYUDANTE

Poco se pierde.

EL DOCTOR

Además, hay pasta abundante. Hasta que se acabe.

EL AYUDANTE

Ya acabaremos con ella. ¿No acabaron los civilizados yanquis con los Pieles Rojas? Nosotros sabremos imitarles.

EL DOCTOR

Bueno, vamos a hacer la visita. ¿Y el otro ayudante?

EL AYUDANTE

Lc va usted a tener que dispensar. Creo que no vendrá.

EL DOCTOR

¿Pues qué le pasa?

EL AYUDANTE

Que ayer le vi en este café-concierto que han puesto hace poco con una negra y parecía un tanto intoxicado.

EL DOCTOR

Cosas de muchacho. ¿Y qué es lo que hay en ese café-concierto?

EL AYUDANTE

Hay grandes atracciones. Ayer, precisamente, era el debut de la princesa Mahu, que bailaba desnuda la danza del vientre, a estilo del Moulin Rouge, de París.

EL DOCTOR

Un número sensacional.

EL AYUDANTE

¡Ya lo creo! Y ejecutado por una princesa.

EL DOCTOR

¿Auténtica?

EL AYUDANTE

En absoluto.

EL DOCTOR

Veo que están adelantados en Bu-Tata.

EL AYUDANTE

No se lo puede usted figurar. Aquí ya hay de todo. Esto es Sodoma, Gomorra, Babilonia, Lesbos, todo en una pieza.

EL DOCTOR

¿Qué me cuenta usted?

EL AYUDANTE

Lo que usted oye. Usted no sale de noche. Si saliera, lo vería. En cada esquina hay sirenas de color que le hacen a usted proposiciones extraordinarias. Por todas partes ve usted negros borrachos.

EL DOCTOR

¿De veras?

EL AYUDANTE

Sí. Si hacemos un consumo de ajeno extraordinario.

EL DOCTOR

No lo sabía.

EL AYUDANTE

Sí, señor. Luego, los blancos tratan a puntapiés a los negros, y éstos se vengán, cuando pueden, ascasinándolos.

EL DOCTOR

Muy bien.

EL AYUDANTE

Son los beneficios de la civilización.

EL DOCTOR

Bueno; vamos a hacer la visita.

XII
UNA NOTICIA

De *L'Echo*, de Bu-Tata:

Tras de la misa, el abate Viret pronunció una elocuentísima arenga. En ella enalteció al Ejército, que es la escuela de todas las virtudes, el amparador de todos los derechos. Y terminó diciendo: «Demos gracias a Dios, hermanos míos, porque la civilización verdadera, la civilización de paz y de concordia de Cristo, ha entrado definitivamente en el reino de Uganga».

Madrid, enero 1906



INDICE

Prólogo.....7

SILVESTRE PARADOX

I	15
II	31
III	51
IV	71
V	89
VI	99
VII	109
VIII	123
IX	135
X	145
XI	157
XII	171
XIII	185
XIV	199
XV	215

XVI	227
XVII	239
XVIII	265
XIX	283
XX	295

PARADOX, REY

PRIMERA PARTE

I El proyecto de Paradox	311
II Explicaciones	319
II El Gallo y El General	329
IV A bordo de la "Cornucopia"	345
V Confidencias	357
VI Elogio sentimental del acordeón	369
VII La tempestad	373
VIII Nuevo capitán	389
IX A caza del bote	395
X El desembarco	409
XI En tierra	415

SEGUNDA PARTE

I El primer ministro	421
II El primer sacerdote	429
III No está la felicidad en las alturas	433
IV La recepción	437

V	Por el río -----	443
VI	Discusiones Trascendentales -----	453
VII	La Isla Afortunada -----	459
VIII	Fortunate-House -----	465
IX	El ataque -----	473
X	El gran proyecto -----	483
XI	El momento solemne -----	493
XII	Elogio metafísico de la destrucción -----	495
XIII	El Lago Thonelgeben -----	497
XIV	Los buenos y los malos -----	501
XV	Un indiferente -----	505

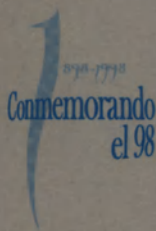
TERCERA PARTE

I	Los conjurados -----	507
II	La Constitución de Uganda -----	511
III	Las fiestas de la coronación -----	523
IV	El progreso de Bu-Tata -----	529
V	Elogio de los viejos caballos del Tío Vivo -----	539
VI	En el Palacio -----	541
VII	La justicia de Sipson -----	553
VIII	Un campamento -----	565
IX	Después de la batalla -----	571
X	En la Cámara francesa -----	577
XI	Tres años después -----	579
XII	Una noticia -----	585

Silvestre Paradox y *Paradox Rey* fueron de las primeras novelas de Baroja que yo leí, allá por la adolescencia. Es una experiencia curiosa regresar a algunas de aquellas lecturas, cuando el recuerdo de las mismas es muy intenso, evaluar lo que de ella subsiste en la memoria al confrontar su recuperación, ahora que probablemente uno lee de otro modo, no sé si más inteligente o con mayor pérdida de fascinación y emotividad.

La fantásica vida de *Silvestre Paradox* me ha acompañado siempre, aquella lectura primera tuvo otras no lejanas, *Silvestre* era uno de mis héroes novelescos y la grey a la que pertenece no es nada ajena a mis propios intereses literarios y vitales. Quiero decir que entre los personajes barojianos, donde puedo señalar muchos inolvidables, de esos que están comprometidos sin remisión en mi existencia, *Silvestre* ocupa un particular lugar, dada su dimensión entrañable y disparatada, humorística y patética.

LUIS MATEO DÍEZ



SILVESTRE PARADOX Y PARADOX, REY



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Comunidad de Madrid

ISBN 84-451-1486-7



9 788445 114865